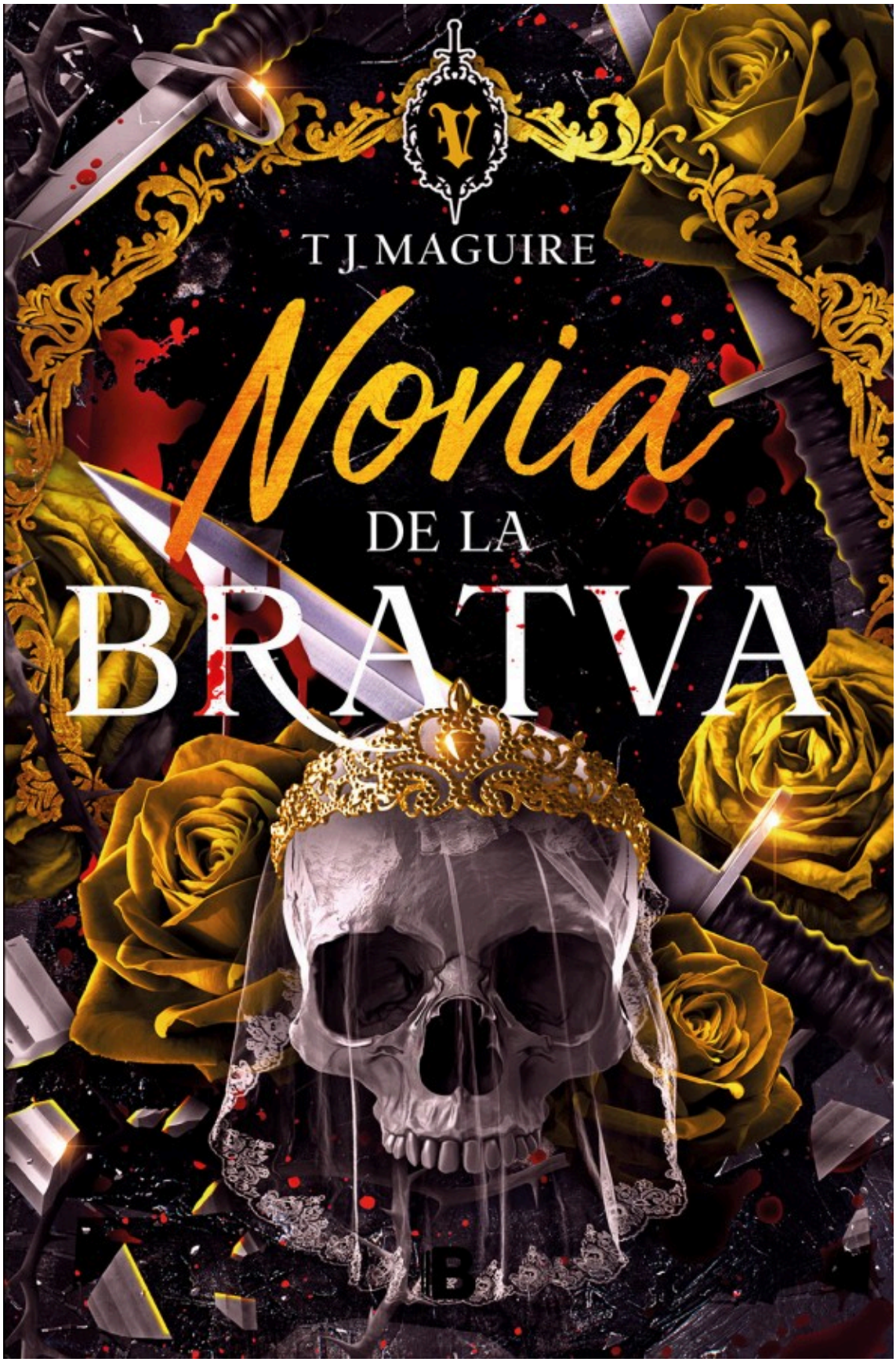

T J MAGUIRE
Novia
DE LA
BRATVA


T J MAGUIRE
Novia
DE LA
BRATVA

Novia de la Bratva

La Bratva, 1

T. J. Maguire

Traducción de Verónica Canales Medina
y Laura Rins Calahorra

Advertencia de contenido

Antes de continuar, ten en cuenta que este libro incluye contenido sensible. Si alguno de los siguientes temas te resulta perturbador, te recomendamos precaución al seguir leyendo:

- Violencia extrema.
- Escenas sexuales explícitas.
- Lenguaje soez.
- Estrangulamiento.
- Asesinato/muerte.
- Referencias a abusos sexuales.
- Tortura.

1

ILLAYANA VOLKOVA



—¡Illayana Volkova! ¡Saca el culo de la cama ahora mismo! ¡Ya! —tronó una voz grave procedente del exterior de mi dormitorio.

Justo después se oyeron tres fuertes porrazos contra la puerta que hicieron temblar las paredes.

Me incorporé de golpe, con el pelo alborotado y las mantas enredadas en las piernas, y me llevé una mano a la frente al tiempo que cerraba los ojos y soltaba un gruñido.

«Joder, es demasiado temprano para esto».

Un nuevo golpe en la puerta de mi cuarto me sacó de sopetón del atontamiento y abrí los ojos de inmediato. El calor de un cuerpo junto al mío me hizo salir de un salto de la cama.

«Ay, joder».

Ahí mismo, tumbado en el centro del colchón, estaba… Joder, ¿cómo se llamaba? Mi «rollo de una noche». Vamos a llamarlo así.

Después de una noche de puta madre en uno de nuestros clubes nocturnos, el Distoria, donde celebré que cumplía los veintiuno con unos cuantos de mis mejores amigos, debí de llegar a casa dando tumbos y con el chico.

«¿Cómo coño conseguí colarlo por delante de los guardias de la puerta principal?».

Recorrí con la mirada al hombre que estaba dormido en mi cama. ¿Era solo cosa mía o la noche anterior parecía más guapo?

«Ojos de borracha, Illayana. Lo viste con ojos de borracha».

Feo no era, solo que no era mi tipo habitual. Se le veía esbelto, aunque tirando a flaco. El pelo, castaño con reflejos rubios y largo, le llegaba hasta los hombros. «Uf… ¿Cómo me pudo parecer atractivo?». Tenía la cara redonda y la nariz aplastada, como si le hubieran dado un montón de palazos y no se le hubiera curado bien jamás.

«¿De qué coño iba puesta anoche?».

Bajé la vista para mirarme el cuerpo y me di cuenta de que estaba desnuda.

«Joder».

Crucé corriendo la habitación hasta el armario y arranqué un batín de una percha. Me até el cinturón y volví a la cama justo cuando un nuevo golpe en la puerta retumbó por todo el dormitorio.

—Illayana… —gruñó la voz, que entonces identifiqué como la de mi hermano mayor, Aleksandr.

—¡Espera un segundo! —contesté gritando al tiempo que cogía el móvil.

Marqué a toda prisa el número de mi mejor amiga, Tatiana. Contestó tras el quinto tono de llamada.

—Será mejor que tengas una razón cojonuda para llamarme tan temprano —refunfuñó con la voz pastosa por el sueño.

—Tía, ¿pero qué coño ha pasado? ¿Me dejaste traer un tío a casa anoche? ¿Estás loca o qué? —gruñí tapando el móvil con la mano.

—Hala, qué zorra. Yo no te dejé hacer nada. Intenté detenerte. Me dijiste, y cito palabras textuales: «Si quiero echar un polvo, nadie va a detenerme». Luego saliste dando tumbos, llevándote a ese tío a rastras. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Enfrentarme a ti?

—Eso habría sido preferible, sí. ¡Mi padre va a volverse loco en cuanto se entere!

—Pues no se lo digas. ¡Obviamente!

Si hubiera podido darle una bofetada, lo habría hecho. Por supuesto, no era culpa suya: yo debería haber tenido el sentido común suficiente para no llevarme a ese chico a casa. Pero, con todo, Tatiana era la que había permanecido sobria, la CD —conductora designada—, no yo. Debería haber contado con las neuronas activas suficientes para darse cuenta del error tan garrafal que supondría aquello.

—¿Y cómo coño se supone que se lo voy a ocultar?

—Ni idea, piénsalo y me llamas luego. Yo me vuelvo a la cama.

—Tatiana, ni se te ocu…

Colgó.

«Menuda perra».

Había sido mi mejor amiga desde que tengo memoria. Al crecer en la Bratva, hacer amigos podía ser difícil excepto con niños que pertenecieran al mismo mundo; por suerte para mí, era el caso de

Tatiana. Su padre llevaba más de veinte años trabajando para el mío, incluso desde antes de que nos trasladásemos a Estados Unidos. Como uno de los consejeros del jefe, siempre estaba presente y llevaba a su hija consigo. Tatiana y yo congeniamos enseguida. Dicho sin rodeos: ambas estábamos como una puta cabra y a las dos nos encantaba liarla, incluso cuando éramos niñas.

El tío seguía profundamente dormido en mi cama, desnudo de cintura para arriba y con la parte de abajo apenas cubierta por la sábana. Dejé el móvil en la mesita de noche, levanté un pie y le di una patada en la pierna para despertarlo.

—¡Eh! —le grité al tiempo que volvía a darle.

Soltó un gruñido, se volvió en mi dirección y abrió los ojos.

«Aaah. Ahora todo tiene sentido».

Tenía uno azul y el otro marrón; una bomba sexual. Y estaba totalmente empalmado.

Parpadeó un par de veces antes de centrar su mirada en mí.

—Si valoras tu vida, levántate y salta por la ventana —dije señalando el enorme ventanal situado a mi derecha.

Mi habitación se encontraba en el tercer piso, por lo que no sería una caída agradable. Pero, siendo sincera, sabiendo lo que le esperaba si mi padre se enteraba de que estaba allí, yo en su lugar hubiera preferido saltar.

—¿Qué? —preguntó con la voz ronca y pastosa por el sueño.

Un fuerte golpe seguido de una retahíla de insultos en ruso hizo que Ojazos saliera de la cama en pelota picada. Alguien abrió de una patada la puerta de mi dormitorio y la fuerza del impacto hizo que se estampara contra la pared.

Lo siguiente que vi fue a mi hermano Aleksandr entrar con todo

su esplendor de dos metros de altura.

Era un tío enorme, tenía la complexión de un luchador de lucha libre profesional y era lo bastante alto para tener que agachar la cabeza cada vez que pasaba por una puñetera puerta. Era el orgullo de mi padre, el próximo Volkov que ascendería al trono y perpetuaría nuestro legado. Tenía el mundo entero al alcance de la mano. Por si fuera poco, era guapo y él lo sabía, vaya que si lo sabía. Llevaba el pelo negro corto y pulcramente peinado. Su mandíbula marcada siempre le hacía triunfar con las chicas, tanto como sus ojos, de un azul intenso y mirada penetrante.

Aleksandr entró como si fuera el puto dueño del lugar y se detuvo justo delante de mí. Nos miró alternativamente a Ojazos y a mí, y otra vez a Ojazos, con su ceño fruncido tan característico. La intensidad de su presencia abarcaba el espacio de mi dormitorio, casi hasta el punto de sentirme asfixiada por su masculinidad pura y dura.

Ojazos empezó a sentirse incómodo ante la mirada penetrante de mi hermano y se removió en el sitio, cambiando el peso de un pie a otro. Agachó la cabeza con gesto de sumisión, con la polla colgando flácida entre las piernas y los brazos pegados a ambos lados del cuerpo.

Aleksandr se giró por completo y me clavó la mirada.

—¿De verdad, Illayana? —me preguntó, enfadado.

Aunque yo medía un metro ochenta y ocho, tuve que levantar la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—¿Qué pasa? —repliqué con expresión de inocencia. «Piensa en algo para distraerlo»—. ¿Se te ha olvidado que hoy es mi cumpleaños?

Aleksandr entrecerró los ojos y me miró con el ceño fruncido, para centrarse luego en Ojazos.

Anda, qué gracia: sí que se había olvidado. Pues pensaba usarlo en mi provecho.

—¡No me lo puedo creer, sí que se te ha olvidado! —lo reprendí clavándole un dedo en el pecho—. ¡Mi propio hermano se ha olvidado de mi cumpleaños! ¡Qué dolor! —grité de forma muy exagerada y me llevé el dorso de la mano a la frente al tiempo que me tambaleaba como si estuviera a punto de desmayarme.

Mi hermano se quedó mirándome con una expresión que irradiaba enfado por la situación en general.

—¿Qué quieres, Illayana?

Ah, mi temible hermano feroz me conocía muy bien. Era obvio que me importaba una mierda que se hubiera olvidado de mi cumpleaños, pero sabía que podía jugar esa carta para conseguir lo que quisiera. Y él también era consciente. Digamos simplemente que no era la primera vez que lo hacía.

—¿Por qué no pasamos de regalos este año y, en lugar de eso, me ayudas con este pequeño problemilla que tengo? —dije, de manera para nada sutil, señalando con el pulgar a Ojazos.

Aleksandr cerró los ojos e inspiró profundamente, como si necesitara unos segundos para recuperarse antes de mirarme de nuevo. Se volvió y empezó a dirigirse hacia el hombre desnudo que había en mi habitación.

Ojazos levantó la cabeza de golpe y empezó a retroceder con las manos levantadas como gesto de rendición.

—¿Qué cojones está pasando? —gritó sin dejar de apartarse.

Golpeó con las piernas el borde de la cama y Aleksandr le posó

una mano en el hombro para obligarlo a sentarse.

Sin dudarlo, mi hermano sacó su pistola del bolsillo de la chaqueta y le dio un golpe con la culata en mitad de la frente.

El tío emitió un sonoro «glups» justo antes de caer de espaldas sobre el colchón, inconsciente.

—Me lo llevo al foso y nos encargaremos de él más tarde —dijo Aleksandr mientras levantaba el cuerpo laxo y se lo echaba al hombro—. Date prisa y arréglate. ¿O no te acuerdas de que padre ha convocado una reunión para esta mañana?

—¡Ay, coño! —grité, y salí pitando hacia mi armario.

—«Ay, coño» es la reacción adecuada —masculló Aleksandr mientras salía por la puerta.

Lo ignoré, preparé mi ropa a todo correr —unos sencillos vaqueros negros y un top de tirantes del mismo color— y entré disparada a mi baño en suite. Después de pegarme una ducha rápida, me vestí y bajé la escalera.

Nuestra casa —aunque mucha gente se referiría a ella como una mansión— se encontraba en un terreno de centenas de hectáreas. Toda la propiedad estaba vallada y bajo vigilancia las veinticuatro horas, a cargo de los hombres de mi padre. Era todo lo ostentosa que uno podría imaginar para un jefe de la Bratva; una estructura victoriana de tres plantas que hacía honor a su estilo. Con sus torres y torretas, los porches que la rodeaban en su totalidad, sus barandillas decorativas y su fachada de piedra, nuestra casa era tal y como mi madre siempre había deseado.

Intenté centrarme mientras bajaba por la escalinata circular. El día anterior mi padre nos había dicho que quería que nos reuniéramos por la mañana para algo importante. Como era de

imaginar, yo casi no presté atención porque estaba preparándome mentalmente para ponerme hasta el culo esa misma noche.

Así que estaba pagando por ello.

No tenía ni idea de cuál era el tema de la reunión y recé para que mi padre no nos lo hubiera dicho. De no ser así, me tocaría subirme al cuadrilátero para un par de asaltos contra él.

De niños, mis hermanos y yo nos pasábamos la vida peleando y compitiendo por todo. Desde gritos hasta peleas a puñetazo limpio; discutíamos hasta por la más mínima tontería. Por no mencionar las bromas pesadas que nos gastábamos a todas horas y que a veces se nos iban de las manos.

En una ocasión, Lukyan y yo decidimos que Aleksandr necesitaba relajarse un poco, así que aderezamos su vodka con Rohypnol, más comúnmente conocido como *roofie*. En cuanto se desmayó, lo atamos y lo dejamos en uno de nuestros clubes de estriptis.

Se despertó cabreado y desorientado, sin tener ni idea de cómo había acabado en el club, y con una sencilla nota pegada con celo en el pecho:

Lyubov,

LUKYAN & ILLAYANA

O sea: «Con cariño, Lukyan e Illayana».

Cuando llegó a casa con el papel en la mano, estaba dispuesto a empezar una guerra. En lugar de eso, lo arreglamos como lo hacíamos siempre: en el cuadrilátero. En el momento en que nuestro padre se dio cuenta de que no podía acabar con nuestra costumbre de pelearnos, decidió que tendríamos que aguantar un par de

asaltos contra él —la personificación del mal—, y nunca se dejaba vencer. Daba igual que fuéramos sangre de su sangre: nos noqueaba con tal de ponernos en nuestro sitio.

Al llegar al pie de la escalera, doblé a la izquierda y avancé por el largo pasillo hacia el despacho de mi padre. Me detuve ante una gran puerta de madera, alcé una mano y llamé dos veces.

—Adelante —dijo él con su voz atronadora.

Llevé la mano al pomo y abrí la puerta.

Una nube de olor a tabaco y a alcohol me aturdió. No era sorprendente, aunque fueran las nueve de la mañana. Mi padre estaba sentado tras su gigantesco escritorio de caoba, situado en el centro de la habitación. Iba vestido con su típico traje de Armani de tres piezas; parecía un modelo de la revista *GQ* y no un mafioso ruso de sangre fría.

Llevaba el pelo negro muy limpio y repeinado, con solo un par de canas que empezaban a asomar. Lucía su expresión neutra habitual, propia de un hombre sin preocupaciones. Me clavó sus vívidos ojos azules mientras entraba en el despacho.

Se levantó de su silla y rodeó el escritorio para dirigirse hacia mí.

—*S dnem rozhdeniya, printsessa*.

«Feliz cumpleaños, princesa», dijo en ruso mientras me abrazaba. Me dio un beso en la frente y un rápido apretón antes de soltarme. Luego se sacó un sobre del bolsillo de la americana y me lo entregó.

«Ah, el regalo perfecto. Dinero. Siempre se puede contar con que el bueno de papá esté a la altura cada año».

Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

—*Spasibo, otets* —susurré. «Gracias, padre».

Él se irguió, se arregló la corbata y se alisó el traje con las manos, un gesto claro de que estaba incómodo. Mi padre me quería. No me cabía duda sobre ello, pero no era el mejor demostrándolo, ni demostrando emociones o sentimientos en general.

Lo educaron para ser un tipo duro, para que no mostrara debilidad, para ser el asesino despiadado que se espera de un *pakhan*. Ese tipo de educación lo convirtió en un padre rígido en lugar de en uno cariñoso.

Regresó a la mesa, se sentó en su sillón de cuero y se sirvió lo que supuse que era su segundo o tercer chupito de vodka. Adentrándome en el despacho, me metí el sobre en el bolsillo trasero del pantalón y eché un vistazo a mi alrededor.

Lukyan estaba sentado en un sillón frente a la mesa de nuestro padre, recostado contra el respaldo con el tobillo derecho apoyado tranquilamente sobre la rodilla izquierda. Tenía un grueso puro marrón en la boca y un vaso medio lleno de vodka en la mano. Era el más joven de mis hermanos, todos varones, y, sin duda, se comportaba como tal. La actitud despreocupada y de «me importa todo una mierda» le rezumaba por todos los poros de la piel. Siempre era el primero en quitarle hierro a cualquier situación negativa con su humor negro y sus horribles chistes, nunca se tomaba nada demasiado en serio y, por lo general, siempre estaba haciendo el payaso. Aunque nos llevábamos solo un par de años; pues él era mayor que yo, nadie lo diría a juzgar por lo infantil que era la mitad del tiempo. Me volvía totalmente loca.

Le dio unas vueltas a su vaso, se lo llevó a los labios y con un par de tragos se bebió lo que quedaba. Lo dejó sobre la mesa de nuestro padre, se levantó deprisa y se encaminó hacia mí.

Era igual de alto que Aleksandr, pero, en lugar de tener la complexión de un puto muro de ladrillos, Lukyan era más bien delgado. Llevaba el pelo negro recogido en un moño bajo, y un par de mechones le caían sobre la cara. Clavó sus ojos azules en los míos y se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Feliz cumpleaños, hermanita —dijo con su nítido acento ruso.

Daba igual el tiempo que llevara viviendo en Las Vegas, su acento nunca cambiaba, su verdadera herencia siempre salía a relucir.

—Gracias, hermano —respondí, y lo rodeé por la cintura con los brazos.

Nikolai emergió de entre las sombras por detrás del escritorio, y tuve que contenerme mucho para no dar un respingo. Mi padre se habría puesto furioso si hubiera visto que no estaba pendiente de mi perímetro.

Mi hermano se acercó y empujó a Lukyan hacia un lado. Me rodeó con sus brazos musculosos y apoyó la barbilla sobre mi coronilla, algo que, con sus dos metros de altura, le resultaba fácil.

—Feliz cumpleaños —susurró antes de soltarme y retroceder a su lugar habitual, apoyado contra la pared.

Si Lukyan era el inconsciente y alocado de la familia, Nikolai era su polo opuesto: callado, inteligente y motivado. Si Nikolai era el cerebro, Lukyan era el dolor de cabeza, el que nos hacía perder la paciencia. Nikolai no solo era increíblemente listo, sino que también era increíblemente fuerte. Solíamos apostar a ver quién ganaría en una pelea entre él y Aleksandr. Una pelea de verdad, no un combate amistoso. Y aparte de nuestro cerebrito tecnológico principal, también era el jefe de seguridad y el responsable de cualquier

asunto relacionado con los seguimientos de vigilancia. Invertía todo su ser en la Bratva y nunca hacía nada para sí mismo. La Bratva era su vida. Su identidad. Vivía y respiraba para ella.

Les di las gracias a ambos y me senté en el sillón situado junto al que Lukyan había ocupado hasta entonces. Mi padre sirvió otro chupito de vodka y me lo pasó. Yo lo levanté y me lo bebí de golpe, sin vacilar. El ardor del líquido mientras me bajaba por la garganta me resultó reconfortante y familiar.

Lukyan ocupó un asiento junto al mío y retomó la postura que tenía antes de mi llegada. Se llevó el puro a la boca e inspiró durante varios segundos seguidos antes de expulsar el humo.

—Bueno, padre, ¿para qué es esta reunión? —preguntó con despreocupación.

Él volvió la cabeza y lo atravesó con la mirada. Pero no dijo nada. Permaneció en silencio total. La única señal de que había oído la pregunta de Lukyan fue que enarcó ligeramente una ceja.

Mi hermano reculó de inmediato.

—No es que te esté exigiendo respuestas ni nada por el estilo —aclaró enseguida, y se irguió en el asiento—. O sea… Solo quería… Ya sabes… Joder —dijo agachando la cabeza.

—«Joder» es una buena forma de decirlo, imbécil —le dije susurrando en su dirección, aunque sabía que mi padre podía oírme.

Nunca se le preguntaba a nuestro padre qué estaba pasando. Él nos lo contaría cuando quisiera, y ni un segundo antes de eso.

—Ya hablaremos de tu insolencia más tarde, Lukyan —dijo con un tono grave y amenazador.

Todo en él era frío y amedrentador. El simple hecho de estar en su presencia te hacía querer hundir la cabeza y salir corriendo de

allí. Era mi padre. Lo quería, lo respetaba, pero también le temía. Habría sido de idiota no hacerlo.

—Empezamos en cuanto vuelva Aleksandr. Y, ahora que lo menciono, ¿dónde está tu hermano? —preguntó mi padre al tiempo que me lanzaba su mirada asesina con una ceja enarcada.

«Ay, joder. Ay, joder. Mantén la calma. Como se entere de que te has traído a un chico a casa, vas derecha al cuadrilátero».

—Vino a despertarme y después dijo que tenía que ir al baño. Tenía una cagalera brutal. Diarrea explosiva —respondí a toda prisa haciendo el gesto de explosión con las manos y añadiendo efectos de sonido—: ¡Bum!

Mi padre permaneció quieto, con expresión impasible, aunque percibí una mueca sutil en sus labios. Intentaba a toda costa no reírse para mantener intacta su imagen de hombre de la mafia rusa.

Se oyeron tres golpes acelerados en la puerta del despacho y cualquier atisbo de diversión desapareció de su rostro tan rápido como se había producido.

—¡Adelante! —bramó.

Aleksandr abrió la puerta y entró. Dedicó un ligero asentimiento con la cabeza a nuestro padre, se dirigió hacia el fondo de la habitación y tomó asiento en un sofá de tres plazas. Se recostó contra el respaldo, estiró los brazos hacia atrás y apoyó un tobillo sobre la rodilla contraria.

Mi padre volvió a centrarse en mí al tiempo que la sala se sumía en el silencio.

—Empecemos.

2

ILLAYANA VOLKOVA



Mi padre levantó su vaso y tomó un largo trago de vodka antes de empezar.

—Nuestros contactos en Nueva York nos han transmitido un mensaje. Alessandro de Luca, jefe de la Cosa Nostra, ha solicitado un encuentro.

Silencio. Silencio profundo y total. Es decir, ¿qué otra reacción esperaba nuestro padre? No ocurría todos los días que una familia italiana intentara establecer contacto para crear algún tipo de alianza con los rusos. No éramos precisamente enemigos, pero tampoco éramos aliados. Coexistíamos. Nosotros nos quedábamos en Las Vegas; ellos, en Nueva York. Fin de la historia. No nos molestábamos los unos a los otros, no nos enfrentábamos, y todo iba perfecto. Así que ¿para qué cambiar las cosas?

Como siempre, Aleksandr fue el primero en romper el silencio. Se inclinó hacia delante y colocó los codos sobre las rodillas con los dedos de las manos entrelazados.

—¿La Cosa Nostra? ¿Están seguros?

—Sí —respondió nuestro padre recostándose en su asiento—. Vincenzo de Luca, hijo de Alessandro, entregó el mensaje en persona para confirmar su autenticidad. Insistió en que la petición era genuina y que de esto saldría un acuerdo que beneficiaría a ambas partes.

—¿Que beneficiaría a ambas partes? —preguntó Lukyan con un resoplido mientras le daba una calada al puro.

El humo ascendió en espiral entre nosotros, su hedor impregnó el ambiente y se nos metió por la nariz.

—¿Qué clase de acuerdo? —prosiguió Aleksandr como si Lukyan no hubiera hablado.

—Vincenzo no entró en detalle. Se limitó a solicitar un encuentro con nosotros en territorio neutral —respondió mi padre—. Nuestros contactos han estado vigilando Nueva York y nos han informado de que se están produciendo auténticas matanzas entre los De Luca y otra familia italiana, los Gambino.

—¿Crees que por eso nos piden un encuentro? ¿Para que los ayudemos a combatir a los Gambino? —pregunté señalando a mi padre con mi vaso inclinado.

Él levantó la enorme botella de vodka y me sirvió un chupito.

—Tiene sentido. ¿Cuál es el motivo de la bronca? —preguntó Lukyan.

—Eso no lo sé —respondió nuestro padre. Echó un vistazo a la habitación, tomándose su tiempo y mirándonos con detenimiento a

todos para asegurarse de que mantenía el contacto visual un par de segundos con cada uno de nosotros antes de seguir hablando—. Pero lo averiguaré, os lo aseguro.

Sus palabras dejaban claras sus intenciones.

—¿Has accedido a reunirte con ellos? —preguntó Aleksandr levantando las cejas.

—Siempre ha habido un acuerdo tácito entre nosotros para mantener las distancias. Si Alessandro se ha puesto en contacto, siento curiosidad por saber el motivo —explicó mi padre con sencillez—. Hace tiempo que todo está muy aburrido por aquí. Quizá un guerra animaría un poco el ambiente —añadió al tiempo que me guiñaba un ojo.

Le devolví el guiño y tomé un sorbo de mi bebida.

—¿Dónde y cuándo? —preguntó Aleksandr.

—Kansas City, mañana. Tú, Maxim y tu hermana me acompañaréis.

—Venga, hombre —gruñó Lukyan, y dio un pisotón contra el suelo. Odiaba perderse las cosas. Era un niñato mimado.

Nuestro padre lo fulminó con la mirada, y se le vio en la cara la ira provocada por la pataleta de mi hermano. Con la mandíbula y los puños apretados, tenía pinta de estar a punto de explotar en cualquier momento.

—A ver, no, ellos son la mejor opción. Cuánta razón tienes, padre. Cuánta razón —añadió Lukyan enseguida agachando la cabeza.

«Lameculos».

Nuestro padre ignoró a Lukyan y abrió el cajón derecho de su

escritorio para sacar varias carpetas. Las tiró sobre la mesa y dejó que quedaran repartidas en todas direcciones.

Lukyan se levantó de un salto, las cogió y nos las fue pasando a cada uno, claramente impaciente por intentar recuperar el favor paterno. Era inútil. Si sentía que no lo respetaban, no había manera de arreglarlo a menos que fuera en el cuadrilátero.

Agarré una carpeta y me aseguré de mofarme con un resoplido lo bastante fuerte para que Lukyan me oyera. Mi hermano entrecerró los ojos, pero permaneció en silencio. Sabía que se encontraba en una situación muy delicada tal como estaban las cosas.

Mientras él se acercaba para darles a Aleksandr y a Nikolai sus carpetas, abrí la mía y me encontré con una foto familiar de los De Luca. Justo en el medio, de pie, estaban quienes supuse que debían de ser el señor y la señora De Luca. Alessandro aparecía alto y orgulloso, sujetándose la corbata con la mano izquierda, como si hubieran hecho la foto mientras se la ajustaba. Tenía el codo derecho doblado unos noventa grados, con el brazo de la señora De Luca enganchado al suyo. Vestía un impecable traje de tres piezas de color gris, claramente confeccionado a medida. Parecía tener entre unos cincuenta y muchos o sesenta y pocos años y llevaba el pelo negro impecable. Su sonrisa de un millón de dólares tal vez engañara a otros, pero a mí no. Podía ver el mal asomar por sus ojos con la claridad de la luz del día: era un hombre manipulador, conspirador y despiadado.

La señora De Luca era lo que me esperaba. Una mujer menuda y frágil, con la piel pálida y el pelo negro y largo. Su rostro redondo y su mirada inocente delataban su esencia: débil, insignificante y dócil.

El único rasgo que destacaba en ella eran sus hipnóticos ojos verdes, del color más intenso que había visto.

Junto a Alessandro había otro hombre un par de centímetros más alto. Su mirada me cautivó de inmediato. «Ni de puta coña». ¡Otro guapo con ojos de distinto color!

Pero… ese tío… Joder, ese tío era mucho más impresionante que Ojazos.

Incluso vestido, se veía que era puro músculo. El traje se le ajustaba en los puntos adecuados, claramente hecho a medida, como el de su padre. Un ligero rastro de tinta le asomaba por el cuello de la camisa. Me moría de curiosidad por descubrir qué ocultaba debajo de toda esa maldita ropa.

Volví a dirigir la mirada hacia su rostro, y, *joder*, estaba para comérselo. Tenía los pómulos marcados, unos labios carnosos y sensuales y la mandíbula tan increíblemente definida que se podría cortar cristal con ella.

Y esos ojos… Dios mío, qué ojos. Uno verde, con un color tan hipnótico como la esmeralda más única del mundo, y el otro de un azul intenso y resplandeciente, como el mar en un caluroso día de verano. Llevaba el pelo negro corto y peinado hacia atrás, con mucho estilo. Debía de tener unos treinta y pocos. No tenía ninguna duda de que era el tío más atractivo que había visto en mi puta vida. Lo único que deseaba era recorrer ese delicioso cuerpo con la lengua y sentir esa poderosa anatomía temblando con mis caricias.

Al lado de la señora De Luca había otro hombre. Era igual de alto que su padre e igual de guapo que su hermano, pero no me cautivó como el espectacular espécimen que había visto antes que a él. Vestía un traje bonito, confeccionado para sentarle como un guante.

Se había peinado el cabello negro en un estilo desenfadado, y sus ojos verde intenso parecían del mismo tono que los de su madre. Tenía los labios curvados hacia arriba dibujando una tímida sonrisa, como si supiera *exactamente* lo guapo que era. Estaba claro que era un ligón.

Sentados en un sofá justo delante de los adultos, había un niño y una niña que debían de tener… ¿unos diez años, quizá? Él iba vestido con traje, a juego con su padre y hermanos, y ella llevaba un vestido blanco y un lazo del mismo color en el pelo.

Daba la impresión de que habían tomado la foto justo mientras discutían, porque la cara del niño se veía arrugada por el enfado y tenía un puñito alzado en dirección a su hermana. La pequeña tampoco parecía mucho más contenta. Tenía un pie levantado en el aire, a punto de pegarle una patada a su hermano.

«Son la hostia de monos».

Tras observar con detenimiento a la familia De Luca, levanté la vista y esperé a que mi padre continuara. Aleksandr, Nikolai y Lukyan estaban analizando la fotografía con la misma atención que yo, como si pudieran obtener toda la información que necesitaban de esa única instantánea.

Nuestro padre se aclaró la garganta para exigir nuestra atención, y todos obedecimos. Levantó la foto por delante de él para que la viéramos bien.

—Alessandro de Luca y su esposa, Isabella de Luca. Junto a él se encuentra su hijo mayor, Arturo, del cual se rumorea que es el segundo al mando. Vincenzo, como estoy seguro que ya habréis adivinado, es el joven que está junto a Isabella. Por lo que he podido averiguar, es el sicario de su padre.

—He oído hablar de Arturo de Luca. Lo llaman Sombra en los bajos fondos —dijo Lukyan—. Por lo visto, Alessandro pagó cinco millones de dólares al año para que estudiara en Suiza bajo la tutela de Elias Huber.

—¿Elias Huber? ¿El que entrena a asesinos? —preguntó Aleksandr, sorprendido.

—El único e inigualable. Arturo estuvo allí desde los trece a los diecisiete años —añadió Lukyan mientras volvía a encender el puro, que se le había apagado—. Bueno, o eso es lo que he oído —finalizó encogiéndose de hombros.

Elias Huber era una leyenda en el mundo criminal. Famoso por sus habilidades como luchador y experto en armas, la gente acudía a él cuando había que deshacerse de alguien, sin importar lo relevante o conocido que fuera el individuo en cuestión. Decían que lo quitaba de en medio de todas formas. No tenía ni una sola mancha en su historial.

—Vincenzo también es bastante famoso. Incluso algunos de nuestros soldados han oído hablar de su brutalidad —dijo Nikolai—. Demyan me contó una vez que había oído que Vincenzo había descubierto a un soplón en la familia. Poco después de eso, encontraron el cuerpo del tipo descuartizado desperdigado por todo Nueva York como advertencia para los demás.

Emití un silbido, grave y largo.

—Joder…, esa es la justicia que a mí me va —comenté sonriendo.

—¡Di que sí! —coincidió Lukyan, y chocó el puño con el mío.

Me reí y volví a centrarme en lo que decía nuestro padre.

—Entonces, ¿vamos a reunirnos mañana? —pregunté intentando volver al asunto.

—*Da* —respondió padre mientras se servía otro chupito más de vodka—. Estad preparados. Os quiero a ambos armados y con los chalecos Kevlar. Dudo que se trate de una emboscada, pero no quiero correr ningún riesgo.

Tanto Aleksandr como yo asentimos.

Mentalmente, yo ya estaba haciendo una lista de todas las armas que me llevaría. Mi navaja automática, mi daga de puño, así como un par de mis cuchillos favoritos y algunos de los arrojadizos. Por supuesto, no podía dejarme mi vieja y fiel pistola Smith and Wesson. Esa preciosidad me había sacado de más de un aprieto. Y una parte de mí esperaba que hubiera pelea. Había pasado mucho tiempo desde que los Volkov habíamos entrado en guerra.

—Nikolai, Lukyan, necesito que vayáis a la Ruleta Rusa para aclarar algunas desavenencias con nuestros grandes apostadores —dijo nuestro padre señalando a mis hermanos mayores.

La Ruleta Rusa era uno de los muchos casinos que nos pertenecían en Las Vegas. También éramos dueños de algunos clubes de estriptis y restaurantes de lujo. Siendo sincera, teníamos suficientes negocios y ganancias para dejar la vida de la mafia y vivir dentro de la legalidad, pero ¿qué tenía eso de divertido?

—¡Sí! —exclamó Lukyan, y sacó su pistola y su cuchillo—. ¿Cómo quieres que nos ocupemos de ello, padre? —preguntó levantando la mano derecha con la pistola y luego la izquierda con el cuchillo.

Él recorrió la superficie de su mesa tamborileando con los dedos mientras apretaba los labios con expresión reflexiva. Señaló con un gesto brusco de la cabeza el cuchillo de Lukyan y sonrió.

—No tengáis prisa, chicos —sugirió riéndose.

Lukyan se puso de pie con elegancia y se abrochó la chaqueta

del traje. Nikolai rodeó la mesa de escritorio y se detuvo a su lado. Ambos se inclinaron ligeramente y se marcharon.

Aleksandr se levantó del sofá y fue a sentarse en el sillón que había ocupado antes nuestro hermano menor. Padre también se levantó y se desplazó para situarse delante de la mesa, apoyado contra ella. Cruzó los brazos a la altura del pecho y me miró fijamente y con dureza.

—Necesitaré que estés especialmente atenta en la reunión de mañana, *doch*. —«Hija». Enarqué una ceja, pero permanecí en silencio. Sabía que todavía no había terminado—. Existe la posibilidad de que nos propongan una alianza matrimonial. Es la única forma de consolidar un acuerdo fiable entre las dos familias. Nosotros valoramos la santidad del matrimonio tanto como los italianos, y ninguno de nosotros deshonraría una unión así.

«Ah. Eso explica por qué quiere que esté mañana». Si proponían una unión, probablemente uno de los hombres De Luca fuera el novio.

—Yo jamás te obligaré a casarte. La elección es tuya y solo tuya —prosiguió mi padre posándome una mano en el hombro—. Pero no te voy a mentir: nos beneficiaríamos mucho de una alianza con los De Luca. Podríamos entrar en el negocio de Nueva York, y la cantidad de dinero y poder que eso supondría haría que nuestra familia se fortaleciera mucho. —Asentí escuchando con atención—. Pero la última palabra es tuya, Illayana. Siempre.

Le sonreí. Era muy poco frecuente ver esa parte de él —la parte cariñosa y atenta—, cuando gran parte de mi vida se había comportado como un mafioso ruso, cabronazo e implacable. Uní mi mano a la suya y se la apreté.

—Siento curiosidad por la guerra entre los De Luca y los Gambino, padre. Estaré atenta mañana y, si al final se trata de una propuesta de matrimonio, sopesaré los pros y los contras antes de tomar una decisión.

Él rio entre dientes y esbozó una sonrisa sutil.

—Ya estamos con las puñeteras listas de pros y contras. A tu madre se le daban bien esas cosas.

Se le pusieron los ojos vidriosos, como si de pronto se hubiera quedado atrapado en el pasado.

Intenté que la mención de mi madre no me diera bajón, sobre todo porque sabía lo mucho que le dolía a mi padre su ausencia.

Los Voznesensky —una familia rusa rival— intentaron destronarnos y quedarse con todo lo que teníamos. Atacaron de forma simultánea nuestra casa, nuestros casinos, clubes de estriptis y restaurantes. Todavía no sabíamos cómo lo consiguieron, pero asaltaron absolutamente todos nuestros negocios confiando en que sería suficiente para derrotarnos.

No fue así. Perdimos a muchísimos hombres buenos y nuestras propiedades sufrieron destrozos, pero, al final, los Volkov prevalecimos. Aunque no todos, por desgracia, pues raptaron, violaron y asesinaron a mi madre.

Tras encontrar su cuerpo, mi padre entró en cólera como yo no lo había visto jamás. Juró hacer justicia, hacer que la familia Voznesensky lo pagara. Les prometió sangre y venganza.

Y fue exactamente lo que les dio.

Le costó un par de meses, pero mi padre atrapó a todos y cada uno de los miembros de los Voznesensky en Estados Unidos, así como a los que se encontraban en Rusia. Los masacró a todos. No

perdonó ni siquiera a las mujeres y a los niños. Mató a todo aquel con el apellido Voznesensky y los borró de la faz de la tierra.

O eso pensó la gente.

Mejor dicho: eso fue lo que mi padre les *permitió* pensar.

Lo cierto era que, incluso cegado por la ira, él jamás habría sido capaz de hacer daño a un niño. Pero no le importaba que la gente *creyera* que lo había hecho, puesto que eso le hacía parecer un monstruo aún más temible y ¿quién querría enfrentarse a un monstruo?

El rumor no tardó en propagarse entre los miembros de la Bratva y por todos los bajos fondos. En ese momento no había nadie que no supiera que si se metían con los Volkov, no solo sufrirían las consecuencias ellos, sino toda su puta familia.

—Sí que se le daban bien —susurré.

Él me miró y se le relajó la expresión. Durante un instante se hizo un silencio total en su despacho. Mi padre, Aleksandr y yo atesorábamos muchos recuerdos de la mujer cuya muerte nos destrozó para siempre.

Nuestro padre sacudió la cabeza enseguida, como si quisiera librarse de esos pensamientos, y recuperó la expresión fría y dura con la que yo lo había visto toda mi vida.

—Tienes que estar lista por la mañana, Illayana —me dijo con dureza señalándome con un dedo—. Nada de tonterías. —Asentí, aunque permanecí callada—. Bien. Ahora vete y disfruta de tu cumpleaños —ordenó agitando una mano en dirección a la puerta para despedirme.

Me levanté del sillón y me incliné hacia delante para darle un

beso en la mejilla. Me volví y le di una palmada a Aleksandr en el hombro.

—Hasta luego, hermano mayor —dije con una sonrisa traviesa.

—Hasta luego, niñata.

3

ILLAYANA VOLKOVA



Después de salir del despacho de mi padre, estaba que no cabía en mí de emoción. La posibilidad de entrar en guerra con otra familia de la mafia hacía que me hormiguearan las manos y se me acelerara el pulso. Había pasado mucho tiempo desde que los Volkov nos habíamos enfrentado a un rival en condiciones.

Tras lo sucedido con los Voznesensky, nadie se atrevía a plantarnos cara, y la verdad era que no los culpaba. Cuando uno se entera de que se han cargado a toda una familia, suele guardar las distancias con las personas responsables.

Pensé en la reunión del día siguiente mientras recorría el largo pasillo. «¿Cómo son los De Luca? ¿Qué quieren exactamente de la Bratva?». Podría tratarse simplemente de una propuesta de negocios. La Cosa Nostra era célebre por el tráfico de drogas,

mientras que la Bratva estaba especializada en el de armas y el blanqueo de dinero.

¿Sería posible que los De Luca solo pretendieran mejorar su armamento de cara a la guerra contra los Gambino? ¿Un simple trueque de drogas a cambio de armas? No soportaba la incertidumbre. Y me pregunté si el tío de los ojazos de dos colores estaría presente.

Al pasar por la cocina, vi a las sirvientas apresurándose para preparar el almuerzo. Apenas les presté atención mientras atravesaba la amplia estancia en dirección a la puerta trasera.

—Illayana, espera.

Me di la vuelta y fruncí el ceño.

—¿Nik? Creía que ibas con Lukyan para negociar con los jugadores.

—Sí, voy —respondió mientras se detenía delante de mí—, pero tenemos que hablar antes. —Echó un vistazo a la sala y se inclinó para que solo yo pudiera oírlo susurrar—. ¿Qué cojones pasó anoche?

—¿A qué te refieres? —pregunté haciéndome la tonta.

Se quedó mirándome sin creerse ni por un segundo que yo no supiera de qué estaba hablando.

—Sabes exactamente a qué me refiero, Illayana. Amenazaste a Sam y a Donat con castrarlos si no te dejaban pasar por la verja de entrada con gilipollas ese que te trajiste del club.

Torcí el gesto.

—Ah, ¿eso hice?

—Pues sí. ¿Cómo se te ocurrió una estupidez así? Sabes que

padre va a ponerse como loco cuando se entere de que dejaste cruzar la puerta a alguien normal.

Mi padre clasificaba a cualquiera que no perteneciera al sindicato del crimen como «normal»: alguien que vivía una vida común y corriente, en lugar de una plagada de violencia y baños de sangre.

—Mira, te voy a ser sincera: casi no recuerdo lo que pasó anoche, Nikolai. Lo siento, ¿vale?

Él negó con la cabeza al tiempo que una expresión de decepción le afloraba en el rostro.

—Tú deshazte de él antes de que padre se entere. Si no, nos jugamos el culo los dos.

Le dediqué un saludo militar.

—Sí, señor.

—Lo digo en serio, Illayana. Ese tío es responsabilidad tuya. Y como no te ocupes de él, vamos a acabar todos en la mierda.

—Vale, vale, yo me encargo. No pongas el grito en el cielo.

—¡Nikolai! ¡Date prisa, venga! —gritó Lukyan desde la entrada de la casa.

Mi hermano entrecerró los ojos y me señaló con un dedo a modo de advertencia antes de volverse, agarrar un plátano de la encimera de la cocina y salir corriendo.

Resoplé. Estaba a punto de tocar el pomo de la puerta corredera que conducía a la terraza cuando alguien con voz grave me llamó. Al darme la vuelta, descubrí al s*ovietnik* de mi padre, Maxim, dirigiéndose hacia mí.

Un *sovietnik* es un consejero, alguien que ayuda al *pakhan* a tomar decisiones y aporta otro punto de vista. Maxim formaba parte

de la Bratva desde que yo tenía uso de razón, y era uno de los hombres más leales de mi padre.

En cuanto se plantó delante de mí recorrí con la mirada su cuerpo robusto, de arriba abajo. Él curvó los labios carnosos en una sonrisa maliciosa que siempre me ponía a mil, y sus ojos marrón chocolate se encendieron por la anticipación.

Maxim y yo teníamos una especie de rollo desde hacía un par de años. Aunque él era un poco mayor que yo… Vale, mucho mayor. Tenía treinta y nueve y había una diferencia de dieciocho años entre ambos, pero me importaba una mierda. Era guapísimo y, mientras él no fuera menor que yo, la edad no me importaba.

—Feliz cumpleaños, señorita Volkova —me dijo con una sutil inclinación y levantando una ceja con aire divertido.

Aunque hacía años que nos tuteábamos, en público él siempre se dirigía a mí como se esperaba. Si mi padre se enterase de que uno de sus hombres —su s*ovietnik*, nada más y nada menos— se había acostado con su hija cuando esta acababa de cumplir los dieciocho, lo mataría. En realidad, cargárselo sería un castigo demasiado rápido. Conociéndolo a él y a su sed de venganza, intuyo que habría hecho sufrir a Maxim durante mucho tiempo antes de permitirle tocar a su fin.

—Maxim —respondí con frialdad y un ligero asentimiento.

Él recorrió la cocina con la mirada, tomando nota de quién estaba por ahí, y después volvió a posar sus ojos marrones en mí. Me miró de arriba abajo y pude notar cómo me desnudaba mentalmente.

—¿Vas al gimnasio? —me preguntó con un timbre seductor en la voz.

El gimnasio era nuestro sitio favorito. Contaba con una zona para

hacer ejercicio diseñada específicamente para mí a la que solo teníamos acceso mis hermanos y yo. Mi padre era un poco sobreprotector a veces y le gustaba asegurarse de tomar todas las precauciones en lo referente a su única hija.

Lo cierto era que *sí* que iba de camino al gimnasio, pero no para hacer el tipo de ejercicio que Maxim tenía en mente.

—Sí —respondí, y acto seguido giré sobre mis talones y salí a la terraza.

El sol de Las Vegas cayó sobre mí en cuanto salí, y el calor no tardó en perlarme la frente de sudor. Odiaba a muerte el puto bochorno. Si hacía un día abrasador y había mucha humedad, más le valía a todo el mundo apartarse de mi camino. Había disparado a más de uno por cabrearme durante un día caluroso.

—¿Quieres compañía? —me preguntó, siguiéndome mientras me dirigía al almacén que estaba a unos metros de la casa, en la parte trasera—. Tengo que darte tu regalo de cumpleaños —dijo guiñando un ojo.

Si conocía a Maxim —y así era— ese «regalo» era su polla.

—Hoy no —dije, cortante—. Tengo una reunión mañana con mi padre y necesito una buena sesión de entrenamiento antes.

Él frenó en seco con una mirada de confusión.

—¿La reunión con los De Luca? ¿Vas?

Su tonito me cabreó bastante y no pude evitar apretar los dientes.

—Sí. Mi padre me lo ha pedido.

—¿Por qué? —preguntó de inmediato; la deriva de sus preguntas me estaba tocando los cojones.

Al haber crecido con tres hermanos autoritarios y un padre que

era el jefe de la Bratva en Estados Unidos, aprendí muy rápido a valerme por mí misma y a no aguantar gilipolleces.

—Porque lo dice él.

«Como si tuviera que darte otra puta razón».

Seguí caminando, un poco impaciente, y él fue pisándome los talones. Yo me callé.

—Pero ¿por qué quiere que vayas *tú*? Si casi nunca asistes a las reuniones. Siempre te mandan con Lukyan a repartir castigos.

Eso era cierto. Yo jamás había tenido especial interés en las reuniones que mi padre organizaba con otras familias o con bandas de Las Vegas. Prefería salir con mis hermanos a hacer cumplir las órdenes de nuestro padre. Ahí estaba la verdadera marcha.

Me planteé si contarle o no las sospechas de mi padre sobre la posibilidad de un matrimonio. ¿Cómo reaccionaría? Siempre se había mostrado un poco posesivo conmigo. ¿Perdería la cabeza? Dios, esperaba que no. No quería tener que lidiar con sus celos de mierda.

Al final decidí mantener la boca cerrada. Si mi padre hubiera querido que lo supiera, se lo habría dicho él mismo.

—No cuestiono las órdenes de mi padre, y tú tampoco deberías hacerlo —dije con tono seco para poner punto final a la conversación.

Por fin vi el almacén y me di la vuelta para encararme con él, que estaba a escasos metros de mí.

—Yo no estoy cuestionando nada —dijo enseguida—. Lo que pasa es que no entiendo por qué te quiere *a ti* allí.

La rabia que me provocaron sus palabras me recorrió todo el cuerpo. «Pero… ¿este se cree que no soy lo bastante importante para reunirme con los De Luca? ¿Que no soy lo bastante fuerte para

gestionarlo?». Cerré los ojos y coloqué los puños a ambos lados del cuerpo. Inspiré con fuerza para relajarme, volví a abrir los ojos y vi a Maxim mirándome intensamente.

—¿Qué pasa? —me preguntó ladeando la cabeza.

Negué con la cabeza en lugar de responderle y me di la vuelta para dirigirme hacia el gimnasio.

—Voy a entrenar —dije justo antes de agarrar el pomo—. No me sigas.

Entré y cerré con un portazo.

Maxim siempre había sido así. Siempre había cuestionado mi papel en la Bratva. No sabía si porque pensaba que yo era incapaz de hacer lo necesario o porque no quería que corriera peligro. En cualquier caso, debía meterse en sus putos asuntos. Quizá yo había permitido que lo que estaba pasando entre nosotros llegara demasiado lejos.

Palpé la pared que estaba junto a la puerta. En cuanto localicé el interruptor, lo pulsé. La sala se iluminó de inmediato a medida que la luz iba inundando todo el almacén. Era un espacio amplio —de casi cinco mil metros cuadrados— con un techo alto de chapa y suelo de hormigón. Había colchonetas de gimnasio colocadas de manera estratégica por todo el recinto e innumerables juegos de pesas apilados al azar por la sala.

Entré y me dirigí hacia el fondo de la nave. Abrí la puerta, encendí la luz y accedí. Aquel era mi lugar seguro, el único sitio donde podía tranquilizarme y permitirme estar relajada de verdad.

Hacía gimnasia desde pequeña. Aparte de los trabajos que llevaba a cabo para la Bratva, la gimnasia deportiva era mi auténtica pasión. Si no hubiera nacido en el seno de la mafia, sabía que habría

sido gimnasta profesional. No podía describir la felicidad que me recorría cuando volaba por los aires, girando e impulsándome hasta aterrizar de nuevo en el suelo con una facilidad total. Me invadían el orgullo y la satisfacción. Era una sensación verdaderamente maravillosa.

Cuando mi madre descubrió mi amor hacia el deporte, me construyó mi propio centro de entrenamiento, totalmente equipado con el mejor material del mercado.

Fui directamente al gran espacio abierto, dispuesta a soltar las riendas y empezar a volar. Dispuesta a que mi mente se callara y a que mi cuerpo tomara el control.

Me coloqué justo en el centro de la gran colchoneta azul, con los pies bien plantados en el suelo y las manos a ambos lados del cuerpo. Hice crujir el cuello y sacudí las manos al tiempo que saltaba sin moverme del sitio. Saqué el móvil del bolsillo trasero, lo conecté a los altavoces por Bluetooth y abrí Spotify. La música empezó a retumbar enseguida por toda la sala. Las paredes casi se estremecían por la vibración, pero me daba igual. Cuanto más alta, mejor. Solo quería acallar mis pensamientos y centrarme en la tarea que tenía por delante.

Lancé el móvil a un lado y me impulsé hacia delante para encadenar una serie ininterrumpida de volteretas que me condujeron al final de la colchoneta. Luego di una más con giro completo para acabar aterrizando de pie con firmeza. Sin perder el ritmo, impulsé el cuerpo hacia atrás, en dirección al centro de la colchoneta, y terminé con una vertical sobre las manos, con el cuerpo completamente recto y los dedos de los pies apuntando hacia el techo. Esperé cinco segundos en esa posición, inmóvil. Después,

empecé a desplazar lentamente las manos para volver por donde había venido. Tras avanzar así unos metros, arqueé el cuerpo hacia atrás, hice otra voltereta en el aire y aterricé de nuevo de pie. Luego giré sobre mí misma y repetí todo el ejercicio.

Durante horas y horas, forcé mi cuerpo hasta casi el límite. Giré, volé y contorsioné mi anatomía en todas las direcciones posibles, trabajando para conseguir que adquiriese la máxima flexibilidad. Cuando terminé, me quedé tumbada boca arriba en medio de la colchoneta, jadeando y con toda la piel empapada de sudor. Me dolían los músculos de una forma increíble, pero no pude evitar esbozar una sonrisa. Había sido una buena sesión.

Unos aplausos lentos me sacaron de mi ensimismamiento, y recorrí la sala con la mirada en un intento de localizar la procedencia del ruido. Mi hermano Lukyan estaba allí, apoyado contra la pared del fondo, con una mueca burlona mientras aplaudía.

—¿Qué coño quieres? —gruñí cerrando los ojos.

Pero él no me respondió. Llegué a pensar que se había ido, pero entonces oí cómo su enorme cuerpo caía junto al mío. Me volví y vi su cara.

—¿Qué haces? —me preguntó tumbándose de lado para mirarme a la cara, con la cabeza apoyada en una mano.

No pude evitar esbozar una sonrisa de suficiencia.

—Nada, pensar —respondí, y miré al techo—. ¿Cómo ha ido en el casino? —pregunté.

A decir verdad, estaba un poco molesta por no haber podido ir. Por lo general, éramos Lukyan y yo quienes nos encargábamos de los clientes. A veces la gente se pasaba de la raya, ya fuera contestando mal a alguien a quien no debían o negándose a pagar

sus deudas, y ahí era donde entrábamos nosotros. Como sicarios de nuestro padre, nuestra misión era meter a la gente en cintura.

Mi hermano sacó un cuchillo de la funda que llevaba colgada de la cadera y lo levantó en alto. Todavía estaba manchado de sangre.

—No ha sido tan divertido como a mí me habría gustado, pero no ha estado mal —dijo. Yo asentí y me quedé callada. Al cabo de un momento, Lukyan suspiró—. Estás de morros porque me he quedado yo con toda la diversión, ¿verdad?

Aunque no le estaba mirando, supe que el muy mamón estaba sonriendo.

—Que te den —mascullé.

Él se levantó rápidamente y me tendió la mano. La acepté y me impulsé para ponerme de pie.

—Vamos —me dijo, haciéndome un gesto mientras me llevaba de nuevo hacia la zona de entrenamiento.

—¿Adónde? —pregunté mientras lo seguía de mala gana.

A decir verdad, estaba cansada, de mal humor y me dolían todos los músculos por el entrenamiento. Lo único que quería era darme un buen baño caliente y beber algo de vodka. Quizá incluso fumarme un porro. No, *definitivamente* fumarme un porro.

—Todavía no te he dado tu regalito —respondió Lukyan esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

Me recorrió un oleada de emoción y todas las demás sensaciones desaparecieron. Me encantaban los regalos, y él siempre hacía los mejores.

Toda la vida me había llevado mejor con Lukyan que con Aleksandr y Nikolai. No sabía si era porque solo era dos años mayor

que yo o porque teníamos la misma extraña personalidad. Fuera como fuese, era mi hermano favorito.

Me llevó hasta la gran puerta de acero ubicada en el fondo del almacén. Al lado derecho se encontraba un pequeño escáner de huella dactilar, y un poco más arriba, una delgada cámara negra grababa cualquier movimiento en un radio de tres metros alrededor de la entrada.

Lukyan colocó el índice de la mano derecha sobre el escáner, la luz roja de debajo se tornó verde y la puerta se abrió de golpe. Una larga escalera de madera descendía hasta el sótano, oscuro como la boca de un lobo. Él se puso al frente y bajó los escalones con ligereza. Yo lo seguí y me aseguré de cerrar bien la puerta tras de mí.

En cuanto llegamos abajo del todo, mi hermano pulsó un interruptor y todo el pasillo se iluminó. Me guio por el pasadizo y dejamos atrás varias puertas cerradas hasta acercarnos a la que él quería. La abrió, hizo un gesto de invitación con la mano por delante de él y realizó una pequeña reverencia con expresión juguetona en el rostro.

—Tu regalo te espera, princesa.

Me quedé mirándolo fijamente.

—No me llames así. Sabes que lo odio.

—Venga ya, los dos sabemos que eres la favorita de padre. Su princesita —se burló Lukyan, y yo le planté un codazo en las costillas al pasar a su lado para entrar en la habitación.

Asimilé la escena que tenía delante. La estancia estaba vacía salvo por el hombre colgado del techo, que tenía las manos atadas por una cadena gruesa sujeta a una viga. Apenas tocaba el suelo

con los pies y se balanceaba ligeramente en el aire. Estaba totalmente desnudo y ya tenía varios cortes y moratones por todo el cuerpo. Su sangre goteaba en el suelo e iba cayendo hacia el sumidero del centro de la sala.

Lukyan se acercó caminando al hombre, lo agarró por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Le dio varias bofetadas para intentar despertarlo.

—¡Buenos días por la mañana! —dijo canturreando, y le dio un par de guantazos más para espabilarlo.

El tipo emitió un gruñido.

Lukyan lo soltó y lo obligó a volver la cara hacia mí con una sonrisa malvada.

—¿A que es el mejor regalo de cumpleaños que te han hecho en tu vida?

Sonreí.

—¿Quién es? —pregunté al tiempo que avanzaba y caminaba alrededor de él como si fuera mi presa.

Le recorrí el cuerpo con la mirada en busca de todos los puntos vitales débiles.

—Es miembro de no sé qué banda callejera. Lo pillaron metiéndole mano a nuestras chicas del Strip —respondió Lukyan, dejándome espacio.

Por si no resulta evidente, Strip era el nombre de uno de nuestros clubes de estriptis en una de las peores zonas de la ciudad. De vez en cuando, algunas bandas se pasaban por allí para disfrutar de ciertos servicios.

—¿Lista para divertirte? —preguntó Lukyan al tiempo que se recogía la larga melena en un moño bajo.

Le brillaban los ojos de emoción.

Me dirigí lentamente hacia mi hermano y levanté una mano. Lukyan cogió su cuchillo y me lo entregó. Era una pequeña daga con el mango de cuero negro, con las iniciales L. V. grabadas en la hoja.

Pasé el pulgar por el filo y observé cómo me caía la sangre en la mano. Me di la vuelta y me encaminé hacia mi regalo, con el pulso acelerado por la anticipación.

Miré fijamente a Lukyan y, cuando levanté la hoja, me afloró una sonrisa a los labios.

—¿Por dónde deberíamos empezar?

4

ILLAYANA VOLKOVA



Me desperté muy temprano, a las seis de la mañana. No pude evitarlo. Estaba demasiado emocionada por el día que me aguardaba.

La noche anterior me había pasado horas buscando toda la información disponible sobre la familia De Luca, y cada uno de los detalles que logré averiguar me daba vueltas en la cabeza.

Por ejemplo, sabía que a Vincenzo de Luca se le conocía en todo Nueva York como el mayor mujeriego de la ciudad. Nunca había tenido una novia de verdad. En cada foto en internet y en sus redes llevaba del brazo a una mujer distinta. Su cara aparecía continuamente en toda la prensa sensacionalista con artículos sobre las hazañas estúpidas y temerarias que llevaba a cabo. Era fácil entender cómo se había ganado la reputación de tío despreocupado

y pasota. Pero tenía otra faceta…, oscura y brutal. Se decía que le *encantaba* ensuciarse las manos. Era el vengador oficial de la Cosa Nostra, el que infligía dolor a aquellos que lo merecían. Y podía ser bastante creativo al respecto.

Su hermano Arturo era, al parecer, la cara conocida del clan. Y menuda cara. Ostentaba el cargo de director ejecutivo en varias empresas de Nueva York y tenía fama de ser un gran tiburón de los negocios. Era salvaje y letal, y no le gustaba que le llevaran la contraria. Cuando quería algo, lo conseguía, aunque para ello tuviera que pisotear a otros. A pesar de que no corrían muchos rumores sobre él en la calle, yo tenía el pálpito de que era más peligroso incluso que Vincenzo. Había algo en él, algo que acechaba detrás de esos preciosos ojos dispares, que prometía peligro.

Mientras la información sobre los De Luca flotaba en mi cerebro, empecé a prepararme para empezar el día. Salté de la cama y me dirigí al cuarto de baño para darme una ducha rápida. Cuando hube acabado, me vestí con la ropa que me había dejado preparada la noche anterior y me peiné y maquillé como lo hacía habitualmente.

De pie frente al espejo de cuerpo entero, me detuve a examinar mi aspecto. Llevaba puesto uno de mis conjuntos de trabajo favoritos: una blusa negra de manga larga que me ceñía el pecho como una segunda piel, a juego con una falda de tubo hasta la rodilla que resaltaba todas mis curvas. Me había calzado mis tacones Louboutin negros preferidos, que elevaban mi estatura unos pocos centímetros. El pelo largo y moreno me caía suelto por la espalda hasta justo encima de la cintura.

Mantuve mi maquillaje natural, con tan solo un poco de sombra

de ojos, delineador y colorete, y me pinté los labios de color rojo brillante.

Tras abrocharme una cartuchera al pecho, guardé en las fundas dos pistolas semiautomáticas con el cargador lleno. Me abroché otra cartuchera a la cintura y dentro guardé mi navaja automática. A continuación, abrí el armario y saqué un elegante abrigo negro a juego con mi ropa que, una vez puesto, ocultó las armas que llevaba encima. Tras embutir en el abrigo unos cuantos cuchillos más, estuve lista para salir.

Sonó el teléfono. Fruncí el ceño y descolgué.

—¿Diga? —respondí.

—i¿Piensas reunirte hoy con los De Luca?! i¿Por qué no me lo habías dicho?! —vociferó Tatiana.

Tuve que apartarme el teléfono de la oreja de lo mucho que gritaba.

—¿Quién te lo ha contado?

—¡Da igual! ¿Es verdad?

—Sí, es verdad. Se pusieron en contacto con nosotros para pedirnos una reunión.

—¡Ay, Dios! ¡Qué suerte tienes, zorra! ¡¿Sabes lo buenos que están los hermanos De Luca?! ¡Están buenos nivel: azótame y fóllame hasta que no sienta las piernas!

Puse los ojos en blanco.

—Cálmate. No es para tanto —mentí descaradamente. Eran guapísimos—. ¿Y tú cómo sabes quiénes son?

—¿Hola? Son dos de los solteros más codiciados de Nueva York. ¿Quién no los conoce? Uf, ahora mismo te tengo tanta envidia que te daría una patada.

Me eché a reír.

—¿Gracias? Bueno, tengo que irme. Pronto saldremos para reunirnos con ellos.

—¡Haz fotos! —gritó.

—¿Fotos? ¿Lo dices en serio? No puedo ponerme a hacerles fotos en mitad de una reunión.

—¡Sí, sí que puedes! Disimula y ya. Venga, que necesito material para mis fantasías.

—Tía, ¡que no van a ir desnudos!

—No pasa nada. Están tan buenos que no es necesario. Tú hazles unas cuantas fotos para mí.

—Lo intentaré.

—¡Más te vale!

Colgué a la vez que sacudía la cabeza.

Estaba como una puta cabra.

Salí del dormitorio y bajé sin darle más vueltas al asunto. Sabía que si me quedaba allí sin hacer nada, empezaría a comerme el coco y me pondría nerviosa.

En cuanto llegué al vestíbulo, vi a Aleksandr esperando junto a la puerta de entrada, vestido con un traje negro que parecía hecho a medida para su figura grande y musculosa. Llevaba el pelo moreno corto y bien peinado, y tenía los ojos azules entornados por la concentración. No vi que llevara armas, pero sabía que iba bien equipado.

Lo único que se oía era el taconeo de mis zapatos al acercarme a él. Extendió el brazo para chocar el puño con el mío cuando me situé a su lado. Solo tuvimos que esperar unos minutos antes de que la puerta del despacho de nuestro padre se abriera.

Al recorrer el pasillo en dirección a nosotros, flanqueado por cuatro de sus hombres, mi padre tenía el aspecto amenazador que correspondía al *pakhan*. Su cara imperturbable no traslucía emoción alguna. Se movía con elegancia y de manera silenciosa mientras avanzaba por el suelo de mármol. Llevaba un traje estiloso de tres piezas de Armani acompañado de una corbata gris y un pañuelo de bolsillo a juego.

No pronunció palabra cuando Aleksandr le abrió la puerta. Se limitó a salir, y nosotros lo seguimos de cerca en dirección al Range Rover negro aparcado frente a la casa.

Maxim estaba apostado junto al coche, con los pies plantados firmemente en el suelo y las manos entrelazadas a la espalda.

—Jefe —dijo con voz grave, y abrió la puerta trasera del vehículo.

Mi padre lo saludó con una leve inclinación de cabeza y ocupó el asiento de atrás. Maxim me tendió la mano y me ayudó a entrar en el coche, y Aleksandr me siguió inmediatamente después. El s*ovietnik* ocupó el asiento del acompañante y otro de los hombres de mi padre se situó frente al volante.

—Vamos —le ordenó Maxim al chófer con brusquedad—. El helicóptero está esperando.

El chófer asintió, puso en marcha el motor y enfiló el camino de tierra que partía de la casa. Una vez en el acceso principal de la finca, la gran puerta de hierro forjado se abrió y nos permitió salir.

Después de un breve recorrido, llegamos a campo abierto, donde nos esperaba nuestro helicóptero MD 500. La aeronave, sustentada por palas giratorias, estaba lista para partir, y el viento se colaba entre las hélices, que cortaban el aire.

Salimos del coche a toda prisa y nos dirigimos al vehículo. No era

la primera vez que viajábamos en él, y todos sabíamos bien qué hacer.

Asegurándome de mantener la cabeza agachada, salté al interior de la aeronave de color negro y me puse inmediatamente el cinturón de seguridad. Tras colocarme los auriculares y comprobar que tenía el cinturón bien abrochado, miré a Aleksandr y este ocupó el asiento libre que había a mi lado. Me dedicó un guiño rápido mientras se colocaba también los auriculares.

Mi padre se sentó delante, y Maxim se acomodó a su lado. Cuando le hizo una señal al piloto, el helicóptero se elevó sin problemas.

Me eché hacia atrás en el asiento y cerré los ojos mientras repasaba mentalmente una vez más todo lo que sabía de los De Luca.

Noté que el teléfono vibraba dentro del bolsillo de mi abrigo y me apresuré a sacarlo y leer el mensaje de texto de Maxim.

> No estés nerviosa, nena.
> Yo te mantendré a salvo 😉

Alcé la mirada para encontrarme con sus ojos oscuros. Tenía el teléfono en la mano y una sonrisa maliciosa.

Fruncí el ceño y me volví hacia la ventanilla. Ese hombre sabía lo mucho que detestaba que me llamaran «nena». Además, odiaba que me tratara de esa forma. No era ninguna niña, joder, y tampoco era débil. No necesitaba protección. Mi padre me había enseñado a defenderme sola.

Pero Maxim no iba a parar de cruzar los límites. Yo había permitido que nuestro acuerdo durara demasiado y era evidente que

se tomaba unas confianzas a las cuales no tenía derecho. Y aunque hubiera deseado estar con él, lo cual no era cierto, sería una relación imposible. Mi padre nunca lo permitiría.

De repente, me asaltó una idea y, sin siquiera planteármelo, levanté la mano, apreté el botón lateral de mis auriculares y dije:

—Si accedo a casarme con un De Luca, ¿qué pedirás a cambio, padre?

Mi voz interrumpió sus pensamientos, y tres pares de ojos se posaron sobre mí.

Maxim tenía una cara de absoluto desconcierto que en cuestión de segundos se transformó en enfado.

—¿Casarte? ¿Por qué ibas a *casarte* con un De Luca? —preguntó excesivamente airado.

Aleksandr arqueó una ceja al ver su reacción y yo lo abofeteé mentalmente por idiota. Si no se andaba con más cuidado, nos pillarían en menos de lo que canta un gallo. Mi única pretensión era martirizar un poco a ese imbécil, no destapar lo nuestro.

Mi padre me estaba mirando con los ojos brillantes de emoción.

—Expandir el negocio —respondió, y esbozó una sonrisa ladeada.

Maxim nos miraba alternativamente, como si no pudiera creer que estuviésemos manteniendo esa conversación. Irradiaba tanta ira que sentí cómo esta trepaba por mi ser y se me pegaba a la piel.

Estaba cabreado.

—Los italianos nunca darán el visto bueno —dijo Maxim con frialdad, y se giró para mirar por la ventanilla—. Son tradicionales hasta la médula y jamás se casan con nadie que no pertenezca a la *famiglia*.

Era cierto. Los italianos tenían fama de casarse únicamente con

otros italianos. Yo no sabía de ninguna boda entre miembros de la Cosa Nostra y la Bratva, pero eso no significaba que no fuese posible.

La voz profunda de Aleksandr sonó alto y claro:

—¿De verdad quieres casarte, *sestra*?

«Hermana».

Me volví para mirarlo. Tenía una sonrisa de suficiencia y cierto brillo juguetón en la mirada.

—No sería la peor propuesta del mundo, hermano —repuse, guiñándole un ojo—. ¿Yo, casada con el futuro jefe de la Cosa Nostra? ¡Quién sabe lo mucho que podría llegar a divertirme!

Porque tenía la sospecha de que si me proponían matrimonio sería con el mayor de los De Luca. Y eso implicaba que cuando Alessandro dejara el cargo, yo me convertiría en la reina de Nueva York. Y no estaba nada mal, teniendo en cuenta que jamás conseguiría serlo en Las Vegas. Le correspondía a Aleksandr heredar el título de nuestro padre.

Una expresión radiante transformó la cara de mi hermano y su cuerpo robusto se agitó al compás de su risita.

—No nos pedirán una alianza matrimonial —lo interrumpió Maxim —. No lo harán. No son así.

Me volví para mirarlo. Tenía los ojos fijos en mí y se aferraba las rodillas con las manos. Noté la tensión en su cuerpo a causa de la ira, y vi el ligero temblor de su mandíbula desde mi asiento, situado enfrente del suyo.

—Si sugieren una alianza, la única forma de sellarla es mediante el matrimonio. Es la única forma lógica de proceder —respondió Aleksandr crispado, y miró a Maxim entornando los ojos.

—¡No lo harán porque no es italiana! —exclamó él entre dientes a la vez que me señalaba con el dedo.

Mi padre puso mala cara ante su arrebato.

—Contrólate, Maxim —lo riñó como si estuviera hablando con un niño.

Él bajó la mano y se puso rígido. A continuación, me miró con expresión acusatoria, como si todo aquello fuese culpa mía.

Bueno, en parte así era.

—No te lo propondrán —masculló—. No lo harán.

Parecía que intentaba convencerse más a sí mismo que a nosotros. Pero, fuera como fuese, guardé silencio y dejé que la conversación decayera por sí sola.

Al cabo de un rato, aterrizamos en campo abierto. Un todoterreno negro estaba aparcado y listo para partir en cuanto aterrizáramos. Nos metimos dentro rápidamente y nos dirigimos a nuestro destino.

El trayecto fue tenso: la conversación que habíamos mantenido en el helicóptero seguía enrareciendo el ambiente. Estaba claro que todo aquello tenía muy cabreado a Maxim, quien no se molestaba para nada en ocultarlo. Qué imbécil. Si hasta ese momento mi padre y Aleksandr no sabían nada de nuestra relación, era evidente que ya sí.

Poco después, el coche se detuvo delante de un enorme edificio comercial. Yo no tenía ni idea de a quién pertenecía, pero confiaba en que mi padre lo tuviera todo controlado. Nada más estacionar, Maxim se bajó de un salto y nos abrió la puerta para que saliéramos. Otro todoterreno negro aparcó justo detrás, y de él emergieron cuatro de los hombres de mi padre, que adoptaron sus posiciones

detrás de nosotros sin pronunciar palabra. Sabiendo lo previsor que era siempre, seguro que los había enviado a inspeccionar para asegurarse de que no se trataba de alguna clase de emboscada.

Al entrar en el edificio, la mente se me aceleró. Empecé a recorrer con la mirada el espacio al que acabábamos de acceder en busca de algo amenazador, pero no vi nada. El lugar estaba vacío por completo.

Recorrimos la planta principal, en la que no se oía sonido alguno a excepción del taconeo de mis zapatos, y padre nos guio hasta un ascensor en la parte más alejada del edificio. Tuvimos que embutirnos dentro, pero cupimos todos.

Cuando se cerró la puerta y empezamos a ascender, noté que algo me rozaba la mano, y al mirar abajo vi que Maxim me rodeaba la muñeca con los dedos. Lo miré confusa y traté de apartar el brazo, pero él me aferró con más fuerza. Tenía los labios apretados formando una línea fina, y la vena que le sobresalía en medio de la frente le empezaba a palpitar. Aunque me sujetaba hasta el punto de hacerme daño, me esforcé por no reaccionar.

En cuanto sonó la campanilla que anunciaba que el ascensor había llegado a nuestra planta, lo miré con mala cara y me libré de él de un tirón. Esa vez lo permitió, pero supe por su expresión que la cosa no acabaría ahí.

El primero en salir fue padre, seguido de Aleksandr, a su derecha, y de mí, a su izquierda. Maxim se situó detrás junto con los otros hombres. Caminamos en completo silencio, sin hacer ni un ruido, y pasamos junto a varias salas de reuniones, todas vacías. El lugar estaba desierto.

Al final del vestíbulo nos esperaba una mujer cabizbaja con las

manos entrelazadas delante del cuerpo. Iba vestida con un elegante traje de chaqueta y pantalón, y llevaba el pelo rubio recogido en un moño tirante. No levantó la cabeza cuando nos acercamos, ni pronunció palabra. Estaba temblando y comprendí que tenía miedo; estaba aterrada, más bien.

Claro que ¿quién no lo estaría, encerrada en un edificio con dos de los jefes de clanes mafiosos más despiadados de Estados Unidos? Si esa situación no te asustaba lo más mínimo, es que estabas loca.

Junto a la mujer había una puerta corredera de doble hoja que se abrió en cuanto nos acercamos. Lo primero en lo que reparé nada más cruzarla fue la enorme mesa de reuniones en mitad de la sala. Cabrían tranquilamente cincuenta personas sentadas alrededor, pero en ese momento estaba vacía. Solo había una cesta con fruta en el centro.

Seguí a mi padre hasta un extremo de la mesa junto con Aleksandr mientras Maxim y los otros hombres se situaban detrás de nosotros, pegados a la pared. Recorrí la sala con la mirada tratando de captar la máxima cantidad de detalles.

Alessandro de Luca se encontraba de pie, en el centro del otro extremo de la mesa. Tenía los labios fruncidos y nos miraba con los ojos entornados. Llevaba puesto un traje similar al de la foto que habíamos visto el día anterior y su aspecto era mejor incluso al natural.

Lo flanqueaban sus dos hijos: Vincenzo a la izquierda y Arturo a la derecha. Tuve que esforzarme para no quedarme mirando con los ojos como platos al mayor. De hecho, intenté no mirarlo en absoluto. Pero en cuanto noté que posaba su mirada en mí, mis intenciones se fueron al carajo.

Arturo era alto, unos centímetros más que su padre. El traje se le ajustaba al cuerpo como una segunda piel, y al moverse se notaba el poder de su abultada musculatura. Me llamaba la atención su cuerpo, grande y fornido. No pensaba que pudiera haber un hombre más corpulento que Aleksandr, pero Arturo, sin duda, lo habría puesto en su sitio llegado el momento.

Tenía los ojos, uno azul y uno verde, fijos en mí, recorriéndome de arriba abajo. Cuando por fin los clavó en los míos, sus labios dibujaron una sonrisa leve. ¡Dios! En persona era aún más guapo si cabía. La intensidad de su mirada hizo que empezaran a sudarme las palmas de las manos.

Estaba rodeado de una especie de aura: una presencia oscura y peligrosa. «Poder» fue la primera palabra que me vino a la mente al posar la vista en él y admirar sus facciones duras y angulosas.

No conseguía superar lo atractivo que era, y el hecho de que no dejara de mirarme me estaba poniendo nerviosa, pero hice todo lo posible por disimularlo.

Vincenzo llevaba unos pantalones negros de corte amplio y una camisa de vestir blanca. Sus ojos de un verde vivo emitían un centelleo que los hacía cautivadores. Llevaba el pelo moreno medio despeinado, como si al levantarse de la cama esa mañana se hubiera pasado los dedos por él y hubiese dicho: «Muy bien, ya estoy listo». Sin embargo, resultaba sorprendente lo bien que le quedaba. Cómo no; con una cara así, era imposible que tuviera mal aspecto por mucho que quisiera.

Al principio, nadie pronunció palabra. Todos estábamos muy ocupados evaluando a los demás. Los De Luca nos estudiaban a nosotros, y nosotros los estudiábamos a ellos.

—De Luca.

La voz profunda de mi padre llenó la sala.

—Volkov —respondió Alessandro en su mismo tono.

Ambos permanecieron de pie, observándose el uno al otro unos segundos más antes de retirar las sillas y tomar asiento a la vez.

Aleksandr hizo lo propio después de nuestro padre, acomodando su cuerpo recio y fornido en la butaca diminuta que habían provisto. Cuando iba a hacerlo yo también, Maxim se acercó para apartarme la silla de la mesa y ofrecérmela con un ademán complaciente, como si fuera un puto príncipe azul.

Lo miré con los ojos entornados, pero me senté sin decir nada. Al volverme hacia el otro extremo de la mesa, me topé con que Arturo escrutaba con sus ojos dispares cada movimiento de Maxim. Clavó su mirada de hielo en él de forma permanente mientras ocupaba su lugar en la mesa al lado de su padre.

Vincenzo hizo girar su silla, se sentó y apoyó los brazos en el respaldo. Ladeó la cabeza y me miró fijamente.

El silencio invadió la sala otra vez, hasta que mi padre volvió a hablar al tiempo que extendía una mano:

—Tienes la palabra, De Luca.

5

ILLAYANA VOLKOVA



Observé a Alessandro, que tamborileaba con el dedo en la mesa y fruncía los labios, como si estuviera valorando por dónde empezar.

—Cuánto tiempo, Dimitri —dijo al fin, y ladeó la cabeza mientras examinaba a mi padre.

Su marcado acento italiano se hizo evidente de inmediato.

—Mucho, sí —respondió mi padre con frialdad.

—¿Cómo va la familia? ¿Y el negocio? —preguntó Alessandro.

—Corta el rollo, De Luca, y ve directo al grano —le espetó mi padre, y un fuego encendió sus ojos azul hielo.

Alessandro sacudió la cabeza, y el cuerpo le tembló en el asiento cuando se echó a reír.

—Ya veo que sigues teniendo la paciencia de siempre —dijo,

rascándose la barbilla—. Muy bien. Dejémonos de rodeos. —Suspiró hondo antes de continuar—. Para que entiendas qué estamos haciendo aquí exactamente, voy a tener que explicarte un poco… la historia de la familia De Luca —prosiguió a la vez que agitaba la mano frente a sí—. Hace veintinueve años, existía un acuerdo según el cual mi mujer, Isabella, iba a casarse con Nero Gambino, el hijo de Matteo Gambino, el *don* o jefe supremo de la mafia de Chicago. Lo decidieron así las dos familias cuando ella nació. La boda estaba prevista para unas semanas antes de que cumpliera dieciocho años. Pero entonces me conoció a mí.

Una sonrisa maliciosa le cambió la expresión y sus ojos azules centellearon con picardía.

—Ambos caímos rendidos el uno del otro como buenas almas gemelas y todo ese rollo. Pero yo sabía que los Gambino no la soltarían. A todos los efectos, era suya. De Nero —se mofó, sacudiendo la cabeza, y la ira empezó a apoderarse de su cuerpo a medida que los recuerdos le venían a la mente—. Solo había una forma de solucionarlo y librarla del trato con los Gambino —dijo, y posó una mano en el hombro de Arturo.

—La dejaste embarazada —repuse, con los ojos fijos en Arturo.

Él me observó con sus bonitos ojos heterocromáticos, y dibujó una ligera mueca que le dio un aspecto aún más sexy.

Alessandro sonrió dejando al descubierto sus espléndidos dientes blancos perfectamente alineados.

—*Sì* —respondió, y asintió con un gesto—. A Nero…, bueno, no le gustó nada saber que su novia se había acostado con otro hombre y encima se había quedado embarazada. Estaba dispuesto a ir a por ella y llevársela a la fuerza. A desafiarme —se burló, y meneó la

cabeza como si el simple planteamiento le pareciera de ser idiota—. Pero Matteo, su padre, no lo permitió: ya estaba metido en una guerra con una pandilla de moteros que traficaba con drogas en su territorio, y no podía permitirse empezar otra con nosotros. No estaba contento con el cariz que estaban tomando las cosas, pero, a pesar de que rompimos el acuerdo, no tuvo elección. Simplemente no contaba con efectivos para librar una batalla en dos frentes a la vez. Así que Nero se conformó y accedió a casarse con otra Russo en lugar de Isabella: su hermana menor, Mia. Tuvo que esperar unos años a que fuera mayor de edad, pero el acuerdo fue conveniente para todos.

»Al final todo salió bien, y nuestras familias consiguieron dejar a un lado lo ocurrido. Mi padre, Antonio de Luca, el jefe de la Cosa Nostra, se disculpó en persona por mi comportamiento y accedió a proporcionarle a Matteo un año de drogas gratis como compensación. Todos fueron capaces de hacer borrón y cuenta nueva. Excepto Nero —dijo, y apretó los labios con fuerza.

Vi que las venas del cuello le palpitaban; estaba cada vez más enfadado.

Mi padre permaneció callado mientras Alessandro hablaba, con las manos entrelazadas frente a sí sobre la mesa. Aleksandr no se había movido ni un milímetro y mantenía la mirada glacial fija en los De Luca.

—Nero nunca pudo dejarlo atrás. Jamás aceptó que yo había ganado y él había perdido. A lo largo de los años, su enfado fue en aumento hasta que por fin tuvo la oportunidad de hacer algo al respecto. Hace unos meses, Matteo perdió la vida en un trapicheo con drogas que salió mal. Su gente pensó que lo habíamos matado

nosotros, y seguro que adiviináis quién empezó el rumor —dijo, sacudiendo la cabeza y apretando los puños sobre la mesa—. Nero enseguida se convirtió en el padrino de la banda de Chicago, en el puesto de su padre. La primera orden que dio fue la de atacarnos, alegando que lo hacía en venganza por lo que le había pasado a Matteo, pero yo sabía que no era así. Lo hizo, como todo, por Isabella.

»Me preparé y planeé el contraataque. Fue fácil. Nero no es más que un niño jugando a disfrazarse con ropa de su padre. Podría haber sido su sucesor, pero no sabía nada acerca de cómo ser un líder. Yo llevaba años dirigiendo la Cosa Nostra cuando él ascendió, desde que mi padre murió y asumí la responsabilidad en su lugar. Sé liderar, planificar, luchar y ganar.

»Aunque la primera vez no tuvo éxito, siguió atacándonos, pero nunca pasó de ser un incordio. No tiene experiencia suficiente para competir conmigo ni con mi gente. Perdió muchos adeptos en sus primeros fracasos y, para ser sincero, me lo estaba pasando bien despojándolo de todo lo que tenía —confesó Alessandro, y soltó una risita a la vez que encogía un hombro.

Suspiró hondo y cerró los ojos. A continuación, exhaló con fuerza, soltando todo el aire.

—Hasta que, por desgracia, mi ego me superó. Debería haber dejado de jugar con él y terminado el trabajo, pero ¡me estaba divirtiendo demasiado! —exclamó, como un niñato petulante—. No me esperaba que se acercara a Los Zetas en busca de ayuda —dijo frunciendo el ceño.

Vincenzo rio ante el comportamiento de su padre y no pude evitar reírme yo también. Resultaba divertido ver a un gran jefe de

la mafia cabreado porque se lo estaba pasando en grande destrozándole la vida a alguien y las circunstancias le impedían seguir haciéndolo.

—¿Los Zetas? ¿El cártel mexicano?

—*Sì* —repuso Arturo.

Era la primera vez que hablaba; su voz era grave y profunda, seductora. Tuve la sensación de que me invadía cada centímetro de piel e hizo que se me erizara el vello.

—Con su ayuda, ha conseguido contraatacar. Con fuerza. No solo nos ha jodido algunas rutas de contrabando, sino que les ha tendido emboscadas a varios de nuestros proveedores, asesinándolos u obligándolos a trabajar para él —explicó Alessandro entre dientes—. Estoy hasta los huevos, y pienso hacer lo que debería haber hecho hace años —dijo, irguiéndose en la silla—. Es ahí donde entras tú, Dimitri.

Mi padre arqueó una ceja al escuchar la última afirmación.

—Ah, ¿sí? —preguntó.

Alessandro entornó los ojos y lo miró con mala cara.

—No te hagas el tonto, Volkov, ya sabes lo que quiero. Me encantaría ocuparme yo mismo, pero no tengo los contactos adecuados. Necesito tus armas. Nero nos ha declarado una guerra sin cuartel y, desde que se ha aliado con Los Zetas, se está convirtiendo en una amenaza cada vez mayor.

Mi padre se echó a reír y sacudió la cabeza. Luego levantó un brazo en el aire y chasqueó los dedos. De inmediato, la mujer apostada fuera entró con un vaso de lo que supuse que solo podía ser vodka. Lo depositó frente a él y retrocedió dos pasos.

—¿Te apetece una copa? —preguntó mi padre, tras lo cual se

llevó el vaso a los labios y apuró su contenido.

Alessandro guardó silencio.

—Bueno, solo trataba de ser hospitalario —continuó. Le hizo señas a la mujer para que abandonara el despacho y esta salió corriendo como un ratón—. ¿Qué clase de armas quie…?

—¿Qué tienes? —lo interrumpió Vincenzo.

—*Raspizdyay*. —«Cabrón estúpido», susurré en ruso.

Arturo entornó los ojos.

«¿Me habrá entendido?».

Mi padre clavó los ojos en Vincenzo en el mismo momento en que abrió la boca. Reparé en la rigidez de su cuello y en sus ojos desorbitados por la ira. *Detestaba* que lo interrumpieran. Era una de sus mayores manías y, de haber estado en el lugar de Vincenzo, yo me habría cagado ante aquella expresión letal.

—Ten en cuenta con quién estás hablando, chico —gruñó mi padre.

—Quizá deberías tener *tú* en cuenta con quién estás hablando, viejo —le espetó Vincenzo, tras lo cual cogió una manzana del centro y plantó los pies sobre la mesa.

«¿Qué coño hace este tío? ¿Es que quiere morir?».

Arturo tenía la mirada fija en mí, y noté que se me aceleraba el pulso a medida que me recorría el cuerpo, pero mantuve la atención centrada en mi padre, que me miró con sus ojos azules y me hizo una señal afirmativa muy escueta, apenas perceptible, pero que yo capté.

En el momento en que Vincenzo se llevaba la manzana a los labios y la mordía, saqué rápidamente un cuchillo de mi abrigo y se

lo arrojé. La hoja cortó el aire y penetró en la pieza de fruta con una precisión milimétrica.

Vincenzo se quedó inmóvil en el sitio, con la fruta en la boca y sujetándola con las manos mientras mi cuchillo permanecía clavado en pleno centro. Poco a poco, la apartó y la sostuvo a cierta distancia de la cara, estudiándola sin dar crédito. Posó sus ojos verdes en mí y vi el fuego que llameaba en su interior.

—*V sleduyushchiy raz eto budet tvoy glaz* —dije en ruso sin apartar la mirada de Vincenzo. «La próxima vez, será un ojo».

—No tengo ni puta idea de qué acabas de decir, pero me da igual. Me pone —musitó, y su expresión traslucía deseo.

Esbozó una sonrisa maliciosa y agitó los dedos en el aire frente a mí como si quisiera saludarme.

—Para, Vincenzo —ladró Arturo.

—¡Parad los dos! —soltó Alessandro, estampando las manos en la mesa—. Mis disculpas, Dimitri. Continúa, por favor.

Mi padre se recostó en la silla y tamborileó con los dedos en su mandíbula.

—¿Qué armas quieres? —dijo, repitiendo la pregunta de antes.

Me centré en Vincenzo para asegurarme de que esa vez mantenía la boca cerrada. Él me miró con una sonrisita y me guiñó un ojo.

—Los habituales MP5 y M60, además de algo más potente para mis chicos y para mí. Concretamente, DAR-701-4. Si añadimos unos cuantos fusiles de alta potencia y algunas pistolas semiautomáticas, será suficiente —dijo Alessandro con tono despreocupado, como quien está pidiendo el menú en un puto restaurante.

Por el rabillo del ojo, vi que Aleksandr sacaba el móvil y empezaba a teclear un mensaje, seguramente para comprobar de

qué disponíamos. Yo sabía que teníamos muchos MP5 y M60, pero los subfusiles canadienses, los DAR-701-4, seguramente serían un poco más difíciles de conseguir.

—¿Y a cambio? —preguntó mi padre, arqueando una ceja.

—¿Qué quieres? —quiso saber Alessandro, y se recostó en la silla.

«Expandir el negocio». La voz de mi padre resonó en mi cabeza.

—Quiero más, Alessandro. Más territorio, más dinero, más poder. Si no puedes ayudarme con eso, la negociación se ha acabado —dijo con tono resolutivo.

Maxim se rio por lo bajini detrás de mí; las palabras de mi padre le habían hecho gracia.

Arturo se volvió hacia él, y en su rostro apareció una expresión oscura y maliciosa. Anunciaba a gritos el peligro. El dolor. Era la mirada que le diriges a tus enemigos antes de adentrarte en el campo de batalla. La que usas para intimidarlos, para que se acobarden.

Suspiré entrecortadamente al captar la oscuridad que irradiaba ese hombre, y el corazón empezó a latirme en el pecho a todo volumen. Arturo me miró, y su semblante se convirtió en el de un depredador, el de un hombre que centra toda su atención en la mujer a quien quiere follarse.

Maxim gruñó lo bastante alto para que la sala entera lo oyera, y eso provocó que en el rostro de Arturo se dibujara una sonrisa.

—Pues claro que puedo ayudarte con eso, amigo —rio Alessandro —. ¿Más terreno? Es bien sencillo: quédate con Chicago cuando acabe todo esto. Yo no lo quiero, ni lo necesito. O pon al frente a uno de tus hijos, como mejor te parezca. ¿Más dinero? Muy fácil.

Como ya tenemos organizada la distribución en Nueva York, venderemos tus armas a cambio de un pequeño porcentaje. ¿Más poder? Bueno, sobre eso quizá deberíamos hablar tú y yo en privado —concluyó, y paseó la mirada por los hombres apostados detrás de mi padre.

No conseguí adivinar si lo hacía porque era una persona cautelosa o porque no confiaba en nuestros guardaespaldas.

Mi padre frunció los labios y tamborileó sobre la mesa mientras lo pensaba. Vi que se estaba planteando seriamente aceptar el acuerdo, pero una parte de él se resistía.

—Has dicho que Los Zetas habían colaborado con Nero, ¿verdad? ¿Cómo lo hicieron? ¿Le proporcionaron armas y punto o enviaron efectivos para ayudarlo a enfrentarse a ti? —le pregunté a Alessandro, y me eché hacia delante apoyándome sobre los codos.

Una sonrisa perversa le cambió la cara cuando su mirada recayó sobre mí.

—*Intelligente e bella* —dijo en italiano. «Inteligente y guapa».

—*Io preferisco «mortale»* —respondí en su idioma. «Prefiero "letal"».

Observé divertida cómo los tres De Luca me miraban boquiabiertos de la sorpresa. No habían imaginado que yo supiera hablar su lengua materna.

Mi padre siempre consideró que conocer bien al enemigo era importante. ¿Y cómo hacerlo sin hablar su idioma? Por ello se aseguró de que mis hermanos y yo aprendiéramos las lenguas principales: italiano, español y chino, además del ruso, claro.

—En respuesta a tu pregunta, *principessa*, fueron refuerzos. Los

Zetas enviaron a un montón de hombres para que colaboraran en la cruzada en nuestra contra —repuso Alessandro.

—¿Y también esperáis eso de nosotros? ¿Hombres además de armas? —preguntó Aleksandr, en línea con mi pregunta anterior.

Mi padre se recostó en el asiento y dejó que tomáramos el relevo. Nunca le molestaba que hiciéramos preguntas. De hecho, incluso lo prefería. Siempre decía que la mejor manera de aprender algo era haciéndolo.

Si a Alessandro le importaba que fuésemos nosotros quienes hiciéramos las preguntas, no lo demostró. Siguió comportándose igual que si hubiera hablado mi padre.

—*Sì*. No os pido que saquéis efectivos de vuestro territorio para ponerlos en el mío. *No, no, no* —empezó a decir Alessandro con un marcado acento italiano que impregnaba todas sus palabras—. Simplemente propongo que cuando se produzcan ciertas situaciones, pueda avisaros para que acudáis a ayudarnos con vuestros hombres. Nosotros actuaremos igual en caso de que lo necesitéis.

Mi padre guardó silencio mientras procesaba las palabras de Alessandro. Vi que en su mente se dibujaban todos los posibles escenarios derivados de una alianza con los De Luca.

Levantó la mano y chasqueó los dedos, y eso hizo que la mujer de antes se acercara con otra bebida. Cogió el vaso vacío y depositó el nuevo enfrente de mi padre antes de apresurarse a salir.

Él se llevó la bebida a los labios y suspiró satisfecho cuando el líquido bajó por su garganta. Tras apurar el vaso, permaneció en silencio, dejando que el suspense llenara el ambiente cada vez más. Cuatro hombres que había apostados detrás de los De Luca

empezaron a cambiar el peso de un pie a otro, incapaces de ocultar su incomodidad.

Mi padre observó a los hombres que se removían ante él. No lo demostraba, pero yo sabía que lo complacía esa reacción. Los únicos que parecían impasibles ante la poderosa presencia de mi padre eran los integrantes de la familia De Luca.

—Me has dado mucho en lo que pensar, Alessandro, debo meditar sobre muchas cosas. Pero aún me queda una pregunta por hacerte —dijo mi padre en voz baja y áspera.

Alessandro arqueó una ceja, a la espera.

—¿Cómo piensas consolidar nuestra alianza? ¿Será con un pacto de sangre o un enlace matrimonial?

Ante la última pregunta de mi padre, oí que alguien detrás de mí suspiraba entrecortadamente y supe que se trataba de Maxim. No tuve que darme la vuelta para imaginarme la expresión exacta de su cara.

Un gruñido sordo se propagó por la sala, y tuve que esforzarme mucho para no levantarme de la silla y estamparle un bofetón. Apreté los puños sobre la mesa y cerré los ojos. Volví a abrirlos tras respirar hondo tres veces y vi que Arturo tenía clavada en mí su bonita mirada.

Frunció el ceño fugazmente mientras nos observaba alternando rápidamente del uno al otro. Era evidente que se figuraba que había algo entre nosotros; solo a un imbécil le pasarían por alto las señales. Y si Arturo, que era un completo desconocido, lo había adivinado, significaba que mi padre también podía hacerlo.

Alessandro abrió la boca con intención de responder, pero Arturo le dio unas leves palmaditas en el hombro para detenerlo. Entonces

el primero se acercó para que el otro pudiera susurrarle algo al oído. Al cabo de unos segundos, Alessandro se apartó y miró a su hijo con expresión pensativa.

Arturo sostuvo la mirada de su padre sin echarse atrás por lo que acababa de decir.

Alessandro me miró con los ojos entornados antes de volverse hacia su hijo. Le hizo un breve gesto afirmativo y se centró de nuevo en mi padre.

—Nunca hasta ahora se había sellado una alianza como la nuestra. Resulta lógico pensar que a algunos no les hará ninguna gracia que se produzca una tregua entre nuestra gente —dijo mientras agitaba una mano en el aire—. Para garantizar la fortaleza de la unión y demostrar que vamos en serio, te propongo que hagamos ambas cosas.

—¿Ambas? —exclamó alguien con voz estridente.

Tardé un segundo en darme cuenta de que era Maxim. Mi padre, Aleksandr y yo nos dimos la vuelta despacio en el asiento mientras observábamos al *sovietnik* sin dar crédito.

Él recobró la compostura y bajó la mirada al suelo, pero era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Ni siquiera tuve que mirar a mi padre para saber que echaba chispas. Lo oí rechinar los dientes y vi que abría y cerraba los puños con fuerza, lo cual demostraba cuán desesperado estaba por estrujarle el pescuezo a su consejero.

—Sí —prosiguió Alessandro—. Ambas.

Volvimos a darnos la vuelta, ignorando el arrebato de Maxim por el momento y centrándonos en la cuestión que teníamos entre manos.

—Propongo un pacto de sangre entre tú y yo, Dimitri. Y un

enlace matrimonial entre mi hijo y tu hija —dijo, señalándome con una inclinación de cabeza.

Me volví hacia Arturo. Él paseó la mirada por mi cara y luego por mi cuerpo, como si estuviera haciendo inventario. Dejó entrever una expresión sombría y libidinosa antes de dirigirme una sonrisa de suficiencia que me fundió las bragas e hizo que se me erizara la piel de arriba abajo. Solo con mirarlo supe que era buenísimo en la cama, que sabía cómo tratar el cuerpo de una mujer, que me regalaría una noche imposible de olvidar.

Tenía el cuerpo bloqueado a causa de su escrutinio. No podía moverme ni pensar. Mi cerebro era como gelatina. «Joder». La propuesta de matrimonio era una realidad. Antes de que tuviera tiempo de pensar en una respuesta, mi padre dijo:

—Ya veo. —Se levantó despacio de la silla. Aleksandr y yo nos apresuramos a seguirlo—. Como decía, me has dado mucho en lo que pensar. Te haré saber cuál es mi decisión dentro de dos días.

Hizo un último asentimiento en su dirección, dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Aleksandr inclinó ligeramente la cabeza antes de girar sobre los talones y alejarse.

Yo crucé una última mirada con Arturo mientras avanzaba hacia la salida. Nada más llegar frente a la puerta, oí su voz profunda y seductora dirigiéndose a mí en ruso:

—*Uvidimsya, kotenok*.

«Nos veremos pronto, gatita».

6

ARTURO DE LUCA



Me quedé mirando, maravillado, a la belleza rusa que estaba saliendo de la sala, con el pelo negro ondeando tras de sí.

Illayana Volkova.

Aunque no nos habían presentado formalmente, sabía quién era. Sabía quiénes eran todos.

En cuanto entró, captó absolutamente toda mi atención. No pude apartar los ojos de ella. Su preciosa piel morena, sus penetrantes ojos azules y esos labios carnosos y sensuales hacían que me muriera de ganas de catarla.

Jamás en toda mi vida ninguna mujer me había llamado la atención de esa manera. Su forma de moverse, de hablar… Y la manera en que se presentaba, que te obligaba a centrarte en ella. Me atraía mucho; toda ella.

Supe de inmediato que no tenía nada que ver con las otras mujeres con las que había salido. Era una luchadora, una guerrera, una soldado. Aunque había visto que iba armada, me dejó de piedra cuando sacó el cuchillo y lo lanzó contra Vin.

Me recordó a una gatita: una gatita feroz que, cuando se sentía amenazada, te destrozaba con las uñas y con los dientes. Ah, no me cabía duda de que era un peligro; una mujer letal. Su forma de arrojar el cuchillo, con tanta velocidad y precisión, lo demostraba. Pero precisamente por eso era aún más fascinante. Todas las mujeres de la *famiglia* eran tímidas, dóciles, aburridas. No se le parecían en nada. ¿Y se suponía que tenía que casarme con una de ellas? No. No quería eso para mí. Y me importaba una mierda si implicaba romper la tradición. No quería una mujer débil, quería a alguien fuerte que estuviera a mi altura, que me retara. Y sabía que esa mujer era Illayana.

Su voz dulce y sexy cuando hablaba en ruso —y en italiano— hizo que me entraran ganas de follármela con ímpetu hasta obligarla a gritar mi nombre.

Y, por la forma en que me miraba, supe que mi presencia también la había impactado. Hizo todo lo posible por disimularlo, por ocultar las miradas y el sonrojo de sus mejillas, pero yo lo vi. Yo lo veía todo.

Incluso a aquel gilipollas apostado detrás de ella, Maxim. Vi que la miraba con ansia, con deseo. No apartó los ojos de su cuerpo durante todo el tiempo que estuvimos en aquella puta sala, y me costó un mundo no plantarme delante de él y meterle la pistola por la garganta. Quizá él no lo supiera, pero en el instante en que Illayana entró en esa sala, ya fue mía.

Su hermano, Aleksandr, me pareció un tipo discreto. Lo estuve vigilando, aunque casi todo el tiempo estuve pendiente de su preciosa hermanita. Era corpulento, todo músculo, como un marine. Supe enseguida que más me valía no cabrearlo. No es que considerara que no podía con él; claro que podía. Pero no tenía ganas de vérmelas cara a cara con él.

Por lo que Vin pudo averiguar de su familia, Illayana tenía dos hermanos más, Nikolai y Lukyan. Esperaba que también estuvieran presentes para tomarles las medidas, pero no fue así. Claro que seguro que tendría ocasiones de sobra para conocer a mis futuros cuñados.

Vin silbó de sorpresa por lo bajini cuando las puertas se cerraron.

—Joder —exclamó con un hilo de voz, y se pasó la mano por el grueso pelo negro—. Menuda tía, ¿eh?

Me volví para mirar a mi hermano pequeño. Me parecía que era igual que nuestro padre, solo que más joven. Él fijó en mí sus impresionantes ojos de un verde muy vivo mientras lo observaba.

—Que no se te pase por la cabeza, Vin —gruñí, y lo empujé con el hombro al pasar.

—¿Qué? —preguntó con aire inocente, arqueando una ceja—. El trato es que tiene que casarse con un De Luca —afirmó, y dio una especie de vuelta al ruedo estirando los brazos—. Mmm… ¿Hola? Ese soy yo.

Se señaló el pecho con los pulgares mientras en su cara de imbécil se le dibujaba una sonrisita pícara.

—La idea ha sido mía, *stronzo*. Cabrón. Y seré yo quien se case con ella.

—¡Ni lo sueñes! ¿Por qué? ¿Solo porque lo has propuesto tú? Ni

hablar —soltó Vin, negando con violencia.

Juro que a veces parecía que tuviera cinco putos años.

La risa profunda y gutural de Alessandro hizo que Vin y yo lo miráramos perplejos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté, frunciendo el ceño.

Alessandro sacudió la cabeza. Su cuerpo aún se agitaba de la risa.

—Me parece muy divertido que creáis que sois vosotros quienes vais a casaros, hijos.

—¿Por qué no? Cuando Dimitri dé el visto bueno, la convertiré en mi mujer. Fin de la discusión. No hay más que hablar —dije con firmeza.

—No es Dimitri quien tiene que dar el visto bueno —repuso Alessandro, y clavó en mí sus ojos azules mientras esperaba a que descubriera el significado oculto de sus palabras.

—¿Entonces quién? —preguntó Vin, rascándose la cabeza.

Tenía la nariz arrugada, como si se estuviera estrujando el cerebro para dar con la respuesta por sí mismo.

Alessandro suspiró.

—Illayana, por supuesto.

Vin se quedó estupefacto.

—¿Qué? Eso no puede ser. De hecho, ¿por qué ha venido? ¿Qué hace una mujer metiéndose en nuestros asuntos?

Yo comprendía la lógica de ese comentario. En la Cosa Nostra, las mujeres nunca participaban de las operaciones habituales del mundo en que vivíamos. Ellas debían estar a salvo, protegidas. Ante la mínima señal de peligro, se las llevaban y las escondían en nuestras seguras casas hasta que hubiera pasado todo. Siempre había sido

así… en nuestro caso. Pero yo sabía que los rusos no actuaban igual. Por lo menos, era lo que yo había visto por cómo trataban a sus bellas princesas.

—Los rusos son diferentes, Vincenzo. No esconden a sus mujeres. Las crían para que participen del día a día, como tu hermano y tú —repuso Alessandro mientras avanzaba hacia la puerta.

—¡Y una mierda! —espetó Vin—. No he visto a una mujer en las calles ni una sola vez.

Vin y yo seguimos a Alessandro por el largo pasillo en dirección al ascensor. Los hombres de mi padre ocuparon sus posiciones en la retaguardia, cerrando el paso por los lados.

La mujer rubia que había entrado a servirle la bebida a Dimitri durante la reunión estaba de pie al lado del ascensor, cabizbaja y con las manos entrelazadas delante del cuerpo. Al ver que nos acercábamos, se apresuró a accionar un botón de la pared.

Vin la miró con los ojos entornados y curvó los labios en una sonrisa mientras permanecía plantado frente a ella.

—Bueno, aquí me tienes —dijo, e hizo un gesto con los brazos, señalándose—. ¿Cuáles son los otros dos deseos?

La mujer levantó la cabeza de inmediato, boquiabierta.

Sí, mi hermano siempre producía ese efecto en las mujeres. Sacudí la cabeza, riendo.

—Mmm… ¿cómo? —dijo ella con un graznido.

—Vamos, no me seas tímida, cariño. ¿Qué te parece si vamos a tu casa y me cuentas cuáles son los otros dos deseos? —Se inclinó hacia delante y le acercó los labios al oído—. Haré todo lo que esté en mi mano para concedértelos todos, preciosa —susurró.

—¡Vincenzo! ¡Ya está bien! —vociferó Alessandro cuando llegó el ascensor y entró.

Vin nos siguió con un mohín. Se volvió y agitó los dedos en el aire para saludar a la rubia, que se había quedado más blanca que el papel.

—La próxima vez será —musitó con voz seductora, y le lanzó un beso.

Yo levanté la mano y le di una colleja en el momento en que se cerraban las puertas.

—¡Ay! ¡¿Qué coño haces?! —siseó, masajeándose la cabeza.

—¿No puedes aguantarte hasta que lleguemos a casa? Es una mujer de la Bratva. Si no, no estaría tan pendiente de Dimitri —le espeté.

Vin se encogió de hombros y sacó su teléfono.

—Conmigo se lo pasaría mejor que con ese viejo carcamal. Ahí lo dejo.

—Por Dios, Vin —dije con un suspiro de frustración—. Cierra el pico hasta que hayamos salido de aquí, ¿vale? Quién sabe si nos están grabando.

El ascensor llegó a la planta principal y salimos. Dos grandes todoterrenos negros estaban aparcados en la puerta del gran edificio comercial, esperándonos. Mi padre, Vin y yo subimos en el primero, y nuestros hombres en el segundo. Cuando todos estuvimos a bordo, los coches se pusieron en marcha, rumbo a nuestro hotel.

—Así que, si Illayana se decide a casarse, ¿elegirá ella al novio? —preguntó Vin frunciendo el ceño.

Yo lo miré como si quisiera fulminarlo y me crucé de brazos. Solo

de imaginar a Illayana y a mi hermano menor juntos, me hervía la sangre.

—¿Qué te hace pensar que te elegiría a ti? ¡Te ha lanzado un cuchillo a la cara! —le grité cuando la rabia se apoderó de mí.

Vin se sacó del bolsillo el arma que acababa de mencionar y la hizo girar entre sus dedos. Observé sin pestañear su forma de moverla sin el menor esfuerzo.

—¿Y qué? A lo mejor es su idea de los preliminares —repuso, guiñándome un ojo.

Me incliné hacia delante y lo aferré por la muñeca para detener el movimiento de su mano. Cogí el cuchillo y se lo arrebaté de entre los dedos.

—¡Oye! —me reprendió. Vin extendió el brazo para recuperar el cuchillo, pero yo le aparté la mano de una palmada—. ¡¿Qué coño haces, Turo?!

—Parad, chicos —nos ordenó Alessandro de mala gana, con los ojos pegados al teléfono que tenía en la mano.

Ninguno de los dos le hicimos caso.

—Cállate —le solté a Vin mientras sostenía el cuchillo en el aire para inspeccionarlo.

Era un arma pequeña, no tenía nada de especial. La hoja medía unos doce centímetros y tenía la empuñadura de cuero. En un lateral vi grabadas las iniciales I. V.

—Es suyo —afirmé, mirando a mi hermano.

—Sí, ¿y? No ha intentado recuperarlo después de lanzármelo. Quien lo encuentra se lo queda —dijo, soltando un bufido, tras lo cual se recostó en el asiento y se cruzó de brazos.

—¿Cuántos años tienes? ¿Doce? —lo reprendí, sacudiendo la

cabeza.

Él puso cara de puchero cuando me guardé el arma en el bolsillo y me erguí.

—Bueno, ¿y ahora qué, padre? —pregunté, dejando a Vin al margen.

Alessandro permanecía quieto, con el teléfono en la mano. Me miró fugazmente con intensidad.

—Ahora… toca esperar —contestó.

7

ILLAYANA VOLKOVA



En todo el camino a casa, nadie dijo ni una palabra. No. Ni una sola. Ni una puta palabra. Desde el viaje en coche hasta el helicóptero, desde el helicóptero hasta Las Vegas y desde el trayecto en coche hasta nuestra casa, viajamos en el más profundo silencio.

Qué situación más incómoda.

Mi padre estaba hecho una furia. Lo notaba claramente. Iba sentado junto a mí en el coche cuando volvíamos a casa, a la mansión. No me dirigió la palabra. Ni siquiera miró en mi dirección. Pero, por cómo tensaba la mandíbula, supe que el silencio no duraría para siempre.

Saqué el móvil, intentando encontrar alguna forma de distraerme. Abrí Instagram y decidí dedicarme un rato a stalkear. No había nada malo en echarle un vistazo a mi futuro marido, ¿verdad?

Tecleé «Arturo de Luca» en el buscador y no me sorprendió para nada encontrar cientos de cuentas de fans sobre él. Después de cribar toda la basura, me topé con su cuenta personal. Hice clic sobre su perfil.

«Oh, Dios mío».

La publicación más reciente era una foto de él sin camisa, delante de un precioso y prestigioso yate. Llevaba todo el cuerpo cubierto de tatuajes. Cuando amplié la foto, no pude evitar sentir el rubor en mis mejillas. Joder, sí que estaba bueno. Estaba muy pero que muy bueno. Tenía ganas de lamerle todo el cuerpo como si fuera un puto cucurucho de helado.

Tenía tatuajes desde las muñecas hasta los hombros, le subían serpenteando por el torso, le daban la vuelta por la espalda y se entrelazaban para formar una hermosa obra de arte; un diseño complejo de patrones y remolinos. Me moría de ganas de pasar las manos por ese cuerpo, de seguir el trazo de sus complicados dibujos con los dedos. O con la lengua.

Mejor con la lengua.

Lucía una sonrisa maliciosa y sus maravillosos ojos azul y verde estaban ocultos por unas gafas de sol. Tenía el rostro afilado, con rasgos bien definidos y cejas oscuras. Y su aspecto era peligroso, sexy. Letal.

Tras hacer una captura de pantalla rápida —porque…, venga ya, ¿quién no la haría?—, revisé sus otras fotos. No tenía nada demasiado escandaloso. Fotos de él con trajes hechos a medida carísimos en eventos o reuniones de negocios. Algunas imágenes suyas junto a coches de lujo. En un par de fotos aparecía con una

mujer, pero esas me las salté. No me hacía falta cabrearme más de lo que ya estaba.

El ruido de la gran verja de hierro de la entrada me distrajo de mi investigación y me di cuenta de que por fin habíamos llegado a casa. Mi padre seguía sin moverse. Había llevado los puños cerrados sobre las rodillas todo el tiempo y no dejó de fruncir el ceño.

Volví la mirada hacia Aleksandr en busca de apoyo. Me dedicó una pequeña sonrisa y negó con la cabeza de forma muy sutil, como diciendo: «No discutas, limítate a aceptar el castigo».

Oh, claro, de puta madre.

Antes incluso de que el coche se hubiera detenido, abrí la puerta de golpe y salí corriendo. Casi ni vi a nuestra ama de llaves, Flora, cuando subí a todo correr la escalera del porche y entré en la casa. Si lograba llegar a mi dormitorio, quizá pudiera ponerme a salvo.

Ni de puta coña podría ocurrir eso, Illayana.

Apenas había conseguido subir hasta la mitad de la escalera cuando la puerta de entrada se cerró de golpe. Dejé un pie a media pisada, en el aire y por encima del siguiente escalón, cuando la voz atronadora de mi padre retumbó por toda la casa: «¡¡¡Illayana!!!».

Joder. Sonaba cabreado. Muy cabreado.

Inspiré con fuerza y, poco a poco, volví la cara hacia él. Estaba plantado en el recibidor con Aleksandr a su lado. Sus vívidos ojos azules estaban clavados en los míos: me miraba fijamente.

—Vuelve aquí. Ahora —ordenó, señalando el espacio en el suelo que tenía delante.

Agaché los hombros y la cabeza. Odiaba que mi padre me echara la bronca. La decepción y el enfado en su expresión me resultaban casi insoportables.

Una mirada de empatía cruzó fugazmente el rostro de Aleksandr mientras yo volvía a bajar y me plantaba frente a ellos.

—A mi despacho. Vamos.

En cuanto pronunció esas palabras, mis pies se movieron por cuenta propia. Caminé por el largo pasillo en dirección a su despacho. Percibía su presencia por detrás de mí, sobrevolándome como una sombra negra. Sentía la ira que le recorría el cuerpo mientras me seguía. A esas alturas, ya me había quedado paralizada

Me detuve delante de la puerta y él se inclinó sobre mí para abrirla. Entré y me desplacé para sentarme frente al escritorio de caoba mientras él caminaba por detrás de él. Mi padre se quitó la americana moviendo los hombros y la colocó con cuidado en el respaldo de su sillón de cuero. Puso las palmas de las manos sobre la mesa y, poco a poco, se acomodó en el asiento al tiempo que cerraba los ojos e inspiraba con fuerza.

Me quedé paralizada, mientras me caía el sudor por el cuello, tan nerviosa que tenía la sensación de estar a punto de vomitar. Se me movía la pierna de forma descontrolada e hice crujir el cuello.

—¿Hace cuánto? —preguntó mi padre, y tensó la mandíbula.

¡Joder… Joder… Joder! ¿Qué debía hacer? ¿Qué debía decir? ¿Reconocer lo que había hecho? ¿O debía hacerme la tonta?

Estaba segura, casi al cien por cien, de que se refería a Maxim. Después de la forma en que se había comportado durante la reunión, no podría haber resultado más evidente que estábamos liados. Aunque existía una pequeña posibilidad de que no estuviera hablando de él y, si me iba de la lengua, no solo le daría otra razón para estar cabreado conmigo, sino que me cargaría mi coartada.

Al final decidí hacerme la tonta.

—¿Hace cuánto de qué, padre? —pregunté susurrando.

Él me miró con los ojos entrecerrados y me enseñó la dentadura como un puto animal.

—No te hagas la tonta conmigo, Illayana Rae Volkova. Sabes perfectamente de qué estoy hablando. ¿Hace cuánto tiempo?

Oh, mierda, me había llamado por mi nombre completo. Estaba metida en un buen lío.

—Padre, yo no…

—¿Hace cuánto puto tiempo, Illayana? —preguntó rugiendo sin tan siquiera dejarme acabar la mentira que estaba a punto de salir de mi boca.

Agaché la cabeza, avergonzada.

—Hace unos años —respondí con voz rota.

Mi padre blasfemó en ruso.

—¡Aleksandr! —bramó.

Pasados unos segundos, se presentaron Aleksandr y Nikolai. Cada uno llevaba a Maxim agarrado por un brazo cuando lo obligaron a entrar. Lukyan iba algo por detrás, con una clara mirada amenazante.

Seguí cabizbaja cuando situaron a Maxim delante de nosotros. Aleksandr le dio una rápida patada en las piernas y mi amante cayó de rodillas al suelo emitiendo un gruñido.

Mi padre rodeó a su s*ovietnik* con parsimonia. Él era el depredador y Maxim era la presa. No había forma de evitarlo. Mi progenitor acabó deteniéndose justo delante de su hombre.

—Habla —le ordenó.

Maxim no dijo nada y yo blasfemé mentalmente. Quedarse callado solo haría que mi padre se cabreara más. Alargó una mano y

Nikolai le colocó una pistola en la palma. A una velocidad increíble, le estampó la pistola a Maxim en la cara. A él se le fue la cabeza hacia atrás y el ruido de su nariz al romperse retumbó por la habitación mientras caía sangre a chorros en el suelo.

—Habla, Maximoff, o lo que le hicimos a La Tríada parecerá un puto juego de niños —espetó mi padre.

Aunque sangraba, Maxim sonrió.

—Ambos sabemos que vas a hacerlo igualmente.

—Puede que sí. —Mi padre se encogió de hombros—. Pero haré que te duela mucho más si *no* hablas.

Maxim rio, aunque, de todas formas, siguió sin decir nada.

Mi padre se quedó mirándolo, pasó la mirada de él a mí y luego de vuelta a Maxim, maquinando a toda prisa.

—El único motivo por el que no hablas debe de ser porque la verdad es peor que tu silencio. —Empezó a rodearlo de nuevo esbozando una sonrisa cada vez más amplia—. Por suerte para mí, no necesito que hables.

Me dedicó una mirada gélida y supe que se refería a mí. Miré a Maxim, que seguía arrodillado en el suelo; sus profundos ojos color chocolate me suplicaban que guardara silencio, aunque debería haber sabido que yo siempre haría lo que mi padre me pidiera.

—Habla, Illayana. Empieza desde el principio —ordenó mi progenitor con un tono que exigía obediencia.

Aleksandr y Nikolai se quedaron junto a Maxim, vigilando cada uno de sus movimientos, mientras que Lukyan se desplazó para situarse a mi lado. Se agachó y tomó mis manos entre las suyas para ofrecerme su apoyo. Llevaba el largo cabello castaño recogido

en un moño en la coronilla, y algunos mechones le caían en cascada sobre su rostro duro y masculino.

Inspiré con fuerza y empecé a hablar:

—Fue la noche de mi fiesta de cumpleaños, cuando cumplí los dieciocho. Aleksandr y tú habíais salido por un asunto de negocios —dije señalando a mi padre—. Maxim se quedó a cargo de vigilar la fiesta. No recuerdo gran cosa. Bebí mucho y me coloqué con unos amigos. Ya sabes, lo habitual.

Me encogí de hombros.

La mandíbula de padre se tensó, pero permaneció en silencio y me permitió proseguir.

—A medida que la noche avanzaba, me emborrachaba cada vez más. Recuerdo que Maxim se acercó y me ofreció otra copa, y, aunque sabía que no debía, ya estaba bastante perjudicada a esas alturas, así que la acepté. Siempre había pensado que estaba bueno, y no quería parecer una debilucha que no sabía beber.

—¿Dónde estaban tus hermanos mientras ocurría todo eso? ¿Dónde estaban Nikolai y Lukyan?

Mi padre miró con los ojos entrecerrados y gesto acusatorio a mis dos hermanos mayores.

Lukyan se puso tenso a mi lado.

—Joder —murmuró.

De ninguna manera pensaba meterlos a ninguno de los dos en líos, así que los cubrí.

—Estuvieron conmigo gran parte de la noche, pero, cuando la fiesta empezó a decaer, les dije que podían marcharse.

Mi padre se quedó mirándome un par de segundos antes de

decidir si me creía. Me hizo un ligero gesto de asentimiento para indicarme que siguiera.

—Como he dicho, estaba tomándome una copa con Maxim cuando empecé a estar realmente cansada. Fue como si todas las copas que me había tomado por fin empezaran a hacer efecto de golpe. Él se ofreció a llevarme a la cama y yo acepté. La verdad es que no recuerdo lo que pasó después de eso, pero me desperté junto a él en mi cama. Ambos estábamos desnudos. Le pregunté si habíamos mantenido relaciones sexuales y me dijo que sí.

—Un momento —intervino Nikolai—. ¿No recuerdas si tuviste sexo con él?

Miró con los ojos entrecerrados a Maxim.

—No. Como ya he dicho, estaba borracha. Era todo confuso.

—¿Y qué pasa ahora? ¿Sigues sin recordar nada? —preguntó Aleksandr.

Fruncí el ceño e intenté con todas mis fuerzas recuperar cualquier recuerdo de Maxim esa noche, pero seguía teniendo la mente en blanco.

—No —respondí con un timbre de confusión en la voz—. Es como si cada vez que intento recuperar un recuerdo, se me escapara entre los dedos. Es como una neblina a través de la cual no veo nada.

Se hizo un breve silencio y luego un profundo y aterrador rugido llenó la sala cuando Aleksandr se abalanzó sobre Maxim y empezó a darle puñetazos; los puños de mi hermano golpeaban su rostro una y otra vez. La sangre le caía por la cara y se creó un charco rojo en el suelo junto a él.

Lukyan me miró y gesticuló: «¿Qué cojones…?».

Me limité a encogerme de hombros. Aleksandr tenía poca

paciencia. A saber qué lo había provocado en ese momento.

Maxim gimoteó e intentó llevarse las manos a la cara para protegerse de los golpes, pero fue inútil. Aleksandr no paraba y, al final, su víctima quedó inconsciente, aunque eso no detuvo a mi hermano. Siguió aporreándolo con los puños manchados de sangre.

Mi padre sujetó a Aleksandr por la espalda de la camisa y lo apartó. Le dio un rápido palmetazo en el hombro y luego se desplazó para colocarse junto a su s*ovietnik*. Lo pateó con el pie, pero Maxim seguía inconsciente.

—¿Podría explicarme alguien qué coño está pasando? ¿Por qué has saltado así, Aleksandr? —pregunté.

Se volvió para mirarme y se me escapó un suspiro ahogado ante la visión de auténtico odio en su cara. Se le salían los ojos de las órbitas, la vena del cuello le latía y tenía los labios fruncidos con gesto de asco. Le temblaba el cuerpo de rabia.

—¡Te dio la droga de la violación, Illayana! —gritó.

—¿De qué coño estás hablando? —le pregunté, confundida—. No, no me la dio.

—¿No recuerdas que Lukyan y tú me dejasteis inconsciente con esa puta droga hace un par de años? Sé lo que se siente. Es exactamente como lo has descrito. Esa niebla, el aturdimiento. Todavía no logro recordar nada de esa puta noche y, cada vez que lo intento, la niebla vuelve.

—Eso no quiere decir que estuviera drogada, Aleksandr. Estaba borracha. Podría haber sido simplemente que me desmayé.

—Sea como fuere, ¡no tendría que haberte puesto una puta mano encima! Si estabas lo bastante borracha como para

desmayarte, ¡quiere decir que se aprovechó de ti! ¿Es que no lo entiendes?

Miré hacia el hombre inconsciente que sangraba en el suelo del despacho de mi padre. Lancé un suspiro negando con la cabeza.

—Da igual. El pasado pasado está. Ahora no podemos hacer nada al respecto. Además, he sido yo la que ha provocado la mitad de los encuentros que hemos tenido durante los últimos tres años.

—¡¿Que no importa?! —gruñó Aleksandr—. ¡Por supuesto que importa, coño! ¡Se aprovechó de ti!

Eché un vistazo a mi alrededor y me quedé mirando mientras mi padre, Nikolai y Lukyan empezaban a cabrearse tanto como Aleksandr.

Joder, tenía que salir de allí.

Me levanté y me sacudí la blusa con las manos, aunque no tenía ni una mota de polvo. Me quedé mirando a mi padre mientras hablaba.

—¿Tengo permiso para retirarme? Ha sido un día largo y quiero descansar.

Mi padre puso cara de estar a punto de protestar, pero entonces su mirada se suavizó una fracción de segundo y me dedicó un rápido asentimiento de cabeza. Se acercó para situarse frente a mí y me rodeó con los brazos.

—*Prosti, doch'* —me susurró con los labios pegados a mi pelo.

«Lo siento, hija».

Lo rodeé con los brazos a la altura del torso.

—*Vse khorosho, otets* —le respondí con un susurro.

«No pasa nada, padre».

Él retrocedió y me dedicó una leve sonrisa antes de besarme en

la mejilla. Me moví lentamente por la habitación, pasé por encima del cuerpo inconsciente de Maxim en mi recorrido y me despedí de mis hermanos. Percibía la tensión en todos ellos a medida que los iba abrazando. En cuanto me marché, supe que planeaban divertirse un poco con Maxim.

Me daba igual.

Salí del despacho y fui directamente a mi habitación. Ese día… ¡Menudo asco todo ese puto día! Solo quería ducharme para olvidarlo todo y volver a empezar. No tenía pensado terminar la noche. Y podía apostar a que Maxim tampoco había imaginado que acabaría así esa velada.

Abrí la puerta de mi habitación y la cerré de golpe tras de mí, hecha una furia de pura frustración. ¡Ese puto idiota! Si hubiera mantenido sus celos a raya, no habría pasado nada de toda esa mierda.

Al entrar en mi cuarto se me pusieron los vellos de punta y tuve la clara sensación de que no estaba sola. Había alguien en mi dormitorio. Pero ¿quién?

Antes de tener tiempo de pensar algo más, una manaza me tapó la boca mientras un brazo con fuerza de acero me rodeaba por la cintura y tiraba de mí hacia el enorme cuerpo que en ese momento estaba de pie detrás de mí. El hijo de puta era alto, eso seguro, y su anatomía parecía hecha de puro músculo.

«¡Mierda! No pienses, reacciona».

Y así lo hice.

Con la máxima fuerza que fui capaz de reunir, le golpeé con el codo en lo más hondo de las costillas. Soltó un gruñido y me soltó ligeramente, pero no lo suficiente como para poder escapar.

«Vale, cabrón, ¿quieres jugar? Pues juguemos».

Levanté un pie y le clavé el tacón de aguja en el zapato, que lo rajó y se le clavó en el pie. Soltó un taco y me empujó hacia delante. Pero no paré. Por experiencia, sabía que bastaba un segundo para cagarla en una pelea y que eso podía costarte la vida. A mí no iba a pasarme. Ni de puta coña.

Mi habitación seguía estando a oscuras, así que solo podía ver su silueta, pero me bastaba con eso. Salí corriendo, salté en el aire y lo rodeé por el cuello con ambas piernas. Usé la fuerza de mi cuerpo, me retorcí y lo tiré al suelo con una rápida maniobra.

Lanzó un gruñido cuando su anatomía dio contra el suelo; este tembló por el impacto. Me monté a horcajadas sobre su imponente cuerpo y saqué un cuchillo de la funda que llevaba atada a la cintura; se lo coloqué en el cuello.

La luz de la luna brillaba a través de las cortinas en el ángulo exacto para que se le viera la cara. Los labios se le movieron para esbozar una sonrisa sexy y sus ojos danzaron con malicia y deseo.

—*Ya ze govoril, chto scoro uvidimsya, kotenok* —dijo con voz grave y en perfecto ruso.

«Te dije que nos veríamos pronto, gatita».

El puto Arturo de Luca.

8

ILLAYANA VOLKOVA



Si alguien me hubiera dicho esa mañana que acabaría la noche montada a horcajadas sobre el pecho de Arturo poniéndole un cuchillo en el cuello, le habría contestado a esa persona que estaba mal de la puta cabeza. Pero ahí estaba yo, cuchillo en mano y con una pierna a cada lado de su cuerpo, mirándolo a esos hipnóticos ojos heterocromados.

Su estúpida y preciosa cara era tan atractiva como recordaba. El simple hecho de mirarlo hacía que sintiera el cuerpo caliente de lujuria y atracción. Su maravillosa boca se curvó con una expresión a medio camino entre una sonrisa y un desafío. No me gustaba esa mirada altanera, aunque era increíblemente guapo.

Le clavé el cuchillo un poco más en la garganta y un fino hilo de sangre empezó a gotearle del cuello.

Enarcó una de sus perfectas cejas —yo ni siquiera sabía que fuera posible que alguien tuviera las cejas perfectas, pero, joder, él sí las tenía— y esa expresión altanera permaneció en su rostro. Era como si estuviera disfrutando de la situación.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —pregunté bisbiseando.

—¿No es evidente, *kotenok*? —dijo «gatita» en ruso con esos preciosos ojos mirándome—. He venido a por ti.

Intenté no hacerle caso al cosquilleo que me recorrió todo el cuerpo al oír sus palabras, pero ¿a quién coño quería engañar? Me gustaba.

Oí unos pasos procedentes del otro lado de la puerta de mi dormitorio y me tensé.

Arturo volvió la mirada de golpe hacia allí, alerta.

Joder.

Si mis hermanos entraban y me veían a horcajadas sobre Arturo con un cuchillo clavado en su puta garganta, no reaccionarían muy bien. No, no reaccionarían para nada bien.

Mi hermano llamó suavemente y su voz llenó todo el espacio de mi habitación.

—*Sestra?* ¿Hermana? ¿Estás bien? Hemos oído unos golpes —dijo Lukyan.

¡Maldita sea! Debió de ser cuando lo estampé contra el suelo.

—¡Estoy bien! —respondí gritando. Fijé la mirada en el atractivo hombre que tenía debajo y él me guiñó un ojo al tiempo que gesticulaba: «Sí que lo estás».

Cabrón.

Volví la cabeza de golpe hacia la puerta cuando vi que empezaba a abrirse lentamente. Agarré el cuchillo con más fuerza y lo lancé

hacia delante a la máxima velocidad que pude. Se clavó en el marco de la puerta hasta la empuñadura, justo cuando asomó la cabeza de Lukyan.

—¡Por el amor de Dios, joder! —gritó al tiempo que volvía a esconder la cabeza y cerraba la puerta de golpe.

—¡Ya os he dicho que estoy bien! —respondí gritando.

El enorme cuerpo musculoso de Arturo empezó a temblar debajo del mío y, al bajar la vista, vi que estaba riéndose entre dientes.

—Me cago en la puta —oí mascullar a Lukyan desde el otro lado —. ¿Estás con la regla o qué?

Me pasé una mano por la cara, gruñendo. Por supuesto que tenía que decir alguna mierda por el estilo. Mi primera vez con Arturo y ya tenía que escuchar algo sobre mi regla. De puta madre.

—No seas imbécil —escuché responder a Nikolai. ¡Genial! ¡Estaban los dos ahí fuera!—. Ya sabes que hacemos un seguimiento de esas mierdas. —¿Que hacían qué?—. Según el calendario, todavía le quedan dos semanas y media para que le baje.

—Es verdad, es verdad. —Podía imaginarme perfectamente a Lukyan asintiendo sin parar—. Había olvidado que empezamos a hacerlo después de que intentara quemarme con un lanzallamas. Puta semana de la marea roja —se lamentó.

«Ay, Dios mío, voy a matarlo. Voy a matarlos a los dos ¿Hacen un seguimiento de mi ciclo menstrual?».

Arturo rompió a reír y yo le tapé la boca con la mano y lo miré con los ojos entrecerrados a modo de advertencia.

—¡Iros de una puta vez! —gruñí.

—¿Estás seguro de que no tiene la regla? A mí me suena bastante hormonada —le comentó Lukyan a Nikolai.

«¡Ya está bien, hostia!».

Cerré los dedos alrededor de la culata de mi pistola y tiré de ella para sacarla de la cartuchera. La apunté hacia la puerta asegurándome de dirigirla hacia arriba para no darles y disparé dos tiros.

—¡Joder! —gritó uno de ellos, aunque no estoy segura de cuál, y enseguida oí el ruido de sus cuerpos tirándose al suelo.

—¡Ya os he dicho que estoy bien! —rugí—. ¡Ahora largaos antes de que vuelva a disparar, y esta vez no fallaré!

—¡Está como una puta cabra! —gritó Lukyan.

—¿Y qué miembro de la familia Volkov no lo está? —replicó Nikolai, alejándose, hasta que los únicos sonidos que podía oír eran la respiración de Arturo y el palpitar de mi corazón.

Se me relajó el cuerpo en cuanto entendí que se habían ido.

«De verdad, ¿qué otra putada más voy a sufrir hoy?».

Me incorporé, ignorando la mirada fogosa de Arturo mientras pasaba por encima de él e iba a sentarme en mi cama. Me incliné sobre la mesita de noche y encendí la lámpara, luego empecé a quitarme los tacones, desesperada por sacármelos y descansar los pies.

Arturo se levantó del suelo y se incorporó con gracilidad. Agachó la cabeza y se miró el pie izquierdo; entonces recordé que lo había apuñalado con el tacón. Debería haberme sentido mal, pero no fue así. El cabrón había entrado en mi casa sin permiso. Se lo merecía.

—¿Cómo has conseguido entrar? —pregunté al tiempo que tiraba los tacones al suelo.

Su única respuesta fue mirar hacia el gran ventanal de mi dormitorio.

Seguí su mirada y negué con la cabeza.

—¡Y una mierda! Son tres pisos de altura.

Enarcó una ceja y esbozó una sonrisa maliciosa con esa boca tan atrayente.

—Querías una respuesta a tu pregunta. Te la he dado. Que te la creas o no es cosa tuya.

Había olvidado la voz tan grave y sexy que tenía.

—¿Y qué pasa con mi otra pregunta?

—¿Qué otra pregunta, *kotenok*?

Habría jurado que percibí un timbre de seducción en su voz.

—¿Qué coño haces aquí?

—Ah. —Rio entre dientes—. Pero esa pregunta ya la he respondido. Ya te lo he dicho: estoy aquí por ti.

Me clavó la mirada y su intensidad me hizo sentir un hormigueo que me recorrió toda la espalda.

Su mera presencia hacía que me cosquilleara el cuerpo y sintiera mariposas en el estómago. «¡¿Qué coño está haciéndome este hombre?!». Había estado cerca de muchos tíos atractivos y ninguno de ellos me había hecho sentir como una colegiala estúpida hablando con el chico que más le gustaba.

Me levanté porque odiaba sentir que me imponía con su presencia. Me sacaba unos cuantos centímetros de altura, pero al menos así no era tan grave.

La primera vez que lo vi, no me di cuenta de lo anchos que eran sus hombros. Ni de la estrechez de sus caderas, lo que demostraba que no solo estaba fuerte, sino también delgado. Seguía llevando el mismo traje que esa mañana y vislumbré los ligeros trazos de sus tatuajes por debajo del cuello de la camisa. Me hizo falta reunir toda

la fuerza de voluntad que me quedaba para no alargar la mano y seguir el contorno de esos dibujos con los dedos.

—¿Y eso qué significa? ¿Que estás aquí por mí?

Respondió a mi pregunta con otra pregunta:

—¿Has pensado en mi propuesta?

—¿Te refieres a la propuesta de tu padre? —pregunté enarcando una ceja.

Arturo negó con la cabeza riendo entre dientes. Empezó a rodearme lentamente, de forma parecida a como había hecho mi padre con Maxim. Como si yo fuera una presa. Y, joder, en ese momento me sentía así. Me quedé paralizada, negándome a dar señal alguna de incomodidad y siguiéndolo con la mirada.

—Puede que mi padre haya presentado la propuesta, pero, de todas formas, es *mi* propuesta.

Me recorrió el cuerpo con los ojos de arriba abajo mientras seguía dando vueltas a mi alrededor. Yo no podía ignorar el deseo que los encendía ni la forma en que su mirada ardiente me aceleraba el pulso de pura excitación.

—¿Lo has pensado? —susurró, y tuve la certeza de que su voz estaba teñida de seducción.

—Sí —respondí sin perderlo de vista—. ¿Y tú?

Se quedó de piedra e hizo una mueca por la confusión.

—Por supuesto que sí. Al fin y al cabo, se trata de *mi* propuesta.

Esa vez fui yo la que se rio entre dientes. Avancé unos pasos y di vueltas a su alrededor, como él había hecho conmigo. Se quedó quieto, observándome mientras mi mirada recorría hasta el último centímetro de su cuerpo.

Tenía ganas de encaramarme a él como si fuera un parque de

barras.

—No creo que lo hayas pensado. Verás, no seré el tipo de mujer que te gusta.

—¿Ah, no? —Enarcó una ceja—. ¿Y cómo sabes qué tipo de mujer quiero?

Seguí dando vueltas a su alrededor, disfrutando en secreto del hecho de que estuviera totalmente quieto, lo cual me permitía analizarlo detenidamente tanto como me apeteciera.

—Quieres lo que quieren todos los hombres de la mafia: alguien que bese el suelo que pisas. Una mujer que hará todo cuanto le digas, cuando tú se lo digas. Una mujer que no te discuta, que se conformará con esperarte día sí y día también en casa. —Me detuve en seco delante de él y dejé que asimilara mis palabras. Me incliné ligeramente hacia delante y susurré—: Esa no soy yo.

Su mirada me recorrió la cara y se centró por un instante en mi boca antes de volver a elevarse y encontrarse con mis ojos.

—Ya lo sé —me respondió con un susurro—. Y yo no soy como todos los hombres de la mafia. Sé exactamente quién eres, de qué eres capaz, y eso solo me hace desearte más.

Avanzó un paso y su cuerpo quedó casi presionado contra el mío. Me costaba controlar la respiración. Sentía mi corazón latir con ritmo errático en mi pecho y recé para que él no lo oyera ni lo sintiera.

Levantó una mano, poco a poco, y me rodeó el cuello con los dedos, apretó ligeramente e hizo que una sensación de calor me subiera por la espalda. El deseo y las ansias ardían en mi interior y me atravesaban hasta lo más profundo de mi ser.

—No quiero una mujer dócil, una mujer débil. Quiero una reina.

Una mujer que me ayude a conquistar y a gobernar. Una mujer que se alce junto a mí, no que se esconda detrás de mí.

Descendí la mirada hasta su boca y, de forma involuntaria, me relamí los labios. Por unas décimas de segundo, olvidé de qué estábamos hablando y me imaginé cómo sería besarlo, saborearlo. Estaba convencida de que sabría de maravilla.

—¿Y cómo sabes que soy esa mujer? —susurré, con la voz un poco más ronca de lo que habría querido.

Muy cerca de mí, se quedó mirándome unos segundos antes de meter la mano en su americana y sacar un cuchillo. Lo levantó en el aire y, mientras yo contemplaba su hoja brillante por la luz de la habitación, vi las iniciales I. V. grabadas en ella.

¡Mi cuchillo!

Me acerqué para cogerlo, pero él retiró la mano para impedírmelo. Con un último apretón en mi cuello, me soltó y retrocedió. Enseguida eché de menos su tacto.

—Jamás he visto a una mujer, una mujer preciosa, por cierto, lanzar un cuchillo con tanta precisión.

Estaba escuchándolo, pero tenía la vista puesta en mi arma blanca. Era una de mis favoritas. ¡No podía creer que me la hubiera olvidado! Mi padre me la regaló el día en que me hizo ingresar oficialmente en la Bratva.

—Desde ese instante supe que eras la persona a la que había estado buscando.

Sonrió con suficiencia.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿me estás diciendo que solo me hizo falta lanzarle un cuchillo a tu hermano para que decidieras que quieres pasar el resto

de tu vida conmigo? —Esperé que percibiera el escepticismo en mi tono de voz—. Cualquier mujer de la Bratva sería capaz de hacerlo.

Chasqueó la lengua y volvió a meterse mi cuchillo en la americana.

«Esto… Perdona. Quiero que me lo devuelvas».

En ese momento, algo más distanciados, sentí que por fin podía volver a respirar.

—No, *kotenok*, no fue solo eso. Hay muchas otras cosas de ti que me ayudaron a tomar mi decisión.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Nunca te habría tomado como el tipo de persona que ansía recibir cumplidos.

Arrugué el ceño y entrecerré los ojos.

—¡No lo soy! Lo que pasa es que no creo que lo hayas pensado bien.

Suspiró.

—Piensa lo que quieras, pero le he dado muchas vueltas.

Le inspeccioné la cara en busca de cualquier señal de engaño, pero no capté ninguna.

—No seré una pareja fácil, ¿sabes? Seguramente te volveré loco —dije encogiéndome de hombros—. Odio que me digan qué debo hacer y detesto que me infravaloren. Sé que la Cosa Nostra no está acostumbrada a que las mujeres estén en el negocio. Te puedo asegurar que tus hombres no me querrán por ahí.

—Me importa una mierda lo que piense cualquiera de ellos —afirmó Arturo con decisión.

—En cualquier caso, no lo toleraré. No permitiré que se me falte

al respeto. Si alguno de tus hombres lo hiciera, espero que estés preparado para perderlo.

Se le encendió la mirada; el deseo y la lujuria brotaban por todo su ser. Estaba claro que le gustaban las mujeres vengativas.

—Si cualquiera de mis hombres te falta al respeto, no quedará ni rastro de su cuerpo en cuanto haya acabado con él.

—Y que yo no sea italiana… —Enarqué una ceja—. ¿Eso no será un problema?

—Para algunos, quizá sí. Pero, como ya he dicho, me importa una mierda lo que piensen.

Me quedé mirándolo con detenimiento durante un par de segundos antes de dedicarle un leve gesto de asentimiento. Lo creía. No me pareció el tipo de persona a la que le importara qué pensaban los demás.

—Hay una cosa que deberías saber antes de acceder —empezó a decir Arturo con vacilación.

Nuestras miradas se cruzaron y la curiosidad me recorrió el cuerpo.

—¿Qué?

—Mi padre dejará el cargo de jefe de la Cosa Nostra en cuanto hayamos acabado con Nero.

Vale. Pues eso no me lo esperaba. Alessandro todavía era joven según los estándares de la mafia. Podría continuar gobernando al menos otros cinco o diez años antes de abdicar. Entonces, ¿por qué entregar el mando tan pronto?

—¿Por qué?

Fue la única pregunta que podía hacer.

—Mi padre ha mandado durante mucho tiempo. Tenía solo

veintinueve años cuando asesinaron a mi abuelo y a él lo nombraron *don*. Está listo para dejar su imperio. Listo para vivir su vida con mi madre. —Esbozó una sonrisa forzada, como si estuviera feliz por sus padres, pero triste por perder a su *don*—. Estoy preparado para sustituirlo. Me han criado para eso, es para lo que me han entrenado toda mi vida. Sin embargo, uno de sus prerrequisitos era que estuviera casado de antemano. No me preguntes por qué. No tengo ni puta idea. Pero era una de sus normas.

«Espera un momento».

El cerebro me iba a mil; intentaba dar con la combinación adecuada de palabras para expresar lo que me pasaba a toda prisa por la mente.

—La propuesta del matrimonio entre nuestras familias fue tu decisión, y fue impulsiva. Se lo dijiste a Alessandro y él nos la trasladó.

—¿Sí? —preguntó él, confundido porque no entendía a dónde quería ir a parar.

—Entonces, si él ya estaba planeando dejar de ser el jefe cuando todo este desastre hubiera acabado, seguro que tú ya tenías a alguien con quien casarte —lo dije en tono afirmativo, pero él respondió como si le hubiera hecho una pregunta.

—Sí. —Suspiró—. Iba a casarme con otra.

No daba crédito a los increíbles celos que sentí al escuchar sus palabras. Joder, hacía solo un día que conocía a ese tío. Sabía que no tenía ningún derecho a sentirme celosa, pero lo estaba.

—¿Con quién? —pregunté asegurándome de que mi voz no delatara mis sentimientos.

—Se llama Gabriella. Es la hija de uno de los hombres de alto

rango de la *famiglia*.

«Ah, Gabriella. Seguro que la zorra es un pibón».

—¿Es una mujer de la Cosa Nostra? O sea, ¿que habrá gente cabreada por que te cases con una de fuera en lugar de con ella?

Arturo se encogió de hombros.

—Siempre habrá alguien enfadado por eso. Ya lo superarán.

Quizá sí, aunque lo dudaba mucho. Dependiendo de su nivel de cabreo, podía significar que ya me había hecho enemigos en un lugar en el que pasaría el resto de mi vida. ¿De verdad quería irme a vivir a un sitio donde tendría que estar vigilando constantemente mi retaguardia?

Me asaltó otro pensamiento y me tensé de la cabeza a los pies.

—¿Qué clase de matrimonio será este? ¿Un matrimonio por interés o uno personal?

—¿A qué te refieres con eso?

—Un matrimonio por interés significa que seremos marido y mujer sobre el papel, pero no en la vida real. Uno personal quiere decir que somos marido y mujer en todos los sentidos. Lo cual implica lealtad y fidelidad. Sé que a los hombres de la mafia les encanta hacer lo que les da la puta gana, y eso incluye engañar a sus compañeras. Yo no toleraré eso. Si te casas conmigo, eres mío. No vas a ir por ahí metiendo la polla en otras zorras.

Se rio entre dientes y me dio un golpecito en la nariz.

—¿Solo en esta zorra?

—Sí.

Seguramente debería haberme sentido insultada por el hecho de que me llamara «zorra», pero no fue así. Era una zorra. Y estaba orgullosa de serlo.

—Si voy a conseguir lo que necesito de ti, no veo por qué tendría que ir a buscarlo a otro lugar.

—¿Y qué quieres decir con eso de conseguir lo que necesitas?

Me agarró el coño con brusquedad y yo lancé un suspiro ahogado de pura impresión.

Me cago en Dios.

—Esto. Esto es lo que necesito. Soy un hombre de sangre caliente, Illayana. Necesito sexo. Si va a ser un matrimonio en condiciones, uno en el que nos seamos fieles mutuamente, ¿vas a darme lo que quiera cuando yo quiera?

—Depende.

Apoyó la palma de la mano contra mi clítoris y yo solté un gemido. Se acercó más y noté su aliento caliente sobre la piel mientras me hundía la nariz en el cuello.

—¿Depende de qué? —preguntó susurrando.

—De lo bueno que seas haciéndolo.

Volvió a reír entre dientes y me pasó la lengua por el lateral del cuello hasta meterse el lóbulo de mi oreja en la boca. Le dio un ligero tirón con los dientes y yo me estremecí.

—No creo que eso sea un problema, *kotenok*. —¿Por qué no paraba de llamarme gatita? —. A juzgar por tu piel de gallina, el rubor de tus mejillas y tu respiración acelerada, yo diría que estás de acuerdo. ¿No es así? —Subió la mano que le quedaba libre de nuevo hasta mi cuello y me lo sujetó, lo que provocó que se me escapara otro gemido de entre los labios. Rio por lo bajini—. Oh, sí, estás claramente de acuerdo.

Sí, claro que estaba de acuerdo.

Mi cuerpo suplicaba que me tocara, la pasión me aceleraba el

pulso y sentía tanto calor que lo único que quería era arrancarle la ropa en ese mismo momento y follármelo en el suelo de mi habitación. Estaba mareada, la lujuria me consumía el alma y el corazón me latía con tanta fuerza que estaba a punto de salírseme del pecho. Notaba el bulto de sus pantalones, sentía su polla dura contra mi pierna. Solo quería agarrársela, notar cómo latía en mi mano. Jugar con ella y oírlo gemir. No había nada más sexy que oír gemir de placer a un hombre.

—Puedes estar segura de que te seré fiel durante la totalidad de nuestro matrimonio, tanto si me dejas follarte como si no. Aunque tengo la sensación de que eso no será un problema. —Con un último tirón a mi lóbulo se apartó de mi cuerpo. Enseguida añoré su contacto—. Entonces, ¿te casarás conmigo? —preguntó con voz seductora y la mirada teñida de deseo.

Me quedé mirando al hombre que tenía delante. Lo miré de verdad. Su apariencia increíblemente bella y su divertida y traviesa personalidad harían muy fácil ser su mujer. Es decir, habría estado loca si hubiera dicho que no, ¿verdad? Por la forma en que me vibraba el cuerpo, sabía que éramos sexualmente compatibles, al menos por mi parte. No solo eso, sino que darme cuenta de que estaría casada con el jefe de la Cosa Nostra hizo que me burbujeara la sangre de ganas.

Cruzamos miradas y en el rostro se me dibujó una sonrisa burlona similar a la suya. Me pasé la lengua por el labio inferior, observando cómo sus ojos seguían mis movimientos, ardientes de deseo.

Se le dilataron las fosas nasales y apretó la mandíbula, como si estuviera librando una batalla interior para no moverse.

—Espero que seas tan dura de pelar como dicen. Tendrás que serlo para manejarme.

9

ARTURO DE LUCA



Joder.

Sí que es guapa. Y salvaje. Y descarada. Y…, mierda, ¡cómo me duele el pie! ¿Tenía que clavarme el tacón así de fuerte?».

«Bueno, tú la has atacado».

«No, no la he atacado».

«Sí, sí que la has atacado. Y ahora estás en un diálogo contigo mismo como si estuvieras pirado».

«¿Algo más que no sepa ya?».

Crucé la mirada con Illayana y me quedé contemplando su preciosa figura. Empecé a retorcer los dedos, con las manos situadas a ambos lados del cuerpo; me moría de ganas de volver a tocarla. Joder. Seguramente no había sido buena idea haberla agarrado así. Sentir el calor de su coño en mi mano, pasarle la lengua por la piel.

Sabía que sería lo único en lo que podría pensar hasta volver a tener la oportunidad de hacerlo.

Pero era importante comprobar nuestra compatibilidad, asegurarse de que nos compenetraríamos bien sexualmente. No estaba mintiéndole cuando le dije que necesitaba sexo. Era algo que haría todos los días, incluso aunque fuera un polvo rápido con cualquiera de las mujeres que tenía en la agenda. Mi vida tan llena de violencia y adrenalina me hacía necesitar una vía de escape para liberarlo todo, y el sexo era lo mejor.

Era un empotrador dominante en la cama. No dominante en plan Christian Grey, sino diferente. La clase de hombre que ansía tener el control, al que le gusta dar órdenes. Yo lo sabía, las mujeres a las que me follaba lo sabían y era importante que Illayana también lo supiera. A juzgar por la reacción que había tenido conmigo, no solo lo sabía, sino que le gustaba.

—¿Arturo? —La dulce voz de Illayana me sacó del ensimismamiento y volví a centrarme en ella.

—¿Mmm…?

Por lo que debía de ser la enésima vez, recorrí su cuerpo con los ojos de arriba abajo. No podía evitarlo. Era como si tuvieran una mente propia y lo único que quisieran ver fuera a ella.

Se rio entre dientes.

—Esto… ¿quieres que te cure eso?

Me señaló el pie y de pronto me di cuenta de que había estado apoyándome en el izquierdo.

Negué con la cabeza.

—No, estoy bien. Casi no lo noto.

Sí, claro, eso era una puta mentira. Buena forma de empezar,

Turo.

Ella abrió la boca, como si estuviera a punto de hablar, cuando se oyó que alguien llamaba a la puerta de su habitación, y eso la interrumpió.

Me cago en la puta.

Sus hermosos ojos se dirigieron de golpe hacia la puerta y en su expresión afloró una clarísima irritación. A ella tampoco le gustaba que la interrumpieran.

—¿Qué pasa? —ladró con la voz teñida de rabia.

—¡No dispares! —gritó alguien enseguida desde el otro lado. Tuve que contenerme para que no se me escapara la risa—. Solo soy yo.

Illayana se envaró de inmediato. Conocía a quien estaba detrás de la puerta, pero parecía… inquieta. No tenía la misma expresión que cuando sus hermanos habían llamado antes. Interesante.

Se colocó a toda prisa a mi lado, ligera como una pluma sobre sus pies. Dobló un dedo señalándome y yo agaché la cabeza para que pudiera hablarme al oído.

—Tienes que esconderte —me susurró.

Como me moría de ganas de tocarla, la agarré por las caderas con ambas manos y le puse los labios en la oreja.

—¿Por qué? Diles que se larguen, como antes.

Ella negó con la cabeza febrilmente, y su larga melena de pelo negro se agitó sobre sus hombros.

—El que está ahí fuera es Aleksandr. No se largará como han hecho Lukyan y Nikolai. Sobre todo si han ido a buscarlo, que creo que es lo que ha pasado. —Miró la puerta con los ojos entrecerrados

y expresión acusadora—. Aleksandr no me tiene miedo como los otros dos. Si no abro, la echará abajo.

—¡¡¡Illayana!!! —gritó Aleksandr. Percibí un ligero tono de advertencia en su voz.

Ese cabrón tiraría la puerta abajo sin duda.

—Un segundo —respondió ella también gritando.

Se quedó mirándome con esos ojos suyos color mar y empezó a empujarme hacia el fondo del cuarto.

—Date prisa —bisbiseó.

Apagó a todo correr la luz de su mesita de noche y su dormitorio quedó totalmente a oscuras.

—Vale —dije, quejumbroso, y me adentré en las sombras—. No entiendo de qué va toda esta mierda —protesté mientras me colocaba donde me había dicho.

Escogí un lugar desde el que tener una vista clara y sin obstáculos de la puerta para poder ver qué pasaba. Seguro que era más inteligente moverme para que no pudieran localizarme, pero me encantaba vivir al límite. Al fin y al cabo, ya estaba ahí, ¿verdad?

Illayana abrió la puerta y, efectivamente, su hermano Aleksandr estaba allí plantado.

El cabronazo era enorme. Debía de ser igual de alto que yo, si no un poco más, pero solo un poco. Examinó cada detalle de Illayana y luego amplió el foco hacia la parte de la habitación que quedaba por detrás de ella. Sus ojos se detuvieron en mí, entre las sombras, y me puse en tensión.

—¿Va todo bien, Illayana? —preguntó, y se volvió para mirarla.

—*Da*. ¿Por qué?

Ella ladeó la cabeza, como si estuviera confusa por el simple

hecho de que él se lo preguntara.

Vi a sus otros hermanos asomarse por detrás de Aleksandr. Uno estaba a la izquierda y el otro, a la derecha. Parecía como si estuvieran usando su cuerpo desproporcionado como escudo. Tío, parecían aterrorizados.

Aunque, bueno, la verdad es que ella les había lanzado un cuchillo y les había disparado, todo en cuestión de treinta segundos. Yo diría que su miedo estaba justificado.

—Solo quería asegurarme —respondió él barriendo la habitación con la mirada.

Como si de pronto me hubiera detectado, entrecerró los ojos.

Joder.

No me di cuenta de que estaba moviendo la mano hasta que sentí la empuñadura del cuchillo de Illayana en la palma.

¡No! No podía matar a su hermano… ¿Verdad?

No. Claro que no.

Aleksandr siguió hablando con ella, aunque sus ojos no se apartaron de mí entre las sombras ni un segundo.

—Illayana —dijo con tono cortante, y ella se tensó—, ¿seguro que estás bien? ¿Necesitas ayuda?

Por su forma de hablar, percibí que sabía que yo estaba en la habitación.

«Eres un hijo de puta listo y observador, ¿verdad?».

Toda la tensión pareció disiparse al instante, y el cuerpo de Illayana se relajó. Dio un paso al frente y le colocó una mano en la mejilla.

—*Rodnoy brat*.

«Hermano».

Él la miró.

—Te prometo que estoy bien. Ya deberías saber que, si te necesito, iré a buscarte.

Él volvió a localizarme entre las sombras y frunció el ceño.

—Si estás segura —dijo a disgusto.

—Sí que lo estoy. —Illayana se rio entre dientes—. Ahora vete.

Ella hizo un gesto con la muñeca para indicarle que se echara a un lado.

Aleksandr esbozó una mueca maligna con la comisura de los labios; la primera señal de emoción real que había visto en ese tío. Movió el cuerpo con gracilidad y sus otros dos hermanos quedaron a la vista.

Joder. Sí que los criaban grandes en la Bratva.

Todos ellos parecían más o menos de la misma altura, centímetro arriba, centímetro abajo. Aunque estaba claro que Aleksandr era el mayor. Si pasaba por alto las dimensiones monstruosas del tipo, tenía cierta ligereza. La forma en que se movía… Su mera presencia exigía respeto e inspiraba autoridad. Sentí muchísima curiosidad por saber cómo peleaba. Y quizá algún día lo descubriría. La idea me entusiasmó.

Basándome en la información que había recopilado Vin sobre la familia Volkov, el que tenía la melena negra hasta los hombros y los ojos azules era Lukyan. No tenía tanto músculo como Aleksandr, pero, con todo, era un tipo fuerte.

Eso nos dejaba al otro hermano, Nikolai. Tenía el pelo corto y negro, una barba muy bien recortada y los ojos del mismo color que los demás. Los abrió de par en par cuando entendió que su hermano

mayor no pensaba protegerlos de su hermana. Ella dio un paso amenazador en su dirección y ambos retrocedieron.

—Venga ya, Illayana —empezó a decir Lukyan con voz temblorosa.

Tenía las manos levantadas por delante de él, como si estuviera rindiéndose.

—Os habéis chivado —dijo ella, chasqueando la lengua, desilusionada.

—No. No, no, no —respondió Lukyan negando con la cabeza. Le pegó un codazo a su hermano en la barriga y lo miró frunciendo el ceño—. ¿Nikolai?

Nikolai se enderezó y miró a Illayana. No parecía *tan* asustado como Lukyan, aunque sin duda sí que estaba incómodo, como si no tuviera idea de qué estaba a punto de ocurrir. O, para ser más específicos, de qué iba a hacer *ella*.

—*Sestra*, hermana, estamos preocupados por ti. Llevas años sin intentar matarnos. Creíamos que tenías problemas —dijo con un fuerte acento ruso.

Illayana permaneció callada un par de segundos.

—Mentira —negó ella con dureza.

—¿Qué? —preguntó Nikolai, confundido.

—Estás mintiendo. Si *de verdad* hubierais creído que tenía problemas, no os habríais marchado. Habríais tirado la puerta abajo a tiro limpio.

Nikolai y Lukyan intercambiaron una mirada.

Tenía razón.

—Los dos sabíais que le abriría la puerta a Aleksandr, por eso habéis ido a buscarlo. ¿Por qué?

—No es lo que piensas, Illayana —empezó a decir Nikolai.

—No nos hemos chivado —prosiguió Lukyan.

—Le lanzaste un cuchillo a Lukyan y nos disparaste. Solo haces ese tipo de mierdas en dos casos: o estás cabreada con nosotros o estás ocultando algo. —Mi otro hermano asintió con entusiasmo—. Puesto que no hemos hecho nada para cabrearte desde hace unos meses, sabíamos que estabas ocultando algo.

—Solo queríamos saber qué te había activado el modo matar a lo loco, eso es todo —añadió Lukyan echando un vistazo al interior del dormitorio—. Y sabíamos que le abrirías a Aleksandr porque, si no, él habría entrado de todos modos derribando la puerta.

Se rio entre dientes.

Aleksandr encogió un hombro, sin inmutarse ante todo lo acontecido.

—¿Queríais saber qué me había puesto en el modo matar a lo loco? —preguntó Illayana ladeando la cabeza.

Lukyan asintió a toda prisa, mientras que Nikolai se limitó a enarcar una ceja, mirándola con gesto suspicaz.

Ella se colocó las manos por detrás de la espalda y dobló un dedo haciéndome un gesto para que saliera a la luz.

Salí de entre las sombras y me dirigí hacia ella.

Nikolai y Lukyan reaccionaron de forma inmediata: sacaron sus pistolas de las cartucheras y me apuntaron. Aleksandr no movió ni un músculo, pero siguió mi reacción con la mirada.

—¿Quién coño es ese?

Nikolai me señaló con la pistola y Lukyan hizo lo propio.

Me detuve justo detrás de Illayana. Yo era lo bastante alto para ver por encima de su cabeza sin tener que pedirle que se agachara.

El rostro de sus hermanos estaba en tensión, apretaban la mandíbula y me miraban con el ceño fruncido como si fuera el demonio.

—¿No lo reconoces, *rodnoy brat*? ¿Hermano? —dijo ella con tono de malicia.

Nikolai entrecerró los ojos. Se centró en mi cara antes de que sus rasgos reflejaran que había caído en la cuenta.

—¿Qué coño está haciendo aquí De Luca? Es más, ¿*cómo* ha entrado aquí?

Seguía apuntándome con su pistola.

—¿De Luca? —repitió Lukyan moviendo la cabeza de lado a lado, entre Nikolai y yo.

Él también tenía la pistola dirigida hacia mí.

Qué familia tan acogedora.

Aleksandr seguía sin moverse. El único reconocimiento de mi presencia fue el ceño fruncido que me dirigía.

—Aleksandr, Nikolai, Lukyan —empezó a decir Illayana con voz alta y clara—, me gustaría presentaros a Arturo de Luca, mi prometido.

Retrocedió y me agarró por el brazo para situarme junto a ella.

Aleksandr levantó la cabeza y exhaló, como si supiera lo que iba a ocurrir, pero no estuviera muy emocionado por ello. Tanto Nikolai como Lukyan se quedaron boquiabiertos con las cejas levantadas, totalmente sorprendidos.

La rodeé con un brazo por los hombros y me quedé mirando a mis tres nuevos cuñados.

—¿Qué tal, chicos?

10

ILLAYANA VOLKOVA



—¿Qué coño es esto? —gritó Lukyan.

Bajó la pistola poco a poco mientras nos miraba alternativamente a Arturo y a mí.

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no echarme a reír al verles la cara.

—¿Zander? —Nikolai arqueó una ceja y se volvió hacia él.

Aleksandr suspiró.

—Vamos todos abajo. Será mejor que os pongamos al corriente a los dos.

—No quiero ir abajo —protestó Lukyan, y miró a Arturo con mala cara—. Quiero saber qué hace este tío en mi casa y en tu dormitorio. ¡Joder, Illayana! ¡Es de la Cosa Nostra!

Arturo, a mi lado, se puso tenso. Tenía todo el cuerpo rígido. Miró

de hito en hito a Lukyan y rechinó los dientes.

—Ten cuidado —dijo con tono despectivo—. Me importa una mierda que esta sea tu casa. A ella no le hables así.

Nikolai y Aleksandr gruñeron a la vez. Eso era lo peor que Arturo podía haberle dicho a Lukyan, y todos lo sabíamos. Mi hermano se irguió y sacó pecho.

—Le hablo como me sale de los cojones. ¡Es *mi* hermana! —le soltó.

—Vamos, chicos —dije, tratando de calmar los ánimos.

Arturo apretó brevemente el brazo con que me rodeaba los hombros antes de mascullar algo y dar un paso hacia Lukyan.

—Ya no; no puedes.

—¿Ah, no? ¿Y qué coño piensas hacer? —se mofó él.

Dio un paso adelante, imitando a Arturo, y eso eliminó por completo el espacio libre entre ambos.

Se quedaron cara a cara, con las puntas de los pies casi tocándose, y ninguno retrocedió. Miré a Aleksandr, apostado junto a Nikolai pero un poco apartado. Los dos se habían alejado de la zona de peligro cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Sin embargo, no parecía nada incómodo por el nuevo giro de los acontecimientos. No, en absoluto. De hecho, incluso habría dicho que el muy imbécil estaba entusiasmado.

La cosa no debería haberme sorprendido. Aleksandr siempre había disfrutado de una buena pelea. Cuanto más sangrienta, mejor, según sus propias palabras.

—¿No deberíamos ponerle freno a esto? —les susurré.

Pero ellos se limitaron a encogerse de hombros.

«Uf. Qué inútiles, joder».

—Si no fueras hermano de Illayana y matarte no supusiera empezar una guerra, te rajaría el puto cuello —masculló Arturo.

Lukyan dio un paso atrás. Sus ojos emitieron un destello de emoción y sonrió de oreja a oreja al guardarse en el bolsillo la pistola; en su lugar, sacó un cuchillo.

—Bueno, vamos a dejarlo estar, ¿verdad? Por ahora, soy un hombre que quiere que te largues de mi casa echando leches. —Hizo girar la hoja entre los dedos, cosa habitual cuando estaba expectante—. Venga, tío, vamos a bailar.

—Ya está bien, Lukyan —ordenó una voz grave.

No tuve que mirar para saber que mi padre estaba presente. Lukyan se tensó al captar la presencia oscura de este cuando se situó detrás de él. Se puso a maldecir en ruso mientras guardaba el cuchillo en su funda. No le había hecho ninguna gracia que lo interrumpieran, pero siempre había sido así. Como un niño al que bastaba que le dijeras que no hiciera algo para que no pensara en otra cosa.

Mi padre se situó a mi lado. Llevaba unos sencillos pantalones de chándal grises y una camiseta oscura. Hasta ese momento, las únicas veces que lo habíamos visto sin traje fueron antes de acostarse. Tenía el pelo todavía húmedo de la ducha, y los pronunciados surcos de su cara revelaban lo cansado que estaba.

Posó la mirada en Arturo unos instantes antes de fijarla en Lukyan.

—Venga, sal de aquí. Ya te lo explicaré todo mañana.

—Pero…

—Sin peros, Lukyan —le espetó mi padre—. Fuera; vete ahora

mismo. Y vosotros dos también: fuera —dijo agitando la mano en dirección a Aleksandr y Nikolai.

Todos lo saludaron con una pequeña inclinación de cabeza antes de marcharse. Lukyan miró a Arturo enfadado y le hizo un gesto con el dedo corazón antes de abandonar mi cuarto.

Arturo se echó a reír.

—Me cae bien —me susurró al oído, y unos escalofríos me recorrieron la columna vertebral—. Me recuerda a Vincenzo. Hermanos. Uno los quiere mucho, pero a la vez no puede evitar tener ganas de machacarlos.

—Lukyan suele producir ese efecto en la gente —repuse entre risas.

—Ah, ya me he dado cuenta. —Se volvió para situarse frente a mi padre y lo observó con curiosidad—. Debo decir que estás tolerando muy bien mi presencia aquí. Creía que ibas a hacer que me dispararan nada más descubrirlo.

Su mirada se iluminó con emoción, como si la idea le pareciera atractiva. Menudo puto loco. Pero era de los que me gustaban.

Mi padre sacudió la cabeza y rio discretamente, tal como habría hecho si un chiquillo hubiera dicho algo gracioso.

—¿De verdad creías que podrías entrar aquí sin que yo me enterara?

A Arturo le cambió la cara y dejó de sonreír al instante.

—Lo has hecho bien, muy bien —prosiguió—. Pero hay una cosa que acabarás por aprender tarde o temprano, y es que en el mundo siempre hay alguien mejor que tú. En este caso, se trata de mí.

—¿Cómo? ¿*Cómo* has sabido que estaba aquí? —preguntó Arturo, entornando los ojos.

Mi padre chasqueó la lengua.

—Quizá algún día te lo explique. De momento, es tarde y no confío en ti lo bastante para dejar que te quedes a pasar la noche en mi casa. Despídete, Illayana. Arturo ya se marcha.

—Es que tenemos que hablar de varias cosas, padre. Necesitamos concretar los siguientes pasos —respondí, arrugando el entrecejo con gesto desconcertado.

—Lo planearemos todo pronto y rápido, pero ahora no. Despídete. Dentro de treinta segundos escoltaré a Arturo hasta la puerta.

Mi padre chasqueó los dedos y dos de sus soldados se situaron junto a él, uno a cada lado.

Yo lo miré con mala cara, pero no discutí. Sabía que era mejor así.

Me volví hacia Arturo y, cuando nuestras miradas se encontraron, me invadió esa sensación ya tan familiar de tener mariposas en el estómago.

—Ya hablaremos más tarde, supongo.

Esbozó aquella sonrisita suya tan característica al pronunciar una última palabra en italiano:

—*Presto*.

«Pronto».

—¡Cuéntamelo todo! —exclamó Tatiana entusiasmada, sosteniendo la taza de café en una mano y un *biscotto* en la otra.

Mojó la galleta y se la comió sorbiendo el líquido mientras yo me llevaba mi café a los labios.

Cuando Arturo se marchó la noche anterior, la llamé y le pedí que

se reuniera conmigo en nuestra cafetería favorita. La noté muy impaciente. Tatiana era la primera persona a la que llamaba cuando necesitaba hablar con alguien para ordenar las caóticas ideas que se me cruzaban por la mente. Siempre me daba su opinión sincera de la manera más cruda, daba igual que la hiciera parecer maleducada o borde. Si Tati creía que estabas equivocada, te lo decía. Si creía que estabas actuando a lo loco, te lo decía. Y si creía que tenías que desmelenarte, también te lo decía. Y le daba completamente igual si te ofendías. No tenía filtro, soltaba las cosas tal cual, sin miramientos, y decía lo que pensaba. Me encantaba.

La expectación iluminaba su rostro en forma de corazón, y sus ojos avellana me observaban por encima del borde de la taza. La melena, rubio platino, le colgaba en tirabuzones por la espalda, y llevaba puesto un sencillo vestido de tirantes holgado de color azul hasta la rodilla. Tati parecía un angelito delicado, pero cualquiera que la conociera sabía que era todo lo contrario.

—¿Cómo son? ¿Están tan buenos como aparentan en la pantalla? ¡Venga! ¡Cuéntamelo todo!

Sacudí la cabeza y reí por lo bajini.

—Si no te conociera, creería que estás obsesionada con ellos.

—Ah, sí que lo estoy.

Mordió un trozo de *biscotto* y lo masticó haciendo ruido.

—¿Con cuál? —pregunté por curiosidad.

Lo último que quería era que mi mejor amiga se pillara de mi novio.

Tatiana colocó un codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en la mano mientras miraba a lo lejos con expresión ensoñadora.

—Con el más joven, Vincenzo. Es muy guapo. Dejaría que me

follara en todas las posturas que le diera la gana, y me daría igual que al día siguiente no se acordara de llamarme.

—Bueno, quién sabe, a lo mejor tus deseos se hacen realidad. Lo verás en la boda.

Tatiana se irguió en el asiento y centró toda su atención en mí.

—¿La boda? ¿Quién se casa?

Sonreí mirando a la taza.

—Yo.

—¡¿Qué?! —gritó, y llamó la atención de todos los clientes de la cafetería—. ¡¿Te vas a casar?! ¡¿Con quién?!

—¿A ti qué te parece?

—¿Con un De Luca? —susurró con tono reverencial.

Me acaricié el puente de la nariz con un dedo y dejé la taza de café sobre la mesa. A continuación, di un bocado de mi sándwich de beicon con lechuga y tomate mientras reía para mis adentros ante la cara de pasmo absoluto de mi mejor amiga.

Tatiana levantó una mano en el aire y sacudió la cabeza.

—Un momento, un momento. ¿Cómo? ¿No son de la Cosa Nostra? ¿No se supone que tienen una tradición muy arraigada según la cual los de la *famiglia* solo se casan con italianos?

—Sí, pero eso a Arturo le da igual. Necesitan que mi padre les consiga armas para defenderse de la banda de Chicago. A cambio, ellos le ofrecen acceso libre a su territorio, y a Chicago cuando se quiten de encima a la banda.

—Vale. Hasta ahí, lo entiendo. Pero ¿cómo salió el tema de la boda? Es un salto cualitativo importante en dirección contraria.

Asentí mientras daba otro bocado.

—Vamos a crear oficialmente una alianza con ellos, y una de las

formas de fortalecerla es mediante un enlace matrimonial. La única hija de Alessandro tiene diez años, de modo que no puede casarse y solo quedo yo.

—Guau. O sea, que lo haces en contra de tu voluntad.

Me entró la risa y me limpié la boca con una servilleta antes de dar otro sorbo de café.

—¿Crees que haría algo que no quisiera hacer?

—Cierto. —Tatiana soltó un suspiro—. Madre mía, ¡qué locura! ¿Cuándo será el gran día?

—Dentro de menos de una semana.

Cuando mi padre supo que había decidido casarme con Arturo, enseguida hizo correr la voz de que iba a celebrarse una boda entre la Bratva y la Cosa Nostra. Me dio una semana para planearla, lo cual me parecía bien, porque me apetecía una ceremonia sencilla.

Por segunda vez en cinco minutos, Tatiana soltó un grito a pleno pulmón.

—¡¿Qué?! ¡Es imposible planear una boda en siete días! ¿Te has vuelto loca?

Aparté el plato y me recosté en la silla.

—Es posible. Ya me conoces. No necesito, ni me apetece, celebrar un bodorrio por todo lo alto. Me va bien que sea algo simple y sin bobadas.

—Por Dios, me va a dar algo por tu culpa —masculló, frotándose las sienes—. Eres hija única y descendiente del *pakhan*. No puedes tener una boda mediocre. No lo permitiré.

Fruncí el entrecejo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que voy a encargarme de planearla yo, idiota, y tendrá

tanta pompa que dejará a la altura del betún el enlace real de Meghan y Harry.

Tati asintió despacio, como si acabara de tomar una decisión, y se terminó el *biscotto*.

Me pasé las manos por la cara con un gruñido. Que ella se encargara de planear mi boda significaba que sería una exageración total. Su extravagancia no tenía límites.

—Tenemos mucho que hacer y muy poco tiempo. —Sacó el móvil —. Debemos pensar en el menú, elegir las flores, encontrar un local, decidir qué vestido llevarán las damas de honor, enviar invitaciones, buscar un vestido de novia para…

—¡Vale, para ya! —bramé—. No, no y no. Eso es exactamente lo que no quiero. No quiero saber nada sobre los preparativos de la boda. Solo de pensarlo me entra dolor de cabeza. Si quieres hacerlo tú, me parece bien, pero no me pidas que me implique.

Tatiana se me quedó mirando como si yo estuviera perdiendo la cabeza.

—¿No quieres planear tu boda?

—No, y todo eso me da igual. Lo único que quiero es llevar el vestido de mi madre. Lo demás es totalmente irrelevante.

Una expresión de tristeza le cambió el semblante, pero la borró enseguida. Sabía que no me gustaba hablar de la muerte de mi madre. Para mí, era un tema prohibido.

—Vale. ¿Me das carta blanca para organizarlo todo? —preguntó con un suspiro.

—Sí. Haz lo que quieras, pero que no sea una horterada.

Me miró de hito en hito.

—¿Una horterada? ¿Es que no me conoces, zorra?

Me terminé el café entre risas. Tatiana tenía un gusto impecable y un verdadero talento para el diseño de interiores. Si alguien podía conseguir que mi boda fuera un auténtico espectáculo era ella. Y a mí no me apetecía en absoluto tanta pompa, pero sería imposible convencerla de que me dejara celebrar una ceremonia sencilla.

—Tendrás que coordinarte con Nikolai. Seguramente será el encargado de la seguridad durante la celebración.

Tatiana apretó los labios.

—¿Es necesario?

Sacudí la cabeza y solté una risita.

—Sí. Una boda importante entre miembros de dos familias de la mafia debe tener la máxima seguridad, y de eso se encarga la sección de Nikolai. No puedes organizar nada sin consultarlo antes con él.

Mi amiga soltó un gruñido apenas perceptible.

—A menos que desistas de lo del bodorrio y decidas planear algo sencillo —propuse esperanzada.

—No —se apresuró a responder, y resopló—. Ya me apañaré.

Sonó la campanilla de la puerta de la cafetería que anunciaba la llegada de un nuevo cliente. Unas fuertes pisadas resonaron en el pequeño local, y las familiares notas del perfume de mi hermano me azotaron las fosas nasales un segundo antes de que una sombra se cerniera sobre nuestra mesa. Miré hacia arriba y vi a Nikolai.

«Hablando del rey de Roma…».

—Nik, hola. ¿Qué estás haciendo aquí?

Tatiana se puso un poco nerviosa y levantó la vista del teléfono para dirigirle a mi hermano una mirada hostil. Se quedaron

mirándose a los ojos y la tensión sexual entre ambos hizo crepitar el espacio que los separaba.

Los dos volvieron la cabeza a la vez.

—Padre quiere verte. He venido para llevarte a casa —dijo Nik sin apartar los ojos de mí.

—¿Eh? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No me lo ha dicho. Solo me ha pedido que viniera a buscarte.

—Pero si tengo aquí mi coche.

—Déjalo. Ya volveremos a por él.

Fruncí el ceño. Qué raro. Pero conocía lo bastante bien a mi padre para saber que no debía ignorar una orden directa. Hice un gesto de resignación y recogí mis cosas. Tras guardar las llaves, el teléfono y el monedero en el bolso, me lo colgué al hombro.

—Lo siento, T. ¿Hablamos más tarde?

Tatiana sonrió.

—Sin problema, amiga. Te llamaré esta noche después de salir a correr.

Nikolai la miró con mala cara.

—No deberías salir a correr de noche. Es peligroso.

Tatiana le dirigió una sonrisa de oreja a oreja, pero parecía forzada, falsa.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? No es seguro, así que no lo hagas.

—No eres mi jefe, grandullón. Haré lo que me dé la gana. —Agitó las manos para ahuyentarnos y centró toda su atención en el móvil, con lo que consiguió poner fin a la conversación—. Marchaos antes de que papaíto se enfade.

Nikolai gruñó de forma sonora, apretando la mandíbula y

rechinando los dientes.

—Tatiana…

—Ay, déjalo, Nik. Cuanto más se lo digas, más lo hará. Solo lo estás empeorando. Venga, vámonos. Hablamos luego, T.

—Adiós —dijo ella en voz alta sin despegar los ojos del móvil.

Arrastré a Nikolai fuera de la cafetería y fuimos hacia su coche.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Crees que está bien que salga a correr sola de noche? —masculló mi hermano, y abrió la puerta del conductor.

—Creo que lo que haga no es asunto tuyo —dije, y rodeé el vehículo hasta la puerta del acompañante. Lo miré arqueando una ceja—. Además, ¿por qué te importa tanto?

Él no contestó; se limitó a murmurar entre dientes y se subió al coche.

Cuando llegamos a casa fui directa al despacho de mi padre y, antes de que yo llamara a la puerta, Nikolai desapareció para ocuparse de sus asuntos.

—Pasa —gritó él.

Como de costumbre, estaba plantado detrás del escritorio de caoba, vestido con su clásico traje de Armani de tres piezas. Había otros dos hombres en la sala, de los cuales conocía a uno, Adrian Alexeev, el guardaespaldas principal de mi padre. Era muy alto, diría que rozaba los dos metros, y su constitución era la de un jugador profesional de fútbol americano. Era moreno, de pelo corto y los ojos de un castaño intenso. Una cicatriz que partía unos centímetros por encima de su ceja izquierda y llegaba justo hasta debajo del ojo le

daba un aspecto muy parecido al de Scar, de *El rey león*. Iba vestido con un traje negro liso, sin corbata.

Al otro hombre no lo conocía de nada, estaba segura. Era un poco más bajo que el primero, pero desprendía su mismo aire siniestro. Tenía el pelo rubio, muy bien cortado, y los ojos azules. Su nariz estaba un poco torcida, como si se la hubieran roto varias veces. Vestía de manera parecida a Adrian, con pantalones negros y una camisa negra formal.

—Padre —dije, y me acerqué a su escritorio—, ¿querías verme?

Él dejó los documentos que estaba leyendo y me miró.

—Estos son tus nuevos guardaespaldas. —Señaló con la cabeza a los dos hombres presentes—. Irán a donde tú vayas. A Adrian ya lo conoces, y este es Lorenzo, de la Cosa Nostra. Arturo lo ha enviado para que te proteja también.

Lorenzo me saludó con una leve inclinación de cabeza, asegurándose de mantener su posición detrás del escritorio de mi padre.

Fruncí el ceño.

—¿Protegerme? ¿Desde cuándo me hace falta protección? —pregunté, confusa.

—Desde que hemos anunciado tu compromiso con Arturo. Emparentar a nuestras familias está causando… algunos problemas. —Mi padre alcanzó su vaso, medio lleno de vodka, y dio un trago. Adrian y Lorenzo permanecieron inmóviles con las manos a la espalda; todo un modelo de profesionalidad—. No es que no nos lo esperáramos. A algunos no les gusta que no te cases con un miembro de la Bratva, sobre todo con tantos hombres rusos

disponibles. Pero sería estúpido no tomar precauciones, y yo no lo soy.

—Padre, sabes que no me hace falta protección. Sé cuidar de mí misma.

—De todas formas, la tendrás. Y no quiero darle más vueltas al asunto, ¿entendido?

Mi padre me dio la orden con voz grave y mirándome con los ojos entornados. Apreté los dientes para evitar contestarle de mala manera.

—Entendido —mascullé.

Él asintió y señaló la puerta con la cabeza.

—Muy bien. Ahora vete. Tengo trabajo.

Di media vuelta y salí de su despacho acompañada por mis nuevos guardaespaldas. No me gustaba nada la situación, desde luego. Mi padre me había enseñado a defenderme, a usar la pistola y el cuchillo. Me enseñó a luchar cuerpo a cuerpo. Entrené todos los días durante años, hasta que perfeccioné esas habilidades y supe luchar igual de bien que mis hermanos. Si ellos podían andar por el mundo sin guardaespaldas, no veía por qué yo no. Sobre todo porque era perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Pero tenía claro que no debía contravenir las órdenes de mi progenitor.

Torcí a la izquierda y enfilé el largo pasillo en dirección a la cocina, con mis nuevos acompañantes pisándome los talones.

—Esto es ridículo —gruñí en voz baja; la exasperación me roía los huesos.

Adrian rio entre dientes.

—Sabes que lo hace porque se preocupa por ti, Illayana.

—Eso ya lo sé, pero no significa que me guste. —Me detuve y

miré a Lorenzo—. ¿Te manda Arturo?

—Sí, señora —dijo con un asentimiento.

Me estremecí.

—Por favor, no me llames «señora». Tengo veintiún años, no sesenta.

—Mis disculpas, señorita Volkova.

—Illayana está bien.

—Señorita Volkova —repitió Lorenzo, que no estaba dispuesto a tratarme con tanta familiaridad.

Me encogí de hombros y seguí mi camino.

—Lo que mejor te parezca.

Lukyan estaba sentado a la mesa de la cocina, inclinado y con los pies apoyados en el tablero. Tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza y se balanceaba tan tranquilo sobre las dos patas traseras de la silla. Llevaba un traje gris oscuro combinado con una corbata negra, y la melena recogida en una coleta a la altura de la nuca.

Cuando entré, me miró con el ceño fruncido. Bajó la silla al suelo con un golpe sordo, cogió el café que tenía sobre la mesa y se volvió para darme la espalda.

«Vale. Aún está un poco enfadado».

Cuando Lukyan descubrió que había aceptado la proposición de Arturo y que iba a trasladarme a Nueva York se puso de mal humor, pero solo conmigo. Hasta cierto punto, lo entendía. De todos mis hermanos, él era el más cercano a mí. Durante los primeros quince años de mi vida, fuimos prácticamente inseparables. Lo hacíamos todo juntos. Sembrábamos el terror con nuestras jugarretas y excentricidades. Le costaba aceptar que fuera a marcharme.

Supongo que se había imaginado que siempre estaría allí; tenía que estarlo sí o sí.

Suspiré y me acerqué a él, pero no se dio por aludido y siguió tomándose el café como si nada.

—Lukyan.

Nada. Solo los putos grillos.

—Lukyan —repetí, esa vez con más dureza.

El muy imbécil mantuvo la boca cerrada.

—Vamos, Lukyan, los dos sabemos que no puedes seguir con esta mierda para siempre. Voy a salir a hacer algunas compras. ¿Te vienes? Te compraré un dónut en The Grind. Sé que te encantan.

—No quiero un puto dónut —gruñó, y miró la taza de café con rabia.

«Sí, claro, y qué más». El tío se desvivía por los dulces. Juro que a veces era como un crío atrapado en el cuerpo de un hombre hecho y derecho. Preferiría comer todos los días a base de chocolate y caramelos que un menú decente.

—Vale. Volveré más tarde.

Di media vuelta y me dispuse a marcharme pero cuando estaba a punto de salir de la cocina, oí su voz:

—¿De qué será el dónut?

Seguí dándole la espalda para ocultar mi sonrisa de satisfacción. Sabía que no podría resistirse.

—De lo que tú quieras.

Estuvo unos segundos en silencio, y luego se oyó el ruido de la silla al deslizarse por el suelo de mármol. El hedor a alcohol y tabaco me invadió cuando mi hermano se situó a mi lado.

—Esto no quiere decir que te haya perdonado que vayas a irte —

dijo, alzando la barbilla—. Pero me apetece un puto dónut.

—Ajá.

Salí de la cocina con una sonrisita de suficiencia y nos dirigimos a la puerta de entrada.

—¿Qué son estas sombras? —preguntó, refiriéndose a Adrian y Lorenzo, que caminaban detrás de nosotros.

—Padre me ha colocado guardaespaldas —mascullé.

—¡Ja! ¿En serio? Vaya mierda —rio.

—Cállate —le solté entre dientes, y le di un codazo en las costillas.

Él me adelantó pavoneándose, se volvió hacia mí y siguió caminando de espaldas por el pasillo.

—Has sacado la pajita corta, ¿verdad, Adrian? Has pasado de guardián del gran jefe a cuidador de esta preciosa florecilla, ¿eh? Qué pringado.

—¡No soy ninguna florecilla! —le espeté, mirándolo con una mueca.

Adrian se limitó a negar con la cabeza.

—Es un honor proteger a Illayana —repuso sin morder el anzuelo.

—Sí, claro —se burló Lukyan, y dirigió su mirada a Lorenzo—. ¿Y tú quién eres?

—Lorenzo —respondió sin molestarse en añadir nada más.

—Muy bien. ¿Y?

—Y nada, Lukyan. ¿Quieres cerrar el pico? —mascullé.

—Ese genio… —me advirtió mi hermano con una sonrisa, y dio media vuelta.

Cuando salimos de la casa, mi nuevo guardaespaldas se acercó al

Range Rover negro aparcado en el camino de entrada y abrió la puerta de atrás.

—Gracias, Lorenzo.

Entré y tomé asiento. Lukyan se sentó a mi lado, y Adrian lo hizo en el puesto del conductor mientras el otro ocupaba el del acompañante.

—¿A dónde vamos primero, Illayana? —preguntó Adrian, que tenía un acento ruso muy marcado.

Maniobró con soltura, enfiló el camino de salida y se incorporó a la carretera.

—Antes que nada, iremos a The Grind para comprarle sus dónuts al tonto de mi hermano.

Adrian rio mientras manejaba el volante sin ningún esfuerzo para llevarnos a la ciudad.

—¿No te compraste dos docenas ayer? —le preguntó a Lukyan, mirándolo por el retrovisor.

—Exacto, *ayer* —bromeó mi hermano, y puso los ojos en blanco.

—En serio, con toda la mierda que llegas a tragarte, no entiendo cómo es posible que no estés como un cerdo —dije con una risita.

El tío comía más que todos los de la casa juntos, y sobre todo engullía comida basura.

Él se encogió de hombros, con una sonrisa en la cara.

Al cabo de veinte minutos, enfilamos la calle donde se ubicaba The Grind. Como de costumbre, no había ningún sitio libre donde estacionar. Era una verdadera pesadilla encontrar aparcamiento en Las Vegas. Normalmente teníamos que caminar un par de manzanas hasta nuestro destino, pero a mí no me importaba.

Esa vez, Adrian consiguió encontrar un hueco a solo una manzana de distancia. En cuanto detuvo el coche, Lorenzo salió y me abrió la puerta. Yo me apeé y le sonreí.

—Sabes que no tienes por qué hacer esto, ¿verdad? Puedo abrirla yo.

—Ya lo sé, señorita Volkova —respondió.

Adrian caminaba delante de mí, su cuerpo me servía de escudo contra todo, mientras que Lorenzo permanecía detrás. Lukyan iba a mi lado esforzándose para no adelantarse y salir corriendo.

A cierta distancia, la calle estaba cortada, y unos cuantos obreros andaban de aquí para allá aplicando una nueva capa de cemento. Lukyan gruñó, contrariado por la interrupción. Miró a la izquierda y nos indicó que lo siguiéramos mientras entraba en un callejón plagado de cubos y restos de basura.

—Daremos un rodeo.

Se adentró más en el callejón. Yo seguí caminando a su lado, con los guardaespaldas detrás.

—Bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí?

Un hombre salió de detrás de un contenedor, seguido de otros cuatro. Al instante, me tensé y desplacé la mano hasta el cuchillo envainado en la funda de mi cinturón.

«¿Por qué coño no habré cogido la pistola? Casi siempre la llevo encima».

Lukyan se irguió de inmediato. Su figura adoptó un aspecto absolutamente letal, y, en efecto, lo era. Su expresión se tornó amenazadora y desplazó las manos hasta la pistola que llevaba en una funda sujeta al pecho.

Miré detrás de nosotros y vi a cinco hombres más que se

acercaban desde el inicio del callejón. Eran los obreros de la calle principal.

«Joder». Se trataba de una emboscada.

Lorenzo y Adrian sacaron las pistolas y apuntaron a los cinco recién llegados mientras pegaban su espalda a la mía.

«Mierda. Esto no pinta bien». Nos ganaban en número.

Todos iban cubiertos con máscaras y llevaban pantalones y camisa de manga larga de color negro. La única parte visible de su cuerpo eran los ojos. Los muy cabrones llevaban incluso guantes.

Intenté controlar el ritmo cardiaco y la respiración para asegurarme de mantener la cabeza despejada. Miré a Lukyan por el rabillo del ojo. Estaba analizando a los hombres que teníamos enfrente, buscando sus puntos débiles.

El que había hablado dio un paso adelante para separarse del grupo y se situó a escasa distancia de mí.

—Mira por dónde, es esa zorra de la mafia rusa —espetó.

Percibí un ligero acento español en sus palabras. «¿Los Zetas?».

Lukyan, a mi lado, cuadró los hombros y empezó a emitir un gruñido gutural mientras se disponía a situarse delante de mí y protegerme. Le di unas palmadas en el pecho para detenerlo, y frenó en seco.

—¿Estás seguro de dónde te metes? —le pregunté con calma.

Desde mi posición, vi que el hombre esbozaba una sonrisa por debajo de la máscara.

Notaba a Lorenzo y a Adrian pegados a mi espalda y, en parte, me alegré infinitamente de que mi padre me hubiera obligado a llevar escolta. Claro que no lo reconocería nunca. Era así de cabezota.

El hombre mantuvo los ojos fijos en mí mientras les hablaba a sus hombres en español, dando por hecho que no lo entendíamos.

—Coged viva a la chica y matad al resto.

Desplacé la mirada hasta Lukyan, y él hizo un leve asentimiento para indicarme que lo había oído y entendido. Como no estaba segura de que Adrian y Lorenzo supieran español y no quería arriesgarme, hablé sin apartar los ojos del hombre que tenía enfrente.

—*Sii pronto*. *Hanno gli ordini di sparare per uccidere* —le dije a Lorenzo en italiano.

«Prepárate. Tienen órdenes de disparar a matar».

Lukyan se dirigió a Adrian en ruso:

—*Oni planiruut ubit nas yi vzyat Illayanu, gotovsya*.

«Tienen planes de matarnos y llevarse a Illayana. Prepárate».

Al instante, los hombres se abalanzaron sobre nosotros para atacarnos. No tuve tiempo de pensar en nada salvo en la situación que estaba viviendo en ese momento. Esperaba que Adrian y Lorenzo se las apañaran solos. No podía ocuparme de los cinco hombres que había detrás de mí al mismo tiempo que me cargaba a los que tenía delante.

Cuatro de ellos fueron a por Lukyan mientras el que había hablado se dirigía caminando despacio hacia mí, con una calma espectacular. Era obvio que creían que yo no suponía ninguna amenaza. Por ese motivo habían mandado a cuatro para hacerse cargo de Lukyan y solo a uno a por mí. Bueno, pues ya verían lo que les esperaba.

En el callejón empezaron a resonar balazos y me alcanzaron los ruidos de la pelea, pero decidí hacer oídos sordos. Bloqueé la

percepción de todo lo que no fuera aquel cabrón que estaba convencido de que podía tumbarme como si tal cosa. No podía permitirme el lujo de perder el tiempo. Había cuatro tíos que iban a por Lukyan, y tenía que librarme rápido de ese para ir a ayudar a mi hermano. Conociéndolo, seguro que le daría por enfrentarse a ellos cara a cara sin sacar la pistola, porque al muy imbécil le gustaba pelear con los puños. No sería la primera vez. Lukyan solo usaba armas de fuego en situaciones extremas. Era más bien un hombre de arma blanca.

En cuanto tuve a mi enemigo al alcance, me lancé al ataque. Extendí el brazo y le propiné un golpe con la palma de la mano en la nariz. Su cabeza retrocedió de una sacudida y oí que se le rompía el tabique nasal, pero no le di opción de contraatacar. Continué con un puñetazo directo al esternón, otro a los riñones, una patada en la rótula y, para acabar, un potente derechazo en el mentón; todo en menos de cinco segundos.

Él respondió con un quejido a cada uno de mis golpes mientras el dolor se propagaba por su cuerpo. Sin perder el ritmo, giré y le planté una patada en el pecho que lo lanzó hacia atrás y lo dejó despatarrado en el suelo. A mi alrededor oía más balazos, pero no tenía tiempo de pararme a mirar. Debía acabar con mi enemigo antes de que se recuperara.

Estaba tumbado en el suelo, con los ojos cerrados y gimiendo de puro sufrimiento. Le propiné un talonazo y abrió los ojos de golpe.

—¿Qué decías de una zorra? —solté en español, y esbocé una sonrisa.

Antes de que el hombre pudiera responder, levanté el pie y le clavé el tacón de aguja en la garganta. Se quedó sin respiración. De

sus labios brotó un agónico gorgoteo a la vez que le chorreaba sangre de la boca, y esta lo salpicó todo cuando levanté el pie. El hombre se llevó las manos al cuello y abrió los ojos como platos, presa del pánico. Ojalá hubiera podido quedarme a contemplar cómo se le apagaba la mirada, pero no tenía tiempo.

Di media vuelta y me precipité hacia Lukyan, que ya se había deshecho de uno de esos cabrones. Solo quedaban tres. Tenía cogidos a dos de ellos, impidiéndoles atacar, mientras el tercero lo rodeaba en busca de un hueco desde el que arremeter. Saqué un cuchillo, me abalancé sobre su espalda y le rodeé el torso muy fuerte con las piernas. Antes de que pudiera reaccionar, le tiré de la cabeza hacia atrás y le rajé el cuello rápidamente.

Cuando cayó al suelo, salté hacia delante con una voltereta y aterricé de pie. Me di la vuelta justo a tiempo de ver que Lukyan acababa de apuñalar a un hombre en el corazón. Cuando este cayó, se deshizo de él de una patada a la vez que recuperaba el arma. El único hombre que quedaba en pie se abalanzó hacia Lukyan, tratando de pillarlo por sorpresa.

«No mientras yo lo vea, cabrón».

Arrojé el cuchillo con fuerza, dirigiéndolo a él. El arma cortó el aire y se le incrustó en la cabeza, justo entre los ojos. Lanzar cuchillos era una de mis mayores habilidades.

Lukyan y yo acudimos de inmediato a ayudar a Adrian y Lorenzo. Cada uno de los guardaespaldas había derribado a un hombre, y quedaban tres. Ambos estaban cubiertos de sangre y sostenían un cuchillo en cada mano. El suelo estaba tapizado de pistolas que habían ido cayendo durante la lucha. Lukyan saltó para ayudar a

Adrian, que se enfrentaba a dos hombres, mientras que yo me acerqué a Lorenzo.

El enemigo estaba distraído, con toda la atención puesta en el guardaespaldas. Ni siquiera me vio acercarme. Le di una patada rápida en las piernas y cayó de rodillas. Enseguida me saqué otro cuchillo del cinturón y se lo clavé en la espalda hasta muy adentro, seccionándole la médula espinal. Él profirió un grito agónico cuando hice girar la hoja más y más hacia dentro, hasta que llegué al tope. Le di un puntapié en la espalda y cayó en el suelo de bruces.

Me dispuse a atacar al siguiente, pero entonces me di cuenta de que no quedaba nadie. Adrian y Lukyan estaban de pie, el uno junto al otro, con la respiración agitada y sosteniendo en la mano los cuchillos, que goteaban sangre. También se estaban formando charcos de sangre alrededor de los cadáveres esparcidos por todas partes.

Oí un gemido de dolor a mis espaldas. Lukyan desvió la mirada hacia el lugar del que procedía y enseguida corrió junto al enemigo. Lo aferró por la coronilla, y estaba a punto de rebanarle el cuello cuando lo interrumpí.

—Espera —dije sin aliento.

—¿Por qué? —gruñó Lukyan, en cuyos ojos aún ardía la furia del combate.

—¿No te parece que padre querrá hablar con él?

En su cara apareció una sonrisa siniestra. Sacó el cuchillo que yo le había clavado en la espalda y lo tumbó boca arriba. El hombre volvió a gemir; tenía el rostro deformado por el dolor. Lukyan lo agarró fuerte por la barbilla y lo obligó a mirarlo.

—Desearás que te hubiera matado. Mi padre no tendrá piedad —

le espetó.

11

ARTURO DE LUCA



El sonido de la puerta de mi despacho al abrirse hizo que levantara la cabeza de la pantalla, en la que había tantos números que empezaba a dolerme un huevo la cabeza. Vincenzo estaba de pie frente a mí, con el pelo moreno bien peinado, por una vez, y un traje de color gris claro combinado con una corbata negra.

—¿Qué quieres? —pregunté, y me volví de nuevo hacia el iPad.

No tenía tiempo para conversaciones, a menos que se tratara de algo importante.

Como segundo de a bordo, me correspondía vigilar a todos los mandamases para asegurarme de que hacían su trabajo y tenían a los soldados bajo control. La Cosa Nostra se regía por una cierta jerarquía. Como *don*, mi padre estaba al frente de todos y de todo, pero delegaba ciertas tareas en otras personas. Vin era nuestro

sicario: el encargado de aplicar los castigos a aquellos que los merecían, y solía ser bastante despiadado. Yo, además de encargarme de los jefes y los soldados de rango más bajo, me ocupaba de llevar el registro contable de nuestros negocios y comprobar que todo cuadrara.

Poseíamos varias empresas distintas además de unos cuantos negocios más modestos, y todo ello exigía control a diario. También nos ocupábamos de ciertos asuntos al margen de la legalidad. Dominábamos el tráfico de drogas en Nueva York. Si querías cualquier cosa, nosotros te la proporcionábamos: cocaína, metanfetamina, heroína, marihuana… Teníamos de todo. Y no podías comprárselo a nadie más; éramos los únicos.

Si pillábamos a alguien haciendo trapicheos en nuestro territorio, le aplicábamos un castigo ejemplar para que quedara más que claro lo que podía pasarte si vendías droga en nuestras calles. En ese momento estaba revisando las cuentas y haciendo cálculos de los beneficios de la última entrega, pero algo no cuadraba. Faltaba dinero, y no tenía ni idea de por qué. Habían desaparecido cincuenta mil dólares o un poco más. Simplemente… se habían esfumado.

Vin tomó asiento, se recostó en el respaldo de la silla y apoyó las botas encima de mi escritorio.

—No tienes buen aspecto, hermano. ¿Cansado? —dijo con una sonrisita pedante.

Yo lo miré con mala cara e hice que pusiera los pies en el suelo.

—No pongas las botas en mi mesa, atontado. ¿Qué me tienes que decir que es tan importante como para venir a incordiar?

Vin se incorporó, y cuando cruzó sus ojos verdes con los míos, su expresión perdió todo rastro de humor.

—¿Qué te pasa? Esa es la voz que usas cuando quieres matar a alguien.

Puse los ojos en blanco.

—Yo no uso ninguna voz.

—Uy, sí, ya lo creo. Desembucha.

Hice crujir el cuello para tratar de aliviar un poco la tensión acumulada y le entregué el iPad.

—Nos falta dinero.

Él recorrió la pantalla con la mirada a medida que se desplazaba hacia abajo por el registro de cifras.

—Mierda —musitó—. Eso son…

—51.365 dólares.

—Joder. ¿Lo sabe padre?

—Aún no. —Recuperé el iPad y lo dejé encima del escritorio—. ¿Quién es el responsable de controlar el efectivo en las casas francas?

—Marco se ocupa de las del norte de la ciudad, y Diego de las del sur.

Teníamos cinco casas francas en total, esparcidas por todo el territorio. Allí escondíamos el dinero hasta que lográbamos blanquearlo de manera segura a través de nuestros negocios e ingresarlo en las cuentas corrientes. Las casas eran pequeñas y discretas para no llamar la atención. Ni siquiera estaban registradas a nuestro nombre. En el caso poco probable de que hubiera una redada, no queríamos que relacionaran ese dinero con nosotros. Cualquiera que tuviera acceso era sospechoso.

Yo llevaba un registro muy meticuloso de todo, desde cuántas de nuestras drogas habían llegado a la calle hasta la cantidad de dinero

que deberíamos tener gracias a ello. Una vez por semana, visitaba las casas francas para confirmar que el dinero allí escondido se correspondía con lo que teníamos en el archivo, y esa era la primera vez que no cuadraba. Significaba que alguien quería quedarse con una parte de las ganancias, hurtando un poco de pasta de aquí y de allá, con la esperanza de que no nos diéramos cuenta.

—Quiero una lista de todos los que tienen acceso a las casas francas, desde los traficantes hasta los soldados que las vigilan. Quiero que aparezcan todos los nombres.

—Voy. —Vin sacó el móvil y empezó a buscar en los contactos.

Iba a descubrir al culpable que había tenido los huevos de robarnos, pensaba despellejarlo vivo y dejarlo tirado en la calle para que todo el mundo viera lo que pasaba cuando alguien quería jodernos. ¡Joderme a mí!

—Mientras tanto, voy a hacerles una visita a Marco y a Diego, a ver qué tienen que decir de esta mierda.

Vin levantó la vista del teléfono y sonrió con un aire verdaderamente siniestro.

—Me parece bien. Ah, por cierto, ¿le has dicho ya a Gabriella lo de que no piensas casarte con ella?

Me estremecí. No, no se lo había dicho. No tenía ningunas ganas de tener esa conversación. Gabriella y yo nos conocíamos desde pequeños y, aunque no estaba grabado en piedra, siempre se había dado por hecho que la cosa acabaría en boda. Desde que cumplió los dieciocho, mi padre no había parado de presionarme para que me casara con ella. Para entonces tenía veinticuatro y llevaba seis años esperando a que se lo propusiera.

Era una mujer muy guapa y procedía de una buena familia

italiana muy pudiente. Tenía una conducta intachable: nunca se peleaba ni discutía con nadie, siempre era amable y hablaba con propiedad. Era la esposa perfecta, que viviría para complacer a su marido y hacer lo que él le mandara.

Yo siempre había creído que eso era lo que esperaba de mi mujer: que me escuchara sin condiciones y sin cuestionarme. Y entonces el huracán llamado Illayana Volkova irrumpió en mi vida y lo arrasó todo. Al conocerla, me di cuenta de que no deseaba una esposa blanda y dócil. Quería una luchadora. Una reina.

Cuando mi padre me dijo por primera vez que pensaba dejar el puesto de jefe supremo, dispuso que debía casarme antes de que me permitiera ocupar su lugar. Me propuso que le hiciera caso de una vez y me casara con Gabriella. A mí no me apetecía, pero lo habría hecho si no hubiera conocido a Illayana.

Cuando Gabriella se enterara de que iba a casarme con otra mujer, y que esta ni siquiera era italiana, iba a ponerse como una furia. A esas alturas se habría casado ya tres veces si no fuera por que estaba esperándome a mí.

—¿A ti qué te parece? —pregunté con sarcasmo.

Saqué el móvil, hice una llamada rápida y colgué. Al cabo de unos minutos alguien golpeó la puerta de mi despacho. Me recosté en la silla y le ordené que pasara.

Era Enzo. Al entrar vi que tenía mala cara y estaba tenso. De complexión alta y delgada, tenía el pelo grueso y moreno, y los ojos aún más oscuros. Unos ojos que dejaban ver que lo había pasado muy mal en la vida y que tenía cicatrices. Era uno de nuestros líderes más leales y devotos. Y también era el padre de Gabriella.

Se detuvo delante de mi escritorio y me saludó con una pequeña

inclinación de cabeza.

—Jefe.

—Enzo, gracias por venir.

Él asintió y se enderezó, con las piernas separadas y los brazos a la espalda, esperando a que le dijera por qué le había hecho acudir a mi despacho.

—Quiero explicarte una cosa. Como sabes, hace poco tuvimos una reunión con la Bratva para establecer una alianza y conseguir armas nuevas para la guerra contra Nero Gambino.

—Sí, jefe. ¿Consiguieron lo que querían?

—Ah, sí, a él le fue muy bien —susurró Vin con una voz apenas perceptible.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Pues sí. En menos de una semana recibiremos una caja de ametralladoras de gran potencia.

—Estupendo, jefe. —Miró alrededor del despacho con incertidumbre—. Y…, mmm…, ¿qué necesita de mí?

Suspiré y lo miré a los ojos.

—Para fortalecer nuestra alianza, se ha planteado una boda.

Él se tensó e hinchó las fosas nasales, pero no pronunció palabra.

—Por favor, pídele disculpas a tu hija de mi parte, pero no vamos a seguir con el noviazgo. Voy a casarme con una mujer de la Bratva.

El rostro de Enzo reflejaba ira. Se pasó la lengua por los labios y miró a Vin y luego a mí.

—¿Es una broma, jefe?

Arqueé una ceja.

—¿A ti te parece que esté de broma, Enzo?

—Es la única lógica que le veo a esto, señor. Llevamos seis años

sugiriendo que va a casarse con mi hija, y ahora… ¿ya no es así? No puede hacer eso.

Entorné los ojos.

—Voy a pasar por alto este pequeño descuido del protocolo porque sé que esto debe de parecerte muy confuso, pero será la última vez, ¿entiendes? —pregunté en tono amenazador, y bajé la voz—. Fíjate, tú mismo has dicho que hemos hablado de ello, no que hayamos cerrado el trato. Yo no prometí casarme con ella. Sí, hace años que lo valoramos, pero la cosa no ha pasado de ahí. He tomado una decisión, y así procederemos. ¿Entendido?

Enzo se quedó mirándome. Todo él irradiaba asombro e indignación. Asintió con sequedad.

—Entendido. ¿Algo más?

Agité la mano para indicarle que se marchara y salió estampando los pies en el suelo de mármol italiano. Vin suspiró.

—Ha ido bien —dijo con una risita irónica.

Yo contesté algo entre dientes, me levanté de la silla y me abroché la americana.

«Un problema menos. A por el siguiente».

—Recoge tus cosas. Vamos a ver a Diego y a Marco.

Me sonó el móvil. Lo saqué del bolsillo y miré la pantalla.

«Illayana».

Vin gruñó.

—Conozco esa mirada. Ahora mismo no tenemos tiempo para que le mandes mensajes guarros a tu novia. Tenemos asuntos entre manos.

—Es mi prometida, no mi novia. Y te vas a esperar —le ordené a la vez que aceptaba la llamada.

—*Kotenok, chto ya mogu sdelat' dlya vas?* —pregunté en un ruso impecable.

«¿Qué puedo hacer por ti, gatita?».

—No te asustes —dijo con desánimo en la voz, como si estuviera cansada.

De inmediato, se me erizó el vello de la nuca y me puse en guardia. Por el tono de voz, no parecía angustiada, pero el mensaje me dejó preocupado. Vin me dirigió una mirada perpleja cuando me dejé caer en el asiento poco a poco. Tenía la sensación de que más me valía estar sentado cuando ella prosiguiera.

—Ha habido… un problemilla.

Aferré el teléfono con más fuerza.

—¿Qué clase de problemilla?

—Arturo, tienes que calmarte. Noto que ya estás enfadado, y apenas he empezado a hablar.

—No estoy enfadado, estoy bien —dije con cierta precipitación—. ¿Qué ha pasado?

Ella respiró hondo y soltó el aire, como preparándose.

—Illayana —mascullé. Mi frustración iba en aumento cuanto más tardaba ella en hablar—. ¿Qué ha pasado?

—A Lukyan y a mí nos han tendido una emboscada. Diez matones nos han acorralado y nos han atacado. No lo sé seguro, pero puede que fueran Los Zetas. Uno de ellos hablaba español.

Volví a notar que la rabia se apoderaba de mí. Latía en mi interior como el redoble de un tambor. Ese hijo de la gran puta. «Nero». No había pensado que iría a por Illayana, pero debería haberlo previsto. Era capaz de cualquier cosa para hacernos daño, y atacar a mi futura mujer era una estrategia cojonuda. No tenía agallas para

atacarnos directamente; siempre terminábamos ganando nosotros. En vez de eso, jugaba a jueguecitos estúpidos, bloqueándonos las rutas de contrabando y robándonos droga, intentando jodernos los negocios y poniéndonos trabas. Desde su alianza con Los Zetas, le había echado más huevos al asunto: nos pisaba más y más el terreno y se retiraba antes de que tuviéramos la oportunidad de contraatacar.

Pero esa vez había ido a por Illayana.

Cerré los ojos y respiré hondo, tratando de calmarme tal como ella me había pedido. No funcionó. Nadie tocaba lo que era mío.

—¡Cabrones! —grité, y estampé el puño en la mesa. El impacto hizo saltar astillas—. ¿Estás bien? ¿Dónde coño estaba Lorenzo?

—Arturo, calma. —Quiso tranquilizarme—. Estoy bien, no me han herido. Y Lorenzo estaba conmigo.

—¿Estaba allí? ¿Te ha protegido?

Ella se echó a reír, pero yo no le veía la gracia por ninguna parte.

—No necesito protección, Arturo, pero sí; él estaba conmigo. Igual que Adrian, mi otro guardaespaldas.

Vin seguía mirándome fijamente. Notaba que pasaba algo, pero era lo bastante inteligente para mantener la boca cerrada.

—Voy a mandarte a otro guardaespaldas. Con dos no tienes bastante, sobre todo si te atacan tantos enemigos a la vez. ¿Dónde estás?

Sostuve el teléfono entre la oreja y el hombro mientras garabateaba una nota en un trozo de papel y se lo entregaba a Vin. Él lo tomó sin hacer preguntas y lo leyó. Hizo una breve señal de asentimiento, tecleó algo en el móvil y se lo llevó al oído a la vez que salía del despacho.

—De camino a casa. Estoy llena de sangre y necesito una ducha urgentemente.

—¡¿Sangre?! —rugí—. ¡Has dicho que no te habían herido!

—No es mía, Arturo.

Suspiré de alivio.

—Joder, menos mal. Mira, cuando llegues a casa, quiero que te quedes allí. No salgas para nada. Voy para allá.

—No, no hace falta. De verdad que estoy bien. Mi padre se ha puesto en plan sobreprotector y en este momento no podría tener más seguridad.

—¡Me importa una mierda! Están preparándome el *jet* y dentro de pocas horas lo tendré todo a punto. Voy para allá, Illayana. Llegaré esta noche. Fin de la discusión.

Ella suspiró, pero no protestó más.

—Vale. ¿Quieres que te dé una buena noticia?

De repente, su tono de desánimo se transformó en euforia.

—Claro. Ahora mismo me vendrá de perlas escuchar algo bueno.

Vin volvió a entrar en el despacho y tomó asiento. Me hizo una sutil señal afirmativa para avisarme de que estaban preparando el *jet*, pero, por lo demás, guardó silencio.

—Tenemos un prisionero.

Me erguí al instante en el asiento, esbocé una amplia sonrisa y noté la emoción que bullía en mi interior.

—¿Un prisionero, dices?

Ella rio con nerviosismo.

—Sí. Mi padre quiere tener unas palabritas con él.

—No me extraña. Yo también quiero decirle cuatro cosas.

—Espera. —Empezó a hablar con otra persona, pero no oí qué le

decía exactamente. Las voces se volvieron más claras y cercanas, hasta que se puso al teléfono otra vez—. A mi padre le parece bien esperar hasta que llegues para interrogarlo. Pero si tardas mucho, empezará sin ti.

—Perfecto —respondí, y me recosté en la silla—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, te lo prometo. Te preocupas demasiado —dijo con una risita —. Tengo que irme. Acabamos de entrar en casa.

—Vale. Llego esta noche, Illayana. Y haré que ese cabrón pague por lo que ha hecho.

—Tendrás que ponerte a la cola. Hay mucha gente que quiere hablar con él.

—Yo voy primero. Los demás tendrán que conformarse con las sobras.

—Qué mandón —dijo con ironía—. Hasta luego, Arturo.

—*Ciao, gattina*. *Stai attenta* —dije en italiano.

«Adiós, gatita. Cuídate».

—*Anche tu*.

«Tú también».

Juro que cada vez que la oía hablar en italiano, me estremecía de excitación. Colgué el teléfono y miré a Vin.

—Malas noticias, ¿no? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Joder, ni te lo imaginas —mascullé, y me puse de pie—. Venga. Vamos a ver a Marco y a Diego. Te lo explicaré por el camino.

Aparcamos delante de Bare Essentials, uno de los muchos edificios que poseíamos en el centro de Nueva York. De noche, era un club

de estriptis de lujo, pero de día nos servía de escondite para preparar y distribuir la droga.

Se suponía que allí encontraríamos tanto a Marco como a Diego, pero nadie sabía si estaban ocupándose de su trabajo u obligando a las chicas a chuparles la polla.

Salí del Mercedes y me abroché la americana. Llevaba un traje negro, corbata negra y zapatos negros. Tenía un aspecto oscuro, malvado, tal como me gustaba. Vin salió del coche y me siguió en dirección a la puerta. Un todoterreno negro llegó y aparcó justo detrás. De él salieron cuatro de mis hombres, que avanzaron hasta adoptar sus posiciones para cubrirnos la retaguardia.

—No me puedo creer que esos cabrones hayan enviado a diez tíos a por ellos —dijo Vin, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo han podido apañárselas con tantos? ¿Ellos solo eran cuatro?

Lo desconocía. Diez contra cuatro eran muchos. Yo sabía que los miembros de la Bratva eran hábiles porque estaban muy bien entrenados, y que Illayana sabía pelear. Me lo había demostrado la noche que me colé en su casa. Aun así, ¿cómo habían conseguido dejar fuera de combate a diez hombres? Claro que no me parecía mal.

—No tengo ni idea —mascullé—. Por lo que yo sé, solo estaban Lukyan, Illayana y sus dos guardaespaldas.

Todavía estaba cabreado, y me moría de ganas de tener en mis manos al prisionero.

—Tienes que reconocer que es la polla.

—No tengo que reconocer una mierda —dije entre dientes—. Para empezar, no tendrían que haber atacado a Illayana.

—Relájate un poco. Dudo mucho que sea la primera vez que le

pasa. Es la hija del *pakhan*. Seguro que se ve metida en líos todas las semanas.

Lo fulminé con la mirada y él levantó las manos en un gesto defensivo, con las palmas hacia fuera.

—Eh, que solo era un comentario.

—Pues cierra el pico, ¿vale?

—Vale, Cujo.

Cuando nos acercamos al club, los dos hombres que hacían guardia en la puerta nos saludaron con una inclinación de cabeza. Uno de ellos se volvió y abrió la puerta para permitirnos entrar. El lugar estaba vacío salvo por las tarimas, las mesas y las barras de estriptis distribuidas por la sala.

—¿Los has avisado de que veníamos? —le pregunté a Vin mientras avanzábamos en dirección al despacho situado en la parte trasera del edificio.

—No —contestó de forma escueta.

—Bien.

Abrí la puerta del despacho y fui directo a la estantería. Busqué entre los libros hasta que di con *El arte de la guerra* y lo incliné hacia atrás. La librería se tambaleó, se abrió de par en par y reveló un pasadizo secreto. Bajamos al sótano por una escalera y lo recorrimos hasta llegar a una gran puerta de acero. A la derecha de esta, en la pared, había un teclado. Enseguida introduje mi código secreto de ocho dígitos. La luz roja de la parte superior se volvió verde y la puerta se abrió.

La sala estaba llena de personas medio desnudas, todas trabajando para cortar, limpiar y empaquetar la droga. La mayoría eran mujeres en ropa interior; los pocos hombres que había eran

guardias que vigilaban la zona apostados a lo largo de los muros. Nadie nos prestó atención cuando cruzamos la sala, y yo lo prefería así. Esa gente cobraba para limitarse a hacer su trabajo y no meter las narices en nada más.

Les hice una señal con la mano a dos hombres, y entraron conmigo. Eran Christian y Luca, gemelos idénticos, que llevaban años conmigo. Ambos eran como armarios, todo músculo, y sabían pelear de maravilla. Dos bestias de pelo moreno y ojos azules.

—Vosotros dos, quedaos aquí y supervisad el trabajo. Quiero saber si pasa algo raro —les ordené, y seguí avanzando hacia el despacho del fondo.

—Sí, jefe —contestaron exactamente al unísono.

Joder. Detestaba que hicieran eso. Me daba muy mal rollo.

Vin y mis otros dos guardias, Stefano y Thomas, permanecieron cerca de mí cuando me planté frente a la puerta. Me volví hacia Vin y él me sonrió con aire socarrón. Estaba demasiado impaciente.

Levanté la pierna y abrí la puerta de una patada.

—Toc, toc —dije mientras entraba.

Me recibieron un grito espeluznante de terror y el culo blanco de Marco. «Fantástico». Había una mujer pelirroja arrodillada delante de él, con el pelo alborotado y el pintalabios corrido. Lo único que llevaba puesto era un minúsculo conjunto de encaje y unos zapatos de puta con un tacón de al menos quince centímetros.

—¡¿Qué coño es esto?! —gritó Marco a la vez que apartaba a la mujer hacia un lado y se volvía de cara a nosotros, pistola en mano.

En cuanto me vio, dejó de sonreír. Era un tipo gordo y bajito, de un metro sesenta y cinco, aproximadamente, con el pelo castaño y

corto. Tenía los ojos como platos de puro miedo, y la pistola temblaba en su mano.

—Se… Señor De Luca —tartamudeó—. Qué sorpresa.

—Ah, así que sabes quién soy.

Vin se apartó de mi lado y empezó a recorrer la sala con aire amenazador. Sacó un cuchillo de su funda e hizo rodar la hoja entre los dedos, su táctica intimidatoria favorita.

—Claro, señor.

—¿Y por qué cojones sigues apuntándome con la pistola? —mascullé.

Él palideció y bajó el arma de inmediato.

—Lo siento, señor.

Señalé a la mujer pelirroja, que se había escondido en un rincón.

—Tú, fuera.

Ella se puso de pie al instante y abandonó la sala a todo correr. Marco movió los labios como si quisiera decir algo, pero, por suerte para él, guardó silencio. Me acerqué al gran escritorio de madera situado en el centro y me senté cómodamente en la butaca de piel negra que había detrás. Era una táctica clásica de dominación. Quería que el tío viera que, a pesar de que aquel despacho y aquel escritorio eran suyos, yo era el dueño de todo.

Marco frunció el ceño.

—No lo esperaba, señor.

—Ya me lo imagino, pero eso da igual; aquí estoy. Y tenemos que hablar de algo.

Entorné los ojos y sentí una extraña satisfacción cuando lo vi estremecerse ante mi mirada.

—¿A… al… algo, señor?

—Deja de tartamudear —le espeté—. ¿Dónde está Diego?

—¿Diego? No lo sé, señor.

—¿No lo sabes? Debería estar aquí contigo, ¿no?

—Bueno, sí, pero hace un rato ha llamado y ha dicho que no podía venir. Se encuentra mal.

—¿Mal? —repetí, bajando la voz.

Marco tragó saliva.

—S… sí, señor.

—Pues tendré que conformarme contigo. ¿Me recuerdas cuál es tu trabajo, Marco?

Él miró alrededor, incómodo.

—M… mi trabajo es supervisar la distribución de la cocaína y la metanfetamina, y llevar el efectivo a las casas francas.

Sonreí y apoyé los pies en el tablero del escritorio, cruzándolos a la altura del tobillo.

—Exacto. Y si hubiera algún problema, si por ejemplo faltara bastante dinero, ¿de quién sería la culpa?

El miedo se apoderó de su expresión y se quedó blanco como un fantasma.

—¿Si faltara dinero, señor?

—Eso he dicho. ¡Pum! Ha desaparecido como por arte de magia.

—¿Es… una hipótesis, señor? —preguntó, y se pasó la lengua por los labios con nerviosismo.

—No lo sé, Marco. ¿Lo es? —susurré con tono sombrío.

Él cambió el peso de un pie al otro, evitando el contacto visual. Vin caminó en círculos a su alrededor mientras hacía girar el cuchillo en el aire.

—Señor, no sé lo que está pas…

«Basta de jueguecitos».

Cogí un bolígrafo y, a la velocidad del rayo, salté por encima del escritorio y se lo clavé en el cuello. Él gritó e intentó retroceder, pero Vin le colocó las manos en los hombros y le impidió moverse. Yo no solté el bolígrafo; lo clavé más adentro.

—Bueno, acabo de hacerte un agujero en la arteria carótida. Eso significa que te quedan sesenta segundos para desmayarte. —Empujé más el bolígrafo mientras disfrutaba de sus gritos agónicos —. Habla. *Ahora* —gruñí.

—Señor, ¡por favor! ¡No sé qué está pasando! —dijo con un gorgoteo.

—¿Ah, no? ¿Estás seguro de que no tienes una ligera idea de dónde está mi dinero?

—¡No! ¡Se lo juro!

Empezó a temblar mientras la sangre le brotaba a chorros del cuello y le empapaba la ropa.

—Bueno, pues alguien tiene que saber algo, Marco. El responsable del dinero eres *tú*, junto con Diego. Así que si tú no has sido, tiene que haber sido él. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—¡Sí! Sí, tiene que ser cosa de Diego. Por favor, señor, no me mate.

Lo miré con suspicacia. No tenía claro si estaba diciendo la verdad. A lo largo de mi vida, había conocido a muchos maestros de la mentira. Quizá Marco fuese uno de ellos.

—Bueno, no te preocupes. Vamos a solucionar esto ahora mismo. Descubriremos quién se ha llevado mi dinero. —Le arranqué el bolígrafo del cuello y él dio un alarido y cayó de rodillas.

Me saqué un pañuelo de seda del bolsillo y lo apreté contra la

herida. A continuación, me arrodillé y lo miré a los ojos.

—Y cuando lo encontremos, rezará por que la muerte sea rápida, te lo prometo.

Me levanté, miré a Vin y señalé con la cabeza a Marco, que sollozaba arrodillado en el suelo.

—Cúralo y llévalo a la mazmorra. Seguiremos cuando tengamos a Diego.

12

ARTURO DE LUCA



Toc, toc.

—¡Ya voy! —gritó una voz suave desde el interior de la casa.

«Illayana».

En cuanto ordené que arrastraran a Marco hasta la mazmorra situada debajo de nuestra casa, partí de inmediato hacia Las Vegas. Vin me llamaría en el instante en que encontrara a Diego, y entonces los torturaríamos juntos. Alguno de los dos acabaría por hablar. Su trabajo consistía en controlar el dinero que entraba y salía de las casas francas, o sea que, aunque no fuesen responsables directos del robo, habían fracasado en su tarea de vigilantes y pagarían por ello. Era imposible que les confiara ninguna otra cosa importante; prueba de ello eran los cincuenta mil dólares que faltaban.

Se abrió la puerta de entrada y, en lugar de Illayana, me recibió Lukyan.

«De puta madre».

—¿Qué coño estás haciendo tú aquí? —preguntó con tono despectivo—. ¿Y quién coño son esos dos? —dijo, señalando a los gemelos apostados detrás de mí.

—¿Dónde está? —pregunté, haciendo caso omiso de sus preguntas.

—No está en casa.

Se dispuso a cerrar la puerta, pero yo puse el pie en el hueco para impedirlo.

—¿Y por qué será que no te creo?

Me abrí paso justo a tiempo de ver que Illayana bajaba corriendo por las escaleras. Iba vestida con unos pantalones de chándal negros y una camiseta blanca de manga larga. Llevaba la oscura melena recogida en una coleta que se balanceaba de lado a lado al compás de sus movimientos.

Entré a la fuerza, empujando a Lukyan con el hombro, y alcancé a Illayana en medio del vestíbulo.

—¡Eh! —gritó su hermano, que había estado a punto de perder el equilibrio.

La examiné de arriba abajo en busca de cualquier posible lesión.

—¿Estás bien?

—Sí, ya te lo he dicho. No hacía falta que hicieras el viaje.

—Estoy de acuerdo —la atajó Lukyan—. ¿Por qué no te vas y punto? Nadie te quiere aquí —dijo, y abrió la puerta de par en par.

—¡Lukyan! ¡Cierra el pico! —le espetó Illayana.

—Cállate tú —bramó él.

Puse los ojos en blanco. Lukyan era muy parecido a Vin. De hecho, daba un poco de miedo.

Illayana miró por encima de mi hombro a los gemelos que estaban cruzando la puerta para situarse detrás de mí.

—¿Quiénes son? —dijo, arrugando la frente con aire confuso.

Avancé hasta su lado y señalé a los hombres con un ademán.

—Estos son Christian y Luca D'Arco. A partir de este momento, serán tu sombra.

Ellos dieron un paso adelante e hicieron una pequeña reverencia.

—Señora —dijeron al unísono, de aquella forma suya que daba tan mal rollo.

Los dos iban vestidos con trajes negros idénticos, y eso hacía aún más difícil distinguirlos. Claro que yo no tenía ese problema; siempre sabía quién era quién.

—No le gusta que la llamen señora —dijo la pétrea voz de Lorenzo cuando entró en el vestíbulo.

Llevaba su indumentaria habitual, totalmente negra, y de inmediato se apostó junto a Luca.

—Jefe —dijo, y me saludó con una inclinación de cabeza.

—Si no le gusta que la llamen señora… —empezó a decir Christian.

—… ¿cómo la llamamos? —preguntó Luca, terminando la frase, mientras examinaba a Illayana con la cabeza ladeada.

Tenían la tendencia a acabar la frase del otro. Lorenzo hizo un gesto negativo y suspiró con exasperación.

—¿Qué tal si la llamáis por su nombre, idiotas?

Christian y Luca intercambiaron sendas miradas.

—¡Aaah! Su nombre —dijeron al unísono mientras juntaban las

cejas en señal de concentración máxima.

Sacudí la cabeza y reí por lo bajini. A esos dos se les daba muy bien pelear y eran leales hasta la médula, pero a veces parecía que no tuvieran ni dos dedos de frente.

—Sin ánimo de ofender, chicos, ya tengo guardaespaldas y no necesito a nadie más. Es suficiente con Lorenzo y Adrian.

—No es negociable —afirmé tajante—. Serán tus guardaespaldas y punto.

Ella se volvió hacia mí y me dedicó una mirada gélida a la vez que su ira pujaba por aflorar.

—Arturo, cuatro guardaespaldas son demasiados. Y no pasan muy desapercibidos —dijo, señalando con la mano a los gemelos.

Vale, en eso tenía un poco de razón. Eran como dos bloques de cemento, y no me costaba admitir que los tíos tenían su encanto. Habían llamado ligeramente la atención cuando caminábamos por la calle, y tanto hombres como mujeres se volvían a mirarlos todo el rato, como si nunca hubieran visto a dos gemelos idénticos. Claro que a ellos parecía no importarles, y aun así, les confiaría mi vida, porque sabía que si alguna vez las cosas se ponían feas, me defenderían hasta la muerte. Y también sabía que harían lo mismo por Illayana.

—Me da igual. Harás lo que yo te diga. No irás a ninguna parte sin Christian, Luca y Lorenzo. ¿Me entiendes?

De pronto, Lukyan estalló en carcajadas tan sonoras y estridentes como los putos chillidos de un mono. Todos nos volvimos para mirarlo, totalmente descolocados. Bueno, todos menos Illayana. Ella, con las cejas muy juntas y la cara cada vez más roja, me dedicó una mirada asesina tan intensa que sentí que me perforaba la cara.

Lukyan seguía riendo encorvado mientras se estampaba las manos en los muslos como si acabaran de contarle el mejor chiste del mundo.

Christian miró a Luca con una mueca que indicaba perplejidad.

—¿Qué coño le pasa? —musitó, y Luca se encogió de hombros.

De repente, Illayana dio media vuelta y cruzó el vestíbulo sin apenas mirarme.

—¡Illayana! —grité, pero ella no se detuvo.

Los gemelos y Lorenzo intercambiaron una mirada incómoda mientras Lukyan seguía riendo sin parar. Al final me cabreé, y una oleada de cólera me recorrió por dentro.

—¡¿De qué coño te ríes?! —le espeté, descargando mi ira contra él.

Me parecía el blanco perfecto. Los ojos le hacían chiribitas de lo mucho que se estaba divirtiendo, y aún tenía espasmos de la risa cuando se irguió y me miró.

—Solo hay un hombre en el mundo, uno solo, que pueda decirle a mi hermana lo que tiene que hacer. Y no eres tú.

Entorné los ojos.

—¿Y quién es?

Lukyan inclinó la cabeza hacia atrás y vi que Dimitri caminaba en mi dirección a pasos agigantados. Iba vestido con un traje azul cielo hecho a medida y una corbata negra; un poco raro para ser la una de la mañana, pero bueno. Aleksandr y Nikolai caminaban a su lado con expresión imperturbable.

—No llevas aquí ni cinco minutos y ya la has hecho enfadar. Qué poco tacto —dijo Dimitri, y se detuvo delante de mis narices.

Paseó sus ojos azul claro por Christian y Luca. Ellos se irguieron y

sacaron pecho mientras los examinaba. Era evidente que estaba formándose una opinión, determinando su valor. Parecían jóvenes, pero eran peligrosísimos. Yo nunca había conocido a dos tíos que se complementaran tan bien.

Tras escrutarlos durante unos segundos más, inclinó ligeramente la cabeza en señal de aprobación.

—Me aseguraré de que Illayana dé el visto bueno, pero no le entusiasmará la idea. Hasta ahora, nunca ha necesitado guardaespaldas. Le enseñé a defenderse para que no tuviera que depender de nadie.

Christian se rascó la coronilla con el ceño fruncido. Se inclinó y le susurró algo al oído a Luca.

—¿Tienes algo que decir, chico? —preguntó Dimitri, arqueando una ceja.

Los gemelos se separaron de inmediato y se esforzaron por erguir la espalda al máximo.

—No, señor.

Dimitri chasqueó la lengua y sacudió la cabeza en señal de decepción.

—No me gustan los mentirosos. ¿Lo intentáis otra vez?

Christian y Luca se miraron fijamente. Desde fuera, cualquiera habría dicho que era un reto para ver quién de los dos desviaba la vista primero, pero yo sabía que no era así. Tenían la extraña habilidad de comunicarse sin palabras, como si pudieran saber lo que el otro estaba pensando con solo mirarle la cara. Por eso eran mortales cuando peleaban juntos.

Luca agarró a Christian del brazo y lo empujó hacia delante.

—Mmm… Nosotros…

Su gemelo le dio una patada en la espinilla.

—Ay. ¡Mierda! —Christian miró a su hermano con mala cara mientras se frotaba la pierna—. Quiero decir que me ha confundido un poco una cosa que ha dicho, pero ya está.

—Deja que lo adivine —terció Lukyan—. ¿No crees que sepa defenderse?

Christian miró al suelo sin responder.

—Demuéstraselo —ordenó Dimitri.

Nikolai se puso en movimiento de inmediato. Avanzó por un largo pasillo y desapareció dentro de una sala. Aleksandr nos hizo señas para que lo siguiéramos en su trayecto por la casa. Nos condujo a la cocina y tomó asiento frente a la gran mesa de madera que ocupaba el centro del espacio a la vez que señalaba las sillas vacías.

Lukyan se sentó a su lado y colocó los pies sobre la mesa. Los gemelos, Lorenzo y yo intercambiamos miradas antes de ocupar los sitios del lado opuesto. Dimitri se quedó de pie.

—¿Quieres un consejo? —preguntó Lukyan, y se apoyó en el respaldo con aire relajado mientras tarareaba en voz baja.

—No hace falta, pero tengo la sensación de que me lo vas a dar igual —repuse.

—Está como una puta cabra. Aléjate mientras puedas.

Aleksandr le propinó una colleja. Lukyan soltó un gruñido y miró con enfado a su hermano mayor mientras se masajeaba la cabeza.

Christian y Luca rieron con aire burlón.

Nikolai regresó con un ordenador portátil y se puso a teclear muy concentrado, con la mandíbula tensa y los ojos entornados. Lo dejó en el centro de la mesa.

—El callejón en el que atacaron a Illayana y Lukyan está vigilado.

El propietario del supermercado de los bajos de ese edificio instaló una cámara porque una noche atacaron a sus empleados cuando sacaban la basura. He jaqueado el sistema de videovigilancia y lo he borrado todo, pero antes he hecho una copia.

Accionó una tecla del portátil y ocupó el asiento que había quedado vacío junto a Aleksandr. Christian, Luca y yo nos inclinamos hacia delante para ver el vídeo que empezaba a reproducirse. La calidad no era muy buena, las imágenes eran granulosas y se distinguían muchos píxeles, pero en el instante en que Illayana y Lukyan aparecieron en la pantalla, se me olvidó todo. Adrian y Lorenzo los seguían muy de cerca.

De pronto, cinco hombres salieron de detrás de un contenedor de basura y se plantaron frente a ellos. Uno dio un paso adelante y empezó a hablar. Joder; no se oía nada. Claro. Menuda cámara de pacotilla.

Otros cinco hombres enfilaron el callejón por donde habían entrado ellos para cerrarles el paso. Una furia visceral me recorrió de arriba abajo ante los hechos que se sucedían frente a mis ojos. Aunque sabía que Illayana estaba bien y no la habían herido, era difícil quedarse sentado y limitarse a mirar.

En un momento dado, los hombres se abalanzaron sobre ellos. Cuatro fueron a por Lukyan, tres a por Adrian, dos a por Lorenzo y uno avanzó despacio hacia Illayana. La ira me corría por las venas al observar cómo se acercaba a ella poco a poco.

«Ay, Dios, ¿qué coño va a hacerle?».

Rápidamente, miré a Lukyan, que sonreía de oreja a oreja.

«¿Eso es buena o mala señal?».

En el momento en que Illayana tuvo al hombre a su alcance, lo

atacó. Se movía la hostia de deprisa, sin cortarse ni un pelo. Empezó a propinarle un puñetazo tras otro, y el hombre se tambaleaba más con cada impacto. Para acabar, Illayana le dio una contundente patada giratoria que lo dejó tumbado.

—Joder —susurraron Christian y Luca sin apartar los ojos de la pantalla.

—Ah, y mirad esta parte. ¿Preparados? —preguntó Lukyan con voz animada.

Illayana se acercó al hombre que yacía en el suelo y, al cabo de unos segundos, levantó el pie y le clavó el tacón en la garganta.

«Me cago en Dios».

Veloz como el rayo, dio media vuelta y corrió hacia Lukyan. Sin vacilar, saltó a la espalda de su enemigo y le rodeó el cuerpo con las piernas como un puto mono araña. Le acercó un cuchillo al cuello y se lo rajó al instante.

—¡Joder! —exclamó uno de los gemelos.

Toda mi atención estaba puesta en Illayana.

«Esta mujer es la hostia».

Lukyan e Illayana se acercaron a Adrian y a Lorenzo. Ella se enfrascó en la pelea sin pensarlo dos veces, se lanzó a las piernas de uno de los hombres y lo hizo caer de rodillas. Entonces le clavó la hoja del cuchillo en la espalda y lo tumbó de una patada. Ahí acabó todo. Solo quedaban un montón de cadáveres esparcidos y sangre derramada.

—Como veis, mi hija no necesita tu protección. Sabe defenderse. Así es como la eduqué. —Dimitri me miró a los ojos mientras hablaba—. Aun así, estoy más de acuerdo contigo que con ella, cosa rara —dijo en voz baja—. Aunque esta pelea ha acabado bien, no

puedo dejar de pensar en lo que podría haber pasado si no hubiera llevado guardaespaldas.

—Yo tampoco —dije, asintiendo.

—De ahora en adelante, saldrá siempre acompañada. No irá a ninguna parte sin protección, te lo garantizo. Cuando llegue a Nueva York, será tu responsabilidad asegurarte de que no les dé esquinazo.

—¿Darles esquinazo? —pregunté, frunciendo el ceño.

Dimitri se echó a reír.

—Lo intentará, créeme. —Se inclinó sobre la mesa y señaló en el vídeo a uno de los hombres—. Ese caballero es el invitado que nos espera en el foso. ¿Vamos a verlo? —preguntó con una mueca malévola.

Sonreí de oreja a oreja y me puse de pie.

—Encantado.

Dimitri levantó la mano en el aire para detenerme.

—Te sugiero que antes hables con tu prometida, Arturo. Nunca es buena idea dejar que una mujer se acueste enfadada, sobre todo si es una Volkova.

Aleksandr, Nikolai y Lukyan asintieron con entusiasmo, como si conocieran de primera mano lo que suponía vérselas con una Volkova enfadada. Joder, seguramente eran auténticos expertos en el tema.

—Buena idea.

—El comedor es la tercera puerta a la izquierda. —Señaló hacia el pasillo con el dedo—. Date prisa, ya te hemos esperado mucho rato.

Dicho eso, Dimitri dio media vuelta y se adentró en la casa.

Aleksandr se levantó y rodeó la mesa sin esfuerzo. Se movía con agilidad a pesar de su corpulencia.

—Nos vemos aquí dentro de cinco minutos y te llevaré al foso. Si tardas más, mi padre empezará sin ti.

Asentí y miré a Christian y Luca.

—Vosotros quedaos aquí y no la caguéis —dije con una expresión de advertencia.

—No lo haremos —contestaron a la vez.

Al salir de la cocina, oí que Lukyan hablaba con los gemelos.

—¿Queréis ver algo?

Ay, Dios. Por favor, que no rompan nada.

Cuando llegué al comedor, abrí la puerta de golpe y entré. Illayana estaba sentada a la mesa, con las piernas en alto y reclinada cómodamente hacia atrás. En cuanto accedí a la estancia, sus ojos azules se clavaron en los míos.

«Vale, no parece muy enfadada. Mejor así».

Al ver que yo avanzaba más, cogió un cuchillo que había sobre la mesa y empezó a hacerlo girar entre los dedos. Era muy raro hasta qué punto me recordaba a Vincenzo. Illayana no me quitó los ojos de encima mientras jugueteaba tan tranquilamente con la hoja.

—Te lo advertí, Arturo —dijo con tono amenazador.

Me quedé helado.

—¿Qué me advertiste?

—Te dije desde el principio que odio que me digan lo que tengo que hacer y que no me respeten.

Ladeé la cabeza y arqueé una ceja.

—Vale. Reconozco que sí que te he dicho lo que tenías que hacer, pero en ningún momento te he faltado al respeto.

—Sí, por la forma de hablarme ahí fuera. El tono de voz, las palabras que has usado y cómo te has pasado por el forro lo que yo

decía. Todo eso es una falta de respeto, sobre todo delante de otras personas. Soy tu prometida, y pronto seré tu mujer, no uno de esos putos soldados a los que les das órdenes —dijo con cara de enfado.

Gruñí y me pasé una mano por la cara.

—No pienso disculparme por eso. Tu seguridad es y será siempre mi prioridad. Me da igual que te cabrees; pienso mantenerte a salvo aunque no quieras.

Vi que su ira iba en aumento. Cerró la mano con fuerza alrededor de la empuñadura del cuchillo.

«Joder. Lo estoy estropeando más, cómo no».

Consolar a mujeres no era precisamente mi especialidad. En cuanto se enfadaban, me largaba y ya está. Y hasta ese momento me había importado una mierda.

—Reconozco que no tendría que haberte hablado en ese tono tan brusco delante de los demás, lo siento. La próxima vez, discutiremos en privado. ¿Te parece bien? —pregunté, y la obsequié con aquella sonrisa que sabía que le gustaba tanto.

Ella aflojó un poco el agarre del cuchillo y su expresión se suavizó.

—Entiendo por qué quieres que lleve más guardaespaldas, de verdad. Y estoy dispuesta a acceder, pero no me hables como si fuera tuya.

Le sonreí con picardía y avancé despacio hacia ella. Miré de arriba abajo aquel cuerpo suyo tan sexy y me entretuve especialmente en sus pechos mientras disfrutaba de ver cómo se sonrojaba bajo mi escrutinio.

—Pero sí que eres mía, *kotenok* —dije en tono seductor, y me situé detrás de ella. Le acerqué los labios al oído, y me encantó que

se le acelerara el pulso cuando empecé a acariciarle despacio el lóbulo con la lengua—. Eres mía toda entera. —Descendí con el dedo por su brazo y observé cómo se le erizaba el vello por toda la piel—. Y muy pronto lo sabrás.

Ella gimió y empezó a acercarse a mí de forma inconsciente.

—¿Por qué me llamas siempre «gatita»? —preguntó casi sin aliento.

Eché su silla hacia atrás, de modo que quedó en equilibrio sobre dos patas, y le di la vuelta para ponerla de cara a mí. La levanté en el aire aferrándola por las caderas y empujé la silla a un lado para sentarla en el borde de la mesa. Illayana ahogó un grito de sorpresa.

—Porque es lo que eres. Una gatita despiadada que me clavará las uñas en los ojos en cuanto la haga enfadar —susurré contra sus labios—. Y te juro que me encanta.

—¿De verdad? —dijo con un ronroneo, y me rodeó la cintura con las piernas a la vez que me echaba los brazos al cuello.

Yo le sujeté la barbilla con fuerza y la besé. La devoré. La torturé con la boca y con la lengua mientras la mantenía inmóvil, hundiéndole los dedos en la piel. Ella gimió y me aferró del pelo para acercarme más a la vez que se frotaba contra mi polla sin ningún reparo.

Yo la tenía dura como una piedra, y sus movimientos hicieron que el placer se propagara por mi columna vertebral. Gruñí cuando ella empezó a moverse más y más deprisa, restregándose intensamente como si le fuera la vida en ello mientras nuestras bocas se movían la una contra la otra, luchando por el control. El cuerpo de Illayana empezó a temblar cuando se acercó al clímax, y por su forma de respirar supe que le faltaba muy poco.

Le arranqué los dedos de mi pelo y la empujé hacia atrás hasta que chocó contra la mesa. A continuación, le sujeté las manos en alto, por encima de la cabeza. Ella empezó a gimotear como una auténtica gatita y a hacer esfuerzos por soltarse, por intentar tocarme, pero yo la mantuve firmemente a raya.

—Eh, eh, eh —la provoqué, aferrándole más las muñecas—. Hay algo que tienes que aprender muy pronto, *kotenok* —musité, mirándola desde arriba—, y es que aquí el control lo tengo yo, no tú. Tendrás tu dosis de placer, pero solo cuando yo te lo permita.

Su mirada se volvió gélida, y la clavó en mí.

—Joder, ¿en serio? —bufó como buena gatita enfadada.

Yo sonreí entre dientes y paseé poco a poco una mano por su cuerpo mientras con la otra le sujetaba firmemente las muñecas. Le planté una mano en el coño con brusquedad y froté la palma contra su clítoris.

—Esto de aquí ahora es mío, lo que significa que tu placer también lo es. Te correrás cuando yo te lo ordene, ni un segundo antes.

—Pues dime que me corra.

Solté una risita y le pasé la lengua por la mejilla despacio, arrastrándola por la piel.

—Primero tienes que ganártelo.

—¿Y cómo coño hago eso? —me espetó, enfadada.

—Portándote bien.

—Qué hijo de…

Le di una palmada en el coño con fuerza. Ella dio un respingo y gritó de la sorpresa. El deseo ardía en sus ojos.

—Insultar no es portarse bien, ¿verdad, *kotenok*? —susurré

contra su piel.

—No —gimió ella, y se retorció bajo el peso de mi cuerpo.

La empujé más contra la mesa y le di un ligero mordisco en el cuello, lo suficiente para que sintiera el tacto afilado de mis dientes.

—Es importante que entiendas qué clase de hombre soy en la cama exactamente, Illayana. Es un sitio en el que no aceptaré que me desobedezcas. Pero no te preocupes, tienes tiempo de sobra para aprender lo que quiero de ti. —Repetí el mordisco y me aparté del todo, separando mi cuerpo del suyo al dar un paso atrás—. Ahora me espera vuestro invitado.

13

ARTURO DE LUCA



Fiel a su palabra, Aleksandr estaba esperándome en la cocina cuando salí del comedor. Dejar así a Illayana, con aquel calentón en el cuerpo, fue una de las cosas más difíciles que había hecho en mi vida. Lo único que deseaba era reventarla, follármela hasta que no pudiera pensar en nada más que en mí. Pero, por desgracia, había otra cuestión que requería mi presencia.

No vi a Christian ni a Luca por ninguna parte, de manera que supuse que se habrían largado por ahí con Lukyan.

Alessandro siempre criticaba a esos dos delante de mí. Vale, eran muy jóvenes. A sus veintidós años eran prácticamente unos críos en el mundo de la mafia, y a veces tenían comportamientos muy infantiles. Sin embargo, nada de eso me privaba de su mayor cualidad: la lealtad.

—¿Está bien? —preguntó a Aleksandr sobre Illayana cuando me acerqué a él.

—Sí.

Él asintió con la cabeza y dio media vuelta para guiarme por la casa en silencio. Eso era algo que había aprendido de aquel gigantón: no hablaba a menos que fuera necesario, y cuando lo hacía, iba directo al grano. No se andaba con gilipolleces ni gastaba palabras innecesarias. Eso hacía que me preguntara si se habría divertido alguna vez en su vida.

Cuando salimos al exterior, recorrimos un camino corto hasta una especie de nave industrial muy grande. Se parecía a cualquier otra, salvo por el hecho de que estaba situada en terreno residencial y no en un polígono. Sin embargo, muchas veces las apariencias engañan. Por fuera tenía el aspecto de un almacén de jardinería corriente, pero por dentro era una historia muy distinta.

La superficie estaba cubierta de cabo a rabo por todos los aparatos de gimnasia habidos y por haber: prensas de piernas, máquinas de remo, extensiones de cuádriceps y bancos para sentadillas. Joder. Tenían todo lo imaginable. ¡Incluso un cuadrilátero de boxeo! Y parecía de última generación. Me quedé alucinado, cuando menos. Aquel almacén parecía ocupar varios kilómetros, y había puertas que cerraban el acceso a otras zonas, lo cual me despertó curiosidad.

Sin aminorar la marcha, Aleksandr se abrió paso con agilidad entre las innumerables máquinas hasta que llegamos frente a una gran puerta de acero. Cuando puso el dedo en el escáner, esta se abrió poco a poco, con un chirrido.

—Antes de continuar, creo que debo advertirte. —La voz grave de

Aleksandr revelaba su fuerte acento ruso.

—Dime.

Cuando habló, sus ojos azules encontraron mi mirada de color dispar.

—Mi padre puede ser… un poco especial en los interrogatorios.

Yo fruncí el ceño pero guardé silencio, esperando a que siguiera.

—Da igual el motivo, no hables a menos que él te lo pida.

Al oír eso, puse mala cara y torcí la boca en señal de desaprobación.

«¿De verdad acaba de decirme a mí, Arturo de Luca, el *don* de la Cosa Nostra —bueno, al menos lo seré dentro de poco—, que no hable a menos que me lo pidan?».

Noté que la ira me corría por las venas ante esa falta de respeto, y también una punzada de decepción. Había empezado a cogerle cariño a aquella mole de hombre.

Aleksandr captó mi descontento y se apresuró a levantar las manos en el aire con gesto apaciguador.

—No he querido faltarte al respeto. Como digo, mi padre es un poco especial en los interrogatorios. No le gusta que *nadie* lo interrumpa cuando está preguntándole algo a un prisionero. Ni siquiera yo.

Me relajé un poco y la ira se fue disipando. Si de verdad era por eso, en cierta forma lo entendía. Estaba claro que Dimitri usaba alguna clase de rutina cuando interrogaba a alguien, y era normal que no admitiera interrupciones.

—Lo comprendo.

Aleksandr me miró con suspicacia, como si no terminara de

creerme, pero acabó por asentir discretamente y empezó a bajar por las escaleras a oscuras.

Una ráfaga de luz blanca llenó el espacio cuando accionó un interruptor de la pared. Me guio por un largo pasillo. Pasamos junto a varias puertas situadas a derecha e izquierda, y me picó la curiosidad.

«¿Qué es todo esto exactamente?».

Dobló una esquina al final del pasillo y lo seguí de cerca mientras la voz de alguien que gemía de dolor se oía cada vez más fuerte.

Al fin nos detuvimos delante de una puerta vigilada por uno de los guardias de Dimitri. El hombre, lleno de tatuajes y puro músculo, saludó a Aleksandr con la cabeza y abrió la puerta. Entramos.

Era una sala pequeña, del tamaño de un dormitorio corriente. Estaba casi vacía, a excepción de unas pocas sillas distribuidas por la estancia y una mesa situada en una esquina y tapizada de instrumentos de tortura. En el suelo y las paredes vi manchas rojas de sangre. Algunas llevaban allí mucho tiempo, seguramente varios años. Otras parecían frescas. *Muy* frescas. Había un único sumidero en el centro de la sala, y supuse que la sangre se drenaba por allí.

Vi a un hombre sentado con la cabeza colgando hacia delante. Estaba atado a una silla central fijada al suelo, aturdido y confuso. La furia casi me dominó cuando en mi mente aparecieron las imágenes del vídeo de la agresión. El muy hijo de puta estaba allí. Él era el responsable, por lo menos en parte, y yo no veía la hora de hacerle pagar por ello.

El desconocido empezó a levantar la cabeza despacio, gimiendo mientras recorría la sala con la mirada, aturdido y confuso. Un grito le desgarró la garganta cuando recuperó del todo la conciencia y

procesó el inmenso dolor que le recorría el cuerpo. Me miró fijamente con sus ojos castaños antes de volverse hacia Aleksandr. Una expresión de desconcierto seguido de rabia recorrió su rostro cuadrado mientras movía la cabeza de lado a lado, intentando captar dónde estaba. Tenía el pelo corto y moreno, y parecía que no se lo hubiera lavado en años. Su piel, llena de golpes y cardenales, estaba cubierta de tatuajes, algunos de los cuales lo vinculaban claramente a una banda.

Aunque tenía las manos atadas a la espalda, luchaba por liberarse. El pánico y el dolor se apoderaron de su expresión cuando habló por primera vez, en español.

—¿Por qué no me siento las piernas?

—Es porque mi encantadora hija te cortó la médula espinal.

Dimitri entró en la sala. Su figura, grande e imponente, se detuvo a mi lado cuando le contestó al hombre en un español perfecto. Fijó sus ojos azules en la víctima y esbozó una sonrisa cruel.

El hombre gruñía lleno de rabia. Aunque no podía mover las piernas, seguía intentando liberarse. Forcejeaba contra las cuerdas, tirando y tirando, con el rostro deformado por el dolor y la ira.

Dimitri se limitó a permanecer de pie y observar cómo hacía todo lo posible por soltarse, y en su cara se dibujó una expresión de placer. Tras lo que pareció una eternidad, el hombre dejó caer la cabeza y el cuerpo hacia delante: era evidente que estaba agotado.

—No hemos terminado —dijo Dimitri, y cogió una silla del extremo más alejado.

La situó justo delante, se sentó recostándose cómodamente en el respaldo y cruzó las piernas con un tobillo apoyado en la rodilla

contraria mientras examinaba al hombre con la cabeza ladeada, mirándolo desde arriba.

—¿Sabes quién soy?

Hablaba en voz baja pero muy clara.

—No hablo tu idioma.

Dimitri chasqueó la lengua.

—A ver, Miguel, sé que me estás mintiendo.

Miguel se puso nervioso y tensó todo el cuerpo al oír que lo llamaba por su nombre.

Dimitri sonrió.

—Ah, sí, te conozco. Sé quién eres, cuál es tu familia, dónde vives, qué desayunas por la mañana… Todo. Hasta tu grupo sanguíneo. —Rio entre dientes—. Pero deja que te cuente algo sobre mí. Verás, detesto profundamente a los mentirosos, así que volveré a preguntártelo. ¿Sabes quién soy? —repitió, en esa ocasión más despacio y con más veneno en la voz que la anterior.

Miguel recorrió la sala con la mirada una vez más, intentando buscar desesperadamente una salida.

—¿Dimitri Volkov? —preguntó con una entonación ligeramente trémula.

—*Net* —contestó Dimitri sacudiendo la cabeza. «No»—. Te he preguntado si sabes *quién* soy, no cómo me llamo.

Miguel nos miró a Aleksandr y a mí con aire confuso. No me extrañaba. A mí las dos preguntas también me parecían iguales, pero mantuve la boca cerrada.

Dimitri estampó el pie en el suelo e inclinó el cuerpo hacia delante en la silla. Era evidente que estaba perdiendo la paciencia. Miguel se estremeció y negó con la cabeza.

—Aleksandr —ladró Dimitri.

—El Carnicero de la Bratva —respondió él de forma automática.

Abrí los ojos como platos. «¿El Carnicero de la Bratva?». ¿Era él? Lo había oído mencionar años atrás, pero no tenía ni idea de que era Dimitri. Había supuesto que se trataba de algún mercenario o un asesino, no del jefe supremo de la mismísima Bratva. Se decía que era el cabrón más cruel y despiadado de todos los tiempos. Había oído que masacró a una familia entera; borró a toda la estirpe de la faz de la tierra: las mujeres, los niños… Nadie estaba a salvo de él.

—*Da*. —«Sí». Los ojos de Dimitri brillaron de orgullo al oír las palabras de Aleksandr—. ¿Y sabes por qué me llaman así, Miguel?

El hombre negó con la cabeza despacio, como si temiera la respuesta.

Una sonrisa genuina apareció en el rostro del ruso cuando levantó la mano en el aire y chasqueó los dedos. Solo lo había visto hacerlo tres veces, pero era evidente que le encantaba ese gesto.

Se abrió una puerta de la pared izquierda que hasta ese momento me había pasado desapercibida y reveló la presencia de Lukyan y Nikolai, pero no estaban solos.

—No —musitó Miguel conmocionado cuando arrastraron a cuatro personas procedentes de la sala contigua.

Amarrados entre sí con una gruesa cadena había tres adultos —dos mujeres y un hombre— y una niña de no más de diez años. Las mujeres y la niña proferían gritos de histeria y se aferraban las unas a las otras como si les fuera la vida en ello. Captaron el nuevo entorno con la cara surcada de lágrimas, y una de las mujeres dejó escapar un chillido capaz de perforar los tímpanos al ver a Miguel atado a la silla.

—¡Miguel! —gritó, y trató de correr hacia él, pero la cadena que los sujetaba a todos se lo impidió.

Tenían cierto parecido: ojos marrones, pelo castaño oscuro y piel aceitunada. Si me lo hubieran preguntado, habría dicho que eran familia. Seguramente hermanos.

—¡Cabrón! ¡Suéltalas! —rugió el prisionero mientras intentaba liberarse con desesperación.

De tanto tirar de las cuerdas, le sangraban las muñecas.

—¿Sabes por qué me llaman el Carnicero de la Bratva? —volvió a preguntar Dimitri, haciendo caso omiso de aquel arrebato.

—Porque haces carnicerías, ¡puto degenerado!

Dimitri se echó a reír, y el cuerpo le tembló en la silla.

—*Da* —asintió—. Así es, pero hay algo más. Ya ves, tengo un pequeño problema de autocontrol. Mi mujer siempre me decía que soy como un toro enfurecido, preparado para atacar a la menor provocación. Cuando alguien amenaza a mi familia, lo veo todo rojo. Todo lo que siento es rabia. Todo lo que quiero es vengarme. Me llaman el Carnicero de la Bratva porque no solo voy a descuartizarte a ti, sino a todos tus putos parientes. Los haré pedazos a todos por culpa de lo que ha hecho otra persona, y no me supondrá el más mínimo problema. Porque, como te decía, cuando amenazan a mi familia lo veo todo, absolutamente todo, rojo.

Dimitri se puso de pie con elegancia y se abrochó la chaqueta del traje. Avanzó hasta situarse delante de la niña. Ella se puso a temblar e intentó zafarse cuando Dimitri levantó la mano y empezó a acariciarle el pelo despacio.

—¡No la toques! —vociferó Miguel—. ¡Suéltala! ¡Ella no tiene nada que ver con esto!

Tiró más de las cuerdas, desesperado por escapar. Dimitri se volvió a mirarlo de golpe, y su mirada se encendió de fuego.

—Ah, claro que tiene que ver —siseó mientras continuaba acariciándole el pelo a la niña—. ¿De verdad creías que podías atacar a mi única hija, sangre de mi sangre, y no habría consecuencias? —se burló.

—¡Malnacido! —De nuevo, Miguel intentó liberarse de las cuerdas, pero fue inútil—. ¡Suéltala!

—¿Por qué? Tú intentaste hacerle algo mucho peor a mi hija. ¿Por qué tendría que ahorrarle dolor a la tuya si tú ibas a hacerle daño a la mía?

—¡Porque es solo una niña! —suplicó Miguel.

—¡Illayana también lo es! ¡¡¡Es mi niña!!! —rugió Dimitri, temblando de ira—. Da igual que tenga diez años o cien. ¡*Siempre* será mi niña! ¡Y has intentado arrebatármela, hacerle daño! Si no hubiera tenido escolta, lo habrías conseguido.

La niñita empezó a sollozar de forma descontrolada.

Miguel miró alrededor con desesperación, posando sus ojos oscuros en todos los que estábamos allí, buscando algo, cualquier cosa, que pudiera ayudarlo.

Aleksandr, Nikolai y Lukyan permanecían con las manos a la espalda y la cara impasible. Si era de ellos de quienes esperaba ayuda, no la tendría.

Miguel bajó la cabeza, derrotado.

—¿Qué quieres?

Dimitri sonrió y se apartó de la niña. Esta se pegó de inmediato a la mujer que había a su lado, intentando esconderse. Él volvió a

ocupar la silla situada enfrente de Miguel. Tenía la mirada centelleante de pura emoción.

—Tienes dos opciones. La primera: me cuentas lo que sabes. Quiero saberlo todo: por qué intentaste secuestrar a Illayana, qué querías hacer con ella después. Absolutamente todo. Hazlo y tus familiares tendrán una muerte rápida e indolora.

«¿Eh?». Normalmente, cuando alguien cooperaba, no lo recompensaban con la muerte. A menos que fuese la mejor opción.

Miguel frunció el ceño.

—¿Por qué matarlos tendría que ser un incentivo para que te cuente lo que sé?

En la expresión de Dimitri apareció una sonrisa maliciosa.

—Porque solo hay otra opción. Si no hablas, venderé a tus hermanas como esclavas sexuales. —Miguel palideció hasta un punto máximo—. A ti te mantendré con vida solo para que todos los días seas consciente de que hay hombres haciéndoles barbaridades a esas personas a las que tanto quieres. A tu hermano lo meteré en peleas clandestinas. Quién sabe, a lo mejor me hace ganar dinero. —Se encogió de hombros—. Y cuando ya no soportes más vivir así, a ti también te venderé, y así tendrás el cuerpo igual de destrozado que el alma.

«¡Hostia puta! ¡Este hombre es cruel de cojones! Nota mental: no hacerle nunca daño a Illayana».

—Personalmente, no estoy implicado en la trata de mujeres —prosiguió Dimitri—. Pero el padrino de Illayana sí. Seguramente has oído hablar de él: Mikhail Vasolv.

Era un horror, la clase de hombre con quien la gente tenía pesadillas. Miguel se echó a llorar mirando a su familia.

—Por favor —suplicó—, deja que se vayan y te contaré todo lo que quieres saber. Te lo juro.

—*Net*. —Dimitri sacudió la cabeza—. Ningún escenario posible contempla que tu familia siga viva. Tú fuiste a por la mía y ahora yo te hago lo mismo. —Las mujeres empezaron a sollozar con fuerza ante las palabras de Dimitri—. Tus únicas opciones son decidir si mueren de forma rápida o lenta y dolorosa. Y te garantizo que Mikhail las hará sufrir mucho.

Miguel se dejó caer hacia delante y todas sus fuerzas se evaporaron. Miró uno a uno a los miembros de su familia, lleno de pena y arrepentimiento.

Dimitri empezó a tamborilear con el pie en el suelo; se le estaba acabando la paciencia.

—Decídete ya —le espetó, y lo miró con los ojos entornados.

—Elijo la primera opción —dijo Miguel con apenas un hilo de voz.

Dimitri sonrió e hizo un movimiento de muñeca. Lukyan y Nikolai cogieron las cadenas que sujetaban a los prisioneros y se dispusieron a llevárselos por donde habían venido. Miguel los miró mientras salían de la sala, lleno de tristeza. Al cabo de un momento, Lukyan y Nikolai volvieron solos.

Dimitri se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas mientras miraba a Miguel.

—¿Por qué querías secuestrar a Illayana?

—Porque Nero nos lo ordenó.

«Lo sabía, joder. ¡Ese puto Gambino de mierda ha intentado robarme a mi prometida!».

Tuve que esforzarme para no saltar desde el otro extremo de la sala y darle una paliza para sonsacarle más información. Apreté los

puños, decidido a quedarme en mi sitio y poner en práctica mi autocontrol.

Dimitri entornó los ojos.

—¿Por qué? ¿Para qué quería a mi hija?

—Para que te apartes de en medio.

—¿De en medio de qué?

—De su guerra contra los De Luca. No quiere que los ayudes ni les des armas. Quiere que te largues con viento fresco y no te metas en lo que no te importa. Tenía pensado retenerla y amenazar con matarla si no dejabas que se las apañen solos.

—Ha cometido un grave error. Al amenazarla a ella, se ha convertido también en mi enemigo.

—Ya eras su enemigo. En cuanto accediste a mezclar a tu familia con los De Luca, te convertiste en uno.

Dimitri apretó los labios y tamborileó con un dedo sobre su pierna. Juntó las cejas hacia abajo, pensativo, mientras procesaba las palabras de Miguel.

—¿Por qué Los Zetas lo estáis ayudando? ¿Ahora resulta que el perro de tu jefe le lame el culo?

Miguel entornó los ojos y apretó la mandíbula.

—Mi jefe no es ningún perro —le espetó.

Dimitri le dio un bofetón tan fuerte que le volvió la cara.

—Vigila ese tono. Responde a mi pregunta.

Miguel se pasó la lengua por la herida de los labios. Tenía la mirada encendida de pura rabia.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —preguntó Dimitri despacio.

—No, no lo sé. Nuestro segundo al mando, Juan, nos dijo que

teníamos que cumplir las órdenes de Nero.

—¿Y no se te ocurrió preguntarle por qué?

Miguel lo miró con una cara que parecía decir «¿Hablas en serio?».

—A Juan no se le cuestiona nada. Él te dice que hagas algo y tú lo haces. Si preguntas, te mata de un tiro.

—¿Y por qué Nero le tiene tanta tirria a mi familia? Dudo mucho que toda esta mierda sea por culpa de que mi padre le robó a la novia hace casi treinta años —solté.

Dimitri se puso tenso. Aleksandr maldijo por lo bajo y me miró con mala cara.

«Mierda. Me he despistado y no he seguido su consejo. Vaya».

—¿Cómo coño voy a saberlo? Yo no soy más que un soldado raso, no me cuentan nada que valga la pena. Si me dicen que vaya adonde sea y rapte a alguien, pues lo hago. ¿Quieres saber más? Pues secuestra a uno de sus hombres.

—Tú eres uno de sus hombres —dije con una mueca.

—No, no lo soy. Soy del cártel a muerte. Solo porque esa escoria italiana me dé órdenes, no significa que sea uno de los suyos.

Se me cruzaron los cables de golpe. Estaba claro que los de la banda de Chicago y el cártel no se caían bien precisamente. ¿Por qué narices aceptaban órdenes de Nero? Nada de todo aquello tenía ningún sentido, y me estaba sacando de quicio.

Dimitri se puso de pie y se acercó a su hijo. Extendió la mano con la palma hacia arriba y Lukyan se acercó con una libreta y un bolígrafo. Luego el jefe fue hacia Miguel, desató las cuerdas y lo liberó. Él se tocó las muñecas de forma instintiva. Al parecer, todo el

mundo lo hacía después de que lo esposaran. Dimitri le colocó en el regazo la libreta y el bolígrafo y lo apuntó con el dedo.

—Quiero los nombres de todos los putos miembros de tu organización, las direcciones de todas vuestras casas francas y cualquier información que tengáis de Nero y sus planes.

A continuación, clavó la mirada en mí y señaló la puerta con la cabeza.

—Quiero hablar contigo, Arturo.

Sin esperar respuesta, cruzó la puerta.

Yo miré a Miguel con mala cara, cabreado porque no iba a poder mancharme las manos con su sangre por el momento, pero seguí a Dimitri. Aleksandr y Nikolai me obsequiaron con gestos de ánimo, y Lukyan me sacó la lengua y me enseñó el dedo corazón.

Yo sacudí la cabeza y solté una risita a la vez que abandonaba la sala y cerraba la puerta tras de mí. Dimitri me estaba esperando al otro lado, con los brazos cruzados y una mueca malhumorada. Arqueé una ceja ante aquel despliegue de agresividad.

—Llama a tu padre. Tenemos que hablar de cómo solucionar esto.

Su tono autoritario me molestó y lo miré con mala cara.

—No me ladres como si fuera uno de tus soldados, Dimitri.

Puede que fuera el *pakhan* de la Bratva, pero eso no significaba que pudiera hablarme como a uno de sus esbirros. De ningún modo pensaba tolerarlo.

Él puso cara de sorpresa. Creo que no estaba acostumbrado a que nadie le hablara así.

Bueno, pues más le valía irse acostumbrando.

—Es mejor que lo sepas ya. Mi padre va a dimitir como *don* en el

momento en que se solucione toda esta mierda con Nero. Me ha puesto a mí al frente, así que si necesitas hablar con alguien de cómo solucionar algo, es conmigo.

Su expresión reflejó la sorpresa por la noticia. Era la primera vez que se quedaba sin palabras delante de mí. Me miró de arriba abajo, escrutándome.

—¿Estás preparado?

No vacilé a la hora de responder.

—Sí.

Lo estaba. Había nacido para eso.

Él asintió.

—Entonces tenemos que hablar de cómo proseguir con todo esto.

—Después —le espeté, y me volví para poner la mano en el pomo de la puerta.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de abrirla, él intervino otra vez.

—¿Después de qué?

Me volví para mirarlo por encima del hombro y alcé la barbilla.

—Después de que haya hecho pedazos a Miguel.

Entré de nuevo en la sala, me quité la chaqueta del traje y la colgué en la puerta.

«Qué bien me lo voy a pasar…».

Aleksandr asintió levemente cuando pasó junto a mí para reunirse fuera con su padre. Me quedé helado al escuchar sus siguientes palabras:

—¿Lo mismo de siempre?

Me pudo la curiosidad y me entretuve a la vez que intentaba

aguzar el oído para oír su conversación.

—*Da* —respondió Dimitri—. Busca al pariente más cercano de la chica y déjala allí. Si no encuentras a nadie, envíala al orfanato Blue Haven. Es el único que me ofrece garantías de que nadie les hace daño a los niños.

«Ah. Así que el Carnicero no es tan malvado como todo el mundo cree. Muy interesante».

—Sí, padre. ¿Y qué hago con las mujeres?

—¿Han tenido algo que ver?

—Estaban en el coche en el que iba a fugarse.

—Pues mátalas. Que sea rápido e indoloro.

Aleksandr asintió una vez.

—La historia de Mikhail siempre funciona, ¿verdad? —dijo riendo.

«¿Historia?».

—La reputación lo es todo —se burló Dimitri—. Si te creas una fama lo bastante terrible, la gente se encogerá de miedo con solo oír tu nombre. No importa que Mikhail no se dedique a la explotación sexual, los demás no lo saben. Por eso hablan.

«Muy interesante. Esta familia está llena de sorpresas».

14

ILLAYANA VOLKOVA



Me desperté envuelta por unos brazos cálidos y fuertes que me rodeaban a la altura de mi pecho desnudo. De forma instintiva me eché hacia atrás y lancé un suspiro de satisfacción. Cerré los ojos e intenté volver a dormirme, pero era demasiado tarde. El cuerpo y la mente ya se me habían despertado del todo, y era dolorosamente consciente de que Arturo estaba haciéndome la cucharita y todo su cuerpo me tenía envainada como una crisálida.

Me sujetó con fuerza y tiró de mí para acercarme más hacia sí al tiempo que hundía la nariz en mi cuello. Inspiró con fuerza y suspiró, relajado.

Levanté la cabeza poco a poco, entrecerrando los ojos por los rayos de sol que se colaban en la habitación.

«¿Qué hora es?».

Me volví para mirar a Arturo con su precioso rostro relajado mientras dormía. Una parte de mí quería despertarlo para poder ver sus hermosos ojos de distinto color, pero sabía que necesitaba dormir. Había llegado a la cama hacía solo un par de horas, así que me constaba que estaba agotado. La verdad era que no me podía creer que mi padre le hubiera dejado quedarse a dormir, sobre todo en mi dormitorio, conmigo.

Fui desenredando sus extremidades de mi cuerpo, siendo supercuidadosa para no interrumpir su pacífico sueño. Sus brazos me apresaron con más fuerza cuando intenté moverme, como si, incluso dormido, no quisiera dejarme marchar.

Como la cama se movió, él se giró para ponerse boca arriba y masculló algo incomprensible en italiano. Me tomé mi tiempo para contemplar su cuerpo fornido y tonificado. Tenía el torso totalmente desnudo, lo cual me daba visibilidad total.

Sus tatuajes le cubrían armónicamente toda la longitud del torso, desde las muñecas hasta los hombros, extendiéndose en abanico sobre su pecho, descendiendo hasta su abdomen y dándole la vuelta hasta la espalda. Su gloriosa piel bronceada era tersa como la seda, lo que resultaba difícil de creer, teniendo en cuenta la vida tan dura que llevaba.

Por supuesto que contaba con unos abdominales esculturales. «Se podría rayar queso en esos abdominales… No, un momento, se podría rayar diamante». Sentí un cosquilleo en los dedos al verlo tumbado en mi cama, con su pelo negro desparramado sobre mi almohada. Me moría por pasarle las manos por su inmaculada anatomía, pero tenía demasiado miedo de despertarlo. Se merecía dormir.

Me incorporé y me estiré.

No tenía ni idea de lo que habría planeado Arturo para ese día, ya fuera salir por Las Vegas o volver a casa. Al margen de eso, sabía que estaría hambriento cuando despertara, así que enseguida me puse unos pantalones de chándal y una camiseta y bajé las escaleras hasta la cocina para prepararle el desayuno.

Cuando entré, Lukyan estaba sentado a la mesa, recostado en su silla, tan pancho, con los pies apoyados en el tablero, como siempre. Mi madre odiaba que lo hiciera, y yo sabía que, de haber estado allí, le habría dado un ataque.

«No te preocupes, mamá. Ya me encargo yo».

Mientras me acercaba, me di cuenta de que tenía los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. Poco a poco, fui acercándome a hurtadillas por detrás, con cuidado de no hacer ruido. Antes de que percibiera mi presencia, di rienda suelta a mi enfado y les di un puntapié a las patas de la silla, lo que hizo que cayera, despatarrado.

Su cuerpo impactó contra el suelo y emitió un potente golpe seco mientras él mascullaba una blasfemia en ruso. Enseguida sacó la pistola y la tuvo apuntada hacia mi pecho en cuestión de segundos.

No pude evitarlo y me eché a reír.

—Si hubieras reaccionado así de rápido antes, no estarías despatarrado en el suelo ahora mismo.

Entrecerró los ojos y levantó el arma.

—Todavía podría dispararte. No pasa nada por tener una pequeña herida en la piel.

Torció el gesto.

—Podrías, pero ambos sabemos que no lo harás.

Soltó un gruñido y bajó la pistola.

—De todas formas, te lo merecías. Ya sabes que a mamá le disgustaba mucho que hicieras esas mierdas.

Su rostro se suavizó; la mención de nuestra madre sacaba su lado más tierno. Se enderezó en el suelo y cruzó las piernas. Por algún motivo, decidió quedarse ahí.

—La echas de menos —afirmó ladeando la cabeza.

Me dirigí hacia los fogones y empecé a preparar el desayuno para Arturo.

—¿Tú no?

—Por supuesto que sí, pero intento no pensar en ello. En ella…

Podía entenderlo, pero era un poco más difícil para mí. Solo faltaban un par de días para la boda y la ausencia de mi madre se me hacía incluso más evidente y dolorosa. Era un acontecimiento en el que siempre imaginé que participaría, hasta el día en que murió.

«No, hasta el día en que la asesinaron».

La simple idea de que ella no estuviera para ver cómo me casaba, para conocer a Arturo, me encogía el corazón con una tristeza tal que sentía que se me iba a partir en mil pedazos.

—Ojalá yo pudiera hacer eso —susurré mientras cascaba un par de huevos en una sartén.

El ruido de los huevos friéndose y de las burbujitas de la clara explotando me ayudó a dejar de lado la conversación que rogué a Dios que no estuviéramos manteniendo.

Lukyan debió de percibir mi necesidad de obviarla y cambió de tema.

—¿Dónde está tu prometido? —preguntó torciendo el gesto.

Me reí entre dientes y giré los huevos.

—¿Qué tienes en contra de él? ¿Por qué lo odias tanto? No lo entiendo. ¿A ti qué te ha hecho?

Se encogió de hombros.

—No lo odio —masculló quejándose—. Es que no me gusta su cara.

Rompí a reír y pasé los huevos a un plato para luego añadir algunos más.

—Es porque es más mono que tú, ¿verdad?

Con su largo pelo negro y sus vivos ojos azules, sus pómulos marcados y su mandíbula definida, Lukyan siempre había sido el chico guapo de la familia. ¿Qué creía yo? Que no le gustaba que alguien le robara el puesto.

«Joder, a veces se comporta de forma muy infantil. Pero imagino que no debería sorprenderme».

Como era el más pequeño de los chicos, mi madre lo había mimado de niño.

—No —espetó—. Y no soy mono, soy guapo. A los hombres no les gusta que los llamen monos —replicó con tono divertido.

—Ajá… —dije, y me reí entre dientes.

Coloqué los huevos que quedaban en el plato y empecé a cocinar beicon, champiñones y tomates. Los aromas me envolvieron, me sonaron las tripas y se me hizo la boca agua.

—¿Desde cuándo preparas el desayuno? Por lo general, le pides al servicio que te lo haga.

Cierto. Eran contadas las ocasiones en las que todavía me preparaba la comida. ¿Por qué hacerlo si había personas que lo hacían por ti? En cualquier caso, esa era mi opinión. Pero, en esa

ocasión, quería prepararlo yo misma. Quería ser yo quien preparase el desayuno de Arturo.

—Desde ahora.

Lukyan se levantó y volvió a sentarse en su silla en cuanto Christian y Luca entraron en la cocina. Mis nuevos guardaespaldas. Una parte de mí seguía un poco molesta por tenerlos, pero mi padre insistió en que sería una buena idea, y me constaba que no se había equivocado jamás.

Eran hombres espectaculares, ambos con el pelo negro y los ojos azules. Medían un metro noventa más o menos, tenían las espaldas anchas y eran de complexión musculosa. El hecho de que fueran gemelos idénticos era bastante guay.

Pasé el beicon, los champiñones y los tomates a un plato mientras Christian y Luca se dirigían hacia mí. Ambos me dedicaron una ligera reverencia.

—Señora —dijo uno de ellos, y yo tuve que contener una mueca de rabia.

Sabía que solo estaba siendo amable, pero odiaba que me llamaran «señora». Me hacía sentir vieja. El otro gemelo —el que no hablaba— intentó patearlo con discreción en la espinilla, pero no pudo resultar más evidente.

—Quiero decir, señorita Volkova —rectificó el primer gemelo, y yo me reí entre dientes.

—Buenos días, Christian, Luca. ¿Os apetece desayunar algo?

Me desplacé por la cocina para poner dos rebanadas de pan en la tostadora.

Me miraron, sorprendidos, y se quedaron algo boquiabiertos.

—Sí, gracias, señora… señorita Volkova —rectificó a todo correr el

primer gemelo.

Señalé la mesa de la cocina y los dos hombres se sentaron junto a Lukyan.

—A mí también me apetecería algo de desayunar —dijo mi hermano levantando una mano como si fuera un puto niñato de guardería o algo por el estilo.

Enarqué una ceja.

—¿Y cuándo fue la última vez que *tú* me preparaste el desayuno a *mí*?

«En tu puta vida».

Bajó la mano y frunció el ceño.

«Ya me parecía a mí».

Saqué el pan de la tostadora y coloqué dos rebanadas en cada plato, así como los huevos, el beicon, los champiñones y los tomates. Me acerqué a la mesa y les puse un plato delante a cada gemelo.

—Gracias —dijeron ambos exactamente al mismo tiempo.

Me pregunté si era casualidad o intencionado.

Asentí y señalé al gemelo que tenía a la izquierda.

—¿Cuál de los dos eres tú?

Ambos rieron.

—Soy Luca —dijo señalándose el pecho.

Me quité una de mis brillantes pulseras rojas de la muñeca y se la puse. Él levantó el brazo en el aire y se quedó mirándola con desagrado. Me miró enseguida con sus ojos azules y enarcó las cejas con expresión de pregunta.

—Así os podré distinguir —expliqué.

Luca masculló algo por lo bajini, ya que no estaba muy contento

con el nuevo accesorio.

—Tío, eso te da un toque muy especial —dijo Christian riendo mientras se metía comida en la boca.

Luca entrecerró los ojos y le tiró unos trozos de huevo a su hermano gemelo.

—Cierra el pico —protestó.

—Chicos, si no llevarais exactamente la misma puta ropa y no os peinarais igual, podría identificaros.

Christian y Luca miraron sus atuendos. Vestidos con pantalones negros de vestir, camisa negra y botas negras, parecía que no querían que la gente los distinguiera. Se miraron entre sí y se encogieron de hombros.

—Yo sí que los identifico —afirmó Lukyan con suficiencia al tiempo que se recostaba contra el respaldo de su silla y miraba a los gemelos.

Regresé a los fogones y volví a empezar a preparar el desayuno de Arturo, que era la razón por la que había bajado allí, para empezar.

—No puedes —repliqué.

—Sí que puedo.

Me volví y lo señalé con la espumadera.

—No puedes. Joder, ¡si son los dos iguales!

Christian y Luca siguieron comiendo como si aquello fuera algo que les ocurriera todos los días. Que seguramente lo era. Nos miraban a Lukyan y a mí y nos escuchaban entretenidos.

—¿Te apuestas algo?

Lukyan me guiñó un ojo.

«Menudo cabronazo». Sabía que yo nunca decía que no a una

apuesta. Lo llevaba en mi sangre rusa.

—¿Qué apostamos? —pregunté mientras les daba la vuelta a los huevos.

—Quiero tu Walther Q5 —dijo frunciendo los labios al esbozar una sonrisa maliciosa.

Emití un gruñido. Por supuesto que la quería. Le había echado el ojo a esa pistola desde que la recibí como regalo de mi padrino. La semiautomática estaba convirtiéndose rápidamente en una de mis piezas favoritas. Parecía un poco de otro mundo con su estructura mecanizada, como salida de una película de ciencia ficción futurista. Tenía un gatillo de defensa rápido y pesaba unos dos kilos, y poseía un retroceso veloz, lo que permitía al tirador disparar con una velocidad y una precisión asombrosas. A decir verdad, no quería jugármela en una apuesta, por si la perdía. Pero era superior a mí. Me encantaban las apuestas.

Apilé toda la comida en un plato y lo coloqué en la encimera de la cocina.

—Vale. Pero, si no puedes distinguirlos, tienes que disculparte con Arturo por ser un capullo. Y, de ahora en adelante, tendrás que ser amable con él.

Lukyan me miró con mala cara.

—No. Elige otra cosa.

—Ni hablar. Tú quieres mi Q5. Yo quiero que vosotros dos os llevéis bien. Lo tomas o lo dejas.

Lukyan gruñó y arrugó la cara con gesto de disgusto. Se quedó mirando a los gemelos, valorando qué posibilidades tenía de distinguir a los dos hombres idénticos. Tras un par de segundos, asintió con la cabeza.

—Trato hecho.

Sonreí y me desplacé para situarme junto a los hermanos. A pesar de tener la boca repleta de comida, siguieron intentando engullir más, como si tuvieran miedo de que fueran a quitársela.

Describí un giro con el dedo en el aire para indicarle a Lukyan que se diera la vuelta. Cuando ya estaba dándonos la espalda, mandé a los gemelos que se levantaran. Luca obedeció enseguida y su tenedor hizo ruido al chocar contra el plato cuando se puso de pie. Christian tardó un poco más y se aseguró de meterse en la boca otro bocado del desayuno antes de levantarse.

—¿Es que Arturo no os da de comer o qué? —pregunté riendo entre dientes.

Christian se quedó mirándome, muy divertido, pero fue Luca el que dijo:

—Sí que nos da de comer, pero su comida es un asco comparada con la que usted prepara.

Empecé a mezclar a los gemelos dándoles vueltas, como habría hecho un mago con una baraja de cartas. Me cercioré de vigilar a Lukyan mientras me movía. Era un tramposo de campeonato cuando jugábamos, y yo no descartaba que hiciera alguna trampa. Una vez, cuando estábamos jugando al Monopoly, cometí el error de dejarle ser la banca. Cada vez que miraba hacia otro lado, él cogía efectivo del banco y lo añadía a su montón. Ya estábamos a mitad de la partida cuando me di cuenta de que algo no iba bien y de que él tenía más dinero en efectivo del que debería.

En cuanto estuve satisfecha, le quité mi brillante pulsera a Luca y retrocedí.

—Vale, ya puedes darte la vuelta.

Lukyan giró sobre sus talones, veloz como un felino. Entrecerró los ojos antes de dar un paso adelante. Los gemelos permanecieron erguidos durante el escrutinio, con las manos a la espalda y el rostro impasible. Mi hermano los rodeó lentamente, mirándolos de pies a cabeza. Se dirigió hacia Christian y lo olfateó.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté molesta.

—Chitón. Estoy concentrándome.

Se acercó a Luca y también lo olió. Lo agarró del brazo, se lo levantó y se lo agitó antes de volver a Christian y repetir el movimiento.

—En serio, Lukyan, ¿qué cojones estás haciendo? No puedes distinguirlos olisqueándolos y moviéndolos.

—Tú no conoces mi proceso —replicó sin quitarles el ojo de encima a los gemelos.

Me pegué una palmada en la frente de pura exasperación.

—Me sacas de quicio.

—No, tú me sacas de quicio.

—¿Cuántos años tienes, cinco? —le solté.

Le brillaban los ojos con picardía.

—No, tú sí que tienes cinco años.

Lancé un gruñido.

—No lo hagas, Lukyan. Ni te atrevas. Somos demasiado mayores para estas mierdas.

De pequeños, a Lukyan y a mí nos gustaba fastidiarnos mutuamente; por lo general, haciendo de forma deliberada aquello que sabíamos que el otro odiaba. Él odiaba que yo lo imitara, que tocara su PlayStation o que entrara en su habitación. Yo odiaba que se comiera mi comida, que me robara las armas o que dijera: «No,

tú sí que lo eres», para responder cada vez que yo le decía cualquier cosa. Incluso aunque no tuviera ningún puto sentido, lo decía. Odiaba todo eso de niña y también lo odiaba de adulta.

Lukyan sonrió.

—No, tú sí que…

No pudo decir nada más. Me abalancé sobre él y tiré al suelo los platos que había en la mesa al saltar por encima de ella. Volé por el aire en un intento de rodearle el cuello con las piernas para derribarlo. Por desgracia, él sabía exactamente lo que iba a hacer: una de las muchas desventajas de luchar contra alguien que conoce tus movimientos.

Con una sonrisa de suficiencia, me sujetó por las piernas en pleno vuelo y usó la fuerza de su propio cuerpo para tirarme contra el suelo con fuerza. Intentó ponerse encima de mí, pero yo era rápida y estaba cabreada.

Antes de que él pudiera adoptar una posición estable, ataqué dándole un fuerte golpe en el plexo solar. Soltó un gruñido y se llevó las manos al pecho como si el dolor le irradiara por toda la zona. Le di un empujón en el torso y lo tiré al suelo. Entonces aproveché para levantarme a toda prisa y adoptar una posición dominante.

—Eres un mierda, Lukyan —gruñí mientras intentaba darle unos cuantos puñetazos en el abdomen, aunque él lograba pararlos todos con facilidad.

—No, tú sí que eres una mierda.

Rio con suficiencia y sacó la lengua.

«¡Argggh!».

Me llevaba la contraria a propósito y estaba funcionando. Me habría encantado decir que tenía más aguante, pero, a decir verdad,

no era así. Tenía muy poca paciencia y no muchas habilidades para la reflexión; por eso intentaba destruir a mi hermano solo por fastidiarme. A lo mejor sí que estaba loca. Pues vale.

Eché un brazo hacia atrás para darle un puñetazo en su estúpida cara de engreído, cuando otro brazo con fuerza de acero me rodeó por la cintura y me puso de pie. Yo estallé, soltando blasfemias e intentando liberarme dando patadas, furiosa por que alguien se estuviera entrometiendo. Pero entonces me vino un ligero aroma al perfume embriagador de Arturo. Sentí que me relajaba al instante al percibir su calor contra mi cuerpo, aunque la rabia seguía estando presente, sin duda.

—Tranquila, *kotenok* —me susurró en la oreja con su voz grave y seductora.

Lukyan levantó la cabeza desde su posición en el suelo, con el resto del cuerpo tendido, y me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Ese es Luca —dijo, señalando a uno de los gemelos.

Ambos se habían echado a un lado en cuanto había empezado nuestra pequeña refriega y habían cambiado la posición en la que estaban originalmente. Yo no tenía ni idea de si Lukyan tenía razón o no, pero, basándome en la mirada que los gemelos me dedicaron, sí que la tenía.

Emití un gruñido e intenté ir a por Lukyan otra vez, pero Arturo me tenía bien sujeta.

—¿Me dirá alguien qué coño está pasando? —preguntó de golpe mirando a su alrededor.

Yo ni siquiera me había dado cuenta de que Aleksandr y Nikolai se habían unido a nuestra fiestecilla hasta ese mismo momento. Se

quedaron en un rincón, ambos engullendo una bolsa de patatas fritas y mirando, entretenidos.

—Han hecho una apuesta. Lukyan ha asegurado que nos podía distinguir y la señorita Volkova ha dicho que no —respondió Christian.

—¿Y qué se han apostado?

—Si la señorita Volkova ganaba, Lukyan tendría que disculparse y ser amable con usted.

Arturo rio con gesto burlón.

—¿Y si perdía?

—Me quedo con su pistola favorita. —Lukyan se levantó con gracilidad, se sacudió la ropa por la parte de delante y sonrió—. Espero el pago en un plazo de tres a cinco días laborables, ¡gracias!

Aleksandr y Nikolai empezaron a hablar entre ellos en ruso, pero yo estaba demasiado ausente para prestar atención.

—¡Me has engañado! —me quejé—. Ya sabías quién era quién.

—Te he dicho que sabía distinguirlos. No es culpa mía que no me hayas creído.

Se encogió de hombros.

Intenté acercarme a él otra vez y estiré los brazos para asfixiarlo agarrándolo por el puto cuello, pero Arturo era como una roca y no se meneaba ni un milímetro.

—¿Cómo? —preguntó Arturo.

—¿Cómo qué? —soltó Lukyan.

—Que cómo los has distinguido. Hay gente que trabaja para mí, gente que los conoce desde hace años, que no sabe hacerlo. Entonces, ¿cómo es posible que alguien que literalmente acaba de conocerlos pueda decir quién es quién?

Lukyan se encogió de hombros y se colocó junto a Luca. Lo agarró por el antebrazo y se lo levantó con parsimonia. Señaló una pequeña y delgada cicatriz que tenía en la cara interna de la muñeca.

—Anoche me fijé en que Luca tiene esta cicatriz en la muñeca. Supongo que por una pelea a cuchillazo limpio. —Se acercó a Christian—. Christian usa la misma colonia que yo, y Luca usa algo realmente asqueroso. —Arrugó la nariz—. Sin ánimo de ofender, tío —dijo, guiñándole un ojo a Luca.

—Por eso estaba olisqueándolos —dije, y empecé a atar los cabos que me ayudaron a entender su alocado comportamiento.

Arturo fue aflojando un poco la fuerza con la que me sujetaba, aunque seguía cerca de mí.

—Mmm… —fue todo lo que dijo cuando miró a Lukyan.

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó él sonriendo de oreja a oreja.

Genial. Justo lo que necesitábamos. Un subidón de ego.

Mi padre entró en la cocina unos minutos después, se fijó en los platos rotos y la comida desperdigada por el suelo y negó con la cabeza.

—Será mejor que alguien limpie toda esta mierda —ordenó, enfadado.

—¡Yo no! —gritó Lukyan, y salió corriendo de allí.

Me quedé mirando el desastre del suelo e hice una mueca de disgusto. Me había cargado del todo el desayuno de Christian y Luca.

—Lo siento, chicos —me disculpé mirando a los gemelos.

—No pasa nada —dijeron ambos al mismo tiempo, sonriendo.

—Ya lo limpiaré yo, señorita Volkova —anunció Flora entrando en la cocina y agarrando sus utensilios de limpieza.

—No, no, no pasa nada. El desastre lo he provocado yo, así que yo lo limpiaré.

Todo el mundo empezó a recoger la cocina mientras yo limpiaba los platos rotos y la comida del suelo. Todos salvo Arturo. Se acercó para ayudarme, pero negué con la cabeza y señalé el plato de comida que estaba sobre la encimera.

—Eso es para ti.

Se quedó mirando el plato y enarcó las cejas.

—¿Me has preparado el desayuno?

—Pues claro —dije, y enfaticé el «claro».

Barrí todos los cristales rotos y la comida, los recogí con el recogedor y los tiré al cubo de la basura. Agarré una botella de un espray multiusos y un trapo, limpié el suelo y retiré hasta el último resto de comida y suciedad.

—Gracias.

Recogió el plato, se fue hacia la mesa y tomó asiento.

Estaba ligeramente nerviosa. No era la mejor cocinera del mundo. Sabía hacer lo básico, pero nada más. Esperaba que para él fuera suficiente.

—¿Cómo os fue anoche? ¿El tipo habló? —pregunté mientras me lavaba las manos y me dirigía hacia la mesa; me senté enfrente de él.

—Oh, sí que habló, sí —dijo Arturo metiéndose el tenedor lleno de comida en la boca—. Tu padre puede ser muy bueno motivando a la gente si la situación lo requiere.

Me reí.

—¿Hizo el numerito de «Soy el Carnicero de la Bratva»?

Arturo sonrió con suficiencia.

—Lo hace mucho, ¿verdad?

—Oh, sí. Es su técnica favorita. La mayoría de las personas ha oído hablar del Carnicero de la Bratva, así que, por lo visto, funciona.

—Desde luego. Miguel se puso a chillar como un cerdo y nos contó todo lo que sabía. Nero fue el que les dijo que te secuestraran. Quería tener ventaja sobre tu padre.

Fruncí el ceño.

—¿Ventaja? ¿Para qué?

—Nero quiere que se mantenga al margen de nuestra disputa. Pensó que la mejor manera de tener a tu padre bajo control era llevarse a su única hija.

«Qué listo. De haberlo conseguido, le habría funcionado, desde luego». Para mi padre no había nada más importante que la familia, sus hijos.

—Algo que no logro entender es por qué Los Zetas le están haciendo el trabajo sucio a Nero —comentó Arturo con gesto de preocupación.

—¿Miguel no os lo dijo?

—Aseguró que no lo sabía. Aunque no sé si creerlo.

Tomó otro bocado de comida con el ceño fruncido por la reflexión.

—¿Puede que tengan una alianza como la que tenemos nosotros? —sugerí.

Arturo sacudió la cabeza.

—¿Tu padre y sus hombres irían corriendo a hacer lo que les mandáramos si se lo ordenáramos?

Solté una risa burlona.

—Exacto. Esto era diferente. Los Zetas son un cártel mexicano brutal. No tiene sentido que obedecieran así a Nero.

—A menos que tenga ventaja sobre ellos también, ¿no? ¿Como la que intentaba conseguir sobre mi padre?

Arturo dejó de comer y se enderezó en el asiento.

—Debe de ser eso. Nero tiene algo que le da ventaja sobre Los Zetas. Tiene que ser eso.

—¿Qué crees que puede ser?

—No lo sé. Podría tratarse de cualquier cosa.

—Deberíamos intentar averiguar qué es y dónde lo tiene escondido. Si logramos quitarle su ventaja, perderá el control sobre Los Zetas.

Se le ocurrió algo y se le reflejó en la expresión; una emoción que no logré identificar del todo.

—Buena idea.

Permanecí callada unos instantes; solo se oían los ruidos de los cubiertos contra el plato de Arturo mientras disfrutaba de su desayuno. Hasta que yo solté:

—Cuéntame tu primer asesinato.

Tenía curiosidad sobre él, sobre su vida y lo que había experimentado. Me quedaba mucha historia por conocer y quería saberlo todo.

Él rio entre dientes.

—En realidad no es nada digno de contar. La verdad es que no fue una lucha justa. Yo tenía nueve años. Había sido la sombra de Alessandro durante años, para aprender los entresijos de la Cosa Nostra. Como su sucesor, era importante que me familiarizase con la

muerte y la violencia desde pequeño. Al tener esta vida, con un flujo casi constante de peligro a la vuelta de cada esquina, no hay espacio para la debilidad. Un día me llevó a las mazmorras y, sentado en una silla atornillada al suelo, había un tipo flacucho y pequeño. Debía de tener veintipocos, con marcas de pinchazos por todo el brazo. Había asaltado a uno de nuestros camellos y se había quedado con todo su alijo, más de diez mil dólares en drogas. Alessandro lo localizó y su plan original era darle un escarmiento para usarlo como ejemplo. Hasta que decidió que era la oportunidad perfecta para que yo me quitara de encima la tarea pendiente del primer asesinato. Pensándolo en retrospectiva, siempre me ha parecido que fue como hacer trampas. El tío estaba atado a una silla y no podía defenderse, así que, como ya he dicho, no fue del todo justo. Lo apuñalé en la garganta y luego vomité. —Negó con la cabeza mientras reía entre dientes con sutileza—. Eso no le gustó nada de nada a Alessandro. Cada vez que bajábamos a alguien allí, me obligaba a matarlo hasta que lo hiciera sin vomitar. Me costó un par de intentos, pero al final lo conseguí. —Se quedó mirándome—. ¿Y cómo fue el tuyo?

—Tenía siete años —empecé a decir mirando al vacío—. Una banda de ladrones había entrado en casa. Vieron a los guardias de la puerta de entrada, la mansión enorme y bonita, y pensaron que era un buen objetivo. No eran ladrones de poca monta. Eran ladrones de verdad. Inteligentes, profesionales, bien preparados. Consiguieron saltar la valla y entrar en la casa sin que nadie se diera cuenta. Fue una auténtica demostración de su destreza, teniendo en cuenta que la propiedad estaba vigilada las veinticuatro horas del día. Uno de los hombres era un pederasta encubierto.

Arturo se puso en tensión y dejó el tenedor inmóvil en el aire.

—Entró a hurtadillas en mi dormitorio —proseguí— y, cuando me vio, se metió en mi cama. Intenté gritar, pero él me tapó la boca con la mano y me aplastó poniéndose sobre mi cuerpo. Recuerdo lo pesado que era, el hedor a alcohol y a humo de su aliento. Creí que iba a vomitar. Cuando bajó una mano para desnudarme, de pronto recordé algo. Llevaba años practicando con los cuchillos y siempre tenía uno oculto bajo la almohada. Era mi favorito y a Lukyan le gustaba robarme las cosas, así que pensé que, si lo tenía ahí escondido, él nunca me lo quitaría. Lo agarré y apuñalé al tío en la garganta. Su sangre cayó sobre mí como el agua de una cascada y me empapó la ropa, y cuando retiró la mano de mi boca, grité tan fuerte como pude. Mi padre y mis hermanos entraron y, después de eso, se abrieron las puertas del infierno.

Arturo me miró con dulzura.

—Siento que te ocurriera eso —susurró, y se inclinó hacia mí para acariciarme el dorso de la mano.

Me encogí de hombros. Sí que fue un episodio traumático, desde luego. Tuve pesadillas durante un tiempo. Me daba pavor pensar en que alguien podía volver a colarse en mi dormitorio y solía dormirme llorando hasta que Aleksandr venía y se quedaba a dormir en el suelo de mi cuarto. Me prometía velar por mí toda la noche y no dejar que nadie me hiciera daño. Durante meses durmió a los pies de mi cama, en un colchón inflable de mierda, hasta que estuve mejor. Pero eso no pensaba contárselo a Arturo jamás.

—¿Qué tal estaba el desayuno? —le pregunté mirando su plato casi vacío.

—Genial, gracias —dijo, y retiró su mano de la mía. Tomó un par de bocados más y se lo acabó todo. Empujó el plato hacia delante y

se recostó en el respaldo de la silla—. No me habías dicho que tu padre era el Carnicero de la Bratva.

Me encogí de hombros.

—Tú no me lo habías preguntado.

—Mmm… —fue su única respuesta.

Recogí su plato y lo llevé al fregadero, lo lavé y lo coloqué en el escurreplatos.

Lancé un suspiro ahogado, sorprendida cuando Arturo agarró con ambas manos la encimera de la cocina que yo tenía delante y me dejó encajonada entre sus brazos. Ni siquiera lo había oído moverse. En un instante estaba sentado a la mesa y, al siguiente, se encontraba de pie, detrás de mí, con el torso pegado a mi espalda mientras se me echaba encima, invadiendo mi espacio. Su aroma me envolvía y yo deseaba impregnarme de él. Olía de maravilla, joder.

—¿Hay algo más que necesites contarme? —me susurró al oído, y me hizo estremecer.

—No que yo sepa —dije casi sin aliento mientras empujaba el culo contra su polla.

No podía evitarlo. Siempre que estaba cerca de él, solo quería tocarlo, sentirlo. Tenía el cuerpo duro, con los músculos tonificados. Era la anatomía de un hombre que trabajaba duro, luchaba más duro todavía y vivía una vida dura y peligrosa.

Flexionó las caderas y me empujó hacia delante, pegándome a la encimera de la cocina con la fuerza de su cuerpo.

—¿Estás segura, *kotenok*? ¿No habrá más sorpresas?

—Oh, tengo muchas sorpresas. Pero tendrás que esperar para descubrirlas. No pienso cargarme la diversión.

Me besó con dulzura por un lado del cuello —no fue más que un

ligero roce de sus labios sobre mi piel— y se me erizó el vello. Entonces me mordió con fuerza.

Lancé un gemido y eché una mano hacia atrás, lo cogí por la nuca y lo atraje hacia mi cuello, porque lo deseaba… más.

Me succionó la piel y la soltó; se oyó un ligero «pop».

—Entonces estoy impaciente por descubrirlos —murmuró.

Empezó a sonarle el móvil. Me dio otro beso rápido y se sacó el teléfono del bolsillo para responder.

—¿Qué? —bramó.

Me volví y di un salto para sentarme en la encimera; le pasé las manos por el torso. Su musculatura tensaba la tela de su camisa y me encantaba el tacto de todos esos músculos duros y potentes bajo las yemas de mis dedos. La firmeza y la definición escultural de su cuerpo me mojaron tanto que se me empaparon las putas bragas.

Arturo inspiró sonoramente.

—¿Qué cojones quieres decir con que no lo has encontrado todavía, Vin? —dijo con brusquedad al teléfono. Yo percibía que su tensión iba en ascenso; estaba cada vez más furioso mientras escuchaba con atención—. Me importa una puta mierda lo que tengas que hacer. ¡Encuéntralo! Volveré pronto y lo quiero en la mazmorra junto a Marco para cuando llegue.

Colgó y exhaló con fuerza.

—¿Algo va mal? —pregunté con calma.

—Son solo negocios. Nada por lo que debas preocuparte.

Fruncí el ceño.

—A lo mejor puedo ayudar.

—No puedes. Tengo que irme.

Se volvió y empezó a marcharse. Arturo estaba rechazándome.

«Oh, mierda, eso sí que no».

Sentí un pico de ira. Agarré un cuchillo de carnicero del escurreplatos y se lo lancé, asegurándome de apuntar con la desviación suficiente como para no darle. La hoja se clavó hasta el fondo en la pared que estaba delante de él.

Frenó en seco y miró hacia atrás, con una expresión siniestra en los ojos.

—No vuelvas a largarte y dejarme plantada en medio de una conversación —bisbiseé—. Y no pienses ni por un puto segundo que puedes dejarme de lado. Desde que tengo memoria, he estado implicada en los negocios de mi padre. Esta vida no es nueva para mí. Como tu futura mujer, espero que me incluyas en tus mierdas.

Con los ojos entrecerrados, Arturo se acercó a mí dando grandes zancadas. Yo no me moví, no retrocedí cuando invadió mi espacio, así que nos quedamos pegados, nariz con nariz. Su presencia impregnaba el aire que tenía a mi alrededor y transmitía una sensación amenazante que casi no me dejaba respirar. Se quedó mirándome directamente durante un instante con sus impresionantes ojos.

—Vale —accedió.

—¿Vale? —repetí mirándolo con suspicacia.

Asintió ligeramente con la cabeza.

—Vale, te incluiré. Pero, *kotenok*, la próxima vez que me lances un cuchillo, voy a atarte a la cama y voy a follarte hasta que ya no puedas aguantarlo más.

Se me cortó la respiración.

—¿Se supone que eso es un castigo? Porque a mí no me lo

parece.

—Eso dices ahora, pero cuando me hayas pedido no volver a tener un orgasmo una y otra vez, pensarás de otra forma. —Arturo retrocedió y yo sentí que por fin podía volver a respirar. Retiró el cuchillo de la pared y lo colocó sobre la encimera de la cocina—. Alguien me ha robado.

—¿Que te han robado? ¿Cuánto? —le pregunté mirándolo con atención.

Arturo tenía el cuerpo en tensión, la expresión dura y la mirada ensombrecida. Estaba algo más que enfadado. Estaba furioso.

—Más de cincuenta mil dólares.

Lancé un suspiro ahogado.

—Mierda. ¿Se te ocurre quién puede haber sido?

—Hay dos hombres responsables de gestionar el efectivo en nuestras casas de entrega. Marco y Diego. Marco es demasiado cobarde para hacer algo contra la familia, aunque eso no significa que no esté involucrado de alguna forma. Fácilmente le podría haber dado la información necesaria a otra persona para que se llevara el dinero.

—¿Y el otro tío? ¿Diego?

Apretó los labios.

—Ha desaparecido. He enviado a Vin a buscarlo, pero hasta ahora no ha habido suerte.

Asentí.

—Tienes que volver, averiguarlo y descubrir quién se ha llevado tu dinero. Algo así es perjudicial para organizaciones como las nuestras. Si se propaga el rumor, la gente pensará que no pasa nada si te roban. Si te cabrean.

—Ya lo sé. —Me acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Quería quedarme un poco más. Poder conocerte un poco mejor.

Cuando tuvo los dedos cerca de mi boca, se los pincé suavemente entre los labios.

—Habrá mucho tiempo para eso.

15

ILLAYANA VOLKOVA



Estaba viendo *The Witcher* en la sala de estar cuando un alboroto tremendo en la puerta de entrada me hizo fruncir el ceño y apagar la tele. Me llegó el ruido de varias voces y enseguida reconocí una de ellas, aguda y chillona.

Tatiana.

—¡Muévete, Lukyan! —gritó.

Entorné los ojos. Solo ella podía tener el atrevimiento de darle órdenes a alguien con la estatura de mi hermano.

Mi amiga dobló la esquina y entró en el salón con un aspecto tan majestuoso como siempre, con su elegante vestido verde y unas sandalias doradas de estilo romano con unas cintas que le llegaban hasta las pantorrillas. Lukyan apareció unos segundos después,

protestando en voz alta y con las manos tan llenas de archivadores que casi no veía hacia dónde se dirigía.

—¡Ah, ahí está! ¡La futura novia! —exclamó Tatiana, emocionada y dando palmas.

Me levanté y le di un abrazo. Me quedé mirando los archivadores.

—¿Qué es todo esto?

—Esto, mi querida mejor amiga, ¡son los planes para tu boda! —Chasqueó los dedos varias veces seguidas—. Vamos, Lukyan, acércate —ordenó, y señaló el sofá, aunque él seguía casi sin ver adónde iba.

Él refunfuñó y soltó los archivadores, que cayeron al suelo, a sus pies.

Tatiana profirió un suspiro ahogado.

—¿¡Qué haces?! —le preguntó chillando, y se agachó de rodillas para reorganizarlo todo.

—No soy tu puto esclavo —protestó Lukyan—. Y no pienso hacer nada que contribuya a esta boda. Es una mala idea.

Puse los ojos en blanco, empecé a ayudar a Tatiana a recoger y dejé los archivadores encima del sofá.

—Tienes que superarlo. Voy a casarme con Arturo, te guste o no. Tendrás que aceptarlo.

—Está bien, pero luego no vengas llorando cuando te engañe con alguna zorra alta y delgada de la *famiglia*. Porque ya sabes que lo hará.

Se largó dando grandes zancadas.

—¡Oh, Dios mío! ¿Existe esa posibilidad? —preguntó Tatiana, agarrando como podía el resto de los archivadores y acercándose al sofá para tomar asiento.

—No si quiere seguir vivo —respondí totalmente en serio.

Mataría a ese puto cabrón si me hacía algo así.

Tatiana rio.

—Por supuesto. No se me olvida con quién estoy hablando. —Sacudió la cabeza—. ¡Está bien! ¡Vamos a planificar!

Emití un quejido y me dejé caer en el sofá junto a ella.

—Ya te dije que no quería participar en la planificación de ninguna manera. A mí me va bien casarme en el ayuntamiento o hacer una mierda por el estilo.

—De ningún modo vas a casarte en el ayuntamiento. Por encima de mi cadáver. Venga, necesito que tomes algunas decisiones.

Lancé un sonoro suspiro y me preparé para lo peor que me había pasado en la vida. Las «decisiones» que mi amiga necesitaba que tomara eran tan insignificantes que ni siquiera podía fingir interés. Cada vez que Tati me daba opciones para elegir algo —las flores, los manteles o la cubertería—, lo escogía de forma aleatoria, porque no me importaba una puta mierda. Todo eso me daba dolor de cabeza y, cuando llevábamos dos horas, ni siquiera podía disimularlo.

Negué con la cabeza, cerré de golpe el archivador con combinaciones de distintos colores y emití un gruñido.

—¡Ya estoy harta! No puedo más. ¡Por el amor de Dios! ¡Por favor, ya no puedo más!

Tatiana suspiró y me quitó el archivador.

—Para ser sincera, me sorprende que hayas aguantado tanto. Esperaba que tirases la toalla a los diez minutos. —Colocó todos los archivadores a un lado y los apiló uno encima de otro—. Al menos has llegado a escoger algunas cosas. Mejor eso que nada.

Sí, eso era cierto.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres algo de comer?

—Claro que sí, joder.

Nos levantamos y fuimos a la cocina. Flora y un par de empleadas del servicio estaban preparando la comida, cortando ingredientes y metiéndolos en ollas enormes sobre los fogones.

—¿Qué puedo hacer por vosotras, chicas? —preguntó Flora al tiempo que echaba un puñado de cebollas en una olla con agua hirviendo.

—¿Tienes algo para picar? —pregunté, y me incliné sobre la encimera de la cocina.

Frunció los labios.

—Te quedarás sin hambre para la comida.

—Es para T —dije, e hice un gesto con la cabeza para señalar a mi mejor amiga.

—Queda algo de pizza de anoche en la nevera, pero creo que es de tu hermano.

—¿De qué hermano?

Si era de Aleksandr, no iba ni a tocarla. Perdería la puta cabeza si alguien se comía su pizza. Era un hijo de puta muy territorial en lo relativo a la comida, igualito que yo.

—Nikolai —respondió Flora.

—¡Ah, guay! —Tatiana abrió la nevera y sacó la caja de pizza, la abrió y cogió una porción—. No importa si me la como.

Le pegó un mordisco y gimió de placer.

—Dame un cachito —susurré, y me pasó un trozo bien generoso cargado de pollo y queso.

—¡Illayana! —gritó Flora, disgustada.

Me reí y salí corriendo de la cocina, con Tatiana pegada a mis

talones. Volvimos al salón, pusimos los pies en alto, nos recostamos y disfrutamos de la pizza.

—Bueno, ¿qué haces con tu vida últimamente? —pregunté al tiempo que le daba un buen mordisco a mi porción.

Ella se encogió de hombros.

—Nada, en realidad. Mi padre me tiene atada en corto. No quiere que vaya a la universidad el año que viene.

—¿Por qué no?

—Le preocupa mi seguridad. —Puso los ojos en blanco—. No entiende que no puedo seguir con el culo pegado a la silla sin hacer nada. Ya lo he pospuesto unos años porque él no estaba cómodo con la idea de que me fuera de casa. Quiero hacer algo con mi vida. Estudiar, viajar, lo que sea. Ahora mismo, lo más emocionante que me está pasando es tu boda. ¿Verdad que es deprimente?

Miré a mi mejor amiga y la tristeza que afloró un instante en su expresión me encogió el corazón. Tatiana podía estar un poco loca, pero era la persona más dulce del mundo. No había nada que no fuera capaz de hacer por las personas a las que apreciaba, por las personas a las que quería. Siempre era la primera en consolarme si pasaba algo, con una botella de vodka en una mano y un porro en la otra, lista para ayudarme a ahogar las penas.

—¿Tu padre querría llegar a algún acuerdo?

De pronto su mirada se llenó de esperanza.

—¿A un acuerdo de qué tipo?

—En lugar de ir a la universidad, ¿qué te parecería matricularte en algún curso online? Hoy en día puedes estudiar una gran variedad de temas desde la comodidad de tu casa, y solo tienes que asistir al campus un par de días a la semana.

Se mordió el labio inferior.

—Puede que sí… Vale la pena intentarlo.

Asentí.

—Tú inténtalo. Si sigue reaccionando en plan capullo, dímelo y ya me encargaré yo.

—Oh, oh… No me gusta cómo ha sonado eso. ¿Que te encargarás cómo?

Le guiñé un ojo.

—Déjamelo a mí.

La puerta principal se abrió y se cerró de golpe, y nos sobresaltamos. Nikolai entró en el vestíbulo dando grandes zancadas y se asomó para mirar en el interior del salón. Se quedó de piedra cuando nos vio.

—¿De quién es esa pizza? —preguntó con su tono de barítono, lo bastante agudo como para romper una copa.

Tatiana cogió una porción, posó la lengua sobre la masa horneada y mordió con fuerza para arrancar un trozo.

—No estoy segura. La he encontrado en la nevera —dijo esbozando una sonrisa burlona.

A mi hermano se le notaba la agresividad; tenía los puños cerrados y apretados a ambos lados del cuerpo y la mandíbula tensa.

—Era mía.

Mi amiga se encogió de hombros y dio otro mordisco.

—Ahora es mía.

Nikolai lanzó un gruñido y dio un paso amenazador para entrar en el salón.

«Joder».

Mi hermano cabreado era algo muy malo. Costaba mucho sacarlo de quicio. De los tres hermanos, él era el que siempre estaba tranquilo y centrado. Pero, si Tatiana entraba en la ecuación, todo eso se iba a la mierda.

Me levanté de un salto y me coloqué delante de él para palmearle el pecho.

—Oye, Nik, Flora está preparando la comida. Carbonara, tu plato favorito. ¿Por qué no vas a ver si ha terminado? —sugerí intentando distraerlo de mi estúpida mejor amiga, que insistía en provocarlo.

Lo dudó durante unos segundos y luego lanzó una mirada asesina a Tatiana antes de marcharse dando grandes zancadas hacia la cocina.

Exhalé y me volví hacia Tati.

—¿Sabes? Uno de estos días te matará.

—Que lo intente —se limitó a decir ella sonriendo.

Los dos días siguientes pasaron volando sin que me diera cuenta. Mi tiempo se dividía entre tratar de mantener a raya a Tatiana e intentar ayudar a mi padre a gestionar el negocio. La alocada insistencia de mi amiga en planificar la boda —cuando yo había dejado perfectamente claro que no quería tener nada que ver con eso— me alteraba tanto que descargaba todas mis frustraciones con las personas que mi padre me mandaba a ver.

Los Devil's Sons, una pandilla motera local con la que habíamos trabajado durante años, decidieron descontar tres mil dólares en su último pago por un cajón de pistolas que les proporcionamos, bien porque pensaron que éramos tan idiotas que no nos daríamos cuenta, bien porque creían que ya eran lo suficientemente importantes para salirse con la suya.

Pero no lo eran.

Mi padre me proporcionó veinte hombres y me dio permiso para gestionar el tema como a mí me pareciera. Escogí entrar directamente en uno de sus clubes, vestida con mi mejor traje negro y con mis Louboutin con tacón de diez centímetros, y darle una buena bofetada en toda la cara a su presidente. Antes de que se le pasara el susto, mis hombres lo tiraron al suelo y lo inmovilizaron mientras yo me colocaba encima de él clavándole el tacón en la sien y apuntándole con mi pistola justo entre los ojos.

Arriesgado, ya lo sé, teniendo en cuenta que estábamos en su territorio, pero cuando estás en lo más alto de la cadena alimenticia, no puedes permitirte mostrar ni la más mínima debilidad.

Al preguntarle al presidente por qué nos habían pagado menos, me dijo que podía recuperar el dinero si le chupaba la polla. En vez de eso, le disparé en la cara. Entonces se abrieron las puertas del infierno. Sus conejitas —así era como llamaban a las mujeres que pertenecían al club— se pusieron a chillar y a gritar, y salieron corriendo de la sala. Los demás miembros de la banda de moteros estaban dispuestos a atacarnos, hasta que se dieron cuenta de quiénes éramos. Su vicepresidente, que fue ascendido a presidente en cuanto yo apreté el gatillo, se disculpó en nombre del club y me devolvió el dinero que faltaba más los intereses por las molestias.

La Bratva debía ser implacable a la hora de gestionar sus negocios. No podíamos permitirnos menos.

Luego hubo un pequeño capullo que pensó que sería buena idea intentar violar a una de nuestras chicas del Strip. Me lo pasé de maravilla ocupándome de ese. Le corté la polla de raíz y se la metí en la boca hasta que le llegó a la garganta.

Además de toda esa mierda, estaban ultimándose los planes para que los De Luca recibieran el envío de armas para la fecha de nuestra boda. Los MP5 y los M60 eran fáciles. Básicamente, teníamos un suministro infinito de esos modelos. Los que resultaban un poco más difíciles de conseguir eran los subfusiles canadienses, los DAR-701-4.

Se diseñaron cajones enormes de madera para almacenar y transportar todas las armas, cada uno con un falso fondo para ocultar los cargamentos. Como íbamos a casarnos en la finca de mi padre, se convino que las armas viajarían con nosotros cuando Arturo y yo volásemos a la ciudad de Nueva York después de la boda. A bordo de nuestro *jet* privado, jamás encontrarían las armas. Aunque registraran la nave, jamás podrían encontrar los compartimentos ocultos en todo el avión.

Además de estar lidiando con todo eso, Tatiana seguía presente, intentando obligarme a escoger el mobiliario, el menú o alguna otra cosa para la boda totalmente superficial para mí. Tenía demasiados asuntos que gestionar en solo un par de días.

No podría volver a ver a Arturo hasta la ceremonia, lo que resultaba decepcionante, pero lo entendía. Estaba solucionando sus propios problemas en la *famiglia* y estos requerían su atención absoluta.

Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, ¡pam!, ya era el día de la boda.

Me desperté a primera hora del sábado y encontré a Tatiana y todo un equipo de estilistas esperando a los pies de mi cama. Tuve que contenerme para no empezar a lanzarles objetos, porque, de

buena mañana, sus rostros luminosos y alegres me pusieron de mal humor.

—¡Feliz día de tu boda, zorra! —gritó Tatiana con la cara maquillada a la perfección y el pelo impecable—. ¡Ay! ¡Estoy tan emocionada! Vamos. ¡Levanta! ¡Levanta!

Me sacó de la cama tirándome de un brazo y tropecé, porque todavía estaba medio dormida.

Tati me llevó a mi baño en suite y me empujó para que entrara.

—Tienes diez minutos. Vamos justas de tiempo.

Luego me cerró la puerta de golpe.

Negué con la cabeza, me desnudé y entré de un salto en la ducha. Los nervios me invadían mientras me lavaba el pelo y me enjabonaba la piel. Estaba más que nerviosa, además de estar hecha un puto desastre. Me parecía como si Arturo y yo nos hubiéramos conocido el día anterior, ¡y estaba a punto de casarme con él! Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa.

Yo sabía que los matrimonios concertados eran algo común en la Cosa Nostra, pero ¿en la Bratva? No tanto. No a menos que fuera un matrimonio que ayudara de forma significativa a los implicados. Intenté no pensar mucho en lo poco que nos conocíamos todavía. Las cosas que sí sabía me hacían sentir emocionada ante la perspectiva de ser su esposa, así que me concentré en ellas.

En cuanto terminé de ducharme, me sequé y me puse la bonita bata de seda que Tatiana había dejado allí para mí. Sobre la encimera del lavabo había un vaso de vodka y le di las gracias a mi mejor amiga moviendo los labios, pero sin decirlo en voz alta. Me lo bebí de golpe como si fuera un chupito, me deleité con la sensación de ardor que descendía por mi garganta y salí del baño.

Tatiana se acercó a mí, me agarró por el brazo y me guio hasta un asiento en el centro de la habitación, situado frente a un espejo enorme con numerosas luces adheridas al marco. Me obligó a sentarme y chascó los dedos en dirección al ejército de mujeres que se encontraba tras ella.

—Muy bien, arreglad esto —dijo Tati, y describió un círculo alrededor de mi pelo—. Y esto. —Me señaló la cara y luego se alejó y me dejó a merced de aquellas mujeres desconocidas que me toqueteaban y me palpaban el cuerpo.

—¿Mmm… T?

Hice una mueca mientras me peinaban el pelo de forma bastante enérgica.

—¿Qué pasa, nena? —me contestó pasando una plancha manual de vapor por los vestidos de las damas de honor, totalmente ajena al dolor que estaba sufriendo yo.

—¿Puedo desayunar antes?

Resopló, como si yo hubiera soltado una blasfemia.

—¿Y arriesgarme a que estés hinchada para el vestido de novia? Desde luego que no. —Tatiana se alejó, cogió su bolso, que estaba sobre la cama, lo abrió y sacó una bolsa de cacahuetes—. Cómete esto.

—Mmm… qué rico —mascullé con sarcasmo.

—Oye, si no los quieres…

Alargó la mano para quitármelos y me pegué la bolsa de frutos secos al pecho.

—Yo no he dicho eso.

Ella rio y volvió a planchar los vestidos.

—Vale, tenemos que repasar un par de cosas antes de bajar.

—¿Como qué? —pregunté mientras masticaba los cacahuetes crujientes. Estaban muy sabrosos.

—Bueno, primero, tengo que advertirte que no he tenido ningún control sobre la lista de invitados. Tu padre se ha encargado de eso.

—¿Vale? —Fruncí el ceño—. ¿Y por qué me adviertes sobre eso?

—Porque he visto que han invitado a Rayna.

Esbocé una mueca de desprecio; el mero hecho de escuchar el nombre de la zorra de mi prima me ponía los pelos de punta. Rayna y yo habíamos estado muy unidas de pequeñas, hasta que sus celos se interpusieron entre nosotras. Ella no podía soportar el hecho de que yo fuera más importante. Que ocupara un escalafón más alto en la jerarquía social. Que *mi* padre fuera el *pakhan* y no el suyo. Con el paso de los años, sus celos se fueron agravando, transformándose en sentimientos de odio hasta que, finalmente, un día, decidió actuar en consecuencia.

Para intentar ser más que yo, convenció a un exnovio mío para que me engañara. No voy a mentir, las actos de mi prima me dolieron mucho y me enfadé un poco…, vale, me cabreé muchísimo, pero nunca lo dejé entrever. Jamás le permití ver lo mucho que me había afectado, lo cual, a su vez, la cabreó más.

Ella era superficial, la clase de persona a la que le importaban más las posesiones materiales que las personas de su vida. Rayna publicaba hasta la nimiedad más grande en las redes sociales, fingiendo que vivía una existencia de lujo y glamur, cuando en realidad era una zorra básica con una vida inventada. Llegó al extremo de que tuve que bloquearla en Instagram y en TikTok porque no podía soportar ver todas sus mierdas falsas.

—Estás de puta coña —dije mirando a mi mejor amiga con

escepticismo.

—Intenté explicarle a tu hermano que Rayna y tú no os lleváis bien, pero me dijeron que tu prima y tu tío tenían que estar invitados. Y que era innegociable.

—Me cago en la puta —bisbiseé—. Ya sabes que le va a tirar la caña a Arturo. La muy zorra no puede evitarlo.

—No te preocupes por eso. Yo me encargaré de ella, ¿vale?

Cerré los ojos e inspiré con fuerza. No me cabía duda de que Tati podía encargarse de mi prima, pero…

—Tú no hagas nada muy loco. Mi tío no es el tipo de hombre al que convenga cabrear.

—Oh, ya lo sé —dijo ella, y me lanzó una mirada seria.

—Has dicho que había un par de cosas que debíamos repasar. ¿Qué más hay?

Eran cosas sin importancia, como el hecho de que la florista había entregado las flores equivocadas y que no había opción vegetariana ni vegana para los invitados que no comían carne. Pasado un rato, ya habíamos comentado los últimos detalles y había llegado la hora de enfundarme el vestido de novia.

Me quedé mirando mi imagen en el espejo, asombrada. No podía creer la transformación que habían conseguido aquellas mujeres. Casi ni me reconocía a mí misma. Se habían pasado las últimas horas encargándose al detalle de cada centímetro de mi piel, disimulando todos los defectos que encontraron. Invirtieron una cantidad desorbitada de tiempo en mi peinado y maquillaje, más del que creo haber dedicado a cualquiera de las dos cosas en toda mi vida. Tenía que reconocer que habían hecho un trabajo maravilloso.

Me dejaron la larga melena negra suelta para que me cayera por la espalda, con un par de mechones trenzados por detrás para que no me molestaran. Me habían aplicado varias capas de maquillaje en la cara, desde la base y el colorete hasta la raya de los ojos, el rímel y mi característico lápiz de labios rojo. Lo llevaba todo, y me daba un aspecto de mujer con clase. No parecía una puta barata; supongo que eso es lo máximo a lo que puede aspirar una chica el día de su boda, ¿verdad? A eso y a que no la dejen plantada.

Mi vestido de novia —bueno, el vestido de novia de mi madre— me sentaba de maravilla. Las mangas me llegaban hasta las muñecas y estaban hechas del encaje más suave que jamás había tocado. El corpiño tenía un diseño muy elaborado que se me ceñía al cuerpo a la perfección, realzando todas mis curvas de forma discreta. La espalda descubierta le daba al vestido el toque perfecto para una novia que, como yo, quería destacar. La cola solo medía tres metros que colgaban por detrás de mí y estaba hecha del mismo encaje que cubría la mayor parte del vestido.

Era precioso en su conjunto. Más bonito de lo que había imaginado en un principio. Mis tacones blancos solo tenían un par de centímetros de altura, lo que me hacía medir poco más de un metro noventa.

«Gracias al puto diablo que Arturo es un cabrón bien alto».

Tatiana se sorbió los mocos y se secó una lágrima que le caía por la mejilla.

—Oh, Dios mío. Estás guapísima —exclamó, y me dio un abrazo.

Sonreí y correspondí el gesto.

—Gracias por todo lo que has hecho, T. Habría estado totalmente perdida sin ti.

—Oh, ya lo sé. —Rio entre dientes y rompió el abrazo. Se sacudió la ropa y me dedicó una sonrisa vivaracha y radiante—. Vale, voy a asegurarme de que todo esté en orden allí abajo. Intenta no entrar en pánico.

—Yo no entro en pánico.

Rio con suficiencia.

—Por supuesto que no. Nos vemos ahí fuera.

Tati abrió la puerta y se marchó.

Durante un instante, me quedé sola sin otra compañía que mis caóticos pensamientos.

«Hostia puta, voy a casarme».

Se me disparó la ansiedad. Me empezaron a sudar las palmas de las manos. El corazón me latía tan fuerte que podía oír el bombeo de la sangre en mis oídos.

«No puedo creer que vaya a casarme. ¡Yo! Es una puta locura. Estoy loca. ¿Quién se casa con un hombre al que acaba de conocer? ¡Oh… yo! Una mujer loca. No creo que pueda hacerlo. ¿Puedo hacerlo? No. ¡Sí! Sí que puedo. Soy Illayana Rae Volkova, hija de Dimitri Volkov, el Carnicero de la Bratva y *pakhan* de toda la puta Bratva estadounidense. Puedo hacer cualquier cosa que se me ocurra, ¿verdad?».

Mierda. Estaba entrando en pánico.

El ruido que hizo alguien al llamar a la puerta de mi dormitorio me sacó de mis cavilaciones.

—¿Illayana? *Sestra?* —La voz de Lukyan tenía un tono firme aunque sereno cuando abrió la puerta y entró.

Vestía un esmoquin negro hecho a medida; los pantalones de

vestir y la chaqueta le sentaban como un guante. Llevaba el pelo negro y largo recogido pulcramente en un moño bajo.

—¿Estás bien? —me preguntó frunciendo el ceño mientras se encaminaba hacia mí.

Capté la preocupación en su rostro y, sin embargo, no me atreví a reconocerlo.

—¿Y si estoy cometiendo un terrible error, Lukyan? ¿Y si no puedo hacer esto?

Bajé la vista para mirarme las manos y solo entonces me di cuenta de que temblaban. Tenía el cuerpo hecho un amasijo de nervios y no lograba recordar ningún otro momento en mi vida en que me hubiera sentido tan… asustada. Y no me gustaba.

Mi hermano me dedicó una mirada sincera y me sujetó las manos temblorosas para llevárselas al pecho.

—*Sestra*, respira. Puedes hacerlo. No hay nada en este mundo que no puedas hacer. La cuestión no es si *puedes* hacerlo, es si *quieres* hacerlo.

Cerré los ojos e inspiré con fuerza, y me relajé sabiendo que él estaba presente. Reabrí los ojos y vi que mi hermano estaba mirándome con intensidad.

—Sí quiero. Solo que estoy nerviosa. No solo voy a casarme con un hombre al que conocí la semana pasada, sino que estoy metiendo en cajas toda mi vida para mudarme a cientos de kilómetros de distancia de la única familia que he tenido. Todo esto es… sobrecogedor.

Suspiré.

Lukyan asintió con la cabeza y me dedicó una sonrisa triste.

—Ya lo sé. Pero te puedes consolar pensando algo.

—¿El qué?

Su mirada se iluminó por la emoción y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Que no te vas sola.

Me volví para mirarlo directamente al tiempo que afloraba una sonrisa en mi rostro, mientras asimilaba lo que acababa de decir.

—¿Te vienes conmigo?

Rio con suficiencia.

—Por supuesto que sí. ¿En serio creías que iba a dejar que te marcharas sin mí?

—Pero ¿y padre? ¿La Bratva?

—Estarán perfectamente bien sin mí —dijo, con la sonrisa aún en la cara.

La puerta de mi habitación se abrió de nuevo. Esta vez, entraron Aleksandr y Nikolai. Iban vestidos con esmóquines parecidos al de Lukyan, con la única diferencia del color. El de Aleksandr era azul oscuro con una pajarita negra. El de Nikolai era gris claro. Había decidido no llevar la pajarita y optar por dejarse el cuello abierto. Ambos me miraron y esbozaron una amplia sonrisa, lo cual me ayudó a relajar un poco los nervios.

Aleksandr fue el que se acercó primero, alargó los brazos hacia mí y me dio un fuerte abrazo.

—Estás preciosa, hermanita —me susurró con la boca pegada a mi pelo.

Apoyé la cabeza contra su pecho e inspiré su reconfortante aroma. Nikolai y Lukyan también se acercaron para abrazarme, y los tres me envolvieron en un gran abrazo grupal de oso.

—Gracias. A todos.

Levanté la cabeza y miré a mis tres hermanos mayores. De verdad que no existe un lazo familiar más fuerte que el que une a los hermanos. Los hermanos son un regalo del corazón, amigos de espíritu y protectores.

—¿Estás lista? —me preguntó Nikolai mientras yo retrocedía para mirarme en el espejo una vez más.

Sonreí intentando relajar los nervios que todavía sentía por todo el cuerpo.

—Más lista de lo que estaré jamás.

Aleksandr y Nikolai me ofrecieron cada uno un brazo, y yo los agarré a ambos y dejé que me sacaran de la habitación con Lukyan pisándonos los talones.

Una variedad de hermosos pétalos de flores de distintos colores alfombraba el suelo que pisaba mientras bajaba las escaleras. Al pasar vimos un despliegue de arreglos florales que decoraba la casa. En la planta baja no había ni un alma aparte de nosotros.

Con cada paso que daba, sentía que volvían los nervios, sentía que el cuerpo empezaba a temblarme y el sudor empezaba a caerme por la espalda.

«Relájate, respira. Vas a estar bien».

Entramos en la cocina y nos encontramos a mi padre de pie, erguido y orgulloso, junto a la puerta de cristal de doble hoja que daba al patio exterior. Una gran cortina negra cubría a lo largo y ancho la puerta, lo cual impedía ver el exterior.

Mi padre me miró de golpe cuando entré y, por un instante, se quedó de piedra. Durante un segundo aterrador, temí que estuviera enfadado porque yo hubiera escogido ponerme el vestido de mi

madre. Pero cuando se acercó hacia mí, percibí la emoción en su mirada; era algo que siempre intentaba ocultar a toda costa.

Se le escapó una única lágrima y le cayó por la mejilla en el momento en que se plantó delante de mí. Levantó una mano y, con dulzura, me colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Te pareces muchísimo a tu madre —susurró, y la tristeza empañó su fuerte acento ruso.

Sonreí, intenté hablar, pero solo pude emitir un gemido.

—Ojalá estuviera aquí.

Le temblaba la barbilla ligeramente y los ojos se le humedecieron cuando me miró.

—A mí también me gustaría.

Inspiró con fuerza y cerró los ojos. Durante un instante, todos permanecimos en silencio en recuerdo de la maravillosa mujer que había influido en todos nosotros.

Pasados unos segundos, mi padre retrocedió y carraspeó.

—Allá vamos. ¿Estás lista, *moja doch*? —«Hija mía», dijo en ruso, me ofreció el brazo y yo me sujeté a él, sonriendo.

—Lista.

Aleksandr y Nikolai se dirigieron al unísono hacia las puertas correderas de cristal. Cuando Aleksandr se dispuso a agarrar el pomo, sus ojos azul hielo se posaron en mí en busca de una última confirmación. Asentí.

Al mismo tiempo, abrió la puerta y descorrió la cortina, con lo que dejó al descubierto nuestro espacioso patio exterior, repleto de gente. Intenté ignorarlos a todos y fijé la mirada en la apuesta figura que se encontraba al final del pasillo. Estaba de pie bajo un alto arco floral, con Vincenzo a su lado.

El tema decorativo de la boda era, sin duda, floral. Flores de todas clases decoraban cada mueble a la vista. El suelo estaba cubierto con pétalos de rosas de todos los colores. La belleza de la escena me dejó sin aliento, aunque no fuera precisamente una gran amante de las plantas. Tatiana había hecho un trabajo increíble. No era de extrañar que insistiera tanto en que escogiera las puñeteras flores.

Habían creado un pasillo improvisado que llevaba directamente al punto donde se encontraba Arturo, con unas preciosas sillas blancas colocadas a ambos lados, cada una de ellas ocupada por algún miembro de nuestras respectivas familias. Vi de reojo a los gemelos, vestidos con elegantes trajes negros, y a Lorenzo en el lado destinado a los invitados del novio. Christian y Luca me miraron levantando el pulgar, mientras que Lorenzo me sonrió para que me sintiera segura.

Mi padre me sujetó con fuerza del brazo y empezó a llevarme por el pasillo.

A medida que nos acercábamos, me fijé en el aspecto de Arturo.

«Por el amor de Dios, ¡¿cómo puede ser tan guapo?!».

Llevaba un impresionante traje de color rojo oscuro de Brioni con una corbata negra. Estaba confeccionado a medida y le sentaba como un guante, pues acentuaba esos músculos ganados a fuerza de ejercitarse y sus anchas espaldas. Llevaba el pelo negro corto y con un estilo impecable. Cuando nuestras miradas se cruzaron, esbozó esa sonrisa suya maliciosa y sexy que me aflojaba las rodillas. Sus preciosos ojos brillaron; su ojo verde esmeralda y el azul eléctrico eran como dos imanes. No podría haber apartado la mirada de ellos ni aunque hubiera querido.

El corazón me latía a un millón de pulsaciones por minuto. Si mi padre no hubiera estado sujetándome por el brazo, ya me habrían cedido las piernas.

Estaba buenísimo, joder. Los bordes de sus tatuajes le asomaban por debajo del traje, lo cual le daba ese aire de chico malo y peligroso que me mojaba entera. ¿Qué no habría dado yo por arrancarle el traje y follármelo allí mismo? Resultó que estar cachonda me ayudaba a calmar los nervios. ¿Quién lo habría imaginado?

Arturo alargó una mano, con la palma hacia arriba y sin dejar de mirarme a los ojos. Mi padre se inclinó y me besó en la mejilla antes de colocar mi mano sobre la de Arturo y retroceder un paso. Tensó un poco la mandíbula, de forma tan sutil que casi no me percaté. Intenté sonreír para tranquilizarlo.

Las cálidas manos de Arturo se entrelazaron con las mías cuando me acercó hacia sí y nos volvimos hacia el sacerdote, situado bajo el arco floral.

Se inclinó y me susurró en la oreja con su voz grave y seductora, que me provocó un escalofrío en la espalda: *Ora sei mia*.

«Ahora eres mía».

16

ARTURO DE LUCA



¿Sabes? Todavía no es demasiado tarde para largarse. Puedes subirte a un avión, viajar a Costa Rica o a algún otro lugar de mierda. He oído que el matrimonio es para morirse del asco.

Puse los ojos en blanco y me volví para mirar a mi hermano pequeño, que estaba junto a mí debajo del arco floral. Para ser sincero, no era de mi agrado. Para nada. Pero, como futuro marido, no era asunto mío hacer comentario alguno sobre la decoración. No. Mi única obligación era presentarme con puntualidad, vestido de forma apropiada y listo para comprometerme en mente, cuerpo y alma, todo según Alessandro, en cualquier caso.

—Ambos sabemos que, si alguien va a acabar matándome, ese serás tú.

Los ojos verdes de Vin se iluminaron divertidos mientras él

sacudía la cabeza y reía.

—Eso es verdad.

Llevaba un traje de tres piezas de color verde oscuro que combinaba a la perfección con sus ojos, a juego con una corbata de un verde aún más claro. A Vin siempre le había encantado resaltar esa parte de su rostro. Estaba firmemente convencido de que eran su mejor atributo.

Una de las damas de honor de Illayana, que además resultaba ser su mejor amiga, llevaba un vestido de tirantes del mismo tono de verde que el traje de Vin. La chica se situó a nuestra izquierda, con las manos colocadas por delante del cuerpo y una mezcla de emoción y nerviosismo en el rostro. Había cruzado unas pocas palabras con ella al dirigirme hacia el arco. Estaba decidida a regalarle a su amiga una boda elegante y preciosa, aunque Illayana no estuviera especialmente interesada en ella. Parecía agradable y, por la forma en que daba órdenes a todas las personas que tenía a su alrededor, poseía un espíritu feroz que, por lo visto, era propio de muchas mujeres de la Bratva.

Vin, sin duda, quería llevársela al huerto. Conocía a mi hermano. Conocía todos sus gestos. Si la sonrisa de suficiencia que lucía era alguna señal, iba a intentar algo. Aunque no estaba muy seguro de si ella estaba interesada. La pillé varias veces mirando a Nikolai y desviando la mirada antes de que él se diera cuenta. Resultaba… interesante.

Miré hacia delante y tomé nota del lugar en que me encontraba. La mansión de los Volkov era gigantesca, lo cual nos proporcionaba espacio más que suficiente para celebrar la boda allí con comodidad. El patio estaba repleto de personas. A algunas las conocía, a otras

no. La mayoría de ellas, si no todas, tenían algún tipo de vínculo con la mafia.

Mi madre y mi padre estaban sentados en primera fila, hablando entre ellos, mientras mi hermano pequeño, Lucian, y mi hermana pequeña, Theodora, se perseguían por el jardín. No pude evitar sonreír al verlos agacharse y esquivar a los invitados, cada uno intentando pillar al otro.

La verdad era que los envidiaba. Volver a ser tan joven, tan despreocupado, sin ningún problema en la vida. Echaba de menos esa sensación. Lucian pronto tendría edad suficiente como para adquirir más responsabilidades y empezaría su transición a la *famiglia*, y esa sensación empezaría a desvanecerse poco a poco para él. De haber dependido solo de Alessandro, mi hermano ya estaría metido en todo el meollo, como Vin y yo a su edad. Pero mi madre dejó muy claro que quería proporcionarle algo parecido a una infancia.

Lucian llegó dando saltos hasta donde yo estaba y empezó a correr en círculos a mi alrededor, con Theodora a la zaga. Estaba adorable con su trajecito negro y su cortaba, aunque ya se hubiera ensuciado.

—¡Devuélvemelo, Lucian! —chilló Theodora, con la carita arrugada por el enfado.

Ya llevaba el vestido rosa cubierto de manchas de hierba y el pelo castaño oscuro alborotado y lleno de polvo y ramitas. A mi madre iba a darle un ataque de nervios en cuanto viera en qué estado se encontraba.

—¡No! Quiero dárselo a ella —respondió Lucian, jadeante, asegurándose de que yo estuviera entre Theo y él.

Mi hermanita corrió a rodearme, decidida a echarle el guante, pero yo me acuclillé y la sujeté por los hombros ligeramente para que se quedara quieta.

—Lucian —dije con firmeza, y chasqué los dedos.

Asomó la cabeza por mi lado derecho, con las manitas agarrándose a mis hombros para apoyarse. Le señalé el lugar junto a Theo. Agachó la cabeza y se colocó al lado de ella arrastrando los pies. Oí a Vin reír por detrás de mí, pero lo ignoré por el momento.

—¿Qué está pasando? —les pregunté mirándolos a ambos.

Theodora me miró con sus vivarachos ojos verdes y señaló a Lucian con gesto acusatorio.

—¡Ha robado el regalo de nuestra nueva hermana mayor y no quiere devolvérmelo!

—¡Mentirosa! —gritó Lucian, y dio un taconazo con su piececito —. Te lo has dejado encima de la silla. Yo no lo he robado.

—Sí, sí que lo has robado. Mamá ha dicho que se lo diera yo.

—Es que yo quiero. ¿Por qué te toca hacerlo a ti?

—¡Porque mamá lo ha dicho! —gritó ella.

—¡Ya está bien! —ordené de golpe. Levanté la mano abierta con la palma hacia arriba—. Dámelo, Lucian.

Dejó caer los hombros y se quedó cabizbajo mientras metía la mano en la pequeña americana de su traje para luego pasarme una cajita de color púrpura.

«Mmm… me pregunto qué será».

Se la quité de la manita que la sujetaba con fuerza y se la di a Theo.

—Vete corriendo.

Ella me sonrió de oreja a oreja, con una sonrisa más radiante

todavía cuando se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla.

¡Qué pillina!

Salió corriendo y fue a sentarse con nuestros padres.

Lucian se volvió con la intención de escabullirse, pero le coloqué una mano sobre un hombro para detenerlo. Me agaché y me saqué un pequeño cuchillo de la funda del tobillo. El cuchillo de Illayana. Había pensado devolvérselo, así que ¿por qué no dárselo a Lucian para que él se lo entregara como regalo?

—Puedes regalarle esto, ¿vale?

Miró el cuchillo en mi mano con sus ojos azules un breve instante antes de alargar su mano y cogerlo. Envolvió la empuñadura con sus deditos y levantó el arma en el aire.

—¿Crees que le gustará? —preguntó con nerviosismo.

Sonreí.

—Sé que le gustará. Pero es un arma peligrosa, Lucian. ¿Y qué dice siempre padre sobre las armas?

Se enderezó más e hinchó el pecho.

—Que no son juguetes y que siempre hay que manejarlas con cuidado.

Asentí y le despeiné el pelo negro.

—Buen chico. Ahora vete corriendo a ponerte al lado de nuestra hermana. La ceremonia empezará dentro de nada.

Le di una palmadita en la espalda y lo impulsé hacia nuestros padres al tiempo que me incorporaba.

Vin estaba mirándome con intensidad.

—¿Qué? —solté de golpe al tiempo que me alisaba la corbata.

Permaneció callado unos segundos mientras seguía mirándome fijamente.

—Serías muy buen padre, ¿lo sabes? Algunas personas pensarían que darle un cuchillo a un niño de nueve años es una locura, pero yo no lo creo.

Me quedé de piedra mirándolo, impactado.

«¿A cuento de qué cojones ha venido eso?».

Antes de que pudiera responder, las puertas correderas se abrieron, descorrieron la cortina y por allí salió caminando Illayana del brazo de su padre.

Vin soltó un silbido cuando la vimos; la multitud permaneció en silencio y se puso en pie. La música empezó a sonar y ambos comenzaron a avanzar por el pasillo improvisado. Mis ojos devoraron cada centímetro de su cuerpo, desde sus piernas hasta su negra melena. Estaba hipnotizado.

«Joder. ¡Qué guapa es!».

La larga cabellera le caía flotando sobre los hombros y tenía un par de mechones trenzados de forma complicada. Sus ojos color mar brillaron al verme y yo fruncí los labios con la sonrisa maliciosa que sabía que a ella le encantaba. Se me iba cerrando el estómago con cada paso que daba, sentía que la emoción me recorría el cuerpo por la anticipación de todo lo que nos deparaba el futuro.

Lo que acababa de decirme Vin se me pasó por la cabeza cuando padre e hija se detuvieron a solo unos pasos de mí. Me pregunté qué pensaría ella del tema.

«Seguramente tendríamos que haber hablado de eso antes. Vaya».

Illayana sonrió cuando Dimitri colocó la mano de su hija sobre la mía. La noté cálida y firme cuando la conduje hasta el sacerdote. Me

acerqué a ella para susurrarle al oído y me encantó percibir que le temblaba el cuerpo al tenerme tan cerca.

«Es agradable saber que mi presencia te afecta tanto como la tuya a mí, *kotenok*».

—*Ora sei mia.*

Ahora eres mía.

La ceremonia en sí fue rápida y relativamente sencilla. Se dijo la misma mierda de siempre: «Tú, Arturo, ¿aceptas a Illayana como tu legítima esposa, para amarla y respetarla hasta que la muerte os separe?», y bla, bla, bla.

Pronunciamos nuestros votos en italiano y en ruso, recitándolos ambos de memoria, palabra por palabra. Después de intercambiarnos las alianzas, llegó la hora de besar a la novia. Me hizo falta todo el autocontrol posible para no echármela al hombro y llevarla a su dormitorio en cuanto sus labios rozaron los míos. Ese contacto fugaz resultó más embriagador que cualquier relación sexual que hubiera tenido en mi vida y mucho más. Sentí que la polla se me ponía dura a medida que la besaba con más intensidad, con su cuerpo presionado contra el mío. Gruñí de frustración y me aparté a regañadientes, dolorosamente consciente del hecho de que no estábamos solos.

La multitud se puso en pie y prorrumpió en ruidosas ovaciones y felicitaciones; quedamos envueltos por el ruido de los vítores.

Illayana miró a nuestros invitados y se ruborizó, avergonzada por su demostración de afecto hacia mí en público. Aunque yo no me avergoncé. Le sujeté una mano en alto y la besé en la palma al tiempo que le sonreía para hacerla sentir más segura.

La conduje de regreso por el pasillo improvisado, mientras la multitud nos iba tirando confeti y aplaudiendo con entusiasmo a medida que pasábamos.

Un camarero con una bandeja de copas de champán estaba esperándonos con paciencia al final del pasillo. Agarré las dos copas flauta y le pasé una a Illayana.

En lugar de seguir el sendero hacia la mansión de los Volkov, doblé a la izquierda y la conduje hacia el patio delantero, donde se ofrecía el convite. Nuestros invitados no tardaron en estar a nuestro alrededor, dispuestos a darnos su bendición. Era una tradición tediosa, pero una tradición, al fin y al cabo.

Tomé un sorbo de mi copa de champán, aunque no era muy fan del espumoso. Me volví para mirar a mi mujer.

«Joder. Mi mujer».

—¿Te arrepientes de algo? —le pregunté riendo con suficiencia.

Me miró con sus ojos azules mientras bebía un sorbo de su copa.

—Todavía no lo sé. Hace solo treinta segundos que estoy casada. Vuelve a preguntármelo dentro de unos años —respondió guiñándome un ojo.

Me reí entre dientes, me tomé el resto del champán y le pasé la copa vacía a uno de los camareros que pasaban por allí.

La primera ronda de invitados se presentó delante de nosotros: Dimitri, Aleksandr, Nikolai y Lukyan.

Tenían una planta enorme e imponente, todos ellos con una estatura superior al metro noventa y con cuerpos musculosos y rostros definidos y esculturales. De no haber estado seguro al cien por cien de que estaban de acuerdo con nuestra unión, habría

pensado que se disponían a matarme; bueno, a intentarlo, en cualquier caso.

Dimitri fue el primero en abrazar a Illayana. Le susurró algo al oído que no pude llegar a captar y luego se situó delante de mí. Me tendió la mano mientras me dedicaba una mirada implacable y me dio un fuerte apretón.

—Felicidades —dijo sin expresar emoción alguna.

Se lo agradecí y quise retirar la mano cuando me apretó más fuerte. No lo suficiente para causarme dolor, pero sí para que yo lo interpretara como lo que era: una advertencia.

Dio un paso hacia delante y salvó el espacio que nos separaba.

—*Esli khot kak-to trones moiu doch', ya tebya zarezu*.

«Si le haces daño a mi hija de alguna manera, te descuartizaré».

El hecho de que pronunciara su amenaza en ruso la hacía sonar más temible, que era lo que creí que pretendía conseguir. Cuando se dispuso a retroceder, apreté más fuerte su mano y lo frené.

Enarcó una ceja y me lanzó una mirada encendida.

Sentí que Illayana se tensaba a mi lado, pero seguí sosteniéndole la mirada a su padre, negándome a retroceder. Me había encontrado a hombres como Dimitri a lo largo de toda mi vida. A la mínima demostración de debilidad, atacaban. No podía mostrar fragilidad, me negaba a hacerlo.

—*Mne plevat, esli the myasnik bratvy, ugrozhay mne snova yi tebe nay ponravitsya to, chto proisoidet*.

«Me da igual que seas el Carnicero de la Bratva. Vuelve a amenazarme y atente a las consecuencias».

Le solté la mano y rodeé a Illayana por los hombros con un brazo al tiempo que me deleitaba con la cara de impresión de sus

hermanos. Estaba claro que nadie le había hablado así a su padre jamás. O a lo mejor sí, pero no habían vivido lo suficiente para contarlo.

Se hizo un silencio incómodo entre nosotros hasta que, al final, Dimitri sonrió. Fue una sonrisa sincera, lo juro por Dios. Una sonrisa que solo le había visto esbozar una vez, mientras torturaba a ese miembro de una banda en su sótano un par de días antes.

«A lo mejor eso es lo que piensa hacer contigo. Por eso está sonriendo como un puto lunático».

—Estaré esperando ese día, Arturo.

Me guiñó un ojo y siguió caminando.

Aleksandr, Nikolai e incluso Lukyan me dieron un fuerte apretón de manos y sus felicitaciones antes de seguir a su padre.

—¡¿Estás loco?! —bisbiseó Illayana cuando se alejaron—. Nadie le ha hablado así, jamás de los jamases, a mi padre. Ni siquiera yo, y a mí me quiere.

No pude evitar sonreír al escuchar sus palabras.

—Ya lo he supuesto por las caras de horror de todos vosotros —comenté riendo entre dientes.

—Si no fueras mi marido, te habría destripado.

—Puede que sí —dije encogiéndome de hombros.

Los siguientes invitados en darnos su bendición se detuvieron frente a nosotros. Mi madre, mi padre y mis hermanos pequeños. Alessandro me puso una mano en el hombro y me dedicó una sonrisa de ánimo antes de dirigirse a Illayana. A continuación apareció mi madre, con los ojos verdes brillantes por las lágrimas cuando se puso de puntillas para besarme en la mejilla.

—Oh, Arturo, tenía miedo de no estar viva para ser testigo de

este día.

Puse los ojos en blanco y le di unas palmaditas en la espalda.

—Estás exagerando, madre.

Ella me dio una palmada en el hombro y chasqueó la lengua.

—No exagero. Mi preocupación estaba justificada. Nunca te duraba una mujer más de una semana.

Emití un gruñido.

—¿Podemos no tener esta conversación justo ahora? ¿O nunca? —mascullé mirando de golpe a Illayana, que estaba esperando pacientemente para saludar a mi madre.

Mi esposa se ruborizó de la vergüenza cuando se dio cuenta de que mi madre estaba hablando de otras mujeres el día de mi boda, delante de la que se acababa de convertir en mi mujer.

—Claro, claro. —Agitó una mano en el aire y se desplazó hasta situarse delante de Illayana. Le dio un repaso de pies a cabeza un instante antes de avanzar y envolverla en un fuerte abrazo—. Querida mía, eres incluso más guapa de lo que habían descrito mis chicos.

Illayana se quedó mirando al suelo. Siempre se sentía incómoda cuando alguien le hacía un cumplido.

—Gracias, señora De Luca.

—Ay, por favor, déjate de tonterías. Llámame Isabella.

Illayana sonrió. Irradiaba alegría a raudales.

Sentí que algo me tiraba de los pantalones, bajé la vista y vi que era Lucian intentando llamar mi atención. Me puse en cuclillas para estar a su altura y lo miré mientras colocaba sus manitas a ambos lados de mi cabeza y la volvía hacia un lado para poder susurrarme algo al oído.

—¿Puedo darle el regalo ahora?

Se puso una mano tapándose la boca en un intento de que la conversación quedara entre nosotros, pero, por desgracia para él, su voz no recibió esa información.

Miré de golpe a Illayana, quien estaba mirándonos atentamente. Tenía una expresión dulce, embargada por una emoción que yo no acababa de interpretar.

Le alboroté el pelo a mi hermanito y le di un empujoncito en dirección a Illayana.

—Adelante.

Me miró con cara de enfado e intentó arreglarse el pelo; se lo alisó y se lo acicaló hasta que estuvo satisfecho antes de situarse delante de ella. Ella se agachó enseguida para ponerse a la altura del pequeño, sin importarle para nada que su vestido pudiera ensuciarse.

Lucian se mordió el labio inferior con nerviosismo mientras se llevaba la mano al interior de la americana y sacaba el cuchillo.

—Soy Lucian —susurró con timidez, mirándose los pies.

Illayana lo agarró por la barbilla con delicadeza y lo obligó a mirarla a la cara. Le sonrió de oreja a oreja, con expresión de radiante felicidad.

—Hola, Lucian. Me llamo Illayana. Encantada de conocerte. Siempre he querido tener un hermanito pequeño.

Lucian sonrió y dejó al descubierto el hueco de los dos dientes delanteros que le faltaban. El nerviosismo pareció desvanecerse de su rostro mientras le ofrecía el cuchillo. Illayana frunció el ceño y cogió su arma blanca. La levantó en el aire para admirarla. Una expresión de reconocimiento se reflejó en su rostro.

—Es precioso, pequeño. ¿Es para mí?

Los brillantes ojos azules de Lucian se cruzaron con los míos, como en busca de mi aprobación. Yo asentí para animarlo. El pequeño le sonrió y asintió con entusiasmo.

—Gracias. Me encanta. Lo llevaré siempre encima, vaya donde vaya.

Lo hizo girar entre los dedos un par de veces antes de sacar el que llevaba en la funda atada al tobillo y sustituirlo por el que le habían regalado. Lanzó el cuchillo al aire y la hoja aterrizó sobre la palma de su mano, antes de ofrecérselo por el mango a Lucian.

—¿Para mí? —preguntó él, casi sin aliento de la impresión.

Justo antes de que sus deditos pudieran envolver el mango, ella tiró del arma hacia atrás ligeramente para que él no la cogiera.

—Es para ti, pequeño. Pero está muy afilado y podría hacerle daño a alguien si no sabes usarlo como toca. —Ladeó la cabeza y se quedó mirando a mi hermanito con detenimiento—. ¿Sabes hacerlo?

Él se enderezó más todavía en un intento de parecer mayor de los nueve años que tenía.

—Sí. Soy capaz de clavarlo en la diana cuando practicamos —respondió con orgullo.

Ella sonrió afectuosamente y le pasó el cuchillo.

—Eso está bien. A lo mejor, algún día podemos practicar juntos. Puedes enseñarme algunos movimientos.

—¡Vale! —exclamó sonriendo ampliamente antes de agarrar el cuchillo y salir corriendo para enseñárselo a nuestros padres.

Vin nos dedicó a ambos un guiño y salió disparado tras él.

No veía a Theodora por ninguna parte. Solo podía suponer que se había metido en algún lío y que la habían castigado sin moverse,

algo que a nuestra madre le encantaba hacernos cada vez que nos portábamos mal. Nos dejaba en un rincón con un guardaespaldas vigilándonos. Si intentábamos movernos, este tenía permiso para volver a ponernos en nuestro sitio.

—Tu hermanito es una monada, joder —comentó Illayana.

—Y lo sabe, te lo aseguro.

Llegó hasta nosotros otro grupo de personas y me tensé. Illayana percibió el cambio en mí y frunció el ceño.

«Mierda».

Gabriella y sus padres estaban plantados ante nosotros. Yo sabía que estarían allí, por supuesto. El padre de Gabriella era uno de los capos, al fin y al cabo. Pero, con todo, no estaba deseando volver a verla. Su reacción cuando supo que no me casaría con ella fue un auténtico ataque de nervios, según me contaron. Blasfemó, lanzó objetos, chilló hasta quedarse muda. Lo cual fue bastante inesperado, debo reconocer. Para ser sincero, no creí que fuera capaz de un comportamiento así. Sin embargo, a juzgar por lo que me contaron muchos hombres, tenía un lado oscuro y malvado que había aflorado cuando se enteró de que no iba a casarme con ella.

Resultó que creía tener el derecho a casarse con el futuro jefe de la Cosa Nostra, teniendo en cuenta que había puesto su vida en pausa durante seis años, esperándome.

—Felicidades, Arturo —dijo con dulzura, y no me demostró nada de esa maldad que supuestamente la había poseído.

Llevaba el pelo castaño recogido en un elegante moño y le lanzó una mirada asesina a mi mujer con sus ojos marrones. Me fijé en que ella también llevaba un vestido blanco y largo hasta el suelo.

Se inclinó y me besó en ambas mejillas, acercando mucho los

labios a mi boca, antes de retroceder. Se volvió hacia Illayana y sonrió.

—Felicidades. Soy Gabriella, una de las amigas más antiguas de Arturo. Encantada de conocerte.

Le tendió la mano.

Illayana le devolvió la sonrisa, pero percibí la ira que afloraba en sus ojos. Le dio un apretón.

—Yo también estoy encantada de conocerte.

Gabriella se quedó mirándome, recorriéndome el cuerpo de arriba abajo con su mirada en un evidente gesto de escrutinio.

—Siempre dije que el rojo era el color que mejor te sentaba, ¿verdad? —comentó, y me pasó los dedos ligeramente por el hombro, como si estuviera quitándome una mota de polvo.

Con ese contacto quería demostrar familiaridad y, a juzgar por la forma en que Illayana entrecerró los ojos cuando me tocó, no le pasó por alto ese gesto.

Sonreí con incomodidad y retrocedí para evitar el contacto.

—Sí que lo decías.

Enzo y su esposa, Sofia, fueron los siguientes en felicitarme. Enzo era bajito y vivaracho, y Sofia era tranquila y respetuosa. Tras dedicarme una última sonrisa, Gabriella y su familia siguieron adelante.

Levanté un dedo en el aire para detener al siguiente grupo de personas que estaban a punto de acercarse para felicitarnos y me volví para mirar a Illayana. Su cara no expresaba ni el más mínimo enfado, pero ¿su mirada? Sí, sin duda era ira lo que brillaba en esos ojos azules y relucientes.

—Sobre Gabriella…

—Ahora no —me ordenó con tono cortante y una sonrisa forzada congelada en su rostro.

La miré con suspicacia.

—Vale. Ya lo hablaremos más tarde entonces.

—Puedes apostar a que sí —masculló entre dientes.

Me volví e hice un gesto para que el siguiente grupo de personas se acercara.

Al cabo de un rato, todas las caras parecían fundirse entre sí, y lo único que deseaba era que toda aquella tediosa odisea terminara de una vez. Nos agasajaron todas las figuras clave de la Cosa Nostra y de la Bratva, y cada una de esas personas nos ofreció sus más sinceras felicitaciones por nuestra unión. Pero yo no me lo creía. Ni mucho menos. La mitad de los allí presentes, si no todos, se oponía a la unión de nuestras familias. De no haberles tenido todos tanto miedo a Dimitri y a Alessandro, habría apostado a que se habrían opuesto abiertamente durante la ceremonia.

Estreché la mano de cuantos se me acercaron, aunque no tuviera ni idea de quién diantre era cada uno. Illayana se mostró igual de educada: sonreía y entablaba charlas triviales con las personas que nos felicitaban. Sin embargo, pude percibir la tensión en su rostro tras lo que me pareció la milésima ronda de buenos deseos para nosotros.

Justo cuando pensaba que ya estábamos libres del todo, se oyó una voz grave a nuestras espaldas. Ambos nos volvimos y vimos a Dimitri ahí de pie, con una mujer del brazo.

«Vaya, un poco joven para ti, Dimitri. Pero allá cada cual con sus gustos, supongo».

No entendía por qué había acudido a felicitarnos de nuevo hasta

que Illayana respondió con voz fría y carente de emoción.

—Tío.

«¡¿Tío?!».

Tuve que recurrir a todo mi autocontrol para no reaccionar con sorpresa.

«¡¿Dimitri tiene un hermano gemelo?! ¿Un gemelo idéntico?».

¿Por qué nadie me lo había contado? Es más, ¿por qué coño no se mencionaba ese detalle en toda la información que yo había recabado sobre la familia Volkov?

Dimitri 2.0 rio y su cuerpo se estremeció de deleite mientras miraba con detenimiento a Illayana.

—*Akh, moya dorogaya plemyannitsa*. *The vsegda mog nas razlichat*. *Skazi mne, ditya, vie cham tvoy secret?*

«Ah, mi querida sobrina. Siempre has sido capaz de distinguirnos. Dime, niña, ¿cuál es tu secreto?».

Illayana apretó mucho los labios mirándolo con gran frialdad. Resultaba evidente que ese hombre no era santo de su devoción.

Me picaba la curiosidad. Me moría por saber cuál era la historia que subyacía.

—*Ya znayu, kto moy otets Dominik*.

«Yo sé quién es mi padre, Dominik».

Él rebosaba resentimiento y se burló de ella.

—*Overen, chto znaete*. *Vse znayut velikogo Dmitriya Volkova*. *Groznogo bratvo myasnika* —dijo para mofarse.

«Estoy seguro de que lo sabes. Todo el mundo conoce al gran Dimitri Volkov. El temible Carnicero de la Bratva».

Me lanzó una mirada fugaz y frunció los labios con una mueca de asco.

—Priznayus, ya oudivelin, chto tvoy otetz pozvolil tebe zhenitsya na italiani sobake. *Kazhetsya, on zabludilsya*.

«Lo admito: me sorprende que tu padre te haya dejado casarte con el perro italiano. Parece que se ha alejado bastante de la tradición».

Gruñí de ira con sus palabras y apreté los puños a ambos lados del cuerpo. Era evidente que no tenía ni puta idea de que yo entendía todo lo que decía. O a lo mejor sí lo sabía y le daba igual. Fuera como fuese, estaba empezando a ponerme de los putos nervios.

Illayana pareció percibir mi malestar y me dio una palmadita en el pecho como muestra de apoyo, con la mirada clavada en Dominik.

—Naskolko ya pomnyu, dyadya, vy toze nikogda nay byli poklonnikom traditius.

«Si no recuerdo mal, tío, tú tampoco has sido nunca muy fan de las tradiciones».

Enarcó una ceja, como retándolo a que contradijera lo que ella acababa de decir.

Él puso los ojos en blanco y sacudió una mano en el aire.

—Eta malenkaya shtuchka? Dmitriy vse eshche plachet ob ethom?

«¿Esa cosilla? ¿Dimitri sigue lloriqueando por eso?».

«¡¿Qué cosilla?! ¡¿Dimitri lloriqueando?! ¡¿Qué cojones está pasando?!».

Illayana se puso tensa. Irradiaba ira en oleadas, las venas del cuello le latían de puro odio. Yo no tenía ni idea de qué estaba pasando exactamente, pero el hecho de que ese tipo estuviera disgustándola tanto empezaba a cabrearme de verdad.

—Tal vez deberíamos ir tirando. Este perro italiano está muerto de hambre —dije, y reí con suficiencia.

Dominik puso cara de sorpresa antes de poder disimularlo cuando se dio cuenta de que yo entendía todo lo que habían estado diciendo en su lengua materna. Adoptó una expresión estoica y me tendió una mano.

—Dominik Volkov. El tío de Illayana.

—Ya lo he supuesto —respondí en tono cortante, y le estreché la mano.

Apretó la mandíbula mientras me apretaba la mano, con fuerza. Pero yo no reaccioné y me limité a dedicarle una sonrisa arrogante.

Se volvió para mirar a la joven que lo acompañaba.

—Esta es mi hija, Rayna.

Antes de poder decir una sola palabra, una mujer menuda dio un paso al frente, me envolvió entre sus brazos y me apretó con fuerza. Me quedé de piedra durante un instante.

«¿Por qué esto parece tan puto raro, como si no tuviera que estar tocándola?».

Mi pregunta quedó respondida cuando retrocedí y vi, de reojo, la cara de Illayana.

«Oh, mierda».

Estaba cabreada.

—Un placer conocerte, Arturo. Bienvenido a la familia —me dijo con voz seductora, batiendo las pestañas y mordiéndose el labio inferior.

«¿En serio?».

Sin duda era una mujer atractiva. Con la melena castaña que le llegaba hasta los hombros y los característicos ojos azules que todos

los Volkov parecían tener, le habría gustado a cualquier hombre. Tenía unos rasgos dulces y delicados, como una muñeca de porcelana.

—Felicidades por la boda, prima.

Dio un paso hacia Illayana, preparándose para abrazarla como había hecho conmigo, pero ella levantó enseguida una mano para detenerla.

—Rayna —la saludó con frialdad.

«Glups».

Rayna entrecerró los ojos y retrocedió un paso. Percibí lo abochornada que se sentía al haber sido rechazada de aquella manera.

Dominik miró alternativamente a las chicas y se aclaró la voz.

—Bueno, parece que ya se nos ha acabado el tiempo de ser bienvenidos —dijo riendo.

—Para empezar, nunca habéis sido bienvenidos —replicó Illayana levantando la barbilla con gesto desafiante.

Dominik hizo una mueca de disgusto.

—Quizá, pero aquí estoy de todas formas. —Ladeó la cabeza y se le llenaron los ojos de maldad—. A menos que tengas pensado hacer que nos echen.

Illayana frunció el ceño y su preciosa cara se arrugó por el disgusto. Permaneció callada.

Dominik rio con suficiencia y se alisó la corbata.

—Eso me parecía a mí. No pongas esa cara de tanta preocupación, mi querida sobrina. No he venido para causar problemas. Bien, ¿dónde está ese hermano mío?

Sin volver a mirar en nuestra dirección, salió dando grandes

zancadas hacia las carpas instaladas en el patio trasero para celebrar el convite. Rayna me guiñó un ojo antes de volverse para mirar a Illayana.

—Solo te deseo felicidad en tu día especial, querida prima. —Nos miró alternativamente antes de esbozar una sonrisa maliciosa—. Desde luego que espero que no os encontréis con… ningún problema.

Dicho esto, se volvió y siguió a su padre.

—Vale. ¿Qué coño acaba de pasar? —pregunté.

Illayana no apartó la mirada de Rayna mientras esta se alejaba, con la ira quemándole por dentro.

—Es una historia muy larga —masculló.

—Estoy deseando escucharla.

Me incliné sobre ella y le planté un dulce beso en la mejilla.

Ella se dejó envolver de inmediato entre mis brazos y se consoló con el apoyo que estaba ofreciéndole.

—Más tarde —dijo entre dientes, a medida que se le pasaba el estado de tensión—. Cuando no estemos…

Una tremenda explosión sacudió la finca de los Volkov e Illayana y yo salimos lanzados por los aires. Envolví su cuerpo con el mío para protegerla, lo mejor que pude, de la onda expansiva mientras caíamos al suelo.

Estallaron gritos a nuestro alrededor y no oí más que voces masculinas gritando en ruso e italiano. Una nueva explosión sacudió el suelo y los escombros llovieron como confeti. La sangre me corría por la cara y me dolía todo el cuerpo de una forma indescriptible, pero no podía pensar en eso.

—¿Illayana?

Sentí que empezaban a cerrárseme los ojos, ya que la pérdida de sangre comenzaba a pasarme factura. Combatí el aturdimiento tanto como pude, pero fue inútil. Lo último que vi antes de que se me cerraran los ojos fue el cuerpo inconsciente de Illayana junto al mío.

17

ILLAYANA DE LUCA



Solo sentía dolor.

Solo veía humo.

Solo oía un pitido incesante en los oídos.

Pestañeé, tratando de enfocar la mirada, pero era como si me hubiera quedado atrapada entre la niebla. Ninguna imagen era lo bastante clara. Noté el sabor de la sangre en la lengua y supe que, en mayor o menor grado, tenía heridas internas.

«No te preocupes por eso. Ya harás algo más tarde».

Oí que me llamaban por mi nombre una y otra vez, percibí a alguien encorvado sobre mí, pero ninguno de mis sentidos funcionaba con normalidad. Solo veía una nebulosa y oía un pitido. Ese puto pitido.

Un fuerte bofetón me giró la cabeza hacia un lado. El dolor

instantáneo consiguió de algún modo devolverme a la realidad.

«¡¿Quién coño me ha dado una hostia?!».

—¿Illayana?

Empecé a enfocar los ojos en la persona que estaba encorvada sobre mí y la neblina empezó a disiparse hasta que conseguí distinguir el rostro preocupado de Aleksandr. Pestañeé una y otra vez para ahuyentar los restos de oscuridad que me empañaban la visión.

—¿Acabas de darme una hostia? —gruñí con la voz áspera y pastosa.

Una expresión de alivio se extendió por su cara, y se inclinó hacia delante para rodearme con los brazos. Me incorporó hasta dejarme sentada y siguió estrechándome con fuerza.

—No… puedo… respirar —dije de forma entrecortada.

Él dejó de apretar de inmediato, pero no apartó los brazos y se echó hacia atrás para examinarme el rostro.

—No vuelvas a hacer eso. Casi me matas de un puto susto.

Miré alrededor y capté toda la destrucción y el caos del entorno. El humo y el olor de la sangre saturaban el ambiente y casi me anulaban los sentidos. Había cuerpos sin vida esparcidos por el suelo, con las extremidades retorcidas de forma grotesca tras haber volado por los aires a causa de la explosión.

Noté el sabor de la bilis en la garganta ante la visión y el hedor de todos aquellos cadáveres, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no vomitar. Personas a las que conocía, con las que había estado hablando tan solo unos momentos antes, yacían a mi alrededor. Yo había crecido en un ambiente en el que la muerte estaba muy presente, y ya de niña había visto más cadáveres de los que mucha gente ve en toda su vida, pero ¿eso? Eso era un horror.

«¡No es momento de ponerse tiquismiquis, Illayana! ¡Haz el favor de controlarte!».

Nuestra casa estaba en llamas y toda la fachada principal se desmoronaba mientras hombres de la Costa Nostra y de la Bratva trabajaban codo con codo para sofocar el fuego mientras otros peleaban contra los invasores enmascarados.

Miré alrededor, y el pánico se apoderó de mí al no ver a mi padre, ni a mis hermanos, ni a Arturo.

—¿Dónde están? —Dirigí la mirada de un lado a otro examinando el entorno, buscándolos.

«Dios mío, por favor, haz que estén a salvo».

Cuanto más tiempo pasaba sin verlos, más pánico me entraba. El corazón empezó a aporrearme el pecho con más fuerza y mi respiración se volvió entrecortada.

—*Sestra* —dijo Aleksandr muy serio, y me aferró por los hombros para sacudirme ligeramente—. Reacciona de una vez. Si no, tendré que darte otra bofetada.

Entorné los ojos y me eché hacia atrás para apartarme de su alcance.

—Hazlo y te juro que lo lamentarás —le solté.

—Ah, ya está —dijo con un centelleo en la mirada—. Por un momento, me has asustado. Creía que te habías vuelto como esas mujeres que siempre se ponen histéricas y no sirven para nada.

—¡¿Dónde están?! —pregunté con impaciencia.

—Están bien —Puso los ojos en blanco—. Hemos convertido el almacén en una enfermería improvisada. Todos los heridos están allí por ahora, y uno de ellos es Arturo. ¡Pero está bien! —exclamó—. Solo un poco magullado después de protegerte de la explosión.

Lukyan y Nikolai se encargan de montar guardia para asegurarse de que no entre nadie. Ya hemos llamado a todos los médicos que tenemos disponibles en un radio de cincuenta kilómetros para que los atiendan.

—¿Y padre?

Me dirigió una mirada severa.

—¿A ti dónde te parece que está?

Si conocía bien a mi padre, estaría en medio de todo el follón. Y cabreado como una mona.

—¿Qué coño ha pasado?

—Nos han atacado con algún explosivo muy potente. Padre me ha enviado a buscarte de inmediato para llevarte a un sitio seguro. No sé a cuánta gente nos enfrentamos.

Vi a unos cuantos soldados luchando contra los agresores, pero la mayoría de nuestros hombres estaban ocupados intentando controlar el incendio para que no se propagara más.

Un arrebato de ira muy diferente de cualquiera que hubiera sentido hasta el momento se apoderó de mí cuando vi que uno de los atacantes le clavaba un cuchillo a un soldado italiano.

«¡¿Quién coño se cree que es esta gente?!».

Me levanté y noté la queja de todo mi cuerpo dolorido. Hice caso omiso y me centré en la rabia que crecía en mi interior.

—Eh, eh, eh. Espera. —Aleksandr me aferró por los brazos y me retuvo—. ¿Adónde crees que vas?

Puse mala cara y me deshice de él.

—¡¿A ti qué te parece?! ¡Tenemos la casa llena de enemigos y no pienso quedarme aquí sentada viendo cómo matan a nuestros hombres!

Saqué el cuchillo de la funda que llevaba sujeta al tobillo y lo usé para cortar la falda de mi vestido. Una punzada de culpabilidad me azotó por dentro cuando la tela cayó en el césped manchado de sangre, pero en ese momento no tenía tiempo de pensarlo mucho. Era imposible que pudiera moverme con la libertad necesaria para acabar con esos hijos de puta si llevaba un vestido ajustado y largo hasta los pies.

—Ni se te ocurra. Padre me ha pedido que te saque de aquí. Si esto es cosa de Nero, es muy probable que hayan venido a por ti.

—Que se atrevan, los muy asquerosos —dije con desprecio.

Me descalcé y les arranqué el tacón a los zapatos. Lo último que necesitaba era quedarme clavada en la hierba mientras peleaba. Aleksandr me observó con aire reprobatorio mientras volvía a calzármelos. Me dispuse a levantarme, pero él me posó la mano en el hombro y me lo impidió.

—Te juro por el mismísimo demonio, Aleksandr, que si no me sueltas ahora mismo serás el primero que reciba las consecuencias de la rabia que me hierve en las entrañas.

Él arqueó una ceja.

Di un gruñido de frustración. Estaba casi en el punto de arrancarme la cabellera.

—¡Si tanto te preocupa, ven conmigo, joder! ¡Y cúbreme las espaldas!

Él abrió la boca para responder cuando un grito desgarrador nos obligó a volver la cabeza. A unos cinco metros de nosotros, Lucian gritaba y pataleaba mientras lo arrastraban cogido por el pelo.

—¡No!

No vacilé. No tenía tiempo. Me deshice de Aleksandr de un

empujón y me lancé a por el niño obligándome a correr a la máxima velocidad que me permitían las piernas. Lucian luchaba con todas sus fuerzas, agitando sus pequeñas extremidades y chillando a pleno pulmón. Consiguió librarse de las garras de su agresor y yo lo llamé a gritos.

—¡Lucian!

Él se volvió hacia mí, y en su cara vi una mezcla de alivio y pánico cuando echó a correr en mi dirección con su enemigo pisándole literalmente los talones. Así bien el cuchillo y me preparé para lanzarlo.

—¡Agáchate! —grité, y eché el brazo hacia atrás a la vez que apuntaba a mi objetivo.

Lucian se arrojó al suelo sin pensarlo. En cuanto tuve campo libre, lancé el cuchillo contra el agresor y la hoja se le clavó en el pecho a una velocidad vertiginosa.

Él dio un grito agónico y se desplomó, y aún aferró el cuchillo con las manos antes de quedar inmóvil.

Lucian quiso ponerse de pie, pero las piernas le temblaban tanto que se habría derrumbado si Aleksandr no hubiera estado allí para cogerlo.

—Lucian… Lucian… —Le pasé las manos por el cuerpo diminuto en busca de posibles heridas—. ¿Estás bien?

—S… sí —dijo tartamudeando a la vez que asentía con la cabeza.

La ira me recorrió por dentro al ver su expresión de miedo y su cuerpo ensangrentado.

—¡Tenemos que sacarlo de aquí! —exclamé entre dientes, mirando a Aleksandr.

Él examinó la zona en busca de la mejor forma de dejar atrás

aquel caos. Vi a Alessandro y a Vincenzo defendiéndose de múltiples atacantes a la vez que permanecían firmes delante de Isabella para protegerla. Alessandro nos vio, captó que Aleksandr llevaba a Lucian en brazos y trató de acercarse a nosotros, pero sus enemigos le impidieron avanzar.

—Por ahí —le dije a Aleksandr señalando hacia donde estaban ellos—. Dame al niño. Será mejor que tú nos defiendas.

Él asintió y me entregó al pequeño. Intenté mantener el equilibrio mientras lo sostenía; no cabía duda de que pesaba mucho para tener solo nueve años. Él me echó los brazos al cuello y me rodeó la cintura con las piernas, y Aleksandr se situó en cabeza.

—No te alejes.

Mantuve a Lucian bien abrazado contra mí, decidida a hacer todo lo necesario para protegerlo. La gente pasaba corriendo por nuestro lado, algunos simplemente en busca de un lugar donde refugiarse hasta que pasara todo y otros para luchar contra nuestros enemigos. La estampa de caos y destrucción era indescriptible.

«Todo irá bien, Lucian. No dejaré que te pase nada».

Caminamos agachados, abriéndonos paso entre muebles destrozados y gente muerta, con tanta rapidez como pudimos.

De pronto, perdimos pie. Todo ocurrió muy deprisa, demasiado. Mi cerebro tardó en procesar lo que estaba ocurriendo cuando Lucian y yo caímos al suelo. En el último segundo, conseguí darme la vuelta para evitarle el golpe y que aterrizara encima de mí. Algo me sujetaba el tobillo, y al mirar hacia abajo vi que un hombre al que creía muerto me agarraba con una fuerza salvaje.

—¡Mierda!

Él empezó a trepar por mi cuerpo, y antes de que pudiera pensar

en lo que estaba haciendo, aferré a Lucian y lo pasé por encima de mi cabeza para apartarlo de en medio justo en el momento en que el hombre se echaba encima de mí.

Al instante, me rodeó el cuello con las manos y lo apretó con una fuerza increíble.

Yo me defendí a puñetazo limpio, golpeándole el vientre tan enérgicamente como pude, pero él apenas se inmutó. Empecé a ver borroso y la oscuridad me invadía poco a poco mientras le aporreaba el pecho una y otra vez. Era demasiado corpulento, demasiado robusto. Me había pillado por sorpresa y ese era el precio que tenía que pagar.

Empezó a darme vueltas la cabeza mientras luchaba por coger aire y le clavaba los dedos en las manos sin ningún efecto.

«Ya está. Así es como voy a morir».

Empezaron a cerrárseme los ojos, la vida me abandonaba de forma literal, y lo único que podía hacer era permanecer allí y aceptarlo. Sus ojos oscuros se iluminaron con un brillo triunfal cuando reparó en que yo había tirado la toalla, en que ya no tenía ánimos de forcejear.

Estaba ya tan lejos que mi cerebro apenas registró el grito de guerra de Lucian cuando se abalanzó corriendo hacia nosotros, con el cuchillo levantado en el aire. Mi atacante estaba tan enfrascado viendo cómo mis ojos estaban cada vez más exánimes que no se dio cuenta. Y cuando lo hizo, fue demasiado tarde.

El niño clavó el cuchillo en el cuello del hombre con un gruñido, y la sangre brotó a chorros de la herida y le manchó la ropa. Lucian siguió gruñendo a la vez que enseñaba los dientes como un animal mientras hundía más la hoja.

El hombre, con los ojos como platos, se volvió hacia Lucian con desconcierto y me soltó el cuello para agarrarse el suyo. El aire entró en mis pulmones y di una gran bocanada, saboreando la capacidad de respirar de nuevo. Joder.

Lucian usó toda la potencia de su cuerpo para lanzarse contra mi atacante y apartarlo de mí. El hombre cayó al suelo entre borboteos, ahogándose con su propia sangre, antes de quedar inmóvil por completo.

Suspiré de alivio al ver cómo cerraba los ojos para siempre. Lucian posó sus pequeñas manos en las mías para intentar ponerme de pie.

—¿Estás bien, nueva hermana mayor? —preguntó, con la voz y las manos trémulas.

Sin pensarlo un segundo, me eché a su cuello y lo envolví en un abrazo de oso.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Le llené la cara de besos, disfrutando del sonido de su risa cuando intentó zafarse de mis muestras de afecto.

Divisé a Aleksandr en el momento en que le partía el cuello a un hombre cuyo cuerpo sin vida cayó al suelo. Permaneció inmóvil, respirando hondo repetidas veces mientras la rabia ardía en sus ojos, antes de acercarse a donde estábamos Lucian y yo. A sus pies yacían cinco cuerpos, todos sin vida e igual de destrozados.

«Por eso no ha venido a salvarme. Esos cabrones han mandado a cinco hombres para atacarlo, y aun así han perdido».

Tenía el traje hecho harapos y la sangre le chorreaba por la cara debido a un corte en la frente, pero, excepto por eso, se le veía ileso.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

Yo sonreí y obsequié a Lucian con otro beso sonoro en la mejilla.

—Sí, gracias a este superhéroe.

Alessandro, Isabella y Vincenzo corrieron hacia nosotros a la primera oportunidad. Alzaron a Lucian por los aires y lo estrecharon con fuerza.

—*Ragazzo mio*. *Stai bene? Sei ferito? Dov'è la tua guardia? Dov'è Tomasso?* —«Pequeño mío. ¿Estás bien? ¿Estás herido? ¿Dónde está tu guardaespaldas? ¿Dónde está Tomasso?», dijo Alessandro de forma precipitada, como si las palabras le brotaran solas de la boca, mientras abrazaba a su hijo.

—*Morto*. *La mia nuova sorella maggiore mi ha salvato*.

«Muerto. Me ha salvado mi nueva hermana mayor».

Todos se volvieron para mirarme, radiantes de gratitud.

—En realidad, es él quien me ha salvado a mí —dije, señalando el cadáver con el cuchillo sobresaliéndole del cuello.

—*Oh, ragazzo mio! Mio prezioso figlio!* —«¡Ay, pequeño mío! ¡Mi precioso hijo!», chilló Isabella, y arrancó a Lucian de los brazos de Alessandro para estrecharlo con fuerza entre los suyos.

—*Madre, fermati*. —«Madre, para», se quejó el niño mientras intentaba zafarse del abrazo de su madre.

Se puso rojo como un tomate, avergonzado por las enormes muestras de cariño de que estaba siendo objeto.

Alessandro miró a su hijo, rezumando orgullo paterno. Sonrió y le revolvió el pelo.

—*Ben fatto, figlio mio*. —«Bien hecho, hijo mío». Miró alrededor, escrutando la zona, y puso cara de preocupación—. ¿Dónde está Theodora?

18

ILLAYANA DE LUCA



—¡Qué coño ha pasado! —gritó mi padre mirando a los ojos a los hombres que tenía delante.

Me encontraba en su despacho junto con Alessandro, su *consigliere*, Gabriel Dattoli, un hombre alto de constitución robusta y pelo y ojos castaños, y uno de sus capos, Stefano Fragola, calvo, de mediana edad y constitución delgada. Ellos se apiñaban en el sofá del fondo, mientras que Vincenzo permanecía de pie junto a su padre.

En el extremo opuesto se hallaban el *sovietnik* de mi padre, Vladimir Turgenev, y su brigadier, Andrei Petrov, el responsable de reclutar y entrenar a nuestros soldados.

Vladimir era un hombre atractivo con unos ojos castaños de mirada profunda, el pelo corto y moreno y una cara de proporciones

clásicas. Solo lo había visto una vez desde que ocupó el lugar de Maxim. Por lo que sabía, le profesaba el máximo respeto a mi padre y estaba eufórico por su ascenso en la jerarquía de la Bratva.

A Andrei lo conocía desde que éramos niños. Tenía poco más de sesenta años, pero se conservaba en una forma física increíble. Medía cerca de un metro noventa, tenía una constitución atlética y unos marcados rasgos masculinos.

Mi padre estaba sentado frente a su gran escritorio de caoba, tamborileando en el tablero con impaciencia mientras paseaba la mirada por la sala. Mis hermanos estaban apostados como centinelas detrás de él, con los pies firmemente plantados en el suelo, las manos a la espalda y la expresión seria y hierática.

Yo estaba sentada en el borde del escritorio, con una pierna apoyada sobre la otra a la altura del tobillo y los brazos cruzados delante del pecho. Tenía la cabeza hecha un auténtico caos. Antes de que nos reuniéramos todos allí, invertí lo que me pareció una eternidad en buscar a Tatiana, y me invadió el pánico al no lograr encontrarla. Eso fue hasta que Nikolai me explicó que la habían llevado a un lugar seguro después de la primera ronda de explosiones. Me sentí muy agradecida de que no estuviese herida, pero solo de pensar que podría estarlo bastó para joderme emocionalmente.

Intenté olvidarme de eso y centrarme en la cuestión que teníamos entre manos.

En el ambiente pesaba la tensión mientras nos observábamos los unos a los otros en silencio. Incluso mi padre obvió dirigirse a alguno de nosotros en particular; seguía esperando a que un voluntario respondiera a su pregunta. Por eso, cuando lo único que recibió a

cambio fue un silencio sobrecogedor y miradas que evitaban encontrarse con la suya, se enfadó aún más.

—¡Que qué coño ha pasado he dicho! —rugió, y estampó los puños en el escritorio.

La ira centelleaba en sus ojos azules mientras miraba con aire amenazador a Vladimir y Andrei, pero fue Nikolai quien contestó.

Dio un paso adelante en dirección a la mesa de mi padre.

—A las 9.18 de la mañana, dos todoterrenos negros han embestido la verja y han explotado a la vez a poca distancia de la casa. Dos grupos de veinte hombres se han acercado a la propiedad y han matado a los guardias que vigilaban la puerta exterior, Sam y Donat. Uno de los grupos ha entrado y el otro se ha quedado fuera, luchando contra nuestros soldados.

Mi padre apretó los dientes y gruñó con furia cuando Nikolai encendió el portátil y mostró las imágenes de videovigilancia. Mostraban exactamente lo que estaba describiendo: dos coches habían embestido la verja y habían explotado al cabo de tan solo unos segundos.

—Han colocado más explosivos en el patio, tres o cuatro, creo, lo que implica que lo han hecho una vez dentro. Le he pedido a Koyla que revise bien las imágenes para intentar descubrir quién ha colocado las cargas.

—¿Qué querían? —preguntó mi padre, y se recostó en el sillón de piel.

—*Ya ne znayu, otets*. —«No lo sé, padre»—. El motivo del ataque aún no está claro. Me inclino por pensar que pretendían evitar que se celebrara la boda, que formáramos una alianza, pero no estoy seguro.

Tenía sentido, pero ¿por qué tomarse la molestia de atacarnos cuando ya era demasiado tarde para eso? A menos que su verdadero objetivo fuese otro. Claro que ese motivo habría contribuido, pero una parte de mí tenía la sensación de que se nos escapaba algo esencial. Me daba la impresión de tener la respuesta en la punta de la lengua, o delante de mis narices, y sin embargo no terminaba de dar con ella. Y eso me ponía histérica.

—Recuperad los cadáveres y traedlos aquí. Quiero ver contra quién nos enfrentamos.

Tras pronunciar su orden, mi padre agitó una mano en dirección a la puerta. Vladimir asintió brevemente antes de salir.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —estalló Alessandro.

Era la primera vez que lo oía hablar tras la desaparición de Theodora, y tenía pánico de cuál sería la reacción de Arturo cuando lo descubriera. Aún seguía inconsciente tras el ataque debido al gravísimo golpe que había recibido en la cabeza. En cuanto estuviera segura de lo que teníamos entre manos, pensaba acudir a su lado y cuidar de él.

«Menuda forma de pasar la noche de bodas, ¿eh?».

—¡Mi hija sigue desaparecida, y esos asquerosos estarán haciéndole Dios sabe qué mientras nosotros nos quedamos aquí sentados y no hacemos más que hablar!

Destilaba tal grado de furia que incluso yo me puse un poco nerviosa.

Mi padre lo miró fijamente, y su expresión se suavizó un ápice. Se levantó de la silla y cruzó la sala con grandes zancadas. A continuación, se agachó y posó la mano en el hombro de Alessandro para reconfortarlo.

—*Mio amico*. —«Amigo mío»—. Te prometo que la encontraremos. Daremos con los hombres que se la han llevado. La recuperaremos y haremos que paguen por ello.

«Qué interesante».

Nunca había visto a mi padre hablarle con ese tono tranquilizador a nadie salvo a mis hermanos y a mí, y solo lo hacía cuando la situación lo requería de forma imperiosa. Era obvio que su vínculo con Alessandro venía de lejos, más incluso de lo que yo había imaginado.

Un suave golpeteo hizo que me volviera para mirar a mi alrededor, perpleja.

«¿Qué ha sido eso?».

Aleksandr frunció el ceño y me observó atentamente cuando empecé a caminar despacio por la sala intentando encontrar de dónde procedía el ruido.

Toc.

Toc.

Toc.

«¡Otra vez!».

Aparté a Lukyan y a Aleksandr a un lado y me puse a cuatro patas en el suelo. A continuación, empecé a dar golpecitos en la trampilla secreta situada detrás del escritorio de mi padre.

Poca gente sabía de su existencia. Solo mi padre y los soldados de más confianza, dejándonos aparte, obviamente, a mis hermanos y a mí.

Cuando me respondieron con otros tres toques, supe sin lugar a dudas que había alguien allí dentro. ¿Pero quién? Me pregunté si

alguien más conocería el escondite además de quienes nos encontrábamos en el despacho en ese momento.

Así el cerrojo de la trampilla, lo abrí y me llevé la sorpresa del siglo al descubrir quién estaba al otro lado.

Nadia Petrova, la hija de Andrei.

Nos habíamos criado juntas. Nuestras madres habían sido muy buenas amigas, de modo que, en cierta forma, también lo fuimos nosotras. Hasta los terribles acontecimientos sucedidos diez años atrás. No solo mataron a mi madre; también a la de Nadia.

Lo lógico sería pensar que una tragedia de ese calibre habría servido para fortalecer el vínculo, que nos habríamos refugiado la una en la otra en busca de consuelo y apoyo en esos momentos tan difíciles. Sin embargo, no fue así. Ocurrió justo lo contrario.

Nadia me culpaba a mí de la muerte de su madre, culpaba a mi familia. Y, en cierto modo, era lógico que lo hiciera. Los Voznesensky querían matarnos a nosotros, y, por desgracia, la madre de Nadia sufrió los daños colaterales. Tras la muerte de ambas, nos distanciamos y solo hablábamos cuando las circunstancias nos obligaban. Como en ese momento. Incluso me había sorprendido que estuviera en la boda. Debió de verse arrastrada por su padre.

—Nadia.

Intenté disimular todos los sentimientos que me asaltaron al verla, contenidos durante tanto tiempo, y me agaché para ofrecerle la mano.

Ella vaciló unos segundos antes de aceptar el gesto y salir.

—¿Nadia? —Oí detrás de mí la profunda voz de Andrei—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Creía que te habías marchado después de la ceremonia!

Se acercó para situarse a su lado y la examinó de arriba abajo en busca de alguna posible herida.

Los ojos marrón chocolate de Nadia se cruzaron con los de su padre, y sonrió para tranquilizarlo.

—Me disponía a marcharme cuando se produjo la explosión. —Se echó el pelo caoba hacia atrás por encima del hombro y se agachó junto a la trampilla—. He visto que esos cabrones se estaban llevando a la fuerza a esta niña. No tenía ni idea de quién era, no sabía quiénes eran sus padres, así que nos hemos escondido aquí hasta que pasara todo.

La bella carita de Theodora asomó por la trampilla. En sus ojos esmeralda brillaban lágrimas, y tenía la cara roja de haber llorado.

En el instante mismo en que Alessandro la vio, saltó del sofá y corrió hacia ella para abrazarla fuerte.

—La mia bambina! Stai bene? Sei ferita? Ero così preoccupato per te, principessa!

«¡Mi pequeña! ¿Estás bien? ¿Estás herida? ¡Estaba muy preocupado por ti, princesa!».

—¡Padre! —exclamó Theodora en italiano.

Enterró la cara en el hueco de su cuello y se pegó a él rodeándolo con los brazos y las piernas como un mono araña.

Alessandro le acarició la espalda con gesto tranquilizador, la besó en el pelo y le susurró palabras reconfortantes.

Vincenzo se acercó y la arrancó de los brazos de su padre a pesar de las protestas de este. La achuchó, la besó en la frente y cerró los ojos.

—Per Dio, non farlo, Theodora. *Ero così spaventato per te*.

«Por Dios, no vuelvas a hacerlo, Theodora. Estaba muy

preocupado por ti».

Una cosa que había descubierto de los De Luca era que, siempre que se ponían nerviosos por algo, hablaban en su lengua materna. Menos mal que había aprendido bien italiano; si no, no me enteraría de lo que estaban diciendo.

Alessandro se inclinó hacia la niña, rebosante de amor y ternura, y le dio un beso en la mejilla.

—Llévala con vuestra madre ahora mismo. Y no los pierdas de vista, ni a ella ni a Lucian, ¿me has oído? Los dos han sido un blanco en este ataque, y no pienso arriesgarme a que les pase nada más —le ordenó Alessandro a Vincenzo con dureza.

—Sí, padre —respondió él en su idioma.

Vincenzo dio media vuelta y salió del despacho a toda prisa. Alessandro se volvió hacia Nadia y le tendió la mano.

—No sé cómo agradecerte que hayas rescatado a mi hija y la hayas mantenido a salvo. Si alguna vez necesitas lo que sea, puedes contar con la familia De Luca.

Inclinó la cabeza en señal de respeto, se acercó la mano de la chica a los labios y la besó en el dorso.

Ella se sonrojó, y su tez aceitunada se volvió del color de la remolacha. No podía culparla. A pesar de su edad, Alessandro estaba en muy buena forma y era uno de los hombres más guapos que había conocido en mi vida. Saltaba a la vista que en esa familia tenían buenos genes.

—No ha sido nada. Estoy segura de que cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar.

Alessandro torció un poco el gesto.

—Lo dudo.

La puerta del despacho de mi padre se abrió y apareció un grupo de hombres que acarreaban los cadáveres de nuestros enemigos. Eran veintisiete en total. No estaba mal, teniendo en cuenta que nos habían pillado completamente por sorpresa. Mi padre señaló hacia el centro de la sala, donde quedaba una zona despejada, y los hombres soltaron allí los cuerpos, sin ningún miramiento.

Todos iban vestidos de forma idéntica: camisa negra de manga larga, pantalones negros, botas negras, guantes negros y pasamontañas del mismo color.

—Desnudadlos —ordenó mi padre.

Los hombres les quitaron toda la ropa salvo los calzoncillos. Cuando estuvieron desnudos, fue fácil identificar su procedencia. Lo que llevaban tatuado en la piel resultaba muy revelador. La mitad eran mexicanos y la otra mitad italianos, lo que significaba que Nero estaba detrás del ataque.

Mi padre soltó un bramido de furia cuando llegó a la misma conclusión que yo. Frustrado, le dio una patada a uno de los cadáveres.

—Llamad a nuestros contactos de la Policía de Las Vegas y pedidles que comprueben las huellas dactilares en la base de datos. Quiero los nombres, las direcciones y todo lo que podáis conseguir de estos cabrones. Después, deshaceos de ellos sin llamar la atención.

Los hombres de mi padre se movieron como si fueran uno solo. Recogieron los cuerpos y se dispusieron a salir por la puerta. Pero había algo que no terminaba de cuadrarme, algo que me tenía intranquila y no paraba de rondarme por la cabeza. Si no daba pronto con ello, me volvería loca.

«Bueno, más loca».

Me acerqué al montón de ropa manchada de sangre de nuestros atacantes y empecé a rebuscar.

—¿Ya está? —pregunté sin dirigirme a nadie en particular.

—¿El qué?

Aleksandr se situó a mi lado y examinó también el montón de ropa.

—¿No llevaban nada más? ¿Dónde están las armas?

—¿Armas? —se burló Stefano—. ¿Qué armas? Yo solo he visto cuchillos y algunas pistolas de pacotilla.

Todos los presentes asintieron en señal de acuerdo, lo cual me confundió aún más. Fruncí el ceño mientras seguía dándole vueltas a la cabeza. Mi padre captó mi desconcierto y se acercó a nosotros.

—¿Qué pasa, *moya doch*?

«Hija mía».

Intenté ordenar mis pensamientos. ¿Que qué pasaba? Pues pasaba algo. Algo que no tenía sentido. Algo que echaba de menos.

—Si tuvieras pensado atacar no solo a un enemigo, sino a *dos*, ¿enviarías a tus hombres a luchar sin nada más que un puñado de cuchillos y unas pistolillas de mierda?

Mi padre arrugó la frente.

—Claro que no.

—Exacto, no lo harías. Los mandarías con un buen arsenal para asegurarte la victoria.

Mi padre asintió como si fuera una conclusión obvia.

—Y entonces, ¿por qué Nero no lo ha hecho?

En la habitación se hizo el silencio mientras mi pregunta quedaba

suspendida en el aire. ¿Por qué enviaba a sus hombres a atacarnos si la derrota estaba cantada? No tenía ni pies ni cabeza

—¿A lo mejor Nero es imbécil? —sugirió Lukyan, encogiéndose de hombros.

—Puede que sea imbécil, pero aun así no enviaría a sus hombres a luchar sin las armas adecuadas —terció Alessandro.

—Pero eso es precisamente lo que ha hecho. A menos que…

—¿A menos que qué? —preguntó Nikolai.

Y entonces todas las piezas encajaron.

—A menos que no le quedara otro remedio.

Mi padre y Aleksandr me miraron con el ceño fruncido mientras asimilaban lo que acababa de insinuar. Se me antojó que, allí plantados el uno al lado del otro con aquella expresión idéntica, eran el vivo retrato del otro.

De pronto, mi padre abrió los ojos como platos y su desconcierto se transformó en furia.

—¡Comprobad el cargamento! —vociferó.

Aleksandr se puso en marcha y abandonó la sala sin perder tiempo. Volvió al cabo de unos minutos, y su cara larga bastó para saber que no iba a gustarnos lo que tenía que decir.

—No está. Todo lo que teníamos a punto para el envío a los De Luca… ha desaparecido.

Sacudió la cabeza y contrajo los labios en una mueca de disgusto.

—Esos cabrones nos han saqueado las armas.

Mi padre se quedó mirándolo mientras por sus venas corrían oleadas de pura cólera que lo obligaron a cerrar los puños y apretar

los dientes. Hizo crujir el cuello hacia la izquierda y luego hacia la derecha, y a continuación echó los hombros hacia atrás.

«Oh, no».

Lo siguiente que hizo fue rugir a todo pulmón y estampar los puños en la mesa una, dos y tres veces. La madera crujió bajo su fuerza implacable, y eso lo puso aún más furioso. Cogió el escritorio por debajo del tablero y, en su arrebato de ira, lo levantó y lo lanzó por los aires hasta la otra punta de la sala. Los presentes se apartaron de en medio para no sufrir el impacto de lo que quedaba de aquel mueble tan caro.

—*Podozhdi poka ya ikh ne dostanu!* —gruñó en ruso.

«¡Esperad a que les ponga las manos encima, joder!».

—Un momento. ¿Se lo han llevado todo? —le pregunté a Aleksandr.

Sus ojos de un azul cristalino se cruzaron un instante con los de mi padre. Tenía la preocupación grabada en la cara. A continuación, se volvió hacia mí y asintió.

—¿También los AK-47 y los P-90?

Mi padre tenía un nuevo contrato con una pandilla de moteros de Las Vegas. Nunca habíamos trabajado para ellos antes, pero necesitaban un arsenal de primera para una guerra por el control del territorio contra una banda rival, y nos pagaban el doble. Estaba prevista una entrega de dos cajas de AK-47 y de P-90 para dentro de unos días.

Lukyan dio un paso adelante. Tenía la mirada radiante de emoción.

—Illayana, eres un puto genio.

—¿Qué? —preguntó Andrei mirándonos alternativamente.

—Mi padre puede ser… un poco paranoico. —Me volví a mirarlo y él se encogió de hombros—. Cuando cierra un trato con un cliente nuevo, pone un localizador en el cargamento. En el caso de que decidieran jugárnosla y llevarse las armas sin pagar, tendríamos la forma de encontrarlos.

—Actívalo. Descubre dónde están —ordenó mi padre.

Nikolai empezó con sus movidas tecnológicas. Al cabo de unos minutos, esbozó una sonrisita de listillo y nos plantó delante su portátil.

—Los tengo. Están a un par de horas, en una ciudad que se llama San Bernardino.

Mi padre sonrió. Era un gesto verdaderamente perverso y sediento de venganza.

—Seguramente están volviendo a Chicago. Es la ocasión perfecta para recuperar lo que es nuestro.

Mi padre asintió.

—Saldremos al anochecer. Nos han robado las armas, así que estamos en desventaja. Tendremos que ayudarnos de la oscuridad para equilibrar las fuerzas.

—¿Y cómo vamos a atacarlos? Ni de coña podemos medirnos con ellos —dije.

—Creo que ha llegado la hora de avisar a tu padrino —respondió él con gesto astuto—. Andrei: quiero que reúnas a veinte de nuestros mejores soldados; que estén listos para cuando oscurezca.

Andrei asintió y salió del despacho llevándose a Nadia.

Mi padre se volvió hacia Alessandro.

—¿Vienes con nosotros?

Él lo miró con sorna.

—¿De verdad me lo preguntas? —Cogió el móvil y se lo acercó a la oreja. Tenía los ojos brillantes de emoción—. Vincenzo, reúne a los hombres. Nos vamos de cacería.

—Estupendo, porque no veo la hora de matar a alguien.

Todos nos volvimos al oír esa voz que no esperábamos. En la puerta estaba Arturo, ensangrentado y lleno de vendas, y nos miraba con un centelleo airado en la mirada.

Al verlo, el corazón empezó a latirme mucho más deprisa. Incluso así, magullado y cubierto de sangre, era el hombre más guapo que había visto en mi vida.

—Arturo —musité, y me acerqué a él.

Él me examinó de arriba abajo y puso cara de alivio al ver que estaba ilesa.

—*Ciao, moglie*.

«Hola, esposa».

Antes de que tuviera tiempo de responder, juntó sus labios con los míos y me besó como si fuera la primera vez en varios días, con un ímpetu y un frenesí que jamás había visto ni experimentado. Noté que el calor me invadía por dentro cuando me acercó más a él; la sangre me hervía de deseo. Introdujo más la lengua, y su sabor me arrebató todos los sentidos y los pensamientos.

Yo gemí de placer y me aferré a sus hombros anchos y musculosos para sostenerme. Profundicé en el beso y nuestras lenguas se entrelazaron en una danza de pasión desenfrenada. Y de pronto, sin dar tiempo a nada más, le puso fin.

Arturo retrocedió y me obsequió con aquella puta sonrisita suya que siempre me ponía tan cachonda. A continuación, se volvió hacia

mi padre y Alessandro, que aguardaban de pie en el centro de la sala.

—¿Cuándo nos vamos?

19

ARTURO DE LUCA



De verdad que no me parece una buena idea.

Illayana frunció los labios mientras me miraba con cara de desaprobación.

Llevábamos casi una hora discutiendo sin lograr ninguna clase de consenso. Yo quería sumarme a los cazadores que esa noche iban a recuperar nuestras armas. Ella quería que me quedara a descansar para recuperarme físicamente de las heridas que había sufrido debido a la explosión.

Entendía el motivo, veía que estaba preocupada por mí, pero era algo a lo que debía acostumbrarse. Pronto me convertiría en el *don* de la Cosa Nostra, lo que significaba que mi vida estaría en riesgo constantemente. Era mejor que se familiarizara cuanto antes con esa sensación.

—Lo comprendo —dije mientras me retiraba poco a poco el vendaje del torso.

Me había incorporado y ocupaba cómodamente un lugar en el borde de la cama; ella estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, justo delante de mí. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se había vestido con unas mallas negras y una camiseta holgada. Estaba igual de guapa que cuando la vi caminando hacia el altar.

«Mierda, es mi noche de bodas».

—Pues parece que no. Tu cuerpo ha sufrido lesiones importantes. Lo último que necesitas es otra pelea.

Respondí con un gruñido y tuve que reprimirme para no poner los ojos en blanco. Incluso yo sabía que hacer ese gesto delante de una mujer implicaba llamar a gritos al mal tiempo.

—Ya lo sé. Ya me lo has dicho.

Dejé a un lado las vendas usadas y empecé a untarme más pomada antiséptica en las heridas. En realidad, no era para tanto. Tenía solo cuatro rasguños y algunos buenos moratones. Cada vez que me movía, notaba todo el cuerpo magullado —claro que no pensaba decírselo a Illayana— y me dolía un poco la cabeza, pero eso era todo. La cosa parecía mucho más grave de lo que era en realidad, e imaginaba que de ahí venía su empeño por retenerme.

—Entonces, haz el favor de escucharme, joder —me espetó.

Arqueé una ceja y disfruté en secreto de su actitud respondona, más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Parece que alguien se ha levantado con malas pulgas esta mañana —musité mientras me retiraba otra venda del torso.

Ella resopló y estiró las piernas en el suelo.

—Si esto te parecen malas pulgas, ya verás lo que te espera.

«Uy, esto no pinta nada bien».

Lo más sensato era cambiar de tema. Estaba claro que no íbamos a resolver nada a menos que por fin se decidiera a escucharme.

«Ni de coña».

Nos quedaban un par de horas antes de que tuviera que marcharme. Nikolai y Lorenzo estaban pendientes del GPS por si los enemigos cambiaban de posición y teníamos que reajustar los planes.

Salté de la cama, me deslicé hasta el suelo delante de Illayana y apoyé la espalda en el colchón. Ella me observó con cautela y me examinó todo el cuerpo con sus ojos azul ártico en busca de cualquier señal de dolor o malestar.

«Buen intento, *kotenok*. Pero no voy a ponértelo fácil».

—Háblame de Dominik. Sé que tenéis una historia interesante.

Ella se echó a reír y se le iluminó el rostro.

—Más que interesante. También es una historia muy muy larga.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué? Tenemos tiempo.

Illayana apretó los labios y frunció el ceño. Vi que no quería hablar del tema en ese momento, pero no pude evitarlo. Me moría de ganas de saberlo. Al final, respiró hondo y exhaló con fuerza.

—Vale. Pero deja de mirarme como si me hubiera cargado a tu puto perro.

La obsequié con una amplia sonrisa que dejó al descubierto todos mis dientes. Ella sacudió la cabeza y se echó a reír con una expresión pícara en la mirada.

—De verdad que es una historia muy larga, así que te contaré una versión reducida. —Inspiró hondo otra vez antes de continuar—.

Como seguro que ya has deducido, mi padre tiene un hermano gemelo. Son gemelos idénticos. Lo habitual es que el puesto de *pakhan* pase al primogénito, pero, aunque Dominik nació dos minutos antes que mi padre, mi abuelo decidió que tendrían que ganárselo. Por eso, de pequeños, los enfrentó; los obligó a competir en todo y por todo. Quería que su sucesor fuera el mejor de los dos. El tiempo se encargó de dejar claro quién era superior.

—¿Tu padre?

Ella asintió, con un brillo de orgullo en la mirada.

—Era mejor en todo: planes, estrategias, lucha… Lo que fuera. Cuanto más destacaba mi padre, más lo odiaba Dominik. Le guardó rencor durante muchos años. Creía que el puesto de *pakhan* era su derecho de nacimiento, aunque hubiesen llegado al mundo con solo un par de minutos de diferencia. Detestaba tener que competir por lo que creía a pie juntillas que le correspondía. Un día, mi abuelo se propuso expandir el negocio en Estados Unidos, pero no quería dejar el territorio ruso, donde se sentía a salvo. Por eso decidió que fuese mi padre quien ampliara las fronteras y empezara el reino de los Volkov en América. Y a mi tío no le sentó muy bien.

—Ah, ya me lo imagino —la interrumpí, entusiasmado por la historia.

—Creía que le estaban arrebatando lo que era suyo. Unas cuantas noches antes de la fecha en que mi padre tenía previsto marcharse, Dominik intentó matarlo. Decidió que la forma más adecuada de demostrar quién era el mejor de una vez por todas era una batalla a muerte. Se coló en el dormitorio de mi padre en plena noche y quiso rajarle el cuello, pero él siempre ha tenido un sueño muy ligero. Se despertó justo cuando su hermano estaba a punto de

clavarle un cuchillo en la garganta, y entonces se armó la de Dios es Cristo. Se cabreó tanto por que hubiera querido matarlo que estuvo a punto de mandarlo al otro barrio de una paliza. Al día siguiente nos trasladamos a Las Vegas, y no volvió a hablarse de Dominik hasta que años más tarde apareció en Estados Unidos.

«Joder. Qué historia tan interesante».

En primer lugar, no podía creer que Dominik hubiera intentado matar a su propio hermano. En segundo, que Dimitri lo hubiera dejado con vida. Siempre me había parecido un tipo de los del ojo por ojo. Por eso, el hecho de que permitiera que su hermano escapara después de intentar asesinarlo me extrañaba muchísimo.

—Es mi turno —dijo, y estiró más las piernas para cambiar de postura—. Gabriella. Quiero saber qué hay entre vosotros.

Arrugué la frente.

—No hay nada.

—A mí no me lo ha parecido —dijo, levantando una ceja.

Suspiré.

—Nos conocemos de toda la vida.

—Ajá. ¿Y?

—Y ya está. Todo el mundo creía que acabaríamos casándonos. De hecho, más bien me empujaban a hacerlo. Pero no me he casado con ella.

—¿Quién te empujaba?

—Mis padres, sus padres, algunos otros miembros importantes de la *famiglia*… —Me encogí de hombros—. No me atrevo a decir que somos amigos, pero nos conocemos bastante bien.

—¿Follabais?

Me estremecí. Esperaba poder evitar esa pregunta.

—Sí.

—¿Mucho?

—Define «mucho».

Illayana se mordió el labio, pensativa. Eso hizo que me entraran ganas de tumbarla y morderla yo.

—¿Una vez a la semana?

—No.

Esperaba que dejara el tema, pero, por supuesto, no lo hizo.

—¿Una vez al mes?

—No sé la frecuencia exacta —dije para zafarme de responder.

—Es muy fácil. ¿Le metías la polla como mínimo una vez al mes? —soltó.

Yo entorné los ojos.

—Sí.

—¿Cuánto rato?

Me pasé la mano por la cara con un gruñido.

—¿Podemos dejarlo estar? Es que es un tema de mierda.

—Si quieres, mejor hablamos de si esta noche vas a ir con los chicos o no.

—Prefiero no hablar de eso, la verdad. ¿Qué hay de tu prima? La hija de Dominik. ¿Cuál es su historia?

Para ser sincero, me importaba una mierda la imbécil de su prima, pero me pareció que cambiar de tema la distraería y evitaría que discutiéramos.

Sin embargo, Illayana estaba que echaba chispas cuando me miró. Arrugó la frente y contrajo toda la cara en una mueca de disgusto.

—No quiero hablar de ella.

—Va, venga. Seguro que te mueres de ganas de despellejarla viva.

Ella negó con la cabeza y su coleta se balanceó en el aire.

—Qué va. Sé lo que intentas, y no va a funcionar.

—¿Y qué es lo que intento? —pregunté con aire inocente.

Ella me dio una palmada juguetona en el pecho, y su sonrisa iluminó la habitación.

—Distraerme. Y, como te he dicho, no va a funcionar. Me he criado con tres hermanos y conozco todos los trucos.

La obsequié con una sonrisita. Los míos aún no los conocía.

Le acaricié el brazo con los dedos y disfruté viendo cómo se le ponía la carne de gallina. Illayana dio un suspiro entrecortado, y su mirada reflejó un deseo ardiente. Todos los pensamientos sobre Gabriella se esfumaron cuando bajé más la mano y la deslicé por su vientre para detenerme justo encima de la cinturilla de sus mallas.

La observé de cerca y vi que la invadía un fuerte anhelo. Deslicé la mano por dentro de la prenda y lo primero que noté fue la textura del encaje.

Musité algo ininteligible y puse los ojos completamente en blanco.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo llevo esperando poder tocarte así? —susurré con voz seductora, y la atraje más hacia mí.

Ella gimió y dejó caer la cabeza hacia atrás cuando la envolví en un fuerte abrazo.

—Mucho, muchísimo tiempo. Desde la primera vez que te vi. —Respiré contra el hueco de su cuello y eso hizo que un escalofrío le recorriera la columna vertebral—. Y ahora… por fin… voy a tenerte para mí…

Toc, toc.

—Mis disculpas, señorita Illayana. El señor Lukyan me envía a buscarla —anunció una voz femenina desde el otro lado de la puerta.

Di un gruñido de frustración y enterré la frente en el hombro de Illayana.

—Debe de ser una broma, joder —mascullé.

Ella rio por lo bajini y me acarició el pelo con tal suavidad que me estremecí. Me volvían loco las caricias en la cabeza.

—Voy a ver qué quiere. Si no, vendrá él aquí.

«Ay, no, joder».

La obsequié con una palmadita en el culo cuando se puso de pie y se dispuso a ir hacia la puerta.

—Date prisa.

Ella se giró para mirarme con un gesto seductor a la vez que se mordía el labio y me guiñaba un ojo. Eso no ayudó precisamente a calmar mi pedazo de erección, así que cogí una almohada de su cama y la usé para taparme justo en el momento en que se abría la puerta.

La mujer menuda que esperaba al otro lado mantuvo la cabeza baja y las manos entrelazadas a la espalda.

—Mis disculpas por molestarla, señorita Illayana. El señor Lukyan me envía a buscarla. Me ha pedido que le diga que se reúna con él en el almacén.

—¡Ni hablar! —grité desde el suelo—. Dile que está ocupada.

La mujer levantó ligeramente la cabeza y posó sus ojos marrones primero en mí y luego en Illayana.

—¿Señorita?

—¿Sabes qué quiere? —preguntó, ladeando la cabeza.

«No puede ser. Ese puto tío me va a cortar el rollo y ni siquiera está aquí».

—No estoy segura, señorita Illayana. Cuando me lo ha pedido, estaba haciendo *sparring* con alguien de la Cosa Nostra.

—Vale, gracias —dijo Illayana con un gesto de asentimiento.

Cerró la puerta y se volvió hacia mí con la cara rebosante de emoción.

—Se me ha ocurrido la solución perfecta para nuestro problema.

Arqueé una ceja.

—No sabía que tuviéramos un problema.

—Esta noche tú quieres salir a vengarte y yo quiero que te quedes aquí y te recuperes. Ninguno piensa dar su brazo a torcer. Ese es el problema.

—No necesito recuperarme. Ya te he dicho que estoy bien.

Ella alzó la barbilla y entornó los ojos con gesto desafiante.

—Pues demuéstramelo. Pelea conmigo.

Yo puse cara de sorpresa al escuchar algo para lo que no estaba nada preparado.

—¿Que pelee… contigo? —pregunté sin dar crédito. Ella me clavó la mirada, y sus rasgos, normalmente suaves y delicados, se volvieron duros e implacables. De pronto, me sentí muy incómodo—. No, no puedo.

—¿Por qué no?

«Mierda». Notaba que rezumaba cólera como si fuera lava, y su labio se curvó formando una mueca muy impropia de una dama.

—Sé razonable. No quiero hacerte daño.

Bajé el tono de voz en un intento de calmarla, pero al parecer

conseguí producirle el efecto contrario. Illayana apretó los puños a lado y lado del cuerpo, rígida por completo. Empezó a ponérsele la cara roja y casi podía ver humo salir de sus orejas.

«Ay, joder. Eso no puede significar nada bueno».

—Ya veo —dijo con obstinación, apretando los dientes.

Sin pronunciar una palabra más, dio media vuelta y salió de la habitación.

—¿Illayana? —la llamé, pero ella me ignoró.

Suspiré, me pasé la mano por la cara y empecé a soltar reniegos antes de seguirla.

«Soy demasiado mayor para esta mierda».

—¡Illayana! —la llamé de nuevo, pero ella siguió caminando como si oyera llover.

Cuando llegué a la escalera, ella ya había bajado la mitad del tramo. Daba la impresión de que el aire que la rodeaba se agitaba con furia a cada paso suyo.

—¡No pienso ir detrás de ti! —le grité desde arriba.

Me ignoró por completo. Otra vez.

«Vale, me estoy cabreando».

—¡Illayana! —chillé.

Ella llegó al pie de las escaleras y desapareció de mi campo de visión sin siquiera volverse para mirar.

«Muy bien. Si no quiere saber nada de mí, ¿por qué me preocupo? Ya volverá. Siempre vuelven».

Y aun así, allí esperando en lo alto de la escalera a que esa mujer recapacitara, empecé a sentirme cada vez más incómodo.

—Si crees que va a volver y arrodillarse ante ti, puedes esperar sentado —dijo una voz grave en la oscuridad.

Di media vuelta y vi que uno de los hombres de Dimitri aparecía de entre las sombras para situarse justo a mi lado. Encogí los hombros y me asomé por encima de la barandilla.

—Me da igual si vuelve o no.

Sin embargo, nada más pronunciar esas palabras, me di cuenta de que eran una mentira como una casa. El hombre se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Sí, ya, claro.

Se dispuso a volver a ocultarse entre las sombras, ya que, aparentemente, nuestra conversación había terminado, pero no pude evitar preguntarle una cosa.

—Solo por curiosidad, si quisiera saber dónde está…, aunque no digo que quiera, pero si quisiera…, ¿dónde podría encontrarla?

Mantuve los ojos fijos en la escalera, evitando mirar al hombre. Aun así, con la visión periférica capté la sonrisita de su cara y me entraron ganas de arrancársela de un bofetón.

—Donde va siempre que alguien la cabrea. —Como no continuó hablando, arqueé una ceja y le lancé una mirada fulminante. Me daba igual que fuese de la Bratva. Si no pronunciaba la siguiente frase ya, se la sonsacaría con cuatro hostias—. Al almacén.

20

ARTURO DE LUCA



«No pienso hacerlo. No lo voy a hacer. Ni de puta broma. Soy Arturo Giovanni de Luca. No voy detrás de ninguna mujer, ni siquiera de la mía».

«Bueno, y si eso es verdad, ¿qué haces ahora en mitad del almacén?».

«A veces me gustaría mandar a la mierda a mi propio cerebro».

Estaba en un terreno que me era desconocido por completo. Normalmente, cuando discutía con una mujer, lo único que tenía que hacer era chasquear los dedos y ella volvía corriendo a mi lado.

«Pero Illayana no».

Y lo que más me cabreaba de todo era que, encima, me estaba gustando. Me gustaba la sensación de no poder controlarla. Me

gustaba no tener ni idea de cuál sería su siguiente reacción. Era… estimulante.

Cuando entré en el almacén, se respiraba un ambiente de pura efervescencia. Nadie diría que pocas horas antes el lugar había sido el escenario de un suceso devastador.

El aire vibraba alrededor de las personas agolpadas junto al cuadrilátero de boxeo, gritando para que se derramara más sangre. Todos los heridos durante el ataque habían sido trasladados a otra sala del mismo edificio para dejar libre el espacio que nuestros soldados necesitaban de forma imperiosa para descargar la tensión acumulada.

Illayana estaba situada entre Lorenzo y Luca, sentada sobre las piernas cruzadas y sonriendo. Me incomodó comprobar la cercanía de sus cuerpos, y fulminé a mis hombres con la mirada.

Christian y Lukyan estaban en el cuadrilátero, intercambiando golpes. No se trataba de un combate serio, según me pareció. Era solo un pequeño entreno amistoso.

La multitud enloqueció. Todos se pusieron de pie y empezaron a aplaudir cuando Christian le plantó un buen puñetazo en la cara a Lukyan. El impacto le giró la cabeza, y empezó a salirle sangre del labio partido y a resbalarle por el mentón.

Lukyan se volvió para mirar a Christian, y el muy cabrón sonreía.

Una voz femenina pronunció mi nombre y me di la vuelta para mirar. Gabriella caminaba a grandes zancadas hacia mí, con los ojos rojos de haber llorado. Aún llevaba puesto el vestido de fiesta de color blanco, solo que estaba manchado de barro y de sangre. Me abrazó con fuerza y apoyó la cabeza en mi pecho mientras sollozaba sin control.

—Dios mío, Arturo. Mi madre sigue inconsciente, aún no se ha despertado. No puedo creer que esté pasando esto.

La abracé con gesto tenso.

—Se pondrá bien.

—Pero ¿y si no? ¿Y si se muere? —dijo de forma entrecortada, y enterró más la cara en mi pecho.

—No se morirá.

Le aparté los brazos y di un paso atrás para poner un poco de distancia entre ambos. Ella bajó un momento la cabeza y a continuación se tapó la cara con una sonrisita. Miró alrededor del almacén.

—Qué sitio tan raro, ¿verdad? ¿Te imaginabas que eran así de brutos? Qué cosa, eso de pelearse unos con otros mientras la gente hace apuestas y los anima —dijo, y sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—La verdad es que me parece una pasada.

Gabriella echó la cabeza para atrás, carcajeándose.

—Pues claro. —Dio un paso hacia mí y me acarició con los dedos un pequeño cardenal que se me había formado justo debajo del ojo por efecto de la explosión que me hizo saltar por los aires—. Pobrecito. Estás herido.

En ese momento, mi mirada se encontró con la de Illayana, que me observaba por encima de la multitud, y, de repente, borró la sonrisa de su cara y entornó los ojos hasta hacerlos parecer dos rayitas.

«Mierda».

Antes de que tuviera tiempo de apartarme de Gabriella, Illayana se puso de pie. Nos quedamos mirando durante lo que me

parecieron varias horas, aunque sabía que habían sido apenas diez segundos. Di un paso atrás de inmediato, pero el daño ya estaba hecho.

Illayana fue la primera en interrumpir el contacto visual, y se acercó con decisión al cuadrilátero. Lorenzo y Luca se levantaron de inmediato para seguirla. Cuando llegó al espacio de combate, dio dos fuertes palmadas en el suelo para captar la atención de su hermano.

Lukyan abandonó su posición defensiva para incorporarse y acercarse al borde del cuadrilátero, donde se agachó y sacó la cabeza entre las cuerdas para que Illayana pudiera susurrarle algo al oído. Al cabo de unos segundos, me miró fijamente desde el otro lado de la nave y sonrió. Hizo una señal afirmativa antes de ponerse de pie otra vez y volver junto a Christian.

Illayana se acercó rápidamente a un muro del extremo más alejado del edificio, donde había toda una colección de armas distintas: cuchillos, dagas, espadas, hachas, nunchakus, bastones, porras… La lista era interminable, y en conjunto resultaba bastante impresionante.

Cogió un par de nunchakus y un bastón largo y volvió a la zona de combate. Christian ya había saltado del cuadrilátero y se había reunido con su hermano y con Lorenzo entre la multitud. Lukyan aguardaba en la tarima, descamisado, cubierto de sangre y sudor que le resbalaban por la espalda. Se recogió el pelo en un moño alto para retirárselo de la cara y empezó a dar saltitos en el sitio, de modo que su cuerpo siguiese bombeando adrenalina.

Oí que Gabriella seguía hablándome con su voz chillona, pero no

procesé ni una sola palabra de lo que me decía. Tenía los ojos pegados a la escena que se estaba desarrollando frente a mí.

Illayana arrojó el bastón como si fuera una jabalina y Lukyan lo recogió sin el menor esfuerzo. A continuación empezó a darle vueltas con agilidad alrededor de su cuerpo y acabó por detenerse frente a mi mujer, en una postura que indicaba que estaba listo para pelear. Ella llevaba un nunchaku en cada mano y tenía la mirada decidida cuando se plantó justo delante del cuadrilátero.

«Joder».

Di un paso adelante, empeñado en acabar de inmediato con esa situación de mierda, cuando alguien posó la mano con fuerza sobre mi hombro. Volví un poco la cabeza, intrigado por saber quién cojones se creía con derecho a detenerme, y entonces vi a Dimitri a mi lado.

El hombre fulminó con la mirada a Gabriella, que, asustada, se encogió y se apartó un poco. A continuación, Dimitri hizo un gesto con la cabeza para indicarle que se largara, y ella salió corriendo hacia la enfermería, donde estaba su madre.

Dimitri observó a sus hijos con curiosidad.

—Le has dicho algo que la ha cabreado, ¿verdad? —preguntó.

Me molestó un poco que me acusara tan rápidamente de ser el responsable del mal humor de Illayana.

—Todo lo que le digo la cabrea.

Dimitri soltó una risita.

—Me lo creo. Es bastante temperamental, como su madre. ¿Quieres un consejo? —Contesté con un sonido gutural—. Ha subido ahí para demostrarte de lo que es capaz, a ti y *solo a ti*. Presta atención.

Entorné los ojos.

—Eso me ha sonado mucho a orden, Dimitri —le solté, y noté que mi furia iba en aumento.

No estaba de humor para que me hablara como si fuese uno de sus putos soldados

—Porque lo es. Créeme cuando te digo que aún se cabreará más si, para demostrarte lo que quiere, tiene que repetirlo.

Illayana saltó al cuadrilátero, e inmediatamente centré en ella toda mi atención. Hizo girar los nunchakus alrededor de su cuerpo unas cuantas veces antes de agacharse para adoptar una posición similar a la de Lukyan.

En la nave se respiraba una mezcla de entusiasmo, desconcierto y preocupación. Los hombres de la Bratva hablaban unos con otros muy deprisa en ruso, hacían apuestas sobre quién ganaría y se pasaban dinero. Los de la Cosa Nostra —o sea, los míos— miraban con desconcierto a mi nueva esposa.

Situados frente a frente, Illayana y Lukyan volvieron la cabeza hacia su padre. Tras unos segundos muy tensos, la profunda voz de Dimitri resonó en todo el almacén.

—*Nachat*.

«Empezad».

Lukyan se lanzó blandiendo el arma con fuerza y rapidez, apuntando a la cabeza de Illayana. Ella se mantuvo firme, sin vacilar. Hizo volar los nunchakus sobre su cabeza formando una X y bloqueando el ataque de su hermano. Avanzó y obligó a Lukyan a retroceder unos pasos antes de seguir con la ofensiva.

Movía los nunchakus deprisa: izquierda, derecha, arriba, abajo, y alternaba ambas manos. Pero Lukyan bloqueó todos los golpes,

adaptándose a su ritmo. Se lanzó con el bastón de nuevo a la cabeza de Illayana, pero ella se agachó y lo esquivó, y con un movimiento tan rápido que apenas dio tiempo de captarlo, saltó, plantó los pies en el muslo de su hermano y se dio impulso para ejecutar una voltereta en el aire y darle una patada en toda la cara. El impacto le lanzó la cabeza hacia atrás, y la multitud vitoreó a Illayana, que aterrizó de pie en el suelo con una sonrisita insolente.

«Joder, qué sexy».

Yo no podía dejar de observar la pelea ni a Illayana. Era diferente de todas las mujeres a las que había conocido a lo largo de mi vida. No habría logrado apartar los ojos de ella ni aunque me lo hubiera propuesto.

Lukyan no tuvo ocasión de contraatacar, porque Illayana corrió hacia él y dio un salto en el aire. Juntó los nunchakus y golpeó a su hermano con fuerza, utilizando toda la potencia del impulso y la fuerza de la gravedad.

Él levantó rápidamente el bastón para defenderse, pero el potente ataque de Illayana rompió el arma en dos y obligó a Lukyan a retroceder tambaleándose. Bajó la vista a sus manos, donde sostenía sendas piezas del bastón roto, y luego miró de nuevo a su hermana. Los dos permanecieron así unos segundos antes de arrojar sus armas a un lado.

Se precipitaron el uno hacia el otro y se encontraron en el centro del cuadrilátero. Lukyan agitó uno de sus musculosos brazos en dirección a su hermana, pero ella agachó la cabeza y le dio un fuerte puñetazo en el abdomen. Con la agilidad de una liebre, siguió con un gancho ascendente en la barbilla. A continuación, giró sobre las

puntas de los pies y le propinó una patada en el pecho que lo lanzó volando hacia atrás.

Ella se le echó encima, le rodeó el brazo con las largas piernas y lo inmovilizó aplicándole una llave. Lukyan forcejeó, todos los presentes podíamos oír sus gruñidos de frustración, pero Illayana lo tenía bien sujeto. No había posibilidad de escape. Aumentó la presión y él gritó de dolor.

Todo el mundo se puso de pie para aplaudir y animar la pelea que estaba teniendo lugar.

—No seas imbécil, Lukyan —masculló Illayana—. Ríndete. Eres mío.

Incluso desde la distancia, vi la sonrisita en la cara del chico.

—Jamás —gruñó.

Solo dijo una palabra, pero esta reflejó todo el dolor de su cuerpo.

Illayana se quejó entre dientes y aplicó más fuerza a la llave, y supe que en cuestión de segundos podría partirle el brazo a su hermano.

—Illayana —la llamó Dimitri—. *Nay slomay emu ruku*.

«No le rompas el brazo».

La chica emitió un gruñido de frustración, pero terminó cediendo y aflojó la presión. En vez de eso, bajó la pierna con fuerza y usó el talón para golpearle el pecho a su hermano, y él soltó un gemido. Ella rodó hacia atrás y se puso en cuclillas.

Lukyan se llevó la mano al torso. Tenía la cara deformada por el dolor cuando se puso de pie despacio. Se frotó la zona donde había recibido el golpe y le dirigió una mirada furiosa a su hermana.

Actuó en un abrir y cerrar de ojos. En un momento dado, estaba

a cosa de un metro de ella; al siguiente, la tenía justo delante, estrujándole el cuello con la mano. La levantó unos palmos del suelo, se rio en su cara y la volvió a bajar.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba acercándome al cuadrilátero cuando noté que alguien me agarraba por los brazos y me impedía moverme.

—Espera —dijo Dimitri, sin apartar la vista de sus hijos.

Apreté los dientes y cerré los puños, y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no precipitarme hacia ese gilipollas y reventarle la cabeza a patadas. Lukyan estaba agachado encima de Illayana y aún la tenía cogida por el cuello. Me entraron unas tremendas ganas de encaminarme allí y patearle la cara.

Moviéndose como una acróbata profesional, ella se dio impulso para levantar las piernas hacia el pecho y rodeó con ellas el torso de su hermano como si fuera un mono araña. Y con más fuerza de la que ni siquiera el propio Lukyan se esperaba, lo lanzó lejos.

Rápidamente, Illayana se puso en pie como pudo y empezó a bloquear la serie de golpes que le soltó Lukyan. Tenía el labio partido, y un cardenal muy feo empezaba a aflorarle debajo del ojo izquierdo, pero el consuelo era que su hermano estaba igual o peor.

Se enzarzaron en un forcejeo en el que ambos intentaban situarse en la posición dominante con respecto al otro. Entonces, ella enganchó un pie detrás de la pierna de su hermano y lo atrajo hacia sí.

Lukyan cayó de bruces y se estampó en el suelo con un sonido estrepitoso, como un montón de fichas de dominó. Illayana dejó que se incorporara un poco antes de abalanzarse sobre su espalda, rodearle el torso con las piernas y el cuello con los brazos y aplicarle

una llave de estrangulamiento. El público estalló de entusiasmo. Todos gritaban a la vez, animándolos a ambos. El ambiente era una puta locura; electrizante, adictivo.

Illayana ejerció más presión para obligar a Lukyan a darse por vencido o dejarlo sin conocimiento. Él le dio unos cuantos codazos en el costado, pero ella no se rindió. Por lo que parecía, ninguno de los dos estaba dispuesto a hacerlo.

A pura fuerza de voluntad y determinación, Lukyan se levantó despacio, con su hermana aferrada a su espalda.

El pavor me recorrió de arriba abajo cuando me di cuenta de lo que pensaba hacer.

—*Lascialo stare! Ora!* —grité en italiano.

«¡Suéltalo! ¡Ahora mismo!».

Illayana debió de oírme, porque pocos segundos antes de que Lukyan se dejara caer hacia atrás, ella saltó, rodó por el suelo y aterrizó sobre una rodilla. Enseguida dio media vuelta para situarse de cara a Lukyan en el momento en que este se incorporaba del todo.

Justo cuando se abalanzaban hacia el otro para empezar de nuevo, Dimitri habló en ruso.

—*Dostatochno!*

«Ya está bien».

A pesar de la adrenalina que les recorría el cuerpo, se quedaron petrificados al instante, con los puños levantados y mirándose fijamente a los ojos mientras sus cuerpos goteaban sangre y sudor. Noté que querían seguir, que no estaban ni mucho menos en el punto de dar la cosa por terminada, pero ambos parecían dispuestos

a dejarlo estar y escuchar a su padre. Por lo menos, tuve esa sensación.

Illayana se irguió y se acercó a su hermano con una sonrisa letal. Le tendió la mano para que se la estrechara. Él la miró unos instantes con aire suspicaz antes de extender la suya, juntarla con la de su hermana y darle un buen apretón.

Sin perder la sonrisa, ella le propinó un puñetazo en el estómago y le barrió las piernas de una patada. Luego, salió corriendo del cuadrilátero antes de que él tuviera tiempo de contraatacar.

—¡He ganado! —gritó, abriéndose paso entre la multitud en dirección a donde estábamos Dimitri y yo.

No me quedaba claro si seguía cabreada conmigo, y, francamente, me daba igual. Acababa de luchar igual de bien que lo habría hecho cualquiera de mis hombres, y estaba claro que la había subestimado.

Pero se acabó.

Intercepté a Illayana en el aire cuando dio un salto y la abracé con fuerza. Ella me rodeó por la cintura con sus largas piernas. Me miró con intensidad y adoptó una expresión seria.

—Si Gabriella vuelve a tocarte, la mataré.

«Sí». No me cabía duda de que era muy capaz.

21

ILLAYANA DE LUCA



Me encontré con la espalda pegada a la pared cuando Arturo introdujo la lengua en mi boca, y una sensación electrizante me recorrió por dentro y me hizo gemir. Me aferré con las piernas a su cintura y le clavé las uñas en los hombros mientras trataba de profundizar en el beso, luchando por el control. Sin embargo, él no me lo cedió; no me dejó llevar la voz cantante. Me oprimió con su cuerpo fibroso y musculoso y me inmovilizó contra la pared a la vez que me agarraba el pelo con fuerza para mantenerme en mi sitio y negarme la posibilidad de moverme siquiera un centímetro de la posición en que me quería.

Y, joder, me encantaba. Quería más; me moría de ganas de más.

Noté un cosquilleo de anticipación en el estómago. El más puro deseo me bajaba por la columna vertebral, y toda yo estaba a la

expectativa. Noté que me palpitaba el coño, desesperada por sentirlo dentro de mí, y al apretar los muslos para frotarme contra él, le arranqué un gruñido.

—Estabas tan tremendamente sexy —musitó Arturo mientras me recorría el cuello a besos.

Me pellizcó con los dientes el punto donde me latía el pulso, y solté un grito ahogado, maravillada por la sensación.

—Tenía ganas de matar a ese gilipollas por ponerte la mano encima. Le habría rajado el cuello por hacerte sangrar.

—Solo ha sido un combate amistoso.

—Me importa una mierda. Estoy por partirle la puta cara.

Yo le acaricié el pecho y bajé más y más hasta alcanzar la cinturilla de sus pantalones.

—¿Qué te parece si dejamos de hablar del imbécil de mi hermano? —susurré mientras le recorría los carnosos labios con la lengua—. Se me ocurre algo mejor en lo que usar la boca.

Arturo me cogió las manos para evitar que le rozara sus partes y las sujetó por encima de mi cabeza.

—¿Y ahora? —Frotó la pelvis contra mí y me mostró hasta qué punto estaba excitado—. A veces es divertido hablar. —Me sujetó las dos manos con una de las suyas, y con la otra me asió por el cuello —. ¿Quieres saber cuántas ganas tengo de follarte ahora mismo? ¿Sabes cuántas veces he pensado en tenerte así desde que te conocí? Exactamente así, a mi merced.

Gemí e intenté inclinarme hacia delante para besarlo, pero él me sostuvo hacia atrás con solamente apretar la mano.

—Te gusta como suena, ¿eh, *kotenok*? Seguro que te mueres por saber todas las guarrerías que me he imaginado haciéndote.

—Sí —musité, y noté que mi sangre estaba cada vez más caliente y mi cuerpo anhelaba su contacto, su cercanía, el sonido rasposo de su voz seductora.

Arturo me aferró las muñecas con fuerza y paseó la otra mano por mi brazo, provocándome una sensación de piel de gallina. Contuve la respiración cuando usó ambas manos para agarrar mi camiseta y rasgármela.

«Ay, joder».

Me cubrió las tetas con las manos con gesto salvaje mientras me posaba los labios ardientes en el cuello.

—Llevo mucho tiempo deseando saber qué sabor tienes, cómo debe de ser la sensación de tenerte debajo de mí retorciéndote, qué clase de ruidos haces cuando te corres. —Me dio un pequeño mordisco en la clavícula y yo me estremecí—. Ha llegado la hora de descubrirlo.

Me besó con ímpetu y devoró mi boca como si fuera suya, como si tuviera todo el derecho sobre ella. Luego me agarró fuerte por el culo y me trasladó a la cama mientras su lengua me llevaba al límite, chupándome, mordiéndome, arrancándome un gemido tras otro.

Sabía hacer cosas *tan* maravillosas con ella que mi siguiente pensamiento fue qué debía de sentirse si la metía en otro sitio. Me tumbó en la cama y me miró desde arriba, con la mirada consumida por el deseo.

—Desnúdate.

«No tendrás que pedírmelo dos veces».

Me despojé de mi camiseta hecha jirones, me bajé las mallas negras y me las quité de una patada lo más rápido que pude. Y,

mientras, Arturo permaneció erguido sobre mí, alto y poderoso, con un gesto de determinación y la respiración agitada.

Sus bellos ojos dispares me recorrieron el cuerpo mientras un destello de satisfacción asomaba a su rostro.

—Todo. Quiero que te lo quites todo.

Me llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador para dejar que cayera. Introduje los dedos en la cinturilla de las bragas y me las bajé, descubriéndome por completo.

Algunas mujeres se habrían sentido cohibidas en esa situación, desnudas delante de otra persona, pero yo no era así. No tenía un cuerpo modelo ni de lejos, pero compensaba la falta de atractivo sexual con una gran autoconfianza.

Una mujer segura de sí misma es igual de sexy o más que otra que arranca miradas por la calle. Y, por suerte para mí, yo estaba más que segura de mí misma.

Arturo fijó la mirada en mi coño y se pasó la lengua por los labios.

—Bueno, ¿a qué estás esperando? Pruébame —susurré, y una sensación anticipatoria me recorrió todo el cuerpo.

Él arqueó una ceja.

—¿Y qué te hace pensar que mandas tú?

Arturo empezó a desvestirse de forma metódica, con parsimonia. Primero, se quitó los zapatos. Luego, se desabrochó el cinturón con toda la calma del mundo, sin dejar de mirarme a los ojos. El cinturón cayó al suelo con estrépito. Se quitó la camisa agarrándola por encima de los hombros y sacándosela por la cabeza.

Contuve la respiración y se me disparó el pulso. ¡Por Dios! Estaba buenísimo. Cuánto músculo, cuántos tatuajes. Era la viva imagen de

la fantasía sexual de cualquier mujer. Más de un metro noventa de pura fuerza y energía masculinas. Y lo tenía todo para mí.

Quise incorporarme para tocarlo, para pasear las manos por ese cuerpo perfecto, pero él me empujó hacia atrás.

—¿Te he pedido yo que te levantes?

«Ay, Señor, ten piedad».

Tenía una voz profunda, áspera, y eso me ponía aún más cachonda. Por no mencionar que me perdían los hombres dominantes, los que no tenían ningún miedo de tomar las riendas.

Arturo me aferró por los tobillos y me arrastró hasta el borde de la cama.

—Contéstame —susurró con aquella voz rasposa.

El calor me corrió por las venas al oír su tono imperativo. Notaba el palpitar de mi cuerpo anhelante.

—No, no me lo has pedido.

—Exacto. Y vas a hacer todo lo que yo te diga, ¿verdad, *kotenok*?

—Sí —contesté al momento, porque, verdaderamente, era lo que pensaba.

De no haber estado en la cama, la cosa me habría resultado incómoda. Pero, como ya he dicho…, me perdían los hombres dominantes.

Me abrió de piernas y se quedó mirando mi coño empapado. Casi se me paró el corazón al ver la expresión de sus ojos y el fuego abrasador con que me atravesó.

Me retorcí, impaciente por notar su boca en mi cuerpo. Anhelaba sentir sus dedos, su lengua. Él me echó las piernas hacia atrás hasta que los talones me tocaron el culo.

—Las manos en la cabeza. Entrelaza los dedos y no te muevas

hasta que yo te lo diga.

Un cosquilleo empezó a recorrerme el cuerpo. El deseo me consumía el alma. Dios, estaba tan excitada que apenas podía pensar con claridad mientras hacía lo que él me ordenaba. Tenía la respiración agitada y el pecho me subía y me bajaba.

—Estás temblando —dijo con voz grave, y se arrodilló.

—¿A que no sabes por qué? Pues porque tengo entre las piernas a un tío que está como un tren y que me está mirando el coño como si estuviera a punto de hacerme de todo.

Arturo esbozó su sonrisita.

—Ah, ya lo creo que voy a hacerte de todo, pero pienso tomarme con calma.

Noté el calor de sus labios en la parte interior del muslo. Me besó y me pellizcó con los dientes, provocándome mientras subía más y más, hasta que estuvo todo lo cerca que yo deseaba y a la vez tan lejos. Me estaba matando.

—Arturo —gemí, con el cuerpo trémulo.

Noté la humedad de su lengua cuando me acarició con ella la piel, hasta que por fin cerró la boca sobre mi clítoris.

Di un respingo y gemí cuando empezó a trazar círculos con la lengua en ese punto lleno de terminaciones nerviosas, y una oleada de placer me recorrió entera.

—Ay, virgen santa.

Me arqueé hacia su boca y balanceé las caderas contra él cuando aumentó la velocidad y la presión de sus movimientos. Me aferró por la cintura para sujetarme mientras daba lametazos, succionaba y me devoraba por completo.

Mientras, iba emitiendo sonidos de placer, y la vibración de sus

labios me obligó a dar otro respingo.

—Sabes mejor incluso de lo que imaginaba —dijo con voz gutural, clavándome las uñas en la piel—. Eres dulce como la miel.

La suavidad de su lengua era una tortura, y me arrancó gemido tras gemido.

—Joder, joder, joder —repetí mientras me retorcía contra él.

Empezó a darme besos con la boca abierta por todo el coño y me recorrió los pliegues con la lengua hasta que se situó junto a mi orificio y la introdujo en él.

—¡Ay, Dios! —grité.

—Mmm… qué a punto.

Entonces, le cogí la cabeza con fuerza para apretarlo contra mí. No pude evitarlo. La combinación de los movimientos de su lengua y esa voz masculina y profunda me hicieron imposible no tocarlo.

Él reaccionó tan rápido que apenas me di cuenta. Me asió las muñecas para sujetarme las manos por encima de la cabeza. Tenía la mirada encendida y los labios, húmedos y brillantes.

—Te he dicho que no te movieras.

—No he podido evitarlo —musité. Lo deseaba con todas mis fuerzas—. Quiero tocarte.

—Cuando sea tu turno. Ahora es el mío. —Me acarició el cuello con la lengua y me succionó el lóbulo de la oreja—. Bueno, ¿quieres correrte?

—Ajá…

Me dio una palmada en el culo.

—Dilo, Illayana. Quiero oírlo.

—Joder, sí, ¡quiero correrme!

Noté un mordisco en el hombro y solté un grito de sorpresa.

—A ver esos modales. Si no, no te correrás.

«Qué hijo de p…».

—No serás capaz de dejarme así.

Él retrocedió y me miró medio sonriente.

—¿Quieres comprobarlo?

«No, joder. Claro que no», pensé, y sacudí la cabeza.

—Me lo parecía.

Arturo me pasó la lengua por los labios y fue bajando y dejándome un rastro de besos en el cuello y el pecho. Cerró la boca sobre mi pezón y succionó con fuerza.

—¡Ay, hostia!

Me arqueé contra su boca, desesperada por tocarlo. Pero sabía que si volvía a mover las manos de donde estaban, él pararía.

Me soltó de golpe el pezón húmedo y se trasladó al otro.

—Qué tetas más bonitas, son perfectas. —Me rodeó aquel punto erecto con la lengua y empezó a darme mordisquitos suaves—. Quiero correrme encima de ellas.

—Mmm… Deberías hacerlo.

—La próxima vez —susurró, y me arañó con los dientes la parte inferior del pecho. Se situó en medio de mis piernas y se las cargó a los hombros a la vez que me abría el coño con los pulgares. Me recorrió el clítoris con la lengua plana, dándome lametazos gigantes, y gimió con los ojos en blanco—. Qué bien, joder. Podría pasarme así todo el día.

Su lengua maravillosa trazó movimientos circulares en mi clítoris con una lentitud agónica, y eso no hizo más que intensificar el placer que me recorría el cuerpo de arriba abajo. Movió la boca como si me

estuviera besando, rozándome todos y cada uno de los puntos con los labios, deslizándose por cada centímetro de mi coño.

Un placer intensísimo se abrió paso dentro de mí mientras aquella bendita lengua me excitaba más y más acariciándome, frotándose contra mí y penetrándome.

Solté un gemido y apreté tanto los puños que se me clavaron las uñas en la carne, y las piernas empezaron a temblarme de tal modo que Arturo tuvo que sujetarme.

—Arturo… —gemí, estremeciéndome contra su boca—, voy a correrme.

—Pues córrete para mí, gatita. Hazlo por mí.

Me penetró con dos dedos y noté que me cerraba de golpe a su alrededor mientras el orgasmo me arrebataba los sentidos y me recorría entera. Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un grito entrecortado cuando el placer más intenso que había sentido jamás me desgarró por dentro y despertó todas mis terminaciones nerviosas.

—Mmm…

Arturo me acarició el coño con la lengua y sorbió todos mis jugos lentamente y con fruición. Curvó los dedos dentro de mí y los movió hacia dentro una vez más antes de sacarlos con las puntas brillantes de humedad. Se los llevó a la boca para chupárselos y cerró los ojos.

—Es de lo mejor que he probado nunca. Me muero de ganas de saborearte otra vez.

Aunque acababa de correrme, noté que empezaba a excitarme de nuevo y que aquella estampa de puro placer y masculinidad me ponía a mil.

Se levantó, y el bulto de sus pantalones captó mi atención al

instante. Se me quedó mirando.

—Arriba —vociferó con la respiración entrecortada—. De rodillas.

Una oleada de deseo me recorrió por dentro. A pesar de que me temblaban las piernas a causa del impresionante orgasmo que acababa de regalarme Arturo, me apresuré a bajar de la cama, muerta de ganas de ponerle las manos encima a aquel cuerpo imponente. Él dio un paso atrás y me dejó espacio para ponerme de rodillas delante de él.

—Quítame los pantalones —me ordenó, con la voz áspera y llena de deseo.

De inmediato, así la cinturilla de sus pantalones y se los desabroché para luego deslizarlos por sus muslos formados de puro músculo.

«Santo Dios». No llevaba ropa interior.

Tenía la polla erecta y dura como el acero, y era tan grande que me pregunté si cabría dentro de mí. En el glande le brillaba el fluido que precedía a la eyaculación mientras palpitaba contra sus abdominales duros como una piedra.

Sabía que la tenía grande; lo había notado al frotarse contra mi pierna. Pero al verla tan cerca, palpitando frente a mí de forma tan íntima, fui consciente de hasta qué punto. Era un miembro enorme.

Arturo la rodeó con el puño y la estiró dos veces mientras me miraba con los ojos llenos de deseo. Deslizó la otra mano entre mi pelo y me colocó la cabeza en la posición deseada.

—Abre la boca.

Sonreí con timidez, y mi sucia mente se disparó. Me pasé lentamente la lengua por los labios, provocándolo. Le rocé un poquito la punta de aquel miembro tan suave, y él se puso tenso y

apretó la mandíbula con tanta fuerza que creí que se había partido algún diente.

—Illayana —me advirtió mientras me daba unos golpecitos en la boca con la polla—. Ábrela.

Mi cuerpo vibraba por el deseo imperioso de obedecer sus órdenes, y no pude resistirlo más. Me estaba provocando igual que yo a él.

Abrí la boca y él avanzó deprisa y penetró en mi garganta hasta el fondo. Gemí y me tiró del pelo hasta el punto de hacerme daño.

«Joder…». Me encantaba mezclar un poco de dolor con el placer.

Chupé con más fuerza, ahuecando las mejillas hacia dentro. Él aceleró el movimiento de caderas y me aferró la cara con las manos para que no me moviera, usándome para su propio placer.

¡Guau! Cuánto me gustaba. Disfrutaba de cada segundo.

Gemí y me llené la boca de saliva. Le pasé la lengua por la parte inferior de la polla, y él renegó y sus movimientos se volvieron erráticos mientras entraba y salía de mi boca con tanto ímpetu que cada vez que lo hacía me estampaba los huevos en la barbilla.

—Joder… Sí… Métetela entera, *kotenok*. Hasta el puto fondo.

No cedió ni aminoró la marcha. Ni siquiera cuando empujó tanto que me entraron arcadas. Seguí succionándolo con fuerza, decidida a que perdiera el control y fuese más duro conmigo. A que me utilizara. A que me devastara.

Con un movimiento rápido, se retiró, me levantó en el aire y me arrojó sobre la cama. Al cabo de un segundo, se colocó encima de mí con todo el peso de su cuerpo musculoso y se apoderó de mi boca con un beso arrebatador.

—Se acabaron los jueguecitos. Te necesito —masculló,

mordiéndome el labio inferior.

Me abrió las piernas con un movimiento brusco y, clavándome las uñas en la piel, me embistió con su polla. El intenso dolor se mezcló con un placer increíble al notar que por fin me llenaba con aquel miembro tan duro y tan largo, obligándome a gritar de la sorpresa. Un gemido gutural escapó de mis labios cuando empujó con fuerza y me separó más los muslos, inmovilizándolos para introducirse más dentro de mí.

—Oh, estás a punto —gimió, y empezó a moverse con tanto ímpetu que la cama golpeó la pared una y otra vez—. Tu coño es todo mío, ¿a que sí, *kotenok*?

Yo me moví con él, arqueándome contra su cuerpo. Tenía la mente nublada por el placer que me recorría entera, y aun así quería más. Quería retarlo, hacerle perder el control y que me follara duro hasta dejarme magulladuras en todo el cuerpo.

—Mmm… puede.

Me aferró el cuello y me miró con ojos de fuego.

—¿Qué dices? —susurró con tono lúgubre, retándome a repetirlo.

Como quería llevarlo al límite para ver hasta qué punto podía desafiarlo, volví a decirlo con una sonrisita en los labios.

Salió de mí y me estampó la mano en el coño. Con fuerza. Tuve que gritar de la sorpresa, y entonces noté el calor que me inundaba y me recorría la columna vertebral.

—No te equivoques, Illayana. Tu coño es *mío*. Está para que yo lo use. Para que yo lo folle. Para que yo lo marque. —Me metió tres dedos de golpe a la vez que me estrujaba el cuello—. ¿Te ha quedado claro?

—Sí —gruñí mientras el éxtasis me recorría de arriba abajo.

Estaba embriagada por su dominio sobre mí, por el poder y la virilidad que demostraba.

Me dio media vuelta en la cama, me levantó las caderas y me inmovilizó plantándome una mano en la nuca. A continuación, entró en mí con tanta fuerza que tuve que gritar.

—Había pensado hacerlo mirándote a los ojos la primera vez, para demostrarte lo mucho que te deseo. Las ganas que tenía de estar contigo. —Introdujo su polla gruesa y enorme tan dentro de mí que juro que la notaba hasta en el vientre—. Pero ya que has decidido hacerte la listilla, voy a castigarte y a follarte como a una puta.

Di un sonoro gemido y me aferré a las sábanas como si me fuera la vida en ello mientras él me follaba. Notaba los espasmos en el coño y el placer me recorría con tanta intensidad que supe que estaba a punto de correrme.

Él me agarró del pelo y me echó la cabeza hacia atrás de tal manera que le golpeé el pecho con la espalda. A continuación, me pasó la lengua por el cuello.

—Ah, te gusta —rio—. Quieres que te folle como a una puta, ¿verdad, bella esposa mía?

—Sí —gemí—. Sí, oh, Dios, por favor, Arturo, no pares.

Él movió las caderas y siguió aferrándome del pelo mientras me rodeaba el cuello con la otra mano. Se dio impulso hacia delante y me penetró con fuerza. Teníamos el cuerpo empapado de sudor, y a nuestro alrededor se oían los gemidos acompañados del sonido de sus ingles al impactar contra mi piel.

—¿Quieres mi semen, *kotenok*? ¿Quieres notar cómo me corro dentro de ti?

Su voz ronca y las palabras soeces me llevaron al clímax. Todo mi interior rugió y sentí la contracción en el coño. El placer se adueñó más y más de mí hasta que perdí totalmente el control y me invadió un éxtasis absoluto. Oleadas y oleadas de placer me recorrían el cuerpo centímetro a centímetro, y grité mientras temblaba con desenfreno y el orgasmo se abría paso dentro de mí.

Arturo me recorrió la piel con los labios y me arañó el hombro con los dientes. Sus embistes se volvieron caóticos, y toda la habitación quedó invadida por sus gemidos. Me penetró una y otra vez, más y más adentro.

—Ay, mierda…

Se lanzó hacia delante con un último golpe de caderas y sus labios dejaron escapar un sonido gutural. Entonces, noté los espasmos de su polla dentro de mí y el líquido caliente me resbaló por los muslos.

Me envolvió con su cuerpo fuerte y musculoso antes de plantarme un suave beso en un lateral del cuello.

—No te duermas —me dijo al oído entre jadeos—. Pienso follarte otra vez.

Sentí que mi deseo se disparaba de nuevo.

«Uf, joder. Creo que va a matarme con esa polla suya».

22

ARTURO DE LUCA



—¿Todo el mundo está en sus puestos? —pregunté hablando por el pinganillo mientras vigilaba oculto entre las sombras el cochambroso motel barato.

A pesar de las ganas que tenía Illayana de que me mantuviera al margen de la batalla, yo no podía hacerlo. Oh, pero ella había intentado tentarme para que no fuera, intentó que me quedara en casa con ella en lugar de salir. Después de acabar de follármela, de meter la polla en ese coño estrecho y húmedo, casi no podía pensar en otra cosa. Y ella lo sabía muy bien.

Mientras yo me preparaba, ella hacía alarde de ese cuerpo tan apetecible que tenía, agachándose con el culo al aire y sacando pecho para que me fijara en sus tetas. Estuve a punto de apuñalarme con mi propio cuchillo. Me distraía muchísimo.

Aunque solo deseaba morder su tierna y tersa piel —agarrarle el cuerpo con fuerza y follármela hasta que ella no pudiera pensar en nada más que en mí y en el placer que le daba—, no podía.

Esos hijos de puta nos habían atacado. Habían matado a mis hombres. Intentaron secuestrar a Lucian y a Theodora. No iba a pasar por alto toda esa mierda. Tendrían que pagarlo con sangre.

El motel era pequeño y estaba ubicado justo a la salida de la autopista, en medio de la puta nada. Parecía a puntito de derrumbarse con un soplido de brisa, con agujeros en el tejado y la pintura y el yeso de las paredes desconchados.

Tras una breve investigación, descubrimos que cada habitación tenía dos puntos de entrada —una puerta delantera y otra trasera—, lo cual quería decir que había que cubrir ambas para que nadie huyera.

Habíamos llegado a la conclusión de que el mejor plan de ataque era acceder desde todos los puntos. Encajonar a esos hijos de puta para que no tuvieran un lugar por donde huir, ningún lugar donde esconderse.

La Bratva iba a presentarse por la retaguardia; al mismo tiempo, la Cosa Nostra atacaría por el frente. No sabrían quién estaría atacándolos.

—*Da* —respondió Dimitri con su voz ronca—. Estamos en posición.

Miré a mi izquierda. Vin sonrió con malicia; el peligro hacía que le brillara la mirada.

—¿Estás listo, *fratello*? —le pregunté mientras me metía la mano en la americana y sacaba la pistola.

Vin sonrió con malicia.

—Nací listo.

Puse los ojos en blanco y miré hacia la derecha. La mirada acerada de mi padre estaba clavada en el edificio que tenía delante y su furia nos envolvía como una densa nube.

—Padre? Pronto?

«¿Padre? ¿Listo?».

Levantó la pistola y emitió un gruñido.

«Ah, está listo».

Quince de nuestros mejores hombres estaban acuclillados por detrás de nosotros, preparados para moverse en cuanto recibieran nuestra orden. Los conocía a todos y cada uno de ellos por su nombre. Confiaba en que me guardarían las espaldas.

Idealmente, en una situación así, habría tenido a Christian y a Luca conmigo. Eran letales en la lucha. Pero la seguridad de Illayana era más importante.

Gracias a Mikhail —el retorcido padrino de Illayana—, estábamos armados hasta los dientes. Cada uno llevaba un P-90 sujeto a la espalda y dos pistolas en el cinturón. Dimitri tuvo que pedirle un favor a ese tío después de que su aprovisionamiento se quedara vacío. Yo opinaba que los P-90 eran un poco exagerados, pero los rusos no se andaban con chiquitas.

Me recorrían oleadas de emoción a medida que me acercaba a la puerta del motel, seguido de cerca por Vin, mi padre y nuestros hombres.

—Atentos a mi orden —susurré por el pinganillo y agitando la pistola—. Tres…, dos…, uno… Adelante.

Levanté el pie, derribé la puerta de una patada y la arranqué directamente de las bisagras al mismo tiempo que ocurría lo propio

con la puerta trasera, porque la Bratva irrumpió con Dimitri y Aleksandr liderando el ataque, listos para la acción.

Recorrí la habitación con la mirada a toda prisa, analizando todo cuanto veía en un segundo.

Dos camas individuales, un hombre sentado al pie de cada una de ellas, una mujer desnudándose delante de ellos. Otro hombre en la esquina, junto a la ventana, fumando un cigarrillo mientras una mujer rubia le hacía una mamada. Cinco hombres sentados en el sofá, apiñados alrededor de una bolsa llena hasta los topes de armas.

«Las armas de Dimitri».

Ocurrieron una multitud de cosas a la vez. Los dos hombres sentados en las camas se estiraron para coger sus pistolas de las mesitas de noche. El hombre junto a la ventana blasfemó y apartó a la rubia de un empujón en un intento de alcanzar su pistola. Y los hombres apiñados en torno a la bolsa de pistolas se tropezaron entre sí mientras intentaban coger cada uno un arma y apuntar.

—¡Vin!

Le hice una señal para que se encargara de los dos hombres de las camas. Les dio sendos balazos en la espalda antes de que pudieran coger sus armas.

Disparé unos cuantos tiros de advertencia contra la pared; una de las balas le rozó la oreja a un hombre y lo hizo gritar de dolor.

—Si volvéis a moveros, os mataré a todos —amenacé mientras mi padre se acercaba a mi lado, apuntando a la multitud de tipos.

A pesar de las ganas que tenía de matarlos allí mismo y en ese preciso instante, y de hacerles sufrir por lo que habían hecho, habíamos acordado echarles el guante vivos a todos cuantos

pudiéramos. Teníamos un ejemplo que dar y un plan en desarrollo que cumplir; un plan que requería prisioneros.

El hombre que estaba junto a la ventana intentó escapar por allí, pero se dio de bruces con el enorme cuerpo de Aleksandr, salió rebotado hacia atrás como una pelota de goma y aterrizó de culo en el suelo.

Aleksandr lo agarró por el cuello y lo apretujó, tiró de él hacia arriba y se lo acercó más. Le plantó un cabezazo en la cara y le rompió la nariz, y la sangre empezó a caer por todas partes. Con una patada en el pecho, lo envió volando hasta la otra punta de la habitación.

«Es imposible que no me guste el estilo de este tío».

—Lukyan —bramó Aleksandr señalando al hombre que sangraba tirado en el suelo.

El hermano pequeño de Illayana se abalanzó sobre él y le puso un cuchillo en la garganta.

—Vamos —le susurró clavándole el arma blanca y haciéndolo sangrar—. Dame un motivo para destriparte.

El hombre tuvo la inteligencia de permanecer inmóvil.

Lukyan hizo pucheros.

—Qué pena.

Unos chillidos de mujer se oyeron con eco por toda la sala y sentí una oleada de irritación. No podía soportar esa mierda.

Si tu vida corre peligro, no gritas, no te acobardas. Lo que haces es luchar.

—¡Callaos! —grité, y apunté con mi pistola a las tres mujeres acurrucadas en un rincón—. Si no, os pegaré un balazo entre los putos ojos.

Se callaron enseguida.

Algo de lo que no nos había hablado nuestro infiltrado era de la habitación contigua. Todo el alboroto, los tiros y los gritos hicieron que el grupo de hombres que estaba allí irrumpiera de pronto con sus pistolas en ristre.

Aquello se convirtió en un baño de sangre. Las balas volaban en todas direcciones. Había chorros de sangre en las paredes. Todo el mundo corría y se agachaba para ponerse a cubierto. Los cristales se hacían añicos. El yeso llovía como confeti.

Disparé una ráfaga tras otra y acabé con tantos cabrones como pude. A la mierda lo de capturarlos vivos: era hora de dejarles bien claro quién mandaba. Aun así, podíamos dar ejemplo colgando sus cadáveres para que todo el puto mundo los viera.

Volqué el sofá, me puse a cubierto detrás de él y recargué mi pistola.

Lukyan logró escabullirse hasta allí, se acuclilló a mi lado y esbozó una sonrisa febril.

—¡¿Verdad que es divertido?! —gritó para que lo oyera a pesar del tiroteo, y rompió a reír como un loco.

«Está como una puta cabra».

Lukyan se levantó de un salto y usó el sofá como anclaje mientras abría fuego con su P-90 y disparaba una puta tonelada de balas.

—¡Oh, sí! ¿Os ha gustado eso, hijos de puta?

Una enorme bota aterrizó a mi lado. Supe enseguida que no era amigo, sino enemigo. Antes de que diera un paso más, saqué el cuchillo y se lo clavé en el pie.

El tío lanzó un grito y se dobló enseguida por la cintura

intentando deshacerse del arma blanca. Saqué otro cuchillo de mi cinturón y me ensañé con la mejilla. La sangre empezó a salir a borbotones y le manchó toda la cara.

Salté por encima de su cuerpo y me mantuve agachado y pegado al suelo mientras corría a toda prisa. Un nuevo enemigo se interpuso en mi camino e intentó darme una patada en la cara para derribarme. Levanté el brazo y evité el golpe. Me saqué una pistola del cinturón, se la coloqué bajo la barbilla y disparé.

Su cabeza se echó de golpe hacia atrás; la bala le atravesó el cráneo de parte a parte y se incrustó en el techo.

Giré sobre mis rodillas y volví a disparar; le abrí un boquete en la cabeza a un hombre justo cuando llegaba a la altura de mi hermano.

Vin gruñó y le dio una patada en las costillas al cuerpo sin vida. Me miró fijamente.

—¡Ese me tocaba a mí! —gritó mientras apuñalaba el pecho de un tipo que yacía al otro lado de la habitación.

Me quedé ahí plantado, mirando.

—Creo que lo que has querido decir es «gracias», *testa di cazzo*.

«Gilipollas».

Vin dio un salto a la izquierda y se agachó para atacar por la retaguardia, ligero como una pluma. Apuntó, disparó y le dio al hombre en la espalda.

—No tengo ninguna razón para darte las gracias. Lo tenía todo cubierto, *stronzo*.

«Capullo».

Sentí cómo me invadía el enfado.

—Eres un pedazo de…

—*Basta voi due!* —«Vosotros dos, basta ya», espetó mi padre,

mientras le partía el cuello a un hombre retorciéndoselo de golpe y lo dejaba caer al suelo—. Os juro que es como si volvierais a ser dos putos adolescentes otra vez.

—Ha empezado él —masculló Vin limpiándose la sangre de la frente.

—Y una mierda.

Mis sentidos arácnidos se agudizaron, se me erizó el vello de la nuca y giré sobre mí mismo al tiempo que levantaba los antebrazos en forma de equis para bloquear un cuchillo antes de que pudiera perforarme la piel. Le di al tipo un fuerte rodillazo en las costillas y, con una pequeña maniobra, lo agarré por la muñeca, me colé por debajo de su brazo y lo tiré de espaldas, todo en un solo movimiento fluido.

Le arranqué el cuchillo de las manos, se lo coloqué debajo de la barbilla y me puse a horcajadas sobre su pecho.

—Mu-mu-muy lento —dije riendo, disfrutando de la forma en que ese cabrón estaba temblando.

De pronto puso expresión de furia y se encogió al tiempo que daba patadas con las piernas.

—¡Quítate de encima de mí, joder, escoria italiana!

—¡Eh, Vin! —grité, y le clavé el cuchillo un poco más, lo que lo hizo bisbisear—. ¿Necesitamos otro prisionero o ya tenemos suficientes?

Ante mi amenaza hábilmente velada, el hombre dejó de forcejear y se quedó paralizado al instante.

Vin miró a su alrededor.

—Creo que ya tenemos suficientes.

Sonreí.

—Estupendo.

Le clavé el cuchillo bajo la barbilla hasta la empuñadura y vislumbré la hoja dentro de su boca abierta, empapada de sangre. Me puse de pie y me limpié las manos ensangrentadas en la ropa.

Oí toda una serie de gruñidos a mi alrededor a medida que iba disminuyendo el ruido de los balazos y parpadeé mientras me despejaba de mi embriaguez de sangre.

En un intento de salvarse, un hombre manchado de sangre, sudor y lágrimas que le caían por la cara agarró a una de las mujeres histéricas por el pelo y le apuntó con la pistola en la sien.

—¡Todo el mundo quieto. Que na… nadie se mueva o le vuelo la puta cabeza!

Vin y yo intercambiamos una mirada confusa.

«Mmm… ¿Se supone que nos tiene que importar una puta mierda?».

Dimitri pasó por encima de numerosos cadáveres mientras se acercaba al tipo con su traje de Armani hecho jirones por varias partes. Estaba empapado en sangre de pies a cabeza.

—¡De… Detente! ¡Lo haré! ¡La voy a matar, joder! —chilló el hombre con la mano temblorosa.

—¿Por qué cree que nos importa? —me preguntó Vin en un susurro, y yo me encogí de hombros.

No tenía ni puta idea. No era una de nuestras chicas, al menos, no que yo supiera. A decir verdad, teníamos tantas tías en nuestros clubes de estriptis que empezaban a parecerme todas iguales.

Seamos sinceros. Aunque hubiera sido una de las nuestras, no nos importaba lo suficiente para preocuparnos de que muriera. Era duro, pero cierto.

Dimitri se plantó delante de ellos, levantó su pistola hasta la frente de la mujer y disparó, impávido.

«Pues bueno… Parece que a él tampoco le importaba la chica».

—¡Kelly! ¡No! —gritó una de las mujeres con el cuerpo temblándole de miedo.

El hombre retrocedió, sorprendido, tropezó con uno de los muertos y se estampó ruidosamente contra el suelo. Levantó las manos con gesto de rendición mientras Dimitri le apuntaba al pecho con su pistola.

—¡Espera! ¡Espera! ¡Te… tengo información! ¡Perdóname la vida y te contaré todo lo que sé! ¡Por favor!

Sacudí la cabeza con desprecio. ¿Es que la lealtad no significaba nada para esos hijos de puta? No podía soportar la traición. Lo habría hecho pedazos solo por esa ofensa.

Una sonrisa de suficiencia afloró en los labios de Dimitri.

—Me lo contarás de todos modos.

23

ILLAYANA DE LUCA



—¿Te has preguntado alguna vez qué es lo que hace que tu piel se mantenga en su sitio?

Miré a Christian parpadeando, impactada.

«¿Qué clase de pregunta de mierda es esa?».

—Esto… ¿Qué?

—Tu piel. —Inclinó la cabeza hacia mi brazo desnudo como si yo no supiera qué es la piel y él tuviera que señalármelo—. ¿Alguna vez te has preguntado qué hace que se mantenga en su sitio?

—No, no lo he hecho, porque soy una persona normal.

Me reacomodé en el sofá y me quedé mirando a mi guardaespaldas con suspicacia.

Christian rio con suficiencia.

—Es una pregunta razonable. Estoy seguro de que no soy la

primera persona que se lo cuestiona.

—Ignóralo, Illayana. Hace preguntas estúpidas de mierda como esa todo el rato —dijo Luca mirando a su hermano.

Christian parecía ofendido.

—Oye, mis preguntas son geniales.

Luca lanzó un trozo de pan untado de mermelada y le dio de lleno a Christian en la cara.

Este parpadeó, sorprendido, luego se encogió de hombros y se quitó de la mejilla el pan para acabar metiéndoselo en la boca.

—Qué rico, gracias —masculló mientras masticaba ruidosamente.

Me reí por lo bajini y volví a centrarme en la tele. Estaba viendo a Henry Cavill combatir a un monstruo feo de cojones en la pantalla. Christian y Luca fueron alzando la voz mientras los oía discutir de fondo.

—Chicos —les llamé la atención. Estaban interrumpiéndome mientras me deleitaba viendo a Henry sin camiseta, y eso me cabreaba—. Este episodio está casi a punto de terminar. Tranquilizaos.

En lugar de hacerme caso, se enzarzaron y empezaron a darse empellones y empujones.

Algo se rompió.

—¡Maldita sea! ¡Mira lo que has hecho, idiota! —gritó Luca.

—¡Ha sido culpa tuya! ¡Tú me has empujado! —replicó Christian gritando.

—¡Tú me has empujado primero!

—¡Porque tú te has metido conmigo!

—Te voy a enseñar lo que es meterse con alguien —bramó Luca.

Agarró a Christian con una llave de cabeza, rodeándolo con un

brazo por la cocorota y apretando con fuerza.

—¡Suéltame, imbécil! —gruñó Christian intentando pegarle puñetazos a Luca en las costillas.

—¡Chicos! —grité, de muy mala uva.

Sus cuerpos se retorcían y se contorsionaban, embistieron contra la mesa de centro de caoba de mi padre, que costaba mil dólares, y tiraron al suelo unas figuritas de cristal. A continuación, se estrellaron contra la pared mientras rugían y se gruñían el uno al otro.

Christian mordió a Luca en el brazo. Luca tiró del pelo a Christian. Eran como dos chicas adolescentes peleando sucio, mordiéndose y arañándose mutuamente.

Ya me había hartado.

Me levanté de un salto, cogí una pistola, apunté al techo y disparé dos veces.

—¡Basta ya! —grité.

Los dos se quedaron paralizados por la sorpresa: Christian con los dientes clavados en el brazo de Luca, como un perro, y Luca agarrándole el pelo a su hermano con una mano.

Señalé a Luca.

—Tú, por aquí —ordené de golpe, y señalé un extremo de la habitación—. Y tú, por allí —bramé a Christian, señalando el otro extremo de la habitación para que estuvieran lo más separados posible el uno del otro.

Imité a mi madre, su ademán, la voz que usaba cuando tenía que poner fin a una pelea entre mis hermanos y yo. Peleas exactamente iguales a esa.

—Ahora mismo —susurré con tono amenazador.

Se separaron al instante y se fueron, arrastrando los pies, a extremos opuestos de la habitación.

Pasados unos segundos, varios hombres irrumpieron en la sala, salidos de todas direcciones, con sus pistolas en ristre y listos para la acción, incluidos mis otros dos guardaespaldas, Lorenzo y Adrian.

Les hice un gesto con la mano para que se marcharan.

—Todo va bien. He sido yo.

Adrian me miró de arriba abajo; sus ojos se desviaron hacia los orificios de bala del techo y luego volvieron a posarse en mí. Bajó el arma.

—¿Otra vez, Illayana? Como sigas así, no quedará nada de la casa.

Solté una risa burlona y señalé la parte delantera de la vivienda, la que había quedado reducida a cenizas por culpa de esos cabrones que habían atentado en mi boda.

—¿Hablas en serio? Como si quedara todavía una puta mierda de ella.

Si mi madre hubiera seguido viva, se le habría roto el corazón. La casa era como su quinta hija. La adoraba. Verla tan rota, tan destruida, la habría matado.

Adrian negó con la cabeza e hizo una señal con la mano para que los hombres regresaran a sus puestos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y se quedó mirando a los gemelos, situados en extremos opuestos de la habitación, mirándose entre sí.

—¿Quieres saber qué ha pasado? —pregunté con mi frustración acumulada llegando al límite—. Arturo me ha dejado con dos niños pequeños que ya son mayores y que se pelean como dos niñatas.

Christian resopló y se llevó una mano al pecho.

—¿Cómo te atreves?

Luca hizo una mueca de disgusto.

—Lo sentimos, Illayana. Algunas veces nos descontrolamos un poco.

Una risa grave y ronca retumbó por toda la habitación. Miré con los ojos entrecerrados al culpable.

—¿Qué cojones tiene tanta gracia, Adrian?

Se le movieron los hombros mientras se reía y una expresión de pura diversión le afloró en el rostro.

—No tienes ni idea de lo mucho que te pareces a tu padre en este momento. Ponía exactamente la misma cara siempre tus hermanos y tú os peleabais.

—No éramos ni de lejos tan malos como ellos —dije enfurruñada, señalando a los gemelos.

—No, puede que fuerais peores.

Salió de la habitación riéndose por lo bajini.

«Menudo capullo».

Si alguien sabía si eso era cierto, ese era Adrian. Llevaba en mi vida, desde que yo tenía memoria, siempre junto a mi padre, protegiéndolo. Era como mi tío honorario.

Molesta, apagué la tele. Me habían fastidiado el momento. Ya no estaba de humor para babear disfrutando de la maravilla que era Henry Cavill.

—Venga ya, nos vamos —ordené, volví a meterme la pistola en la cartuchera y me dirigí hacia la puerta de entrada. Cuando Christian y Luca no se movieron, me volví y los miré con el ceño fruncido—.

Esto… ¿hola? —dije con retintín, y chasqueé los dedos—: Tierra llamando a los gemelos.

Intercambiaron una mirada y me miraron con cara rara.

Lancé un suspiro.

—¿Qué pasa ahora?

—Arturo… Él… Esto…

—¿Él qué?

—Él… —Luca se mordió el labio inferior, con miedo de hablar.

—Suéltalo ya —le ordené, a punto de perder la paciencia.

—Nos dijo que teníamos que quedarnos aquí. Que no debíamos salir de la casa.

—Vale, a mí me va bien. Chicos, vosotros os quedáis. Yo volveré más tarde.

De todas formas, no quería guardaespaldas, así que, si no querían venir, mejor para mí.

Regresé a la puerta y los gemelos se movieron a toda prisa. Christian estampó el cuerpo contra ella y Luca se plantó de un salto delante de mí, con las palmas de las manos por delante.

—Eso no era lo que quería decir Arturo.

—Entonces, ¿qué quería decir, Luca? Porque estoy segura de que no irás a decirme que mi marido os ha ordenado que me retengáis aquí, ¿no?

Luca se mordió el labio inferior y miró hacia un lado, evitando mirarme a los ojos.

«Menudo hijo de puta».

—Le preocupa tu seguridad —intervino Christian—. No quiere que te ocurra nada malo.

—Así que ¿tiene pensado dejarme encerrada en casa cada vez

que él se marche?

Christian tragó saliva.

—Yo… no… ¿no lo sé?

Los miré con ira, agarré mi pistola con fuerza y volví a sacarla.

—Dejadme que os aclare algo a los dos. Me importa una mierda lo que os haya dicho Arturo. Si intentáis impedir que salga de esta casa, os meteré una bala a cada uno por el culo. ¿Queda claro?

—Illayana… —balbuceó Christian.

Le coloqué el cañón de la pistola por debajo de la barbilla y le levanté la cara de golpe al amartillar el arma y levantarla.

—¿Lo captas?

El miedo se hizo visible en sus ojos. Asintió a toda prisa con la cabeza.

—Captado.

Adrian entró en el recibidor mirando el móvil. Levantó la vista, frunció el ceño y suspiró.

—¿Y ahora qué?

Sonreí de oreja a oreja al tiempo que enfundaba la pistola.

—Nada. Vamos a salir un ratito. Volveremos pronto.

—Vale. Dame unos minutos para localizar a Lorenzo.

—No hace falta, está todo bien. No te preocupes por eso. Tengo a estos chicos. Con eso es suficiente.

Adrian se metió el móvil en el bolsillo y cruzó los brazos sobre el pecho con expresión de dureza.

—Illayana, ¿qué dijo tu padre?

—Depende de a qué te refieras. Dice un montón de mierdas —respondí de forma evasiva.

Frunció el ceño de golpe.

—Ya sabes a qué me refiero, jovencita.

—No me llames «jovencita», Adrian. Ya no soy una niña.

—Lo siento, *malen'kly*. Pequeña. Yo siempre te veré como una niña. Y ambos sabemos que, si sales de esta casa sin todos tus guardaespaldas, te las verás con tu padre en el cuadrilátero.

Hice una mueca de dolor. «Joder». Tenía razón. Sin duda alguna, mi padre me castigaría por eso. La última vez que había estado en el cuadrilátero con él, me rompió la nariz. No me apetecía revivir la experiencia.

—Vale. Nos veremos en el coche. ¿Llaves? —Tendí la mano y Adrian me miró con suspicacia—. Te juro que te esperaré. Que me muera ahora mismo si no lo hago.

—Más te vale. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó las llaves y me las puso en la mano—. O yo también te daré de hostias.

Sí, lo más seguro es que lo hiciera.

Le dediqué un saludo militar.

—A la orden, mi capitán.

Me volví y abrí la puerta para dirigirme al exterior.

—¡Joder, hay que joderse! —blasfemé, y golpeé las manos contra el volante.

Me quedé mirando la pantalla que tenía delante con la frase «Has perdido» provocándome como una hija de puta.

Christian estaba sentado a mi lado en su propio coche del salón de juegos recreativos, sonriendo con engreimiento.

—Ya te lo he dicho: las mujeres no sabéis conducir.

Fruncí el ceño, me levanté y me largué dando grandes zancadas.

—¡Oh, venga ya! No seas gruñona. ¡A nadie le gusta una mala

perdedora! —me gritó Christian mientras me seguía.

No podía evitarlo. Sí que era una mala perdedora.

Adrian, Lorenzo y Luca estaban a mi alrededor, me tenían encajonada mientras yo me movía por los recreativos, buscando un nuevo juego al que jugar.

Necesitaba una distracción, algo que me mantuviera ocupada mientras mi marido y mi familia estaban fuera cumpliendo aquella misión. Al principio, esa distracción fue Henry Cavill, hasta que los dos idiotas que tenía detrás me lo fastidiaron. La siguiente mejor opción era el salón de juegos recreativos.

—¿Un hockey de aire? —le pregunté a Adrian volviéndome para mirarlo.

Estudió el lugar con detenimiento, haciendo un detallado barrido con la mirada.

—Estoy aquí para protegerte, Illayana, no para jugar contigo.

—¿No puedes hacer las dos cosas?

El resto de los clientes miraban con suspicacia a Adrian, Lorenzo, Christian y Luca, manteniendo una generosa distancia entre ellos mientras jugaban a sus juegos. No me extrañaba. A cualquier otra persona debían de parecerles temibles, peligrosos. Hombres de más de un metro noventa ahí de pie, mirando a cualquiera que se acercara lo más mínimo a mí. Bueno, a cualquiera, menos a Christian. Era el único que quería jugar conmigo. Pero, hasta ese momento, me había ganado en todo. Estaba harta de perder.

Jugué a unas máquinas más —baloncesto, Time Crisis, que era un juego de disparar bastante intenso en el que era buenísima, y Dance Revolution— antes de decidir compadecerme de mis guardaespaldas y marcharnos.

Cuando salimos de los recreativos casi me estampo contra…

—Rayna —dije esbozando una sonrisa burlona y consiguiendo frenarme antes de chocar con ella.

—¡Prima! —exclamó sonriendo con alegría, pero no me la creí ni por un segundo. Rayna me odiaba tanto como yo a ella, así que no iba a engañarme con su puta sonrisa falsa—. He estado intentando localizarte. ¡Oh, no puedo creer lo que pasó en tu boda! Fue espantoso. Horrible.

Se volvió hacia las tres mujeres que tenía detrás, su pandilla de chicas guapas y tontas que la seguían adonde quiera que fuera para cumplir todos sus deseos. Había un hombre alto y delgado, situado a unos metros por detrás de ella, que tenía un aspecto igual de peligroso que mis guardaespaldas.

—Mi pobre prima ha sufrido una catástrofe tremenda hoy mismo en su boda. Bueno, es que, no veas, jamás había visto una bomba de boda así en mi vida.

«Maldita zorra».

Entrecerré los ojos, porque su risita estaba poniéndome de los nervios. Las guapas y tontas Uno, Dos y Tres se reían como gallinas a coro, como un grupo de viejas brujas. Tenía ganas de estrangularlas.

—Sí, fue una mierda. Refréscame la memoria, Rayna, ¿qué ocurrió en tu boda? Oh, espera…

Enarqué las cejas y le dediqué una sonrisa de condescendencia.

Rayna me miró con desdén.

—Al menos cuando yo me case, no será un puto desastre de mierda.

—Eso si es que te casas.

Cerró los ojos e inspiró con fuerza; las aletas de la nariz se le movieron. Pasaron un par de segundos de tensión antes de que abriera los ojos y se quedara mirándome.

—Te pido perdón por lo que he dicho. Ha sido de mala educación por mi parte.

«Vale, eso sí que ha sido un giro de ciento ochenta grados».

—¿Te importa que hablemos un momento? —Miró de golpe a los cuatro personajes gigantescos que yo tenía detrás—. En privado.

Me invadió la sospecha, aunque también… la curiosidad.

—Eso no va a ocurrir —bramó Adrian con tono brusco.

Rayna se quedó mirándolo.

—No me había dado cuenta de que los del servicio estaban al mando. ¿Es así como tu padre lleva las cosas, Illayana?

Sentí que la rabia se apoderaba de mí ante su insolencia.

—No creas que por estar en público y porque estés con tu pandilla de guapas y tontas, no voy a ponerte en tu sitio —le susurré con tono sombrío—. Porque lo haré.

Puso cara de incomodidad y se quedó cabizbaja.

—Lo siento. Por favor, Illayana. De verdad que necesito hablar contigo. Es importante.

—Si es tan importante, ¿por qué no podemos hablar aquí y ahora?

—Porque, y no te lo tomes a mal, no me fío de tus hombres. He encontrado por casualidad información de vital importancia que solo puedes escuchar tú. Tiene relación con la familia. Me había pasado por tu casa para contártelo, pero no estabas, así que he venido a buscarte aquí.

La escuché con el máximo escepticismo. Rayna no era una

persona de fiar. Para nada. Pero, si existía una amenaza para la familia, debía conocerla.

—Está bien. Vale.

Rayna sonrió y, por una vez, pareció sincera.

—Gracias.

—Illayana.

Adrian me dedicó una mirada que transmitía su disgusto ante la situación, pero yo me limité a negar con la cabeza.

Aunque Rayna intentara algo, yo estaba segura de poder con ella.

—Vamos por allí. —Hice un movimiento con la mano para que me siguiera—. Vosotros, chicos, esperad aquí. Será solo un segundo.

Adrian me agarró por el brazo para detenerme.

—De verdad que no creo que sea buena idea.

—Relájate, Adrian. No pasa nada.

—Illayana…

—Adrian —levanté la voz para exigirle obediencia—, ya he dicho que no pasa nada. Ahora, apártate.

Apretó la mandíbula con la mirada encendida de rabia, pero cedió y me dejó ir.

—Vale. Si insistes en hacer una idiotez así, tienes que quedarte en un lugar desde el que yo pueda verte. ¿Me has oído? No eres la única a la que castigará tu padre si te ocurre algo.

Asentí. Estaba dispuesta a cumplir con su petición.

Lorenzo, Christian y Luca pusieron cara de estar a punto de protestar también, pero les lancé la mirada Volkov: barbilla levantada, hombros hacia atrás, expresión dura, mandíbula apretada y pose de fortaleza y poderío.

Se lo pensaron mejor.

—Venga, Rayna. Hagamos esto rápido.

Ella me siguió mientras yo la conducía a la parte frontal del centro comercial, en el exterior, pero en el ángulo de visión de Adrian. La noche era fría y oscura, pero la luna brillaba con intensidad entre las estrellas.

—Está bien, aquí me tienes. Ahora déjate de rollos y cuéntame lo que querías decirme.

Rayna volvió a sonreír y sacudió la cabeza.

—Deja ese rollito de niña buena. A mí no me engañas y, para serte muy sincera, no te pega nada.

—¿Qué? Estoy realmente feliz de que me hayas concedido la gracia de tu todopoderosa presencia y que me permitas hablar contigo.

Entorné la mirada.

—Si no vas a decirme nada importante, entonces me voy.

Me volví para regresar al centro comercial, pero ella me sujetó por el brazo.

—Espera. Vale, lo siento. Es que no puedo evitar atacarte algunas veces.

—El sentimiento es mutuo.

—¿Podemos sentarnos?

Hizo un gesto hacia un asiento que había unos metros más allá, lo cual me dejó fuera del ángulo de visión de Adrian.

—No. Habla aquí y ahora. O me largo.

Frunció los labios, pero asintió con la cabeza.

—Mira, esto puede parecerte una locura, pero creo que hay un soplón en la familia.

Se me juntaron las cejas al fruncir el ceño de golpe.

—¿Por qué lo piensas?

—En tu boda. Oí por casualidad a un grupo de personas hablando sobre…

Se oyó un disparo, seguido por un fuerte grito ensordecedor que llegó hasta nosotras, procedente del interior del centro comercial. Me volví de golpe y me llevé la mano volando al cinturón para sacar la pistola. Sentí una punzada cortante en el cuello y solté un siseo al tiempo que me cubría la piel de golpe con una mano, como un acto reflejo.

Me tambaleé; de pronto sentía el cuerpo demasiado ligero, se me nublaba la mente, la tenía como borrosa, como si no pudiera ver con claridad. Se me doblaron las rodillas y caí de espaldas para acabar golpeándome contra algo duro. Una pared de músculo duro.

—Deprisa. Lleváosla. Sus guardias no estarán distraídos eternamente.

Oí el eco de la voz de Rayna en la cabeza y las palabras que dijo se repetían en bucle. Intenté insultarla, pero solo logré articular un gemido sordo.

Sentía que el cuerpo no me pesaba nada mientras unos brazos enormes y carnosos me rodeaban y levantaban del suelo.

Intenté resistirme, pegar puñetazos, clavar las uñas, cualquier cosa, pero era como si mis extremidades no me obedecieran. Las tenía como de gelatina: blandas y completamente inútiles.

Vi el rostro de Rayna borroso delante de mí, y a pesar de ver sus rasgos distorsionados, logré distinguir su puta sonrisa radiante y su fea cara de tonta.

Me había traicionado. Rayna me había traicionado de verdad, y,

en ese momento, iba a entregarme a sabía Dios quién.

—Ojalá pudiera estar presente cuando te maten, para ver cómo mueres, aunque saber que está pasando me bastará —dijo mirándome a los ojos. Echó un vistazo por encima de mi hombro—. Vale, ya estoy. Haz que parezca real.

Mientras me alejaban de allí, vi cómo le daban un puñetazo a Rayna en toda la cara; lo hizo alguien enorme, con un cuerpo gigantesco. Me sentía tan aturdida que no pude disfrutarlo en condiciones.

De pronto sentí cómo se me cerraban los párpados; el sueño iba adueñándose de mí, poco a poco, como un acosador nocturno. Intenté mantenerme despierta, combatir la oscuridad que estaba apoderándose de mi visión, pero fue inútil.

Me quedé como un tronco. Solo me cabía esperar que, al despertar, pudiera salir del atolladero que me esperaba, fuera cual fuese.

24

ILLAYANA DE LUCA



Alguien me echó agua helada en la cara, lo cual me despertó de golpe. Empecé a toser de forma incontrolable al tiempo que el cuerpo me temblaba violentamente, mientras intentaba recuperar el aliento y conseguir que me llegara aire a los pulmones. Tenía la visión borrosa, sentía agujetas en brazos y piernas, y me dolían muchísimo. Oía voces por toda la habitación —demasiadas para contarlas— y me estaban provocando un puto dolor de cabeza.

Intenté recuperar la compostura. Recuerdos confusos iban pasándome por la cabeza como *flashbacks* de una película.

«El centro comercial. El salón de juegos recreativos. Rayna. Ese pinchazo agudo de una aguja en el cuello».

Esa puta zorra me había drogado.

Otro cubo lleno de agua impactó contra mi cara, lancé un suspiro

ahogado y volví a toser.

—Hora de despertar, princesa —me dijo una voz grave con tono burlón, y me sacó de golpe de mi evocación de los hechos.

Me sequé el agua de la cara, sorprendida de poder mover los brazos. No me habían atado.

«Idiotas».

Paseé la mirada por la habitación para hacer una valoración del espacio que me rodeaba. Era un lugar pequeño; cuatro sólidas paredes, sin ventanas y una puerta, donde había un grupo de hombres muy tatuados de pie, bloqueando la salida.

«Esto no tiene buena pinta».

Fui levantándome poco a poco, con las piernas temblorosas, aunque estaba esforzándome por ocultarlo. Teniendo en cuenta mi estado, ya estaba en desventaja; no podía permitirme demostrar debilidad. Bajé la vista para mirarme el cuerpo.

«Vale. La ropa sigue ahí, llevo las botas puestas, no hay nada descolocado. Me siento más segura».

Un hombre de complexión fuerte dio un paso adelante, vestido con un par de pantalones de vestir negros y una camisa blanca cuyos botones se había dejado abiertos para lucir su torso bronceado y tonificado. Era atractivo, sin duda, con ojos de color azul celeste, rasgos marcados y una barba recortada a la perfección.

Tenía una planta intimidante: la espalda recta y los hombros hacia atrás. Pero a mí no me engañaba. Era todo fachada. Aunque era el doble de alto que yo, vi la fragilidad en sus ojos, el agotamiento en su cara. No estaba hecho para mandar y eso estaba pasándole factura claramente. Oh, trataba de ocultarlo, intentaba usar su enorme cuerpo para acojonarme. Pero no estaba

funcionando. Cuando creces siendo la hija del jefe de la Bratva, sabes cómo es la auténtica intimidación. Y ese hombre no la personificaba.

Debía de ser Nero.

Los hombres que tenía detrás eran una mezcla de tipos de ascendencia mexicana e italiana, con varias complexiones distintas, desde bajitos y rechonchos hasta altos y musculosos. No tenía ni puta idea de por qué un tipo como Nero había conseguido tener el control de Los Zetas. Me sorprendía no solo eso, sino el hecho de que lo conservara.

—Me llamo Nero —dijo sonriendo e intentando resultar simpático, pero supe enseguida que era forzado—. Es un verdadero placer conocerte por fin.

—Me gustaría poder decir lo mismo.

Miré con detenimiento a todos los presentes en la sala. Doce hombres, incluido Nero, y todos mirándome como si fuera su próxima comida.

«Maravilloso».

—Bueno, creo que te gustaré en cuanto llegues a conocerme.

Me guiñó un ojo e hizo un gesto con la mano.

Uno de sus lacayos —un tío calvo con un enorme hueco en los dientes— sacó un móvil y empezó a grabar.

—Sonríe a la cámara, guapa —dijo esbozando una mueca enfermiza.

Sonreí de oreja a oreja, enseñando los dientes, y se le borró la mueca de los labios.

Apuesto a que esperaba que me acobardase, que me pusiera a llorar. Que les rogase que no me hicieran daño y me dejaran ir. Eso

es lo que habría hecho cualquier mujer normal y racional en mi situación, estaba segura. Pero yo era de todo menos normal o racional. Seguramente acabaría enfadándolos aún más.

—Esto lo ha preparado la zorra de mi prima, ¿verdad?

Nero sonrió y empezó a pasearse por la habitación, con las manos a la espalda, como si fuera un general del Ejército.

—Reconozco que me mostré escéptico cuando se me acercó por primera vez. Supuse que era una broma que queríais gastarme las dos. Pero por la mirada que puso, vi el odio que sentía —dijo riendo —. Jamás había visto a una tía tan guapa parecer tan loca. Te lo juro, estuve a esto de follármela hasta hacerla sangrar.

Torcí el gesto.

—Qué encantador. ¿Qué te dijo exactamente?

—Oh, muchas cosas. En cuanto empezó a hablar, no hubo quien la callara.

—No te creas todo lo que oyes. Es una mentirosa compulsiva.

—Qué curioso; ella dijo lo mismo sobre ti.

Entorné la vista.

—Por supuesto. ¿También fue ella la que colocó las bombas por ti en mi boda?

—¿Por mí? —dijo Nero riendo y negando con la cabeza—. Oh, eso no lo hizo por mí. Lo hizo por sí misma. Verás, fue idea suya atacar en la boda. Yo pensé que era una estupidez, teniendo en cuenta que el lugar estaría lleno de hombres de la Bratva y de la Cosa Nostra. Pero cuando tu prima mencionó el arsenal que teníais en esa casa, no pude negarme. Sugirió que plantáramos un par de bombas cerca del convite y que las programáramos para que

estallaran al mismo tiempo que los hombres derribaban las puertas, para aumentar el caos. Y luego, pim, pam, pum. El resto es historia.

—Mi tío. ¿Él también participó?

—Tal vez sí, tal vez no. Para serte del todo sincero, eso en realidad no importa. Estás aquí por mis planes, no por los suyos.

—¿Y cuáles son tus planes?

Miró un instante el móvil y luego volvió a centrarse en mí.

—Mostrarle a tu padre y a la Cosa Nostra qué ocurre exactamente cuando me cabrean. En cuanto vean el dolor al que te someto, estarán deseando hacer lo que sea para conseguir que pare.

—Sobrevaloras lo que les importo a los De Luca. ¿Crees que va a importarles una mierda que me tengas retenida? Lo único que has conseguido ha sido que la Bratva sea tu enemiga. Y, créeme, son peores que la Cosa Nostra.

—Como esposa del futuro jefe de la mafia italiana, sin duda, eres importante para ellos. Y, en cuanto tu padre se alió con ellos, se convirtió en enemigo mío. No solo quiero que Alessandro vea sufrir a su hijo de la misma manera que yo sufrí cuando él me robó a mi mujer. No, también quiero que otros vean lo que ocurre cuando se alían con la Cosa Nostra.

—Prometida —lo corregí—. Ella era tu prometida, no tu mujer.

—Tanto monta, monta tanto. Ella era mía y da igual su estado civil.

—Está claro que no, ya que te dejó para casarse con Alessandro. Por lo que he oído, le faltó tiempo para salir corriendo de tu lado.

Nero me devolvió el revés. No con palabras bruscas, ni con una escalada de rabia. Me dio un bofetón en la cara con el reverso de la

mano. Mi cabeza se giró de golpe hacia un lado y sentí un dolor punzante que me irradiaba por toda la mejilla.

Me volví para mirarlo a la cara, moviendo la mandíbula de un lado a otro. Me limpié el hilillo de sangre que me caía de la boca a la barbilla con un dedo y me pasé la lengua por el labio inferior.

Exhalé, decepcionada.

—Bueno, eso ha sido innecesario.

—Eres un poco bocazas.

—Eso me han dicho. Creo que es una de mis mejores cualidades, para ser sincera. ¿Qué pasa con Lucian y Theodora? ¿Por qué habéis intentado secuestrarlos?

—¿Y por qué no? Estaban ahí y era la oportunidad de hacerle aún más daño a Alessandro; lo tuve al alcance de la mano. Si mis hombres lo hubieran logrado, se los habría devuelto a cachitos.

La rabia me desgarró por dentro solo de pensarlo. De ninguna manera Nero tendría el derecho a seguir vivo si lo hubiera hecho. Tendría que morir. De no ser así, el peligro para ellos jamás desaparecería.

Nero le quitó el móvil al tipo con el hueco en los dientes y me señaló con él.

—¿Sabes qué me encanta de la tecnología? Que siempre está cambiando, evolucionando. Las cosas que pueden hacer los móviles hoy en día hacen que me explote la cabeza.

«Menudo cambio radical de tema, pero vale. Le seguiré la corriente».

—Claro… —dije arrastrando las vocales—. Puedo entender por qué le resulta tan fascinante a un boomer como tú.

A uno de los hombres se le escapó la risa y Nero le lanzó una

mirada al responsable: un tipo desgarbado que llevaba unos vaqueros rotos, iba sin camiseta y lucía una barba muy poblada que le cubría la mitad de la cara.

—¿Qué? —le preguntó de golpe Nero.

El hombre se removió en el sitio, inquieto.

—Cree que tienes unos… unos setenta años. Un boomer es alguien nacido entre 1946 y 1964.

—Ya sé lo que es un puto boomer —bramó Nero, y lo miró con cara de desprecio. Luego volvió a mirarme—. Como iba diciendo: la tecnología. Es algo asombroso. Por ejemplo, ¿sabías que se pueden grabar vídeos y que la gente puede verlos en tiempo real?

—Sí. Eso se llama *streaming*, vejestorio.

Nero entrecerró los ojos, pero no mordió el anzuelo.

«Decepcionante».

Intenté ignorar la incomodidad creciente que sentía en mi interior. El hecho de que estuviera hablando de grabar un directo solo podía significar que quería hacerlo en ese mismo instante, si es que no estaba haciéndolo ya. Miré la lente de la cámara, preguntándome quién estaría al otro lado como espectador. ¿Arturo? ¿Mi padre? ¿Mis hermanos?

—Arturo se morirá cuando vea que todos probamos tu coño joven y dulce. Lo que hace que sea aún mejor es que lo verá mientras ocurre. —Sacudió el móvil de delante hacia atrás—. Saluda a tu marido, princesa, mientras todavía piensas de forma coherente. Porque, créeme cuando te digo que, en cuanto hayamos acabado contigo, lo único que pensarás es que quieres morirte y nos suplicarás que el dolor acabe por fin. No podrás pensar en otra cosa.

Le volvió a pasar el móvil al tío con el hueco en los dientes y se

movió para ponerse delante de un tipo con los ojos marrón oscuro y una figura delgada.

—A Diego, aquí presente, le gusta follarse a las mujeres con su pistola. No creo que la polla le siga funcionando, pero él ha encontrado la forma de compensarlo. —Nero se desplazó hacia el tío siguiente—. A Angelo le gusta grabar su nombre con el cuchillo en el vientre de su víctima antes de follársela por detrás. Al tío le van los culos.

Debería haber estado asustada, aterrorizada, muerta de miedo por lo que estaba diciendo, pero no lo estaba. De ninguna puta manera iba a permitir que nada de eso ocurriera, ni mi padre tampoco, por cierto. Iría a buscarme. Estaba segura al cien por cien.

—¿Diego? Por casualidad no serás de la Cosa Nostra, ¿verdad?

Nero sonrió y respondió por el hombre

—*Ex* Cosa Nostra.

Entonces até cabos.

—Tú eres el que robó los cincuenta mil dólares.

Se dio unos golpecitos en la punta de la nariz con un dedo y me guiñó un ojo.

—Qué lista eres. Es una verdadera lástima que tengamos que destrozarte. —Se quedó mirándome con atención: mi postura, la ausencia de miedo y mi ademán tranquilo y cómodo—. Bueno, bueno, sí que eres una chiquilla valiente. —Rio con suficiencia—. Me gusta. Pero, no te preocupes, después de un par de rondas, esa ferocidad se habrá esfumado.

Reajusté mi equilibrio y lo miré fijamente. No iba a permitir que me intimidase, ni que se metiera en mi mente para intentar jugar

con mis emociones. Tener la cabeza despejada sería lo único que me mantendría a salvo hasta que mi padre llegara al lugar.

—Ahora bien: somos un grupo civilizado, ¿a que sí, chicos? Tenemos normas, un orden. Así que esto es lo que vamos a hacer. Vamos a realizar un pequeño sorteo para ver quién empieza. Y luego, cuando te hayamos probado todos, volveremos a empezar. ¿Te parece bien?

Hablaba como si estuviera comentando algo agradable y no describiendo una puta violación en grupo.

Sin embargo, el hecho de que estuvieran planeando violarme de uno en uno jugaba a mi favor. Si me hubieran atacado todos a la vez, no habría tenido ninguna oportunidad. Pero, al ser individualmente, podía ganar cualquiera.

Se me erizó la piel por la anticipación; me vibraba el cuerpo con tal subidón de adrenalina que tuve que cerrar los puños para evitar empezar a temblar. Miré con dureza e invoqué a mi padre. El gran y malvado jefe de la Bratva. El Carnicero de la Bratva. Canalicé toda la fuerza y el poder que él irradiaba.

El entrenamiento al que me había sometido desde que era niña, en preparación para situaciones como aquella, me pasó como un relámpago por la mente, como las escenas de una película. Lo valoraba como un tesoro.

Aparté cualquier pensamiento y me centré en los hombres que tenía delante. Me agaché, saqué un cuchillo que llevaba en el interior de la bota y sonreí.

—Bueno, ¿quién será el primero? ¿Serás tú, Nero? ¿O quizá el tipo con el hueco en los dientes? ¿O qué pasa con el renacuajo de ahí detrás?

Nero rio mientras miraba el cuchillo.

—¡Grrr! Esta gatita ha sacado las uñas.

No me sorprendió demasiado que se les hubieran pasado por alto mis armas. Lo imaginé cuando me di cuenta de que seguía notando su peso en mi cuerpo. Tal vez Nero fuera el jefe de Los Zetas, pero, en el fondo, seguía comportándose como un miembro de la banda de Chicago. Mantenían a sus mujeres al margen del negocio, al igual que hacía la Cosa Nostra. No nos consideraban una amenaza. Y eso sería su perdición.

—Bueno, bueno, chicos, ¿quién tiene el número uno? —preguntó Nero, y se sacó un trozo de papel del bolsillo.

Un tío de pelo negro con una cara que solo una madre podría encontrar adorable levantó la mano y se humedeció los labios. Era bajito —debía de medir un metro sesenta y cinco— y algo gordito. Dio un paso al frente y yo lo observé para fijarme en cómo se movía, en cómo balanceaba los brazos, en cómo caminaba. Estaba registrándolo todo para poder usarlo en su contra si podía.

—Oh, ¡Felix! —Nero le dio una palmada en el hombro—. Bueno, tú asegúrate de dejarnos algo a los demás, ¿vale?

—No prometo nada —dijo Felix con tono brusco al tiempo que se limpiaba un moco de la nariz con el reverso de la mano.

Se apartó del grupo y me miró fijamente y con recelo.

—No te olvides de mirar a la cámara, preciosa —El tío con el hueco en los dientes agitó el móvil que tenía en la mano—. No queremos que tu marido se pierda las lágrimas que te brotarán de los ojos.

Lo miré con desdén. Como si alguna vez les hubiera dado la satisfacción de verme llorar.

Con un gesto le hice una señal a Felix para que se acercara.

—Vamos, enano. No tengo todo el día.

Mi actitud desafiante era un poco fingida. Estaba segura de poder con él fácilmente. Pero incluso yo era consciente de la precaria situación en la que me encontraba. Tarde o temprano se me acabaría la suerte. Solo me cabía esperar que mi padre llegara antes de que eso ocurriera.

Felix flexionó los músculos y se dirigió hacia mí dando grandes zancadas, seguro como un león a punto de darle caza a una gacela. Dejé de prestar atención a todos los demás y me centré en él para esperar a que estuviera lo bastante cerca. Le di la vuelta al cuchillo y lo sujeté con el mango hacia atrás y la hoja mirando hacia fuera.

Cuando tuve a ese tipo a mi alcance, di un paso adelante con rapidez y le rajé el cogote con el cuchillo, con un corte limpio, de lado a lado. Seguí caminando al tiempo que Felix caía desplomado de rodillas a mis espaldas, mientras se le escapaba un gorjeo lastimero cuando cayó de bruces al suelo. Tardé menos de un segundo en asesinarlo.

Sonreí con suficiencia mientras disfrutaba viendo cómo todos dejaron de sonreír ante el inesperado asesinato. Bueno, todos menos Nero. Él seguía sonriendo.

—¡¿Pero qué cojones…?! —bisbiseó el tío con el hueco en los dientes.

—¿Qué? ¿Esperabais que me quedara aquí sentada y lo aguantara? —Negué agitando un dedo de lado a lado—. Pi, pi, pi —me burlé caminando hacia atrás y sin quitarles los ojos de encima cuando esquivé el cuerpo sin vida de Felix, hasta volver a situarme en el centro de la habitación.

Nero me miraba, excitado.

—Impresionante. Supongo que lo que dijo Rayna era cierto. Sí que sabes pelear. ¿Qué te parece si igualamos un poco las posibilidades esta vez? ¿Quiénes tenéis los números dos y tres?

Diego y el tipo de la barba de chivo avanzaron, con un poco más de aprensión que antes, pero todavía exudando esa puta y falsa confianza de machos alfa.

Retrocedí un paso y volví a ponerme en la zona. Saqué otro cuchillo, esta vez de mi otra bota, separé los brazos a ambos lados y dejé que se desatara la locura.

—Oh, me encanta un equipo en condiciones.

Les di la vuelta a ambas hojas para que quedaran del revés —que era mi forma de sujeción favorita— y aseguré mi postura.

Me atacaron juntos. Diego se me abalanzó por la izquierda levantando su enorme y musculoso brazo y el de la barba de chivo me lanzó una patada baja. Paré el ataque de Diego con el antebrazo mientras que, al mismo tiempo, me retorcía para quitarme de la trayectoria de la patada del otro tipo. Yo lancé otra y le di al de la barba de chivo en toda la cara.

—¡Joder!

Cayó hacia atrás, sobre el suelo, mientras Diego volvía a intentar golpearme.

Retrocedí y evité el golpe con facilidad. Era lento y su técnica era torpe. Nos enzarzamos en una batalla de golpes. Diego pegaba una y otra vez, y aunque sus ataques eran poderosos, también resultaban torpes. Les faltaba elegancia. Eran fáciles de esquivar, de bloquear.

El de la barba volvió a unirse a la lucha, atacando con la misma

ferocidad que Diego. Paré los ataques de ambos; Diego venía a por mí por un lado mientras el de barba venía por el otro, dándome puñetazos y patadas al unísono.

No podía estar más agradecida por el entrenamiento al que nos había sometido mi padre a mí y a mis hermanos al mismo tiempo. Me había preparado de verdad para situaciones como esa, para enfrentarme a más de un atacante a la vez.

Me agaché para evitar un fuerte golpe y apuñalé a Diego en el muslo. Retiré el cuchillo enseguida y di la vuelta para situarme por detrás de él. Le di una patada en la espalda y lo mandé al suelo, donde quedó totalmente despatarrado.

El de la barba giró sobre sus talones y empezamos a rodearnos mutuamente.

—Te crees muy dura, ¿verdad, mierdecilla? Pero no eres más que una sucia zorra.

Me reí.

—Oh, desde luego que lo soy. Pero solo para un tío.

Miré directamente al objetivo de la cámara y le guiñé un ojo a Arturo.

Me lo podía imaginar, diciéndome a gritos que me lo tomara en serio, que dejara de hacer tonterías. Seguramente tendría que haberlo escuchado.

—Voy a disfrutar poniéndote en tu lugar. Demostrándote quién es el jefe —siseó el de la barba.

—Ambos sabemos que tú no eres el jefe. Vamos a ver lo que tienes.

Lanzó un gruñido y se abalanzó sobre mí corriendo en un intento de derribarme. Clavé los pies en el suelo en busca de estabilidad, le

planté un cabezazo y giré para apartarme en el último segundo. Me volví y, aprovechando mis piernas largas y ágiles, le di una patada lateral justo en la espalda, en la base de la columna vertebral. Se arqueó hacia delante emitiendo un grito y se estampó contra Diego, quien estaba intentando levantarse a duras penas. Al final, ambos cayeron al suelo, porque tropezaron el uno con el otro.

No estaba segura de cuánto tiempo me quedaba, ni de si esos gilipollas que tenía detrás se darían por fin cuenta de que les causaba más problemas que otra cosa y me atacarían todos juntos, en lugar de seguir con esa mierda estúpida del sorteo. Tenía que acabar con todo aquello en ese mismo instante. Cuanto menos tuviera que luchar con varios al mismo tiempo, mejor.

Ambos se pusieron de pie: Diego cojeando con la pierna lesionada y el de la barba doblado a la altura de la cintura, como si fuera un viejo con dolor de espalda. Salí disparada hacia delante y lancé mi ofensiva, dando puñetazos alternando ambas manos. Uno directo en la cara de Diego, otro en la barriga del de la barba. Un *uppercut* en la barbilla de Diego, un rodillazo en la cara del otro. Una patada giratoria con efecto de gancho en la cabeza de Diego.

Cada golpe los hacía rugir de dolor y los hacía retroceder cada vez más a medida que los atacaba.

No les di ni un segundo de prórroga. Golpeaba con dureza y rapidez, usando mis cuchillos para rajarles la piel a medida que me movía a la máxima velocidad que podía. Les herí una y otra vez mientras intentaba esquivar sus intentos de atacarme. La gimnasia deportiva me había proporcionado una flexibilidad increíble y me permitía doblar el cuerpo de maneras peculiares para esquivar sus

golpes, como una acróbata dando volteretas y saltos mortales en un circo.

El de la barba consiguió plantarme un fuerte golpe en el hombro y me tambaleé porque la fuerza del golpe me pilló por sorpresa y me hizo perder la estabilidad.

«Joder. Eso va a dejarme un buen morado».

Diego lo aprovechó para lanzarse hacia delante, me embistió con la fuerza de su cuerpo y me levantó en el aire con el impulso de la carrera. Yo le clavé ambos cuchillos en los omóplatos y emitió un rugido intentando librarse de mí.

Me aferré con fuerza y fui dando la vuelta a su cuerpo hasta quedarme colgada de su espalda, como si me llevara a caballito. Le arranqué uno de los cuchillos del hombro y se lo clavé en la base del cuello. Soltó un grito y aflojó el agarre, pero yo me sujeté bien hasta que cayó de rodillas. Luego empecé a apuñalarlo sin parar hasta que estuve totalmente cubierta de sangre.

Por fin lo solté, y Diego cayó de bruces con la sangre chorreando a su alrededor. Jadeando, levanté la cabeza y crucé la mirada con Nero. Hice un movimiento lateral con un cuchillo y se lo clavé en todo el centro de la frente al de la barba mientras corría hacia mí; lo maté al instante.

Me ardían los pulmones, me palpitaba el hombro y me dolía todo el cuerpo. Notaba que empezaban a salirme ya cardenales en la piel a consecuencia de sus ataques. La adrenalina que me corría por las venas me aceleró el pulso con tanta fuerza que lo sentía en los oídos; oía los latidos en mi pecho.

Inspiré con fuerza para regular la respiración y me puse de pie.

A diferencia de la última vez, Nero no estaba sonriendo. Con los

ojos entrecerrados y la mandíbula apretada, me quedaba claro que estaba cabreado por el hecho de que hubiera matado a dos más de sus hombres. No esperaba que yo ganase.

—¿Quieres saber cuál es el problema, Nero? ¿Dónde te equivocas? —le pregunté mientras sacaba el otro cuchillo del hombro de Diego y limpiaba la sangre pasándoselo por la camisa—. Has cometido el error de pensar que no soy más que la mujer de Arturo. Es decir, no me malinterpretes, por supuesto que soy la mujer de Arturo, de pies a cabeza. Cien por cien. Pero no solo soy eso. También soy la hija del Carnicero de la Bratva.

Uno de sus hombres resopló y sonrió.

—Has oído hablar del Carnicero de la Bratva, ¿verdad? Pero apuesto a que no sabías que era mi padre.

No muchas personas conocían la identidad del Carnicero de la Bratva a menos que realmente fueran miembros de la mafia rusa, pero los rumores sobre la crueldad de mi padre se habían propagado a lo largo y ancho de la ciudad el día en que aniquiló a toda una generación de la misma familia.

Se oyeron susurros por la habitación. Todos hablaban por lo bajini, aunque el miedo era palpable. Disfruté mucho de la situación.

«Bien. Deberían sentir miedo».

—Algo que tenéis que saber sobre mi padre es que es increíblemente protector. Y paranoico también. Estoy hablando de que está muy loco. Veréis, después de que secuestraran y mataran a mi madre, ató a sus hijos en corto. La única forma de que nos dejara salir de casa fue que aceptáramos que nos colocasen un dispositivo de seguimiento. —Con la punta del cuchillo, me señalé la parte trasera del cuello—. Desde los diez años llevo un diminuto

microchip incrustado justo por debajo de la piel. Un microchip que, una vez activado, retransmite mi ubicación y se la envía a mi padre.

Nero abrió mucho los ojos de la impresión en el preciso instante en que una tremenda explosión hizo temblar el edificio haciendo que el suelo se estremeciera bajo nuestros pies.

Sonreí.

—Y ahora ya está aquí.

25

ARTURO DE LUCA



—¡Qué divertido! —gritó Lukyan con una sonrisa radiante cuando entró en la casa.

La reforma de la gran mansión de estilo victoriano estaba en plena marcha, con decenas de obreros esforzándose de lo lindo para devolverle su antiguo esplendor. Albañiles, carpinteros y electricistas trabajaban día y noche para reparar los daños que había causado Nero, retirando escombros, arreglando paredes y aplicando nuevas capas de yeso y pintura.

La Bratva actuaba con rapidez y no perdía el tiempo.

—Lo digo porque, ¿visteis la cantidad de sangre y vísceras que había por el suelo cuando nos fuimos? Van a tener que arrancar la moqueta porque es imposible que quiten todas esas manchas —siguió diciendo Lukyan mientras se dirigía a la cocina.

—¡Sí, ya lo sé! Fue una puta pasada. ¿Y qué me dices del que se meó encima? —rio Vin, y siguió a Lukyan como si fuera un perrito faldero.

Yo sabía que en cuanto esos dos se conocieran, serían uña y carne. Se parecían demasiado para no hacer buenas migas. Sacudí la cabeza con un suspiro mientras caminaba detrás de ellos. Hablaban a grito pelado y se jactaban de la gente que habían matado y lo bien que lo habían pasado haciéndolo. Lukyan les sirvió chupitos de vodka a todos. Eran como un puñado de crías adolescentes charlando de sus últimos ligues con voz de pito y las emociones a flor de piel.

—¡Ay, sí! ¡Qué gracia! Menuda nenaza. —Lukyan engulló su vodka y se sirvió otro—. A Illayana no le hará ninguna gracia habérselo perdido. No le gusta nada perderse la mejor parte.

«Por cierto, ¿dónde está mi mujer?».

Había reparado de inmediato en su ausencia, pero supuse que estaría ocupada en la planta de arriba. La casa tenía nada menos que cuatro pisos. Podría estar en cualquiera, pero seguro que bajaría cuando nos oyera, ¿verdad?

Estaba a punto de salir de la cocina cuando habló Vin.

—Turo, ¿por qué coño te marchas? ¡Vamos a celebrarlo! Hemos recuperado todo el arsenal, hemos capturado a algunos prisioneros y no tenemos bajas. Es toda una victoria, ¡joder!

«Todo eso es digno de celebrase, pero…».

—Voy a buscar a mi mujer.

—No te molestes. Nos cortará el rollo y nos aguará la fiesta —dijo Lukyan, quitándose la americana manchada de sangre para colgarla en una silla.

Aleksandr le propinó una colleja.

—¡No hables así de Illayana!

—¿Qué pasa? Solo digo lo que pienso —dijo con voz quejumbrosa, masajeándose la cabeza—. Mira, en cuanto aparezca, empezará a quejarse y a poner morros porque no la hemos dejado acompañarnos.

Dejé que siguieran discutiendo y me dispuse a buscarla. Tras mirar arriba y en el resto de la casa que no estaba en obras, me entró un mal humor de cojones porque seguía sin encontrarla.

«¿Dónde coño está? Por su bien, espero que no haya salido de casa».

Les había dado instrucciones muy concretas a Christian, Luca y Lorenzo. Más les valía haberme hecho caso, o pagarían las consecuencias.

Cuando volví a entrar solo en la cocina, Aleksandr me miró con mala cara.

—¿Dónde está Illayana?

Una sensación de angustia me revolvió el estómago.

—No lo sé, no la encuentro.

—Relájate. Es posible que esté en el almacén, arreglando sus frustraciones a puñetazo limpio —opinó Lukyan, y dio otro trago sin preocuparse lo más mínimo por que su hermana no apareciera.

Aleksandr se dirigió a la puerta de cristal corredera y retiró la cortina para asomarse fuera.

—En el almacén no hay luz. Allí no está.

Volvió a la cocina y engulló otro vodka con cara de pocos amigos.

La sensación de angustia se intensificó y se extendió por todo mi cuerpo. Cerré los puños con fuerza.

«Uf, voy a matarlos. Se han ido».

Saqué el móvil, y justo cuando estaba a punto de marcar el número de uno de esos guardaespaldas imbéciles, empezó a sonar y la pantalla se iluminó con el nombre de Christian. Respondí rápidamente.

—Más te vale tener un buen motivo para no estar en casa —gruñí.

—Hostia, jefe, lo siento. Lo siento mucho.

Me puse tenso y noté la rigidez en todo el cuerpo.

—Que se ponga.

—Jefe…

—He dicho que se ponga —repetí despacio, y mi voz se tornó más y más grave con cada palabra.

Christian se apresuró a responder.

—N… No puede. Escuche, jefe, ha habido un error. Es un error muy tonto que no deberíamos haber cometido, pero quiso salir y no hubo manera de convencerla de lo contrario. Y entonces nos topamos con su prima, que quería hablar con ella a solas, y luego, la verdad es que no sé qué más pasó. Nos atacaron con gas, supongo, no sé. Cuando recuperamos la consciencia, ella ya no estaba. Joder, ni siquiera…

—¡Ya basta! —vociferé—. ¿Dónde está, Christian?

—Lo siento mucho, jefe, no lo sé. La han raptado.

«La han raptado».

El tiempo empezó a correr más despacio, y todo lo que me rodeaba se detuvo cuando asimilé esas palabras. Illayana no estaba. Alguien se la había llevado, me la habían arrebatado.

Estallé en cólera y rugí a pleno pulmón. Empecé a darles patadas

a los muebles y a maldecir a Christian de todas las formas posibles, profiriendo los insultos más horribles que me vinieron a la mente. Era como si hubiera olvidado su idioma y solo brotara de mí un torrente de palabrotas en italiano.

La emprendí a puñetazos contra la pared, acompañando cada reniego con un boquete en el yeso. Le di patadas al armario de la porcelana, lleno de valiosas piezas antiguas. Destrocé todo lo que tenía por delante hasta que me sangraron los nudillos.

Aleksandr empezó a caminar hacia mí —¿para qué?, no lo sé—, pero Vin sacudió la cabeza y se interpuso en su camino. Él sabía que lo mejor que podía hacer cuando me veía de esa forma era quitarse de en medio.

Christian no pronunció palabra en todo ese tiempo, pero yo sabía que seguía al teléfono.

—Moved el culo. Os quiero aquí ahora mismo —le espeté, y puse fin a la llamada.

Todos iban a pagar por haberme desobedecido.

En la habitación se hizo el silencio. Aleksandr, Nikolai e incluso Lukyan me miraban con intensidad. Habían sido testigos de mi arrebato de destrucción, pero no dijeron nada. Yo no sentía un ápice de culpabilidad. Ya me ocuparía más tarde de pagar para reparar los daños.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aleksandr, con el cuerpo rígido de puro nerviosismo.

No me atrevía ni a pronunciar las palabras.

—Illayana no está.

—¿Que no está? ¿Quieres decir que ha desaparecido? —se sorprendió Lukyan.

—La han raptado.

De pronto, todo se movió cuando los hermanos de Illayana empezaron a andar de un lado a otro como si se hubiera prendido fuego a la casa. Aleksandr comenzó a dar órdenes a grito pelado, Nikolai encendió el portátil y se puso a teclear como un poseso y Lukyan salió corriendo de la sala llevándose a unos cuantos hombres de la Bratva.

Empecé a darle vueltas a la cabeza. Solo podía pensar en Illayana, en quién la había secuestrado y lo que podrían estar haciéndole. Mi mente se llenó de pensamientos oscuros; la simple idea de que estuviera herida hizo que me entraran ganas de reducir el puto mundo a cenizas. No tenía ni idea de qué iba a hacer, pero seguro que haría algo. Tenía que encontrarla.

—Vin, avisa a Derek. A ver si puede rastrear su móvil. Si no se han deshecho de él, quizá podamos localizarla.

—No hace falta —dijo Dimitri, y entró en la sala dando grandes zancadas que reflejaban su cólera.

Tenía el pelo mojado de la ducha y llevaba puesto un traje de Armani nuevo. Los hombres de la Bratva lo seguían de cerca, rezumando preocupación mientras se apresuraban a cumplir sus órdenes y a reunir armas y provisiones.

Mi padre entró en la sala al cabo de un momento y se acercó a mí.

—¿Es cierto, hijo? ¿Se la han llevado? —preguntó, y me posó una mano en el hombro en señal de apoyo.

—Sí, y voy a volverme loco.

Me aparté de él y fui hacia Dimitri. Teníamos que encontrarla, ¡y teníamos que ponernos en marcha ya!

—¿Por qué dices que no hace falta rastrear su teléfono? ¿Ya sabes dónde está?

Los azules ojos de Dimitri me miraron con aire amenazador.

—¡Nikolai!—bramó, ignorándome por completo.

Su hijo se acercó corriendo, con el portátil en la mano.

—¡Dimitri! —grité. Había perdido toda la paciencia—. ¿Por qué dices que no hace falta rastrear su móvil?

Él se volvió para mirarme y vi el fuego que ardía en sus ojos y la rabia que irradiaba todo él, pero no me dejé intimidar. No me daba ningún miedo, por mucho que fuese el Carnicero de la Bratva.

—Ya jugaremos a sostenernos la mirada más tarde. Ahora necesito que hables conmigo, o tú y yo vamos a tener una buena.

En la cocina se oyeron una serie de gritos ahogados. A continuación, se hizo el silencio, pero no permití que durara. No teníamos tiempo que perder. Cada segundo que permanecíamos allí mirándonos unos a otros, cabía la posibilidad de que a Illayana estuvieran haciéndole daño.

Como estaba harto, alcancé la funda que llevaba atada al pecho y aferré la pistola, dispuesto a amenazarlo de muerte si no accedía a hablar. Cuando estaba a punto de sacar el arma, mi padre cargó de frente contra mí y me dio un golpetazo con el torso que me hizo retroceder un paso. Aleksandr se colocó delante de su padre para protegerlo. Tenía cara de pocos amigos.

—*Figliolo, tranquillo*. *Respira* —me susurró al oído.

«Cálmate, hijo. Respira».

—*Sono calmo, cazzo* —gruñí, y lo aparté de un empujón.

«Estoy calmado».

Alessandro permaneció delante de mí y bloqueó el paso entre

Dimitri y yo, por si volvía a perder los estribos.

—Dimitri, seguro que tienes un plan. Por favor, cuéntanoslo.

Mi padre, la eterna alma conciliadora.

Dimitri apartó a su hijo a un lado y dio un paso adelante, mirándome con cara asesina.

—Tú y yo vamos a intercambiar cuatro palabras cuando acabe todo esto, Arturo…

—No veo la hora —le espeté, interrumpiéndolo—. Pero, de momento, tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos.

—Estoy de acuerdo. Ese es el único motivo por el que sigues respirando. Pero no te equivoques; hablaremos de esta mierda en su momento.

Dimitri le quitó el portátil a Nikolai y lo volvió de cara a mí. Miré la pantalla y vi un mapa de una pequeña ciudad en medio de la nada y un punto de un rojo vivo.

—¿Qué coño estoy viendo?

Dimitri entornó los ojos con un gesto que destilaba ira.

—Es Illayana. Su localización. Estoy reuniendo a mis hombres, y te aconsejo que hagas lo mismo. Saldremos dentro de tres minutos.

—¿Le has pinchado el teléfono?

—No exactamente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no es momento de perder el tiempo explicándotelo, así que haz el favor de mover el culo para que podamos irnos.

Le lancé una mirada fulminante, pero por suerte para él, tenía razón. No había nada que justificara que perdiéramos aún más tiempo.

—Vale. Vin, reúne a los hombres. Que cojan armas y suban al coche. Vamos a liberar a mi mujer.

—Dime cómo es que tu padre conoce el paradero exacto de Illayana —exigí, con la mirada fija en Lukyan, que viajaba a mi lado en el todoterreno.

Me sorprendió que hubiese decidido ir en nuestro coche y no en el de su familia. Incluso se peleó con Vin por ocupar el asiento delantero, tirándolo al suelo cuando este se dispuso a abrir la puerta del acompañante.

Vin iba sentado detrás, al lado de padre, clavándole cuchillos imaginarios en la espalda a Lukyan. Si las miradas matasen…

—¿Le ha pinchado el teléfono o algo así? —pregunté mientras seguía al vehículo que iba en cabeza y nos incorporábamos a la autopista.

No tenía cien por cien claro adónde estábamos yendo, solo sabía que era algún lugar de las afueras de una pequeña población del extrarradio de Las Vegas.

—Algo así —dijo Lukyan, y se giró y se dio unos golpecitos en la nuca.

«¿Qué coño…?».

—¿En serio le ha pinchado el teléfono? —pregunté sin dar crédito.

—Cálmate. No es que ella no lo sepa. Aquí estamos todos localizados.

—¿Qué quieres decir?

—Nos colocaron un microchip diminuto debajo de la piel. No es nada.

Vin puso mala cara y estiró el cuello hasta la parte delantera del vehículo.

—¿Como esa mierda que les hacen a los gatos y los perros?

—Sí, más o menos. Son medidas de seguridad, por si nos cogen.

—¿Os cogen, dónde? —se extrañó mi padre.

—Si nos secuestran —aclaró Lukyan.

Mi padre dejó escapar un suspiro.

—Los jóvenes y su estúpido vocabulario —dijo entre dientes.

Yo no habría dicho que Lukyan era joven, precisamente. En fin. Activé el modo de conducción automática y me recosté en el asiento.

—¿Me estás diciendo que todos tenéis un microchip en el cuello que le envía la localización a tu padre?

—Lo pintas como si fuera ciencia ficción —dijo Lukyan entre risas —. Es que es bastante protector, nada más. Le entró la paranoia después de que secuestraran a mi madre. Cuando consiguió encontrarla, ya la habían violado y asesinado. Entonces decidió que nunca más volvería a pasar por una cosa así, y de ahí lo del microchip.

No sabía cómo tomármelo, la verdad. En ese momento, nos estaba resultando muy útil, pero no me hacía gracia que Illayana llevara implantado un microchip como si fuera un puto animal.

Oí sonar mi móvil. Lo cogí y comprobé rápidamente quién era, asegurándome de no apartar la vista de la carretera.

Era un mensaje de texto de un número desconocido:

Tu mujer es una monada

La rabia me corría a raudales por las venas como un torrente de

lava en ebullición. Apreté los dientes y aferré el volante hasta que los nudillos se me pusieron blancos. A continuación, recibí otro mensaje. Era el enlace a una página web.

El estómago me dio un vuelco. ¿Qué descubriría cuando lo abriera?

—¿Qué es? Ahora mismo tienes cara de querer matar a alguien —observó Lukyan, y lo fulminé con la mirada.

Él retrocedió unos centímetros para apartarse de mí.

—Exacto, esa cara.

—Ponte al volante.

Salté por encima de la consola central para trasladarme al asiento de atrás.

—¡Oye! ¡¿Qué cojones haces?!

Lukyan puso cara de pánico y saltó para aferrar el volante justo a tiempo de evitar que nos saliéramos de la carretera.

—Muévete —bramé, y empujé a Vin de tal modo que quedó pegado a la ventanilla.

—¡Ay, Turo! Capullo de mierda…

—Cierra el pico antes de que te lo cierre yo —le espeté, y abrí el mensaje.

—Veo que no te tomas muy en serio eso de la conducción segura —protestó Lukyan con voz de pito, mirándome por el retrovisor antes de volver a centrarse en la carretera

Hice caso omiso y me ocupé del móvil

—Me han enviado un enlace.

—¿De qué? —preguntó Vin, y saltó al asiento del acompañante.

Lukyan pisó el freno y mi hermano salió disparado hacia delante y se estampó en el salpicadero. Dio un chillido y gimió de dolor.

—Ups —rio Lukyan.

—¿Quieres dejar de hacer el imbécil? ¡Esto no es un puto jueguecito, Lukyan! Han raptado a tu hermana, y tú te dedicas a hacer el tonto como si aquí no hubiera pasado nada. ¿Qué coño te pasa?

La expresión de Lukyan denotaba que estaba dolido. Apretó la mandíbula y se concentró en la carretera.

—Cada uno tiene una forma diferente de afrontar las dificultades, Arturo. Yo he decidido que no voy a amargarme por algo que no puedo cambiar. En vez de eso, intento relajarme antes de vérmelas en una situación que es posible que me deje destrozado. Quiero mucho a Illayana. Me llevo mejor con ella que con mis otros hermanos. Y si llegamos demasiado tarde… Si está muerta…

Se le quebró la voz y dejó la frase a medias. Pestañeé y me quedé unos instantes sin palabras. No esperaba que Lukyan me soltara una reflexión así de profunda y trascendental, desde luego. Me pareció que había una cara de él que no conocía.

Mi padre me fulminó con la mirada.

—Arturo. —Una sola palabra, y, sin embargo, tan cargada de reproche—. Eso ha estado fuera de lugar. Sé cómo te sientes, pero no puedes andar arremetiendo contra todos.

Estaba usando su tono paternalista. Suspiré y levanté la vista del teléfono.

—Lo siento, Lukyan.

En realidad no era así, pero no quería alargar esa conversación.

Abrí el enlace y me llevó a un vídeo en tiempo real. Illayana estaba de pie en medio de una sala, con el pelo mojado como si le hubieran metido la cabeza en un cubo de agua. Tenía la ropa llena

de barro. Al verla así, me quedé paralizado y se me heló la sangre en las venas.

Aferré el teléfono con fuerza y solté un gruñido cuando un hombre le propinó un revés en la cara.

«Nero».

Se acercó a la cámara para moverla y enfocar a Illayana, y sus palabras hicieron eco en el coche.

Primero habló de las ventajas de los vídeos en directo y de lo emocionado que estaba al saber que yo sería testigo de cómo violaban a mi mujer, de cómo sus hombres iban a tomar lo que no era suyo.

Se me puso todo el cuerpo rígido y noté que la cólera se apoderaba de mí al verme obligado a permanecer allí sentado y escuchar las barbaridades que ese sádico y sus hombres pensaban hacerle a Illayana, cómo pensaban abusar de ella.

Lukyan empezó a soltar improperios y estampó los puños en el volante. Apretó el acelerador y salimos disparados, adelantando al coche en el que viajaban su padre y sus hermanos.

Le sonó el móvil y contestó en ruso. Habló con dureza cuando le explicó lo que estaba pasando a la persona que había al otro lado de la línea.

Yo no sabía cuánto tiempo de viaje nos quedaba, pero rezaba por que fuese poco. Tenía agallas para soportar muchas cosas. Había abierto a varios hombres en canal, de la garganta a la pelvis; les había arrancado órganos vitales y luego me había plantado en un charco de su sangre a comerme tranquilamente un sándwich de pavo. Pero ¿eso? ¿Ver cómo le hacían daño a Illayana? ¿Cómo la maltrataban? Eso no podía soportarlo.

La cámara mostró un plano general de todos los hombres presentes en la sala. Por lo menos, había una docena, y traté de memorizar los rasgos de todos ellos. Pensaba encontrarlos y castigarlos con el doble del dolor y el sufrimiento que le causaran a ella.

Entorné los ojos.

«Un momento. ¿Ese es Diego?».

¡Lo era! Entre los hombres que aguardaban en fila para violar a mi mujer estaba ese desgraciado de mierda, y le brillaban los ojos de emoción.

«Hijo de puta».

Uno de los hombres avanzó y se acercó a Illayana. Se me encogió el estómago.

«Ay, Dios. Creo que no puedo verlo».

Mi padre se quedó mirando la pantalla con expresión preocupada pero pensativa.

—No parece que esté asustada.

Me fijé en la cara de Illayana. Mi padre tenía razón, no se la veía nada asustada. Al contrario, más bien parecía emocionada, con ganas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lukyan, con una mano en el volante y la otra sujetando el teléfono contra la oreja.

Desvió la mirada hacia mí con gesto inquieto.

—Va a enfrentarse a esos tíos uno por uno.

Le describí la escena a Lukyan sin apartar los ojos de Illayana. La verdad era que sentía que el corazón iba a salírseme del pecho en cualquier momento, como si mi cuerpo fuese a desconectarse de todo el estrés y la ansiedad que me recorrían por dentro.

En cuestión de segundos, Illayana hizo un movimiento rápido y le rajó el cuello al hombre. Suspiré de alivio. Claro que, entonces, Diego y otro hombre dieron un paso adelante, y el corazón volvió a latirme a cien por hora. Habría jurado que acabaría dándome un ataque.

Ese enfrentamiento duró más. Hubo más pelea, más violencia. Cada vez que veía a uno de esos cabrones lanzarse contra ella, me entraban ganas de agarrarlo por el cuello y estrangularlo hasta la muerte.

—¿Cuánto nos queda para llegar? —grité.

Tenía la capacidad de autocontrol y la cordura pendientes de un hilo. Iba a explotar.

Mi padre intentó tranquilizarme susurrándome palabras de consuelo en italiano, pero no me servían de nada. Nada podía tranquilizarme salvo tener a Illayana conmigo, sana y salva.

—No mucho —dijo Lukyan entre dientes, concentrado en la carretera para sortear el tráfico.

Salió de la autopista y enfilamos una carretera larga y oscura que se alejaba más y más de la civilización para adentrarse en una zona perdida en medio de la nada.

Illayana le clavó un cuchillo en la pierna a Diego y lo apartó de una patada. Luego se enfrentó cara a cara al otro hombre. Se movían avanzando en círculos y, en un momento dado, ella miró hacia la cámara y me guiñó un ojo.

«¡¿Me acaba de guiñar un ojo?!».

—Por todos los demonios, Illayana —dije apretando los dientes.

Cuando le pusiera la mano encima, iba a caerle una buena por

eso, por tomarse las cosas a broma cuando se estaba jugando la vida.

El coche se detuvo con un frenazo, y aparté la vista de la pantalla. A unos cuantos kilómetros había una casa rodeada de montículos de tierra y muchos coches y motos.

Alguien golpeó mi ventanilla, y mi reacción inmediata fue asir la pistola. Era Dimitri, que se había bajado del coche y me miraba con la cara tensa y una expresión tan oscura y letal como la del mismísimo diablo. Retrocedió para dejarme abrir la puerta y que pudiera salir.

—¿Está ahí? —pregunté, y saqué la pistola de la funda para comprobar la recámara.

Todo a punto.

—*Da*. Lukyan me ha dicho que te han mandado un vídeo. Quiero verlo.

—Créeme cuando te digo que no hay tiempo para eso. Tenemos que entrar ahí. Ahora mismo.

26

ILLAYANA DE LUCA



Nero se recuperó pronto de la sorpresa de la explosión y chasqueó rápidamente los dedos para darles órdenes a sus hombres.

—Id a ver qué pasa —bramó, y la mitad de ellos salió disparada de la sala.

La otra mitad permaneció allí, intercambiando miradas de desconcierto, miedo y preocupación.

Me afiancé en mi posición y me quedé mirándolos, haciendo honor a mi nombre de guerrera de la Bratva.

—Si os vais ahora, aún tendréis la oportunidad de seguir con vida. Pero os garantizo que cualquiera que esté aquí cuando llegue mi padre sufrirá la muerte más dolorosa que pueda imaginar. Y mi padre tiene muchísima imaginación.

Sonreí porque la idea me llenaba de alegría.

—No la escuchéis —vociferó Nero, y apretó los puños—. Aunque tu padre encuentre este sitio, de ninguna manera conseguirá vencer a mis hombres y entrar. Es imposible. Tenemos todo su armamento. ¿Qué va a hacer? ¿Atacarnos con nunchakus y porras?

En la entrada se oyeron unos disparos, seguidos de gritos de dolor y de auxilio.

—¿De verdad crees que mi padre no recuperará las armas? —Me reí de sus pocas luces—. Deberías haber investigado un poco más antes de meterte en nuestro terreno.

Nero miró alrededor de la sala, nervioso.

—Mis hombres los matarán a todos. La Bratva no está a su altura.

—Eso no te lo crees ni tú.

Nero sacó una pistola y me apuntó con ella a la cabeza.

—¿Qué me impide matarte aquí y ahora, eh? Podría estampar todas las paredes con tus putos sesos.

—Pues nada de nada. —Me encogí de hombros—. Pero los dos sabemos que, si me matas, mi padre hará que te arrepientas. —Ladeé la cabeza, imitando a Wanda Maximoff—. Tengo curiosidad: ¿podrías soportar años de tortura, Nero? Porque eso es lo que mi padre hará contigo. No te matará. Te mantendrá con vida para que sufras un día tras otro. Y mis hermanos se sumarán a la fiesta. Además, está Arturo. Aún no lo he visto en acción, pero te garantizo que, por lo que sé de él, es igual de creativo que mi padre a la hora de encontrar formas para hacer sufrir a la gente. Puede que incluso más.

A Nero le tembló un poco la mano y sus ojos se llenaron de

terror. Eso hizo que sus hombres se removieran nerviosos, como si tuvieran ganas de salir corriendo y alejarse todo lo posible de esa sala. Estaba perdiendo a sus hombres y la confianza en sí mismo.

—Igualmente lo van a hacer.

Era lo peor que podría haber dicho. Si sus hombres no habían perdido aún la confianza en él, seguro que la perdieron en ese momento.

En la casa se oyeron más ráfagas de disparos, seguidas de gemidos, alaridos y llantos que todo el mundo pudo oír. Casi al instante, los hombres de Nero se precipitaron hacia la puerta, pero era demasiado tarde. La derribaron con una fuerza tan brutal que la arrancaron de las bisagras y aterrizó en la cara de uno de los hombres y lo tumbó.

Y ahí estaba mi marido, con una expresión de pura amenaza. Emanaba una oscuridad vibrante que impregnaba el ambiente con promesas de violencia, muerte y destrucción. Había algo diferente en él, algo que yo no había observado jamás: una maldad que acechaba desde el fondo de esos bellos ojos de distinto color. Una maldad que exigía venganza.

Era un glorioso dios griego con forma humana. Le chorreaba sangre de la cara, de la ropa, de los nudillos… y casi de cada centímetro del cuerpo. Tenía un aspecto… aterrador, como el diablo con un traje de Brioni.

El hecho de que me pusiera cachonda solo con verlo hizo que me diera cuenta de que estaba más enferma mentalmente de lo que creía.

«Vaya. Bueno».

Nero se movía deprisa, más de lo que creía capaz. Dio media

vuelta, me rodeó el cuello con el brazo y me apuntó con la pistola en la cabeza, justo en la sien.

—Que nadie mueva un puto músculo.

Arturo se quedó paralizado. Detrás de él, Nikolai y Lukyan hicieron lo propio, apuntándonos directamente con su pistola. Los hombres de Nero se acercaron a ellos, intentando escapar o bien quitarles las armas, quién sabe. Mis hermanos, actuando al unísono, los convirtieron en su nuevo blanco y les advirtieron que no se movieran, mientras que Arturo apuntó con su arma a Nero y este se ocultó detrás de mí porque era un puto cobarde.

Crucé una mirada con Arturo.

—Hola, marido mío —dije con dulzura, y lo obsequié con una sonrisa.

Me alegraba de verlo, aunque tuviese una pistola clavándoseme en la sien. Él entornó los ojos con una mirada que anunciaba que pensaba castigarme.

—No te has quedado en casa, como te dije, *kotenok*.

—Bueno… No me lo dijiste a mí exactamente. Se lo dijiste a Christian y a Luca.

Entonces Nero me dio un golpe tan fuerte que mi cabeza se sacudió de un lado a otro y me hizo estremecerme de dolor.

—¡Callaos! ¡Callaos todos! Esto es lo que va a pasar: vais a echaros para atrás muy tranquilitos para dejarme pasar. Si no, le volaré la cabeza.

Arturo hizo una mueca de desprecio; su cólera resultaba palpable.

—No.

Y entonces disparó a la cabeza de Nero. No dio pie a vacilar ni a

pensarlo dos veces. En ningún momento dejó entrever que fuese a dispararle. Lo hizo y punto. Y fue un disparo experimentado que dejó clara de una vez por todas lo bueno que era con la pistola.

La sangre me salpicó en la mejilla, y Nero se derrumbó. Su cuerpo sin vida cayó al suelo con un golpe sordo.

Arturo se volvió para apuntar con el arma a los hombres de Nero.

—¡Al suelo!

Ellos no dudaron. Uno tuvo incluso el valor de hablar mientras se ponía de rodillas.

—Escucha, nosotros no hemos tenido nada que ver con esto. —Sus palabras estaban teñidas de un ligero acento español: el de Los Zetas—. Todo ha sido idea de Nero; era su plan de venganza. Pero nosotros no formábamos parte para nada.

—Ven aquí, *kotenok* —me ordenó Arturo sin apartar la vista del grupo de hombres, apuntándolos con la pistola.

Fui a su lado y lo miré.

—Dime, marido mío.

Quería aplacarlo, tratar de calmar la tormenta que sabía que se me venía encima por haber ignorado su petición de quedarme en casa. Tenía la esperanza de que, si no lo hacía enfadar demasiado, no sería demasiado duro conmigo.

«Aunque lo dudo».

Miró a los ojos de los hombres arrodillados frente a él, me aferró la barbilla con la mano libre y atrajo mi cara hacia la suya, obligándome a ponerme de puntillas. Estampó sus labios en los míos y me introdujo la lengua en la boca para darme un beso ardiente que me envió un cosquilleo directamente al clítoris.

Fue un beso feroz y dominante que clamaba a gritos que era

suya. Lo exigía. Les estaba demostrando a aquellos hombres que yo le pertenecía y que no pensaba dejar impunes sus actos vandálicos. Arturo quería que vieran el control que ejercía sobre mí para que supieran que era suya y solo suya.

Gemí e intenté acercarme a él, desesperada por sentir su cuerpo esculpido contra mí, pero él me inmovilizó en el sitio aferrándome con fuerza por la barbilla, sin permitirme el más mínimo cambio de postura. Era como si fuese su marioneta, que solo podía moverse si él quería y cuando quería.

Me mordió el labio inferior con la fuerza suficiente para que sintiera el escozor, y grité de la sorpresa.

—Voy a tumbarte sobre mis rodillas y a pegarte en el culo por haber salido de casa cuando sabías que no debías hacerlo.

Se echó hacia atrás y me dedicó una sonrisa burlona; el deseo que sentía por él se hizo evidente en mi respiración agitada y el rubor de mis mejillas.

Lukyan estuvo a punto de atragantarse.

—Tío. No necesitaba oír eso.

—Ya, demasiada información —gruñó Nikolai.

Arturo me mordisqueó el labio inferior una vez más antes de soltarme. Yo me tambaleé. Estaba sin aliento y me temblaban las piernas por efecto del embriagador contacto de su mano. Sentía la piel ardiente y fuego en las entrañas, y me entraron unas ganas desesperadas de tenerlo en una habitación solo para mí y dejar que me hiciera cosas malas, perversas.

—Decís que no tenéis nada que ver con esto. Sin embargo, habéis intentado aprovecharos de mi mujer. Queríais tomar lo que no

os pertenece —gruñó Arturo, mirando con ira al hombre que había hablado.

—No, tío, en serio. No queríamos formar parte de eso. De verdad. Tienes que creerme. No hemos sido nosotros. Ha sido todo cosa de Nero —soltó en español.

Todos asintieron con vehemencia, y fue entonces cuando me di cuenta de que en la sala solo quedaban miembros de Los Zetas.

Mi padre entró con grandes zancadas. Llevaba el cuerpo cubierto por un chaleco Kevlar y un P-90 en las manos. Alessandro estaba un paso por detrás de él, con la frente perlada de sudor y el pelo ensangrentado.

—*Moya doch'*.

Se abrió paso hasta mí y me envolvió en un fuerte abrazo. El cuerpo le temblaba —por efecto del miedo o de la adrenalina, no tenía ni idea—, y cuando quise apartarme y retroceder, me abrazó con más fuerza, negándose a soltarme.

—*Otets, ya v poryadke* —susurré para tranquilizarlo.

«Padre, estoy bien».

Sin embargo, él me estrechó con más fuerza todavía. Yo suspiré y dejé que me estrujara hasta casi matarme.

Por fin me soltó, y vi un atisbo de lágrimas en sus ojos antes de que dominara su expresión y las ahuyentara con un pestañeo. Escrutó la habitación con su mirada feroz y la detuvo en el cuerpo sin vida de Nero.

—¿Por qué está muerto ese cabrón? —gruñó—. Los quiero vivos.

—Lo ha hecho él —dijo Lukyan señalando a Arturo, y yo puse los ojos en blanco.

«Puto chivato».

Arturo se irguió cuan alto era, sin intención alguna de encogerse bajo la intensa mirada de mi padre.

—Era ella o él. Y he elegido a Illayana.

Mi padre suspiró.

—Me parece bien —dijo, y miró con la cabeza ladeada a los hombres que estaban arrodillados en el suelo—. Tendremos que conformarnos con estos. Lleváoslos.

Mis hermanos y unos cuantos hombres de la Bratva avanzaron siguiendo sus órdenes.

—¡Espera! ¡Escucha! —El hombre que había hablado anteriormente empezó a gritarle al ver que tiraban de él para que se pusiera de pie—. ¡No íbamos a tocarla! ¡Te lo prometo!

—¿En serio esperas que me lo crea? —se burló Arturo, y le mostró el teléfono—. Os he visto, cabrones.

—¡No éramos nosotros! ¡Por favor, escúchanos!

—Lleváoslos —masculló mi padre, que no tenía interés en oír ni una sola palabra más.

Pero yo sí.

—Espera —exclamé mientras me dirigía hacia ellos.

Arturo me bloqueó el paso.

—No —gruñó—. Ni se te ocurra acercarte a ellos.

—Relájate, solo quiero preguntarles una cosa.

—Te iban a violar, Illayana, mientras yo veía cómo lo hacían y sabiendo que no podía evitarlo de ninguna manera. ¡No te acerques a ellos!

Suspiré.

—Vale, entonces les haré la pregunta desde aquí.

A los otros hombres se los habían llevado, pero el que había

hablado —el único que tuvo agallas para hacerlo— se me quedó mirando con ojos de súplica. Lukyan estaba plantado en la puerta y aferraba al hombre del brazo, esperando a que yo formulara la pregunta.

—¿Por qué Los Zetas aceptan órdenes de Nero?

El hombre desvió la mirada y se pasó la lengua por los labios, nervioso.

—No lo sé.

—¿Te das cuenta de que esta es la única oportunidad que tienes de salvarte? Mi padre no te dará otra para que nos cuentes lo que sabes. Es ahora o nunca, y yo aprovecharía la ocasión.

Él suspiró.

—Tiene algo que nos pertenece.

—¿El qué?

El hombre cerró la boca con fuerza y sacudió la cabeza. El mensaje estaba claro: no pensaba decir nada más.

—Llévatelo —ordenó mi padre, y Lukyan obedeció.

Lancé un suspiro. Estaba agotada física y mentalmente. Lo cierto es que me moría de ganas de salir de allí.

—¡Déjame! ¡Hijo de puta! ¡Te mataré! —chilló una voz femenina en español.

Fruncí el ceño y penetré más en la casa. Aleksandr avanzaba hacia mí con una mujer morena diminuta sobre el hombro, como si fuera un saco de patatas. Ella gritaba y daba puntapiés mientras le golpeaba la espalda con los puños y lo insultaba en español.

Las cejas se me dispararon hacia arriba de la sorpresa.

—Me alegro de verte, niñata —gruñó Aleksandr, y se abrió paso para ir hasta la puerta exterior.

Yo señalé el espacio libre detrás de él.
—¿Eh? ¿Quién es?

27

ILLAYANA DE LUCA



—Arturo, por favor —dije con un gemido, suplicando clemencia.

Llevaba casi una hora provocándome, manteniéndome al borde del orgasmo para luego retroceder. Me estaba castigando por haber salido de casa, por haberlo desobedecido. Me atormentaba dándome placer y arrebatándomelo. Él lo controlaba todo y solo me dejaba sentir hasta donde él quería. Era la forma de tortura más exquisita que había experimentado en mi vida. Y lo hacía todo sin ponerme encima ni un solo dedo.

Yo tenía las manos atadas al cabecero y las piernas abiertas por completo, sujetas a los postes inferiores. Sentía escalofríos en el cuerpo desnudo y tenía toda la piel erizada, cubierta de bultitos diminutos. Por las venas me corría un calor ardiente, y lloré

literalmente cuando Arturo apagó el vibrador antes de que pudiera correrme.

«Otra vez».

—¡No!

Me agité en el sitio con violencia. Estaba completamente desesperada por liberarme.

Arturo permanecía cómodamente sentado en una silla de una esquina, vestido solo con unos pantalones negros y exhibiendo su torso musculoso y lleno de tatuajes. Tenía en las manos el mando a distancia del vibrador.

—¿Has aprendido ya la lección?

Tenía la voz grave, ronca por el deseo y la excitación, y esa provocación por su parte hizo que me enfadara más.

—¡Uf! ¡Eres un puto cabrón!

—No lo creo.

Encendió el vibrador a plena potencia y solté un grito, arqueando la espalda. Al cabo de un instante lo apagó, y me dejé caer en la cama entre jadeos.

—Vale, vale, vale. He aprendido la lección.

Se puso de pie con elegancia, desplegando su figura larga y fibrosa, y caminó hasta los pies de la cama.

—¿Y bien? ¿Cuál es la lección, *kotenok*? —preguntó, mirándome desde lo alto.

Yo respiraba con dificultad y el pecho me subía y me bajaba.

—Que tengo que escucharte cuando me dices que haga algo.

Incluso alguien como él sabía que eso era imposible. Yo tenía un espíritu indomable y mi mente no aceptaba ataduras. Hacía lo que quería cuando quería, y hasta él lo tenía claro. Era lo que más le

gustaba de mí. Estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya, y yo era la única que lo desafiaba. Pero ¿en la cama? Sí, sí. Desde luego que allí le haría caso.

Sus ojos cautivadores, heterocromados, se paseaban por cada centímetro de mi cuerpo, y su mirada me hacía arder la piel allá por donde pasaba.

—No tienes ni idea de lo que significa para un hombre como yo verte atada así, completamente a mi merced.

Me retorcí y moví las caderas para intentar incitarlo a que me tocara.

—Arturo, por favor, deja de provocarme. Ya no puedo soportarlo más.

—Sí que puedes —dijo sin hacerme caso—. Aguantarás lo que yo quiera, ¿y sabes por qué? Porque quieres complacerme.

Me quitó el vibrador y lo dejó en la cama.

Yo me estremecí al notar su carencia, con el coño palpitando de ganas de que algo lo llenara.

Con una lentitud exasperante, me desató las muñecas y los tobillos y dio un paso atrás.

—A ver lo bien que has aprendido la lección. —Se sentó de nuevo en la silla, con las piernas separadas—. Ven hasta aquí gateando.

Su voz profunda y gutural me provocó escalofríos, y todo mi cuerpo vibró por la necesidad de obedecerlo.

Me puse a cuatro patas y gateé hasta él. Mis pechos se balanceaban con el movimiento. Arturo tamborileó con un dedo en su rodilla mientras me observaba con la mirada cargada de deseo.

—Qué *kotenok* tan bonita —musitó. Cuando me detuve delante de él, me colocó un dedo debajo de la barbilla para levantarme la

cabeza, hasta que quedamos cara a cara, mirándonos a los ojos—. Muy bien. Levántate.

Tenía las piernas temblorosas cuando me puse de pie, y mi coño quedó justo delante de su línea de visión. Se inclinó hacia delante y me pasó la lengua desde el vientre hasta el pecho con un lametazo lánguido y prolongado. Cerró los labios alrededor de mi pezón y lo succionó con fuerza. Yo gemí, me arqueé hacia él y entrelacé los dedos en su pelo para sujetarlo pegado a mí.

Me aferró por las caderas y me levantó sin dificultad, como si no pesara nada, para sentarme en su regazo.

—Vamos a ver lo húmeda que estás para mí —Se introdujo entre mis pliegues y me metió un dedo en el coño hasta el nudillo—. Estás empapada —dijo contra mi piel.

Eché la cabeza hacia atrás con un gemido mientras me retorcía para notar su dedo, y mi placer se disparó como si por las venas me corriera la mejor droga del mundo. Me dio unos mordisquitos en el cuello que dejaron ligeras marcas de amor en mi piel ardiente, y luego siguió besándome y arañándome con los dientes.

Arturo me rodeó la cintura con un brazo y se puso de pie. Me así con las piernas a su torso mientras él seguía estimulándome con el dedo. Fue hasta la cama y me soltó de tal forma que reboté en el colchón.

—¿Quieres mi polla, *kotenok*?

Se desabrochó los pantalones y los bajó por sus muslos gruesos y musculosos. Yo asentí y me pasé la lengua por los labios al ver su miembro duro y erecto.

Lo rodeó con la mano y lo estimuló despacio, recorriéndolo

lentamente arriba y abajo. Era lo más erótico que había visto en mi vida.

—Dime qué quieres —susurró con la voz ronca.

—Te quie… Te necesito a ti. Siempre a ti.

Sin perder ni un segundo más, se introdujo en mí con un movimiento rápido e impetuoso. Yo ahogué un grito cuando mi placer se disparó al llenarme por fin con su polla gruesa y firme. Me folló duro, embistiéndome con tal ferocidad que sabía que al día siguiente iba a notar las consecuencias, y seguro que era lo que él quería.

—Qué sexy. Qué a punto. Y toda mía, joder —masculló, subrayando cada palabra con un fuerte empujón de las caderas.

—Más, Arturo, más —supliqué, y él me hizo caso.

Se salió, me dio media vuelta y, con un movimiento ágil, volvió a introducirse en mí. Puse los ojos completamente en blanco ante aquel placer sublime que me arrebataba todos los pensamientos.

Me dio una palmada en el culo.

—Aprieta. Estrújame la polla.

Hice lo que me ordenaba y me obsequió con un gemido profundo y gutural, un sonido que me acercó más y más al orgasmo.

Tenía encima todo el peso de su cuerpo, que me enterraba más y más en el colchón con cada embiste y me producía una sensación de éxtasis. Disfrutaba de cada segundo.

—¿Quieres correrte? —me susurró al oído.

—Sí —dije con un gemido largo y prolongado, y me arqueé para pegarme a él en cada movimiento.

—Suplícamelo.

—Por favor, Arturo, por favor. Por Dios, ¡haz que me corra!

—Nada de «por Dios», *kotenok*. —Él siguió penetrándome una y otra vez, sin tregua ni compasión. Me pasó la lengua por la espalda de arriba abajo—. Soy el puto diablo.

Sus movimientos se volvieron feroces, caóticos, bestiales.

Yo gemí mientras gozaba de la intensidad de cada uno de sus empujones, de la sensación de tener toda su polla dentro de mí.

—Joder —gruñó, y me aferró el hombro para darme un mordisco, que seguro que me dejaría un cardenal, mientras me embestía con la fuerza de un hombre poseído por el deseo.

Tenía la polla tan gruesa y dura que me dolía.

El dolor y el placer se apoderaron de mí y, juntos, me hicieron ascender más y más, hasta que tuve la sensación de poder tocar el cielo.

Noté que me tensaba por dentro y me corrí con fuertes sacudidas.

Grité.

Notaba los espasmos en el coño.

Explotaron estrellas ante mis ojos.

Arturo estaba allí conmigo. Rugió con un sonido fuerte, ensordecedor, como un animal salvaje en plena jungla. Me agarró más fuerte y me clavó las uñas en la piel a medida que sus caderas se movían con embestidas más irregulares mientras se vaciaba dentro de mí. Su semen me inundó y se deslizó por mis muslos.

—¡Joder, la hostia! —dijo con la voz rasposa, y se dejó caer encima de mí.

De repente, me quedé sin aire y empecé a resollar mientras intentaba apartarlo con los codos.

—Arturo, no puedo… respirar.

Él gimió y por fin se hizo a un lado, jadeando por el esfuerzo.

—Estoy muerta —musité, tumbándome boca arriba.

Él se colocó de lado entre risas y me pasó los dedos entre los pechos y por el vientre hasta el coño.

Di un respingo y sacudí la cabeza.

—Arturo, no. Otra vez no puedo.

—Te doy dos minutos —susurró mientras deslizaba los dedos dentro de mí—. Y serás mía otra vez.

A pesar de que tenía el cuerpo lánguido, noté que el placer me recorría por dentro y abrí las piernas con un gemido.

—Un día tu polla me va a matar —dije sin aliento.

Él rio y volvió a situarse encima de mí.

—Pues qué forma tan bonita de morir.

—¿De verdad necesitas todos esos zapatos? —gritó Lukyan tumbado en mi cama, con los pies cruzados por los tobillos y las manos detrás de la cabeza.

Me encontraba haciendo las maletas para trasladarme a Nueva York. Hacía una semana que Nero me había secuestrado y aún estaba en Las Vegas, para gran consternación de Arturo. Los primeros días fueron de locos. Un puro caos. Mi padre utilizó todas sus técnicas de tortura habituales, pero nada funcionó con Los Zetas que habíamos capturado, y murieron llevándose sus secretos a la tumba.

Aún no sabíamos por qué obedecían a Nero. Era muy poco habitual que un cártel mexicano aceptara órdenes de la mafia italiana. No era como la alianza entre la Bratva y la Cosa Nostra. Los

Zetas seguían a pie juntillas todo lo que Nero les mandaba hacer como si fueran unos pringados, y no comprendíamos el motivo.

Sin embargo, por mucho que mi padre los torturó y les infligió más dolor del que nadie podría soportar, ellos siguieron sin hablar. Ni siquiera cuando Arturo les cortó la polla y dejó que se desangraran. Fueron fieles hasta el final al compromiso que hubiesen adquirido.

Lo reconozco: todo junto me tenía muy cabreada. El hecho de no saber. Sobre todo cuando creía tener la respuesta en las narices.

—A ver, ¿cuántos pares de zapatos necesita una tía? —Lukyan cogió una pelotita de la mesita de noche y empezó a jugar con ella. La lanzaba y la recogía, una vez tras otra—. Es ridículo.

—Parece que te preocupan mucho mis zapatos, Lukyan. ¿Quieres que te preste algunos para darte una vuelta y presumir un poco?

Él frunció el ceño y me lanzó la pelota. Yo la esquivé a tiempo.

—Tía, solo pasó tres veces. Y tenía nueve años. Deja de repetir siempre lo mismo.

Tatiana estalló en risas con los ojos pegados al espejo de cuerpo entero mientras sostenía uno de mis vestidos frente a sí.

—Ay, Dios, me acuerdo muy bien de la primera vez que me lo contaste. Creo que estuve riéndome una semana entera.

Lukyan se puso rojo como un tomate.

—¡Deja de sacar el tema!

Tatiana giró sobre sí misma y cambió el vestido negro de líneas depuradas por uno rojo muy ceñido con un escote de vértigo. Miró a Lukyan por el espejo y le sacó la lengua.

—Para ti, grandullón.

Sostuvo de nuevo el vestido contra su cuerpo, tratando de

imaginar cómo le quedaría puesto, y tras decidir que no le gustaba lo dejó donde lo había cogido.

Tati se acercó a mí con un resoplido. Se sentó en el suelo y cruzó las piernas mientras contemplaba mis esfuerzos por cerrar la cremallera de la maleta.

—No me creo que vayas a abandonarme.

Me eché a reír.

—¿Qué creías que iba a pasar después de casarme con Arturo?

—No lo sé, pero no esto —protestó con un mohín.

—Míralo por el lado bueno: ahora tendrás motivos para salir de Las Vegas y explorar Nueva York. Y tu padre no podrá negarse porque irás a verme a mí —dije con un guiño.

Eso hizo que se le iluminara la cara.

—¡Tienes razón! —exclamó con un gritito de emoción—. ¡Vamos, date prisa y termina de hacer la maleta!

Reí y de nuevo traté de cerrar la cremallera, pero estaba demasiado llena.

—Mierda. Ven a ayudarme con esto, ¿quieres, Lukyan? —mascullé.

Él se levantó de la cama con un gruñido, se acercó adonde yo estaba y empujó la parte superior de la maleta mientras yo trataba de cerrarla.

—Llevas demasiada mierda —refunfuñó, y se sentó encima.

—Tú cierra el pico y ayúdame.

—Eso intento —me espetó.

Tras unos intentos más, finalmente conseguimos cerrarla y la dejamos al lado de mis otras maletas, junto a la puerta.

Solté un suspiro. Estaba emocionada porque por fin iba a

reunirme con Arturo en Nueva York. Durante unos días después del secuestro, se quedó conmigo en Las Vegas mientras su padre cogía un avión de vuelta a casa y se ocupaba de transferirle los poderes como jefe supremo de la Cosa Nostra.

Aunque le repetí muchas veces que no era culpa suya, decidió usar el cuadrilátero de boxeo para castigar a Christian, Luca y Lorenzo por haberme permitido salir de casa. Luchó con cada uno de ellos cuerpo a cuerpo y se tomó su tiempo para hacerles pasar un buen calvario. Cuando terminó, Christian tenía la nariz y tres costillas rotas, Luca iba lleno de cardenales de pies a cabeza además de haberse dislocado un hombro y Lorenzo se había destrozado el fémur.

Me sentí fatal. Todo era culpa mía, pero dio igual lo mucho que le supliqué a Arturo; los castigó hasta que tuvo la seguridad de que su mensaje había quedado bien claro: sus órdenes estaban para cumplirlas sin vacilar. Los tres se marcharon con él a Nueva York, y a mí me dejó a cargo de otros tres guardaespaldas hasta que los primeros se hubieran recuperado y estuvieran en plena forma.

No tenía pensado quedarme allí tanto tiempo, pero me costaba marcharme con las cosas patas arriba. Nos enzarzamos en una guerra contra la banda de Chicago cuando quitamos de en medio a Nero, y su nuevo *don* tendría que dar ejemplo y empezar con fuerza para vengar al anterior jefe supremo.

Corrían rumores de que el hermano pequeño de Nero, Franco, había ocupado la posición de líder tras su muerte y que estaba diez veces mejor dotado para ello. Ya había movilizado a sus hombres y afianzado su autoridad desmantelando a una pandilla de moteros que había invadido su territorio durante el cambio de liderazgo.

Además, estaban Los Zetas, por supuesto. Había un gran número de ellos esparcidos por todo Nueva York y por Chicago, y su razón para seguir las órdenes de Nero seguía siendo un misterio. Nos preguntábamos si también querrían vengar su muerte.

Debíamos vigilarlos de cerca para descubrir qué estaba ocurriendo exactamente. La situación en conjunto era un poco preocupante, y eso hizo que dudara a la hora de dejar atrás a mi familia en un momento en que quizá me necesitara. Pero lo mismo me pasaba con Arturo.

Ahora era mi marido. No podía quedarme en Las Vegas y dejar que se apañara solo con sus problemas en Nueva York. Había tomado una decisión, por mucho que me partiera el corazón tener que elegir entre ellos.

—¿Alguna noticia más de la mujer a la que secuestró Aleksandr? —pregunté, enjugándome el sudor de la frente.

—¡Eh! ¡Un momento! ¿Aleksandr ha secuestrado a una mujer? —quiso saber Tatiana, y arrugó la nariz—. Nunca habría imaginado que fuera de esos.

—La encontró en la casa donde Nero me tenía retenida cuando fueron a rescatarme. Creo que intenta averiguar qué estaba haciendo allí.

Lukyan asintió.

—Sí, pero no dice nada.

—¿En serio? ¿Es que está perdiendo sus dotes de encantador de serpientes?

—Ja, ja. Qué va. Es que se ha vuelto un blando.

—¿Aleksandr, un blando? —me burlé—. Eso es imposible.

—En serio. Cuando me ofrecí a ayudarle, se puso tiquismiquis y

me dijo que no me acercara a ella. Fue muy raro. —Volvió a asir la pelota y empezó a botarla contra la pared—. Incluso me amenazó con romperme los huesos si le ponía una mano encima.

Intercepté la pelota antes de que rebotara hasta él y puse cara de extrañeza.

—Estás de broma.

—¡Te lo juro! Se puso muy rezongón, más de lo habitual.

—No entiendo por qué.

—A lo mejor está enamorado —dijo Tatiana con retintín, y esbozó una sonrisita.

Lukyan y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro y estallamos en risas.

—¿Aleksandr, enamorado? —Negué con la cabeza sin dejar de reírme a carcajadas—. Eso es imposible. —Entonces se me ocurrió un plan perverso—. ¿Vamos a hacerle una visita?

Tatiana asintió con entusiasmo, poniéndose ya de pie, pero Lukyan parecía incómodo.

—No sé…

—¡Venga, vamos! ¡No me seas flojo!

Me calcé mis Converse y me recogí el pelo en un moño para apartármelo de la cara.

—¡Qué fácil es decirlo! Tú eres su favorita y no se atreverá a tocarte, pero a mí me arrancará los huevos.

—Pues ten más cojones.

Arrastré las maletas fuera del dormitorio y las dejé en el pasillo. Tatiana me siguió. Tenía tantas ganas como yo de hablar con esa mujer. Entonces le sonó el móvil. Puso mala cara, lo sacó y dio un suspiro.

—Joder, tengo que irme. Mi padre quiere que vuelva a casa.

Sacudí la cabeza.

—Tendrás que empezar a valerte por ti misma, T. Ya tienes veinticuatro años. No puede seguir controlándote.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Suspiró y me dio un abrazo—. Mándame un mensaje en cuanto llegues a Nueva York, ¿vale?

—Claro.

Iba a apartarme cuando me abrazó más fuerte.

—Te echaré de menos —dijo con tristeza, y yo sonreí y también la estreché.

—Yo a ti también. No te preocupes, vendré a verte de vez en cuando. Y tú podrás visitarnos cuando quieras.

Ella resopló y dio un paso atrás.

—Sí, claro. Eso será si el Grinch me deja. —Me besó en la mejilla —. Te veo luego. Adiós, Lukyan —se despidió, y desapareció escalera abajo.

Suspiré. Iba a echarla mucho de menos. A continuación, me volví hacia mi hermano con expresión pícara.

—Ven, vamos a ver a esa mujer. Si nos damos prisa, estaremos de vuelta en un abrir y cerrar de ojos.

Aleksandr asomó por la esquina y los dos nos quedamos paralizados, mirándolo con los ojos como platos. Él puso mala cara.

—¿Por qué me da la impresión de que no os disponíais a hacer nada bueno?

—No sé —respondimos Lukyan y yo al unísono.

Él entornó los ojos con aire incrédulo.

—Bueno. —Señaló con la mano las maletas apiñadas junto a la

puerta—. Vamos, coged vuestras cosas y llevadlas al coche. El avión nos está esperando.

«Mierda».

Lukyan y yo nos miramos.

—A ver, en serio, ¿qué pasa con vosotros dos? —gruñó Aleksandr.

—Quiero hablar con la mujer que encontraste en casa de Nero —respondí antes de que Lukyan se inventara alguna patraña.

—No —respondió él con un gruñido.

—Pero…

—He dicho que no, Illayana. Ahora, coge tus mierdas y muévete.

Agarró un par de maletas por el asa y bajó la escalera.

—Te lo dije. —Lukyan cogió otra maleta y se la cargó al hombro —. Está muy susceptible con ese tema.

Suspiré y así la última pieza de mi equipaje antes de seguirlos. Cuando llegué al vestíbulo, mi padre estaba esperando y esbozó una sonrisa.

—¿Todo listo?

—Sí —dije con un resoplido, arrastrando la maleta llena hasta los topes—. ¿Me echarás de menos?

—Sin duda, la casa estará mucho más silenciosa sin vosotros.

—Ya lo sé. ¿No es una putada? —Reí y le di un abrazo.

Él se puso un poco tenso, pero por fin se relajó y me abrazó durante dos segundos antes de sufrir un extraño arranque de tos repentino.

—Vale, vale, ya está.

—Cinco segundos más —dije, y me los concedió.

Cuando me aparté, lo miré con una sonrisa triste.

—Tengo que reconocer que estoy un poco nerviosa. Ya ves, aquí

nunca había tenido que tomar decisiones, solo cumplir órdenes. ¿Pero allí? Allí seré…

—La reina de la Cosa Nostra. Ocuparás el lugar para el que has nacido.

—No lo sé —musité, llena de inseguridad.

—Yo sí. —Me posó una mano en el hombro en señal de apoyo—. Eres guapa, lista, fuerte y, lo mejor de todo, implacable. Tendrás a todo Nueva York comiendo de tu mano en menos que canta un gallo. Solo necesitas creer en ti misma. Ten confianza. Y yo estaré aquí siempre que me necesites.

Le di otro abrazo.

—Gracias, *otets*.

«Padre».

Nikolai irrumpió en el vestíbulo entre jadeos.

—Ay, menos mal. Lo he conseguido. —Estaba sin aliento y empapado en sudor de pies a cabeza—. Temía no llegar antes de que te marcharas.

—¿Dónde has estado? —pregunté, apartándome de mi padre.

—He salido a correr, como cada día. Creí que podría hacer los treinta kilómetros habituales y volver con tiempo de sobra, pero me he encontrado con Tatiana fuera.

Me miró con una mueca de enfado, y me eché a reír.

—Como te lo tomes es cosa tuya, ya sabes. No sé por qué dejas que te altere tanto.

—¡Me pone de los nervios! No tiene ningún cuidado y siempre se mete en líos.

Juro que le había preguntado eso mismo un millón de veces, pero no pude evitar hacerlo otra vez:

—¿Por qué te preocupas? —dije con una sonrisita.

—¡No me preocupo! —exclamó con voz chillona, y se sonrojó. Tuvo que respirar hondo para calmarse—. En fin. Es el momento de darte esto.

Sacó una cajita y me la entregó. Al abrirla, tuve que ahogar un grito. Dentro había un relicario antiguo. En medio del colgante relucía una piedra preciosa de color rojo rodeada por un motivo de espirales grabadas en plata.

—Era de madre. —Nikolai acercó las manos y abrió el relicario. Dentro había una foto de familia de antes de que ella muriera en la que se nos veía a los seis—. He pensado que deberías tenerlo tú.

Se me hizo un nudo en la garganta, abrumada por la emoción. Me invadió la tristeza y carraspeé para intentar contener las lágrimas.

—Gracias —susurré. Lo saqué de la caja y lo sostuve en alto—. ¿Me haces el favor?

Nikolai lo cogió y me di la vuelta. Me lo abrochó al cuello, y al notar su peso y rozarlo con los dedos me sentí tranquila y reconfortada.

Mi padre, que había guardado silencio todo el tiempo, miró la joya con los ojos empañados.

—Te sienta bien —dijo con suavidad.

—¿T… Te parece bien que me lo quede?

—Claro. Ella habría querido que lo tuvieras. —Se aclaró la garganta y se atusó las solapas de la chaqueta—. Venga, más vale que os vayáis antes de que Arturo envíe a una patrulla a buscarte. Aleksandr te acompañará al aeródromo. Adrian ya está en…

—Espera, ¿Adrian? —Puse mala cara—. ¿Qué hace Adrian en el

coche?

—Irá contigo.

—Pero es tu guardaespaldas. Creía que solo iba a estar conmigo hasta que me marchara a Nueva York.

Mi padre negó con la cabeza.

—Es el mejor guardaespaldas de la Bratva, y quiero que esté contigo y te proteja.

—Pero…

—No hay peros que valgan, Illayana. Así serán las cosas. Venga, dame otro abrazo. —Me rodeó una vez más con sus brazos fornidos y me besó en la mejilla—. ¡A por todas!

28

ARTURO DE LUCA



—¿Ya ha llegado Illayana? —preguntó Vin al entrar en el sótano que servía como mazmorra de tortura.

Aporreé al cabrón que teníamos atado a la silla atornillada al suelo y le propiné varios puñetazos seguidos en la cara, aunque ya estaba inconsciente.

Me importaba una mierda. Tenía que aliviar mi ira y ese tío era la opción perfecta de liberarla.

Había sido un hombre de la Cosa Nostra hasta que decidió abrir la puta boca e insultar a mi mujer.

—Está de camino.

Un último puñetazo y lo di por finiquitado. Por el momento. Agarré un trapo que había sobre la mesa metálica, situada a un lado de la habitación, y me limpié la sangre de los nudillos.

Vin se quedó mirándome con intensidad.

—¿Ya se lo has dicho?

—No, se lo diré cuando llegue.

Mi hermano frunció el ceño.

—¿Crees que es buena idea? Se encontrará a una distancia en la que te puede pegar.

Resoplé.

La verdad era que no estaba seguro de que fuera muy inteligente. En cuanto le dijera a Illayana lo que tenía que decirle, iba a perder la cabeza. Estaba seguro.

Tras regresar de Nueva York, me pasé días lidiando con la banda de Chicago. Todavía estaban causándonos problemas. Su nuevo *don,* Franco, intentaba hacerse un nombre invadiendo nuestro territorio con sus hombres y sus drogas, lo cual estaba cabreándome muchísimo.

A eso había que añadirle el hecho de que también existía disconformidad entre mis filas por haberme casado con una mujer que no pertenecía a la *famiglia*; tenía problemas por todas partes.

Los Zetas habían estado tranquilos, pero habría resultado estúpido dejarlos fuera de la ecuación. Sin importar las razones que tuvieran para cumplir las órdenes de Nero, no se mantendrían al margen.

Mi padre ya había dejado oficialmente el puesto de jefe de la familia y me había entregado todo el control. En cierta forma, todavía seguía presente, más como consejero que otra cosa.

Vin era mi segundo al mando.

A pesar de toda la mierda que había sucedido, todavía creía que Illayana llegaría varios días antes. Pero ella no tenía muy claro dejar

a su familia cuando seguía habiendo muchos problemas en el aire. Yo lo entendía, lo cual no quería decir que me gustara.

—¿Inteligente? No. ¿Inevitable? Sí —respondí por fin a la pregunta de Vin.

—¿Illayana es celosa?

Me reí con gesto burlón y tiré el puto trapo ensangrentado de nuevo a la mesa. Subí la escalera para volver a entrar en la casa.

—Si la forma en que reaccionó cuando Gabriella me tocó sirve como indicativo, yo diría que sí lo es.

Vin me siguió y cerró la puerta de acero de golpe tras de sí. Quedó bloqueada enseguida. Cuando nos alejamos de la puerta, apreté el botón que se encontraba debajo de mi mesa de escritorio, la librería volvió a colocarse en su sitio y la entrada quedó oculta.

—Es verdad. Olvidaba que había amenazado con matarla.

Empecé a desvestirme, me quité la corbata y comencé a desabrocharme la camisa.

—No pensaba que Gabriella fuera capaz de mostrarse tan manipuladora. Siempre me había parecido tan…

—¿Dócil? ¿Pasiva?

—Por decirlo con buenas palabras —protesté sacudiendo los hombros para quitarme la camisa—. En cualquier caso, vamos a hablar de otra cosa. ¿Alguna noticia sobre Los Zetas? —pregunté, impaciente por cambiar de tema.

—Nada digno de mención. Ya he dicho por ahí que los tengan vigilados. Si surge algo, te mantendré informado.

—Bien. Vigílalos de cerca. ¿Y qué hay de Franco?

—Ha reculado después de que hayamos descuartizado a su

última partida de camellos. Pero tengo la sensación de que volverá al ataque.

Me acerqué hasta el armario, saqué una camisa limpia y dejé la otra sucia y ensangrentada hecha un gurruño en un rincón.

—Yo también tengo esa sensación. Antes tendremos que darle una lección. Enseñarle que a nosotros no se nos puede joder.

Vin se sentó en mi silla y subió los pies a la mesa.

—¿En qué estás pensando?

—Primero, en darte una patada en el culo por sentarte en mi puta silla —bramé mirando a mi hermano pequeño con el ceño fruncido.

Entornó los ojos y se levantó.

—Eres como un bebé grande, gigantón. Cuéntame el plan para que pueda empezar con él.

Me puse la camisa limpia y empecé a abotonarla.

—Reúne a un par de hombres. Nos adentraremos en su territorio esta noche y contraatacaremos. Antes realizaremos una pequeña investigación. Averiguad qué negocios tienen y cuál de ellos les da más dinero. Quiero conocer las idas y venidas de su gente y quién ocupa cada puesto en su jerarquía. —Me até una cartuchera al pecho y coloqué las pistolas en las fundas—. Ahora que Franco ha tomado el control, necesitamos saber quiénes son sus hombres de máxima confianza.

—Ya lo pillo. ¿Vas a intentar engatusarlos? ¿Como Nero hizo con Diego?

La simple mención del nombre de ese hijo de puta provocó que emitiera un rugido. Cuando vi el vídeo del ataque de Illayana e identifiqué a Diego allí, luchando contra ella, intentando ser uno de

sus violadores, me sentí a punto de estallar. Sentí una tremenda ira en mi interior. Debería haber imaginado que Nero había convertido a Diego en alguien que lo apoyaba, pero no lo hice. Me limité a suponer que el muy cabroncete me había robado el dinero y se había fugado del país, no que se había ido corriendo a ver al enemigo y que le había dado hasta el último puto centavo.

—Podemos intentarlo, pero, si no funciona, siempre tendremos la opción de matarlos.

—Cierto, cierto. Bueno, tú déjamelo a mí y yo me encargaré. —Vin me miró, pensativo, como si tuviera algo que preguntarme, pero no quisiera hacerlo.

Suspiré.

—¿Qué ocurre?

—Illayana tiene que llegar dentro de un par de horas, ¿verdad? ¿Crees que es una buena idea dejarla aquí sola en su primera noche en Nueva York? Si quieres, puedo encargarme yo de esto para que tú puedas estar con ella.

—¿Qué te hace creer que voy a dejarla aquí?

Vin abrió mucho los ojos, impactado, y se le enarcaron las cejas de golpe.

—¿Vas… vas a llevarla contigo? ¿Hablas en serio?

Me reí por la cara que puso.

—Claro que hablo en serio. Va a cabrearse cuando le diga lo que tengo que decirle. Voy a necesitar algo para distraerla del cabreo. Matar a nuestros enemigos e incendiar algunos de sus edificios me parece la alternativa perfecta.

Agarré el móvil y envié una ráfaga de mensajes. Pasados unos

minutos, se abrió la puerta de mi despacho y entraron cojeando Christian, Luca y Lorenzo.

Todavía estaban llenos de golpes y moratones, y tal vez debería haberme sentido mal por ello, pero no era el caso. Así entendían las consecuencias de desobedecerme, y dudaba mucho que volvieran a hacerlo. Se plantaron delante de mi mesa de escritorio e hicieron una ligera reverencia.

—Jefe —dijo Luca con una sutil mueca cuando sintió una descarga de dolor en el hombro.

—Illayana tiene que llegar dentro de unas horas. Confío en que, en cuanto hayáis vuelto a la normalidad, seréis más cuidadosos al protegerla, ¿verdad?

Todos asintieron sin titubear.

—Bien, ahora id a recuperaros.

Vin rio con suficiencia mientras los observaba marcharse cojeando.

—Los has dejado bien jodidos.

—Se lo merecían —bramé, y me senté detrás de mi mesa de escritorio.

Mi hermano emitió un gemidito y yo lo miré con las cejas enarcadas.

—¿No opinas lo mismo?

—Arturo, venga ya. Conoces a tu mujer. Es dura de pelar y hará lo que le dé la gana. ¿En qué mundo crees tú que esos tres habrían conseguido impedir que ella hiciera lo que quería? Es decir, ¿acaso eres tú capaz de hacerlo?

Tenía razón, aunque no importaba. Yo necesitaba castigar a alguien y esos tres seguían siendo en parte culpables. De haber

podido, también habría castigado a su otro guardaespaldas, Adrian. Pero él era un hombre de la Bratva.

Me limité a negar con la cabeza e hice un gesto con la mano para despedir a mi hermano.

—Ahora vete. Tengo muchas mierdas que solucionar.

Torció el gesto al tiempo que abría la puerta de mi despacho.

—No me lo ha parecido.

Le lancé la grapadora y él cerró la puerta de golpe antes de que llegara a darle.

Illayana de Luca

Llegamos con un par de horas de adelanto, así que acabamos cogiendo un taxi para ir a la casa de Arturo. Pensé en enviarle un mensaje y decirle que habíamos llegado antes de lo esperado, aunque una parte de mí quería darle una sorpresa. Les dije a mis tres guardaespaldas suplentes que no lo llamaran para informarle de que habíamos llegado. Definitivamente no eran ni tan divertidos ni tan cercanos como Christian, Luca y Lorenzo. Eran aburridos. Casi no articulaban palabra, se limitaban a estar ahí de pie con cara de pocos amigos, como si hubieran querido estar en cualquier parte menos en el lugar donde estaban conmigo.

Le di la dirección al taxista y nos fuimos. Tuvimos que pedir un taxi grande para caber todos, además de mis cuatro maletas.

Me recosté en el asiento y cerré los ojos e inspiré con fuerza.

—Está bien, puedes hacerlo. Solo estás mudándote a un lugar donde tienes más enemigos que amigos. No es para tanto. Es pan

comido —me hablé a mí misma en voz baja, intentando insuflarme seguridad, pero no estaba funcionando.

Me sentía incluso más nerviosa en ese momento de lo que había estado antes de partir.

—Relájate —me dijo Lukyan, y tomó un sorbo de su petaca, sentado a mi lado—. Estás estresándote sin motivo.

Me quedé mirándolo y le di un capirotazo en la oreja.

—¡Ay! Eso era innecesario.

Entorné los ojos ante su dramática reacción y me quedé mirando por la ventanilla del vehículo. La verdad era que estaba contentísima de que él me acompañara, pero no pensaba decírselo jamás a ese idiota.

Era como un salvavidas, alguien de mi antigua vida en quien apoyarme, para recordarme quién era cuando me ponía nerviosa y me cuestionaba a mí misma, algo que sabía que ocurriría.

—Tu hermano tiene razón, Illayana. No tienes nada de qué preocuparte. Eres fuerte, inteligente y astuta. Serás capaz de aguantar el tipo entre todos los italianos con facilidad —dijo Adrian con la mirada fija en su móvil—. Y, bueno, si te metes en algún lío, nos tienes a nosotros como refuerzo —dijo guiñándome un ojo.

Seguimos en el coche durante al menos treinta minutos, con las preciosas vistas de Nueva York pasando a nuestro lado hasta que, al fin, el taxi empezó a reducir la velocidad. Paramos delante de unas enormes verjas de forja y un hombre se asomó por la garita de vigilancia y levantó una mano en el aire para darnos el alto.

El conductor bajó la ventanilla.

—Solo he venido a dejar a la señora De Luca.

El guarda de seguridad echó un vistazo al interior del taxi y yo lo

saludé llevándome dos dedos a la frente. Él frunció los labios con un gesto que solo podía interpretarse como una mueca de disgusto. Asintió con la cabeza hacia mis tres guardaespaldas temporales y luego echó un vistazo a Lukyan y Adrian.

—¿Y esos quiénes son? —preguntó con voz ronca.

—Mi hermano y uno de mis guardaespaldas.

—¿Nombres?

Entrecerré los ojos. Ya estaba empezando a cabrearme.

—Lukyan y Adrian.

Se tocó el pinganillo de la oreja y repitió los nombres. Pasados unos segundos, asintió con la cabeza.

—Lukyan no está en la lista.

—Ese cabrón—siseó mi hermano—. Lo ha hecho a propósito.

—Bueno, si no fueras tan gilipollas con él todo el tiempo, estoy segura de que no lo habría hecho. —Miré al guarda—. No pasa nada. Déjanos pasar de todas formas, por favor.

—No puedo. Tendré que llamar al jefe para que me lo verifique.

Fui presa de la ira y emití un gruñido.

—¡Oh, no! —se lamentó Adrian.

Me desabroché el cinturón de seguridad, abrí la puerta y rodeé el coche hasta colocarme junto al guarda. Sin dudarlo un segundo, le planté un rodillazo en las pelotas.

Se le escapó un chillido bastante femenino y cayó de rodillas, cubriéndose con las manos sus partes íntimas. El segundo guarda salió de la garita corriendo con la pistola en ristre.

—¡Al suelo! ¡De rodillas! —me ordenó gritando.

Me quedé mirándolo, impávida.

—Solo me pongo de rodillas por un hombre.

Lukyan y Adrian salieron del coche de un salto apuntando con sus armas al guarda.

—Solo tienes que darme la orden —susurró Lukyan con tono oscuro agitando su pistola.

—¡He dicho al suelo! ¡De rodillas! ¡Ahora! —gritó el guarda.

—Te das cuenta de que estás apuntando con tu pistola a la esposa de tu jefe, ¿verdad?

El guarda se quedó blanco y bajó el arma con la mano temblorosa.

—Mejor. Ahora, abre la puta verja —exigí.

—No lo hagas —gruñó el guarda que estaba de rodillas—. Primero tenemos que verificar la autorización de uno de los hombres.

—Hostia puta, ¿quieres que te dispare? —le grité, saqué mi pistola y le puse el cañón en la sien—. Voy a esparcir tus sesos por todo el puto pavimento si no abres esa puta puerta de una putísima vez.

Levanté la pistola para que supiera que estaba hablando totalmente en serio.

El otro guarda soltó un suspiro ahogado y entró como pudo a la garita de vigilancia. Las puertas se abrieron automáticamente.

—¡Neil! ¡¿Qué estás haciendo?! ¡El jefe nos matará cuando descubra que les hemos abierto la puerta sin comprobar quién es ese tío!

—¡Nos matará por apuntar con una pistola a su mujer! —le gritó Neil. Me miró a la cara—. Le pido perdón, señora De Luca. Por favor, continúen.

Guardé la pistola y volví a subir al taxi. Lukyan y Adrian hicieron

lo propio. Me quedé mirando a mis tres guardaespaldas temporales.

—Gracias por la ayuda.

Se limitaron a encogerse de hombros.

No podía esperar a que Christian, Luca y Lorenzo volvieran.

Como no nos movíamos, miré al conductor. Estaba blanco y con los ojos abiertos de par en par, paralizado por el miedo. Le di un golpecito suave en el hombro y le indiqué que condujera por el camino de entrada a la casa.

Era preciosa. Se trataba de una mansión de estilo moderno, de entre unos diez y quince mil metros cuadrados, con gruesas columnas de cemento y altos ventanales de cristal. Había una fuente antigua instalada en el centro del patio delantero, y el camino de entrada que la rodeaba llevaba de vuelta al mismo lugar por el que habíamos llegado.

Cuando el coche se detuvo, saqué un billete de cien dólares de la cartera y se lo entregué al tembloroso taxista.

—Gracias por el viaje.

—Esto… No hay problema —dijo tragando saliva al tiempo que cogía el dinero—. ¿Necesita ayuda con las maletas?

—No, gracias. Ya nos apañamos. Que tenga un buen día —dije, y sonreí.

Me dirigí a la parte trasera del coche y abrí el maletero para sacar mi equipaje. Lukyan y Adrian me echaron una mano. Mis tres guardaespaldas temporales me seguían como robots; salieron del coche y se quedaron esperando a mi lado como centinelas. En cuanto el equipaje estuvo fuera del taxi, el conductor se marchó pitando como si no pudiera largarse más deprisa.

Todo lo que llevaban Lukyan y Adrian era una bolsa de viaje cada

uno. ¿Y yo? Pues cuatro maletas llenas, y no eran, ni por asomo, todo lo que poseía.

Lukyan agarró dos de mis bultos, Adrian se encargó de los otros dos y los tres nos dirigimos a la entrada. Llamé al timbre y me quedé helada al ver quién me abría la puerta.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

Gabriella esbozó una sonrisa de autosuficiencia, con los ojos vidriosos de pura maldad.

—¿No te lo ha contado Arturo? Ahora vivo aquí.

29

ILLAYANA DE LUCA



«Vale, tranquila. Que no se te vaya la pinza. Sonríe. Eso es. Tú, como si nada».

La estúpida cara de Gabriella denotaba cierto aire de suficiencia, como si el hecho de que Arturo no me hubiera contado nada sobre su presencia allí fuera algo conveniente para ella y una mierda para mí.

Lo que seguramente era cierto.

Lukyan chasqueó los dedos y me miró con cara de acabar de caer en la cuenta de algo.

—¡Ah, es verdad! ¿No te había contado que había una zorra que iba a quedarse en la casa durante un tiempo?

«Gracias, hermano».

—¡Ah, sí! —Sonreí con malicia—. Es verdad. Se me había

olvidado por completo.

Me quedé mirándola por encima del hombro mientras entraba con brusquedad por la puerta haciendo que se tambaleara. Lukyan, Adrian y mis guardaespaldas entraron como si nada y cerraron la puerta de golpe tras de sí.

Un hombre alto y mayor, vestido con un traje liso, se personó en el vestíbulo y nos dedicó una ligera reverencia.

—¿Puedo cogerle las maletas?

—Gracias, ¿señor…?

Parpadeó, perplejo, como si nadie se hubiera interesado antes por su nombre.

—Bernardi. Aldo Bernardi.

Repetí el agradecimiento y añadí su nombre con una sonrisa. Me correspondió con otra temblorosa.

—Tráeme un café cuando hayas terminado —le ordenó Gabriella de forma muy grosera—. Y date prisa.

Aldo se sobresaltó y asintió enseguida con la cabeza.

—Sí, señorita Gallo. Ahora mismo.

Se dirigió renqueando hasta Adrian, le cogió una de las maletas grandes y fue hacia la escalera.

Sentí una oleada de rabia y me quedé mirando a Gabriella. Odiaba a las personas que trataban así a la clase trabajadora, como si no fueran más que el polvo de las suelas de sus zapatos. Tal vez el trabajo de Aldo fuera servir, pero eso no le daba el derecho de tratarlo como una mierda mientras él cumplía con su deber. Trabajar al servicio de los demás no tenía nada de malo.

—Ayúdale con las maletas, Lukyan.

Mi hermano asintió y salió corriendo hacia el hombre mayor, le

quitó la maleta y se la echó al hombro.

—Dirige tú, Aldo.

Una mirada de gratitud afloró de pronto en el rostro del hombre y nos guio por la escalinata circular hasta arriba.

Eché un vistazo al vestíbulo para asimilar la opulencia presente en toda la casa. Los marcos antiguos chapados en oro con costosas pinturas al óleo y el elegante suelo de mármol italiano rezumaban riqueza y lujo.

—Espero que no te importe que me quede aquí. Ya sé que Arturo y tú acabáis de casaros, pero estoy segura de que te ha dicho que esta era la única solución.

Puse mi mejor sonrisa falsa y me volví para mirarla. No podía permitir que captara los celos que se acrecentaban en mí. Debía guardar las apariencias.

—Por supuesto, lo que sea por ayudar a la *famiglia*.

Se oyeron unas pisadas atronadoras y, un instante después, Arturo irrumpió en el vestíbulo, con Vincenzo pisándole los talones. Se me desbocó el corazón al verlo con su traje negro a medida; su hermoso rostro de rasgos bien definidos hacía que la sangre me hirviera y que su fuego me quemara en las venas.

Miró a Gabriella y luego a mí, y en su rostro se dibujó una expresión de inquietud. Estaba esperando a que yo explotara.

Desde luego que lo haría, pero no con público.

—Maridito. —Le sonreí con dulzura mientras avanzaba hacia él—. Estoy en casa.

Sin perder un segundo, me envolvió entre sus brazos y me besó en el pelo.

—Puedo explicártelo —me susurró para que solo lo oyera yo.

—Ya lo creo que lo harás —dije con un claro tinte de veneno en la voz para que él lo captara, y retrocedí.

No me dejó ir muy lejos, porque me mantuvo firmemente sujeta entre sus brazos. Miré a Vincenzo por encima del hombro de Arturo, y estaba dedicándome una cálida y reconfortante sonrisa.

—Bienvenida a la mansión de la familia De Luca. Nos alegra tenerte aquí.

—Gracias, Vincenzo. Lo agradezco.

La mansión de la familia De Luca era un punto de referencia para la Cosa Nostra, un símbolo de riqueza y poder. Era donde habían vivido todos los líderes de la *famiglia* durante su mandato. Primero, Francesco, el abuelo de Arturo, y su esposa. Luego, Alessandro e Isabella. Y, en ese momento, Arturo y yo. Arturo me había contado que la mansión pertenecía a su familia desde hacía décadas, y era una tradición vivir en ella cuando te convertías en el jefe. Él tenía pensado honrar esa tradición.

Arturo inclinó la cabeza para mirarme.

—Has llegado pronto. No te esperaba hasta dentro de otro par de horas. De haberlo sabido, habría ido a buscarte al aeropuerto.

—Ya lo sé —dije, y le puse una mano en la mejilla—. Quería darte una sorpresa.

—Considérame sorprendido.

Agachó la cabeza y me plantó un tierno beso en los labios.

Lo besé un segundo y luego le di un fuerte mordisco, tirando de sus labios con los dientes. Arturo siseó y me miró con los ojos encendidos. Saboreé su sangre en mi lengua y por fin lo solté, sonriendo con malicia al ver el hilillo de sangre que le caía hasta la barbilla.

—Te he echado de menos —le susurré.

Se pasó la lengua por el labio inferior y una sonrisa muy oscura y devastadora le embelleció el rostro.

—Yo también te he echado de menos.

Un gran estruendo de algo cayendo al suelo nos hizo girarnos.

—Vaya —dijo Gabriella mirando un jarrón hecho trizas en el suelo —. Lo siento. En cualquier caso, me alegro de tenerte aquí, Illayana. Puedo enseñarte la casa si quieres. Estoy segura de que Arturo tiene un montón de cosas que hacer.

Gabriella sonrió con inocencia, como si estuviera intentando hacerme un favor agradable, pero yo era capaz de ver más allá.

Lo que de verdad quería era poner distancia entre Arturo y yo. Estaba impaciente por hacerla sentir el frío acero de mis cuchillos, por rajarle esa carita suya hasta que me suplicara que pusiera fin a su vida. Sonreí solo de pensarlo.

—No será necesario. —Arturo miró a Adrian—. Bienvenido, Adrian. Si quieres instalarte, tu habitación está preparada en la segunda planta. Puedo hacer que alguien te la enseñe, si quieres.

Adrian asintió con la cabeza.

—Te lo agradezco mucho.

Arturo hizo un gesto a uno de los mayordomos que pasaba y le pidió que le enseñara su habitación a Adrian. Mi hermano me miró preocupado y yo le hice un gesto con la mano para que se fuera.

—Estaré bien, vete. Nos vemos más tarde.

—Llama si me necesitas.

Siguió al mayordomo escalera arriba con la bolsa de viaje colgada al hombro.

—¿Dónde está…? —empezó a preguntar Arturo, pero un grito

estridente lo hizo callar.

—¡Illayana! —exclamó Lukyan bajando por la escalera a todo correr—. Tía, ¡tienes que venir a ver esto! ¡El baño es como una peli de ciencia ficción! Hay un iPad en la pared que lo controla todo… —Se calló en cuanto se dio cuenta de que Arturo estaba a mi lado.

Se quedó mirándolo y cualquier rastro de emoción se esfumó de su rostro al instante.

—Hola, Lukyan —lo saludó Arturo con amabilidad. Enarqué las cejas al ver lo civilizado que estaba siendo, teniendo en cuenta que mi hermano estaba mirándolo como si acabara de matar a su perro —. Me alegro de que hayas podido entrar sin ningún problema.

Lukyan lo miró con diez veces más intensidad.

—¿De verdad te alegras? —le preguntó con sorna.

—Pues sí. ¿Ya te han enseñado tus aposentos? —dijo Arturo sin dejarse provocar.

Qué raro.

—No, acabo de dejar el equipaje de Illayana en su habitación.

—Ah, excelente. Ven, ya te los enseño yo.

Me tomó de la mano y me llevó por el pasillo. Yo me volví y me encogí de hombros mirando a Lukyan mientras lo seguía. Mi hermano caminaba por detrás de nosotros y todos dejamos a Gabriella plantada y sola en el vestíbulo.

«Hasta luego, zorra».

Arturo nos guio a través de varias habitaciones, una sala de estar, una zona de comedor formal y una cocina hasta que llegamos al patio de atrás. Con el ceño fruncido, lo seguí hasta la terraza trasera y rompí a reír.

Colocadas sobre el césped del jardín había dos casetas para

perros. Una de ellas, con un hermoso pastor alemán sentado en su interior, tenía el nombre de Brutus grabado en la parte de delante; la otra tenía el nombre de Lukyan. Cuando mi hermano lo vio, frunció el ceño.

—Ja, ja. Muy gracioso —espetó.

Arturo rio con suficiencia.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? La mandé hacer al mejor carpintero de Nueva York especialmente para ti.

—Eres un puto…

Me puse de un salto delante de Lukyan justo cuando se lanzaba contra mi marido con los puños en ristre.

Vincenzo suspiró.

—Le dije que no lo hiciera.

—Venga ya, Lukyan —le dije al tiempo que lo empujaba para alejarlo de Arturo—. Incluso tú eres capaz de ver que esto tiene gracia.

Arturo seguía sonriendo con suficiencia, profundamente pagado de sí mismo. Negué con la cabeza. Si así era como iban a ser las cosas por allí, acabaría matando a uno de ellos.

Después de convencer por fin a Lukyan de que se fuera y volviera a entrar en la casa, Arturo le enseñó sus verdaderos aposentos. Se trataba de una habitación en la segunda planta, junto a la de Adrian.

Arturo me enseñó rápidamente la casa y me mostró su belleza y todo cuanto esta tenía que ofrecer. Hacía poco que la había modernizado con tecnología por toda la vivienda que hacía cosas por nosotros. Era bastante guay y me hizo sentir que vivíamos en el futuro.

Gabriella se nos pegó como la peste, y daba su puta opinión todo el rato aunque nadie se la pidiera. No paraba de hacer pequeños comentarios que demostraban que había estado allí un millón de veces, del tipo: «Siempre me ha encantado esta habitación. Es mi favorita de la casa» o «Isabella y yo escogimos este cuadro». Estaba suplicando que le diera una paliza.

Nos detuvimos delante de una puerta cerrada y Arturo giró la cabeza hacia un lado.

—Vete, Gabriella.

Ella frunció los labios, le echó un vistazo a la puerta y luego volvió a mirarnos.

—Había pensado que podríamos comer todos juntos. Estoy segura de que Illayana tiene hambre.

—Illayana está bien —dije sonriendo.

No estaba segura de lo que había detrás de la puerta, pero sí sabía que ella no quería que entráramos.

—Pero…

—Gabriella —dijo Arturo con firmeza—. Vete.

Ella resopló para quejarse y se dio media vuelta para alejarse a pisotones.

En cuanto la perdí de vista, toda la ira y la rabia que había sentido al encontrármela salieron a la superficie. Tan pronto entramos en la habitación, me zafé del brazo de Arturo y le di un puñetazo en el estómago.

Como lo pillé por sorpresa, se le escapó un gruñido y se dobló sobre sí mismo del dolor. Pero yo todavía no había terminado. Estaba furiosa por que no me hubiera contado que Gabriella estaba viviendo

allí. En lugar de decírmelo, había permitido que ella me abriera la puta puerta.

Avancé para darle un rodillazo en la cara, pero esa vez ya estaba preparado, a la espera de un nuevo ataque. Lo bloqueó, me apartó la pierna desde abajo, y me caí al suelo con fuerza. Después se abalanzó sobre mí.

Me quedé sin aire y solté un gruñido mientras le golpeaba el pecho.

—Maldito cabrón —siseé con una rabia creciente.

Me sujetó por las muñecas, me las colocó sobre la cabeza y apretó su cuerpo contra el mío para inmovilizarme. Me revolví e intenté liberarme, aunque ambos sabíamos que era un esfuerzo inútil. No iba a ir a ninguna parte a menos que él me lo permitiera.

Dejé de moverme y me quedé mirándolo mientras él se cernía sobre mí.

—¿Has terminado? —me preguntó con voz grave y ronca.

—¿Qué cojones hace aquí, Arturo? —bramé enseñando los dientes.

—Si te tranquilizas, te lo explico.

—¿Que me tranquilice? ¡¿Que me *tranquilice*?! ¿Cómo te sentirías tú si llegaras a mi casa y mi ex te abriera la puta puerta?

—Lo mataría —dijo, con tanta naturalidad que parecía la reacción normal en esa situación—. Pero esto es diferente. Primero, no es mi ex…

—Te la has follado y te la ofrecieron como esposa.

—… y segundo, su madre murió en nuestra boda y a su padre lo quemaron vivo en su casa durante el ataque de Franco. Ahora no tiene a nadie que la proteja hasta que la casen.

—¿No puede protegerse a sí misma?

Me miró de soslayo.

—Nuestras mujeres no luchan. Ya lo sabes.

—Pues a lo mejor deberían empezar a hacerlo. Solo son débiles si deciden serlo.

—Cierto, pero no es así como hacemos las cosas.

—¿Y por qué tiene que quedarse precisamente *aquí*? Estoy segura de que podéis meterla en alguna otra parte hasta que le encontréis a alguien con quien casarla.

Agachó la cabeza para ponerla a la altura de mi cuello y me lamió la piel.

—Como *don,* es mi responsabilidad ofrecerle protección hasta que otro hombre lo haga. Si no me ven cuidar de los míos cuando lo necesitan, acabará volviéndose en mi contra a la larga.

Me estremecí y lo rodeé por la cintura con las piernas.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Un par de días —masculló, y por fin me soltó las muñecas para poder ponerme las manos en los pechos.

«¡¿Un par de días?!».

Le di la vuelta sobre sí mismo y lo dejé boca arriba con un rápido movimiento de gimnasia deportiva; saqué un cuchillo y se lo planté cerca de la barbilla.

—¿Y me entero *ahora*?

Se inclinó sobre el cuchillo al tiempo que esbozaba su característica sonrisa maliciosa; la hoja del arma estaba cortándole la piel.

—No me provoques, *kotenok*. Ya sabes que me gusta jugar sucio.

«Vaya si lo sé».

Me agaché y le pasé la lengua por los labios.

—Pues a mí me gusta jugar más sucio todavía.

Se giró y se colocó encima de mí. Con mi cuchillo aún al cuello, se pegó a mí con fuerza, apoyando su polla, dura como una roca, entre mis piernas. Gruñó.

—Joder, cómo te necesito.

Empujó con las caderas y el placer me recorrió como una descarga.

«Joder».

Yo también lo necesitaba. Muchísimo. Pero seguía muy enfadada y no estaba lista para permitir que se librara. Quería que se lo currara.

Le di un cabezazo, estampando mi cráneo contra el suyo —aunque me aseguré de esquivar su nariz para no rompérsela—, y lo aparté de mí con las piernas, empujándole el pecho.

—¡Ay, joder! —gritó, cayéndose de espaldas.

Me levanté a toda prisa y quise echar a correr, pero él me interceptó. Se abalanzó sobre mí y me derribó, de modo que mi mejilla quedó pegada al suelo. Me puso una mano en la nuca y me sujetó para presionar su cuerpo contra el mío.

Noté su polla contra mi culo y me estremecí.

—¿Es a esto a lo que quieres jugar, *kotenok*? —me preguntó ronroneando al oído—. Me parece bien.

Agarró el cuchillo, que yo todavía tenía en la mano, y lo usó para desgarrarme la ropa. Con unos cortes precisos que demostraban lo bueno que era con las armas blancas, Arturo me rajó la espalda de la camisa y me la arrancó del cuerpo. Descendió con la fría hoja de acero por mi piel hasta que llegó a la cintura de mis vaqueros.

—No —supliqué con un suspiro ahogado—. Los vaqueros no. Son mis favoritos.

—Pues haberlo pensado antes de ponerte en plan *La princesa guerrera*.

Me rajó los vaqueros Dolce & Gabbana de arriba abajo hasta que se cayeron a los lados.

—Joder, ¡mira que eres gilipollas!

Me revolví y él me inmovilizó una vez más con la fuerza de su cuerpo, hasta que sentí que no podía respirar.

—Voy a follarte tan duro que vas a creer que estoy partiéndote en dos —me susurró con voz siniestra, y sentí el calor de su aliento sobre la piel—. A ver si así te portas bien.

Con un movimiento brusco, Arturo me bajó las bragas hasta que se me quedaron tensas entre ambos muslos. Me liberó del peso de su torso y aproveché para tomar aire.

Se echó hacia delante y clavó el cuchillo en el suelo con mucha fuerza junto a mi cabeza. A continuación, se oyó el tintineo metálico de la hebilla de su cinturón, y sentí que me hervía la sangre de pura anticipación.

Noté un nudo en el estómago y me estremecí de tanto como lo deseaba. Toda la fuerza y la asertividad que estaba ejerciendo me estaba poniendo cachondísima. Creí que iba a explotar. La lujuria me inundaba el cuerpo hasta concentrarse en mi coño y lo contraje involuntariamente, deseando que me lo llenara. Me sentía indefensa ante su gigantesco tamaño, y eso me encantaba. Me encantaba saber que, desde un punto de vista físico, no podía hacer ni una sola cosa para detenerlo.

En el fondo, sabía que si de verdad quisiera que parase, él lo

haría. Pero no quería. Deseaba que me tomara como si fuera mi dueño. Que me destrozara.

La gruesa cabeza de su polla me rozó y, sin dudarlo, me embistió, penetrándome con tanta fuerza que me impulsó hacia delante.

Lancé un grito de dolor, pero el malestar desapareció, reemplazado por un dulce, dulcísimo éxtasis. Un placer puro me recorrió de pies a cabeza y gemí, larga e intensamente.

—Ah, este es mi coño prieto —gruñó Arturo mientras me penetraba.

Mantuvo una mano en mi nuca, sujetándome mientras me follaba como si me odiara.

Yo solo podía yacer ahí, tumbada, y recibir sus embestidas. Y era un total y absoluto placer.

Gritaba, gemía, repetía su nombre como si fuera una oración. Él no paró de gruñir por detrás de mí mientras me follaba más y más fuerte.

Noté un fogonazo de dolor en la nalga y, a través del aturdimiento inducido por el placer, me di cuenta de que acababa de darme un azote. Masajeó la zona para aliviarla y, después, volvió a azotarme una y otra vez, y la sensación fue demasiado intensa. Eso, combinado con su larga y gruesa polla, me llevó al límite. Se me pusieron los ojos en blanco y grité al sentir el orgasmo más alucinante que había experimentado hasta entonces. La textura áspera de su ropa sobre mi piel, la idea de que él siguiera vestido mientras yo estaba debajo de su cuerpo casi desnuda, hacía que todo aquello fuera mucho más sexy, mucho más sucio.

—Eso es, *kotenok*, córrete sobre mi polla —siseó Arturo entre

dientes, follándome de forma tan salvaje que estaba segura de que me saldrían cardenales.

Me hormigueaba la piel, y entonces noté su húmeda y fría lengua pasando por mi cuerpo hasta chuparme el lóbulo de la oreja.

—Eres mía, ¿a que sí, Illayana? Todo ese fuego, todo ese espíritu, este puto coño tan dulce. Es todo mío —dijo mientras respiraba sobre el lateral de mi cuello al tiempo que aumentaban las embestidas.

—Sí —dije gimiendo—. Y tú eres mío.

—Siempre.

Aumentaron su velocidad y su fuerza.

—¿Quieres ver cómo me corro dentro de ti, *kotenok*? —me gruñó en la oreja con su voz grave—. ¿Quieres que te embista hasta que chorrees y el semen te caiga por los muslos?

Me estremecí; mi cuerpo convulsionaba porque estaba teniendo otro orgasmo que me sobrevino de pronto, de la nada.

«Esa puta voz».

—Sí, por favor, Arturo —le supliqué, y lo hizo.

Presionó su pecho contra mi espalda, con las caderas golpeando contra mi culo y metiendo y sacando la polla de mí. Con cada embestida, nos empujaba a ambos sobre el suelo. Soltó un rugido cuando se corrió dentro de mí.

Cayó con todo su peso sobre mí y sentí que me asfixiaba, porque el aire escapaba de mi cuerpo.

«Otra vez no».

Alargué una mano hacia atrás e intenté empujarlo. Él se giró y se dejó caer sobre el suelo, a mi lado, jadeante.

—Tienes que dejar de hacer eso —le dije sin aliento.

Esbozó una sonrisa maliciosa, pero antes de que pudiera decir nada, se oyó a Vincenzo hablar desde el otro lado de la puerta.

—¿Habéis acabado de follar ya?

30

ILLAYANA DE LUCA



—¡Hola! —canturreó Vincenzo tocando varias veces a la puerta—. ¿Puedo entrar o todavía estáis follando como conejos?

Arturo entornó los ojos y se levantó, se metió la camisa por dentro de los pantalones y se abrochó el cinturón. Yo me subí las bragas y me puse de pie, con las piernas temblorosas y con la ropa hecha jirones cayendo de mi cuerpo.

Como ya no estábamos el uno encima del otro, me tomé un momento para echar un vistazo a mi alrededor. Nos encontrábamos en un dormitorio enorme que fácilmente era el triple de grande que mi habitación en Las Vegas. El espacio rezumaba cierta atmósfera oscura, como si te encontraras en medio de la guarida del diablo. Tenía una cama con dosel tamaño *king-size*, vestida con lujosas

sábanas negras, y mobiliario de madera de ébano repartido por toda la habitación.

El perfume seductor y especiado que impregnaba el aire dejaba claro que aquel era el dormitorio de Arturo; bueno, ya era también el mío. Mis maletas se encontraban junto a la cama.

Vestida con solo un sujetador y las bragas, me quedé mirando mi ropa hecha jirones; fruncí los labios y volví a mirar a Arturo.

—No me mires así. —Rio de forma burlona y se pasó una mano por el pelo—. Tú lo has pedido.

—Estoy bastante segura de que te he pedido, específicamente, que *no* lo hicieras —comenté con sarcasmo, mirándolo.

Enarcó una ceja.

—Ojito con esa actitud, *kotenok*, o volveremos enseguida a este mismo suelo y te follaré viva.

Se me encendió la mirada de excitación.

—¿Me lo prometes?

Dio un paso hacia mí, con una mirada sombría, y la puerta se abrió de golpe.

Vincenzo entró tranquilamente, pero se quedó paralizado al verme y emitió un largo silbido. No es que yo fuera muy tímida, pero estar de pie ante mi cuñado casi desnuda me hacía sentir un tanto incómoda.

Arturo me tapó con su cuerpo y miró con el ceño fruncido a su hermano.

—Date la vuelta —le ordenó con mirada de pocos amigos.

Vincenzo entornó los ojos y nos dio la espalda.

—No hace falta que te cabrees tanto. Aquí somos todos familia. ¿Verdad, Illayana?

Echó un vistazo por encima del hombro.

—Como muevas un músculo más, te arrancaré los ojos, Vin. Lo juro por Dios —le advirtió su hermano, y Vincenzo volvió a girarse a toda prisa.

Arturo me llevó a un vestidor y sacó una camisa de seda negra.

—Ponte esto —bramó.

Enarqué una ceja.

—No te pongas de mal humor conmigo. Es culpa tuya que no tenga ropa.

—Póntelo ya —ordenó, enfadado; empezaba a fallarle la paciencia.

—Vale, vale.

Enseguida dejé que la tela cayera sobre mi piel. Aunque él era más alto que yo, la camisa apenas me cubría las partes nobles y me llegaba solo a medio muslo.

—¿Ya está todo despejado? ¿Puedo girarme? —preguntó Vincenzo.

Arturo contestó yendo hasta él y dándole un empujoncito en la espalda.

—¿Qué quieres?

Me acerqué a mis maletas y empecé a rebuscar en su interior para dar con algo más apropiado que ponerme mientras Vincenzo hablaba.

—He pensado que querrías saber que acabo de recibir una llamada de Mario. Ha pillado a unos cabrones vendiendo en nuestro territorio otra vez. Decidió dejarlo ir y seguirlo hasta una casa de entregas a la salida de la ciudad, vigilada por los hombres de Franco.

Arturo emitió un gruñido.

—¿Estás seguro?

Vincenzo se acercó con un iPad y se lo entregó a su hermano. Arturo fue mirando las imágenes en la pantalla.

—Estas son las fotos que Mario consiguió sacarles a los hombres. Las he contrastado con la información que hemos podido recabar hasta ahora sobre Franco y hay un par de coincidencias. Uno de ellos… —Vincenzo se inclinó y tocó la pantalla del iPad— es uno de los capos de Franco, Benito.

Saqué un par de tejanos y una camisa de manga larga y los dispuse sobre la cama. Me acerqué a Arturo y eché un vistazo a la pantalla.

Benito era un tipo fornido de hombros enormes y anchos. Tenía el pelo negro y corto, piel de color cetrino claro y bigote de pederasta.

Los ojos desiguales de Arturo adoptaron una mirada sombría.

—Llama a los hombres. Vamos a adelantar los planes. Los quiero aquí listos dentro de media hora.

Vincenzo parpadeó.

—¿Quieres atacarlos durante el día? ¿Estás seguro de que es buena idea? No tenemos a nadie en Chicago, no tendremos a nadie que nos cubra.

—Entonces será mejor que nos vayamos mucho antes de que llegue la poli. —Arturo le devolvió el iPad y giró de golpe la cabeza hacia un lado—. Vamos.

Su hermano asintió.

—Déjamelo a mí.

Y se marchó.

Me quedé mirando a Arturo, rígido, y percibí cómo le recorría la

tensión mientras miraba al vacío. Apretaba la mandíbula y tenía las manos cerradas en puños a ambos lados del cuerpo.

—Oye —le susurré pasándole los dedos por el pelo—, ¿estás bien?

Inspiró con fuerza y exhaló, así se alivió parte de la tensión.

—Lo estaré en cuanto haya puesto a ese cabrón de Franco en su sitio.

—¿Ha estado invadiendo mucho vuestro territorio?

—Sí. Hemos matado a sus camellos cada vez que los hemos pillado vendiendo en nuestro territorio, pero los camellos no valen nada. Siempre hay personas dispuestas a vender droga por un poco de efectivo extra.

Lo tomé de la mano, hice que se sentara en la cama y me situé por detrás de él para masajearle los hombros. Él gimió de placer y se recostó para disfrutar de mi contacto.

—¿Cuál es tu plan? —le pregunté, deleitándome del tacto en mis dedos de sus músculos duros y tonificados.

—Vamos a atacarlo donde más duele. Vin ha hecho algunas averiguaciones y ha descubierto con cuál de sus negocios gana más efectivo. Por supuesto que estamos hablando de asuntos legales, no de las mierdas que hace bajo cuerda. Pero, si me cargo sus negocios legales, le resultará más difícil lavar el dinero.

Muy inteligente. Eso le daría totalmente por culo a ese gilipollas.

—¿Ya lo has conocido? A Franco —le pregunté mientras descendía por su espalda un poco más y sus músculos se tensaban bajo mi mano.

—No. Y no me apetece una mierda. A menos que esté a punto de rajarle la yugular. —Hizo crujir el cuello—. Es listo e intuitivo. Ha

conseguido hacer más daño en la semana que lleva como *don* que Nero durante todo su mandato.

—Me he dado cuenta de que es mucho más organizado que Nero.

Arturo se quedó mirándome por encima del hombro, con las cejas enarcadas.

Sonreí.

—Nosotros también hemos estado vigilándolo. ¿Qué me dices del trabajo que hizo con la banda de moteros en Chicago? —Emití un largo silbido—. El estilo de ese tío es admirable.

Arturo gruñó y se volvió. Todavía era presa de la tensión y yo estaba desesperada por conseguir que se esfumara, pero no sabía cómo.

Suspiré.

—En cuanto a Gabriella…

Emitió un lamento de queja y dejó caer la cabeza.

—Illayana…

—No, tú solo escúchame. Entiendo tus motivos: que si no te ven protegiendo a los tuyos, podría perjudicarte. Pero tienes que entender que, si ella sigue comportándose como está haciéndolo, voy a tener que ponerla en su sitio.

Arturo se levantó y se situó delante de mí, con su imponente figura. Me agarró por la cara, deslizó sus dedos entre mi pelo y tiró de él hacia atrás para obligarme a mirarlo directamente a los ojos.

—Me encanta cuando estás sedienta de sangre —murmuró con sus labios pegados a los míos.

Sonreí.

—Bien, porque es el noventa y nueve por ciento de mi

personalidad.

Se rio con sorna y me mordió el labio inferior antes de apartarse.

—Vamos, vístete. Hay que ponerse en marcha. Ha llegado la hora de que Franco se dé cuenta de a quién está jodiendo.

Cuando estacionamos delante de Trattoria's —el restaurante de Franco—, el corazón me latía con tanta fuerza por la excitación y la adrenalina que me costaba estarme quieta en el asiento.

Arturo planeaba el ataque ofensivo como una represalia por todas las mierdas que habían liado los de la banda de Chicago en su territorio. Una de ellas había sido el asesinato de uno de sus capos —el padre de Gabriella— y varios de sus camellos. Buscaba derramar sangre y no iba a parar hasta que lo consiguiera.

A mi izquierda, Lukyan sacó su pistola y comprobó la recámara. Adrian hizo lo mismo con mirada maligna.

—Vale, escuchad con atención —bramó Arturo, y exigió la atención de todos los presentes en el coche. Su voz resonaba en el pequeño espacio, así como en el pinganillo que llevaba yo en la oreja, y los ocho nos quedamos mirándolo, escuchando atentamente —. Esto es un entrar y salir rápido. Nada de cagarla. Tenemos que irnos mucho antes de que se presente la poli. Cuando entréis, iluminad ese puto sitio a tiro limpio. Es el principal restaurante de Franco. Todos los que están dentro son de los suyos, así que me importa una mierda lo que les ocurra. Pero quiero que al menos quede uno vivo. Entraremos por delante y saldremos por la parte trasera, donde habrá otro coche esperándonos para sacarnos de ahí.

Arturo tenía un portátil sobre el regazo, donde se veían las imágenes de una cámara de seguridad del interior del local. Había

unos veinte comensales dentro, casi todos hombres, y un par de mujeres trabajando de camareras. Me tomé un segundo para familiarizarme con la distribución del lugar. Era algo básica, con mesas redondas y una larga barra que recorría toda la longitud de la pared lateral. Había una cocina al fondo y un baño escondido a la derecha.

Arturo se llevó el móvil a la oreja.

—Vin, ¿estás listo?

Vincenzo se encontraba a un par de manzanas de distancia, preparado para atacar uno de los clubes de estriptis de Franco al mismo tiempo que nosotros atacábamos el restaurante. Sus órdenes eran algo distintas. El lugar era una tapadera del laboratorio donde fabricaba sus drogas. Vincenzo iba a irrumpir y a incendiar todo el lugar, quemando hasta el último gramo con lanzallamas.

Estábamos a última hora de la tarde. Había unas cuantas personas paseando por la calle, yendo hacia sus destinos sin sospechar siquiera lo que estaba a punto de ocurrir. Yo estaba de los nervios. Llevar a cabo un ataque así, a plena luz del día y con testigos, era arriesgado, aunque supuse que ese era el motivo por el que Arturo quería hacerlo. Franco no se lo esperaría. Y mi marido quería realizar una declaración de intenciones, demostrarle que no iba a esconderse y aceptar la falta de respeto que estaba demostrándole Franco.

Arturo colgó cuando Vincenzo le respondió, y cruzó la mirada con Lukyan y Adrian.

—Vosotros dos debéis permanecer junto a ella todo el rato. ¿Entendido?

Lukyan se quedó mirándolo.

—Tú no eres mi jefe, tío.

Arturo le pegó un puñetazo en la cara.

—¡Ay! ¡Joder! —gritó Lukyan cubriéndose con las manos la nariz sangrante.

—No estoy de humor para tus chulerías, Lukyan. O escuchas mis órdenes o ya puedes irte a tomar por culo; encontraré a otra persona que le guarde las espaldas a tu hermana. ¿Me has entendido?

Lukyan frunció el ceño mientras le caía la sangre hasta la barbilla.

—Alto y claro —espetó con la mirada encendida de rabia—. Gilipollas —masculló por lo bajini.

Arturo miró a Adrian.

—¿Vamos a tener el mismo problema?

Adrian negó con la cabeza. Él creía firmemente en una buena cadena de mando. Seguiría sin chistar las órdenes de Arturo a menos que fuera algo que pusiera en peligro mi seguridad. Eso era algo incuestionable.

—No necesito que me protejan, Arturo. Estoy bien —dije rectificando la forma en que estaba sujetando mi pistola.

Se limitó a mirarme fijamente mientras manaba de él una vibrante oscuridad.

«Tú mismo».

—A mi orden: tres…, dos…, uno… ¡Adelante!

Salimos de un salto del coche y recorrimos los casi cinco metros que nos separaban del restaurante en cuestión de segundos. En cuanto entramos, empezó la lluvia de disparos. Los hombres gritaron, sacaron las armas y se agacharon para ponerse a cubierto.

Las mujeres chillaron y salieron corriendo para salvar su vida. Era un caos total y absoluto. Me encantaba.

Lukyan y Adrian estuvieron pegados a mi lado mientras nos abríamos paso hasta una mesa y la volcábamos, para utilizarla como escudo. Me levanté de un salto, apunté, disparé y le di en el hombro a un tío que estaba situado a un par de metros de distancia. Algo se movió a mi derecha, me giré de golpe y logré ver a alguien escondiéndose bajo una mesa con una pistola en la mano.

—Adrian, a tu derecha.

Mi guardaespaldas se giró y disparó sin perder un segundo. Nos movimos y permanecimos agachados y en formación, muy juntos, con Lukyan en cabeza, yo en medio y Adrian encargándose de la retaguardia. Había muebles y cristales rotos por el camino que debíamos recorrer, lo que hacía más difícil moverse mientras nos dirigíamos a la parte trasera del local. De tanto en tanto, disparábamos a las personas que estaban en nuestro campo de visión. A algunos les dábamos y a otros no.

El ruido era ensordecedor, y el tiroteo constante de las balas disparadas me hacía zumbar los oídos. Los gritos de las personas que chillaban de dolor me llegaban de todas partes y me bombardeaban los sentidos.

Alguien se abalanzó sobre mí por la izquierda y me derribó. Mi pistola salió volando por el suelo y solté un taco. El enorme peso de un cuerpo me cayó encima, me giré con fuerza y le di un puñetazo en el centro del pecho con toda la potencia antes de que ese tipo pudiera hacer algo más. Soltó un gruñido y retrocedió un poco, aunque se quedó a horcajadas sobre mis muslos, recostado sobre mí. Le agarré una muñeca rodeándola con los dedos y me incorporé

sobre su hombro, pasé la otra mano por debajo de su brazo y me agarré con fuerza a mi propia muñeca. Me eché hacia atrás, pegué su codo a mi cuerpo, describí un giro y le rompí el brazo.

Soltó un grito y lo liberé, rodando hacia atrás hasta quedar de cuclillas. Alguien me lanzó un pie en dirección a la cara, y apenas conseguí levantar el antebrazo para bloquearlo. La fuerza del golpe fue devastadora y sentí dolor por todo el cuerpo, pero lo ignoré y gruñí empujándolo hacia atrás. Me saqué un cuchillo del cinturón y lo lancé como una estrella ninja. Se le clavó en la garganta y cayó al suelo.

Me volví y busqué a mi hermano. Lukyan estaba boca arriba, a un par de metros de distancia, luchando con alguien que intentaba apuñalarle en el pecho. Le salía sangre de un corte que tenía en la frente y parecía tenso mientras intentaba dominar la situación. Salté por encima de los muebles rotos y los cadáveres y le planté a su atacante una fuerte patada voladora en toda la cara; le rompí la nariz y un par de dientes. El tío cayó de espaldas y lanzó un grito de dolor. Lukyan aprovechó la ventaja, agarró el cuchillo y se lo clavó en el corazón.

Me buscó con la mirada e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para darme las gracias.

Alguien me sujetó por el hombro, me giré y al mismo tiempo levanté la rodilla para clavársela a esa persona en la barriga, pero bloqueó el golpe, casi como si lo hubiera intuido.

Adrian sonrió con suficiencia.

—Tienes que moverte más rápido que eso, *malen'kiy*, pequeña, si quieres superarme.

Estaba jadeando, cubierto de sangre, pero, salvo por eso, parecía

estar bien.

Sonreí.

—Perdona, ha sido por la adrenalina de la batalla.

Retrocedí y estudié el perímetro.

La lucha había terminado. El restaurante, que una vez fue hermoso y elegante, estaba completamente destrozado, con fragmentos de muebles rotos por todo el lugar y orificios de bala en las paredes. La sangre manaba de los cuerpos sin vida que alfombraban el suelo, y empezaban a formarse charcos del rojo líquido a mi alrededor.

Miré la hora en mi reloj. Seis minutos. Solo habíamos tardado seis minutos en provocar toda esa destrucción.

—¿Dónde está Arturo? —pregunté resollando un poco.

Adrian señaló hacia la cocina; levanté la vista y me di cuenta de que ya estaba mirándome. Una expresión de alivio afloró en su rostro, y me hizo un gesto moviendo los dedos para que me acercara a él.

Me dirigí hacia allí al tiempo que iba inspirando larga y profundamente para volver a centrarme. La adrenalina todavía corría por mis venas y tenía el corazón desbocado. Me esforcé por disminuir sus pulsaciones.

«Inhala, exhala. Inhala, exhala».

Cuando entré en la cocina, Arturo se acercó a mí dando grandes zancadas y mirándome con los ojos encendidos por el fragor de la batalla. Me agarró con fuerza y me levantó por los aires mientras me besaba con profundidad, entrelazando su lengua con la mía. El sabor de su boca hizo que se me agudizaran los sentidos y lancé un gemido porque me encantaba sentirlo dentro de mí.

Alguien tosió y me aparté, con la mente nublada. Arturo me pasó la lengua por los labios una vez más antes de dejarme en el suelo de nuevo.

No dijimos nada. No era necesario. Él estaba feliz de verme sana y salva.

A mí me sorprendía que hubiera querido que yo fuera a esa misión. Y, cuando se lo comenté antes de marcharnos, se limitó a sonreír con malicia y decir: «La gente tiene que ver a mi reina en acción».

Me sujetó de la mano y me llevó hasta un hombre arrodillado, rodeado por utensilios de cocina y restos de comida. Tenía la ropa hecha jirones y le caía sangre por toda la cara mientras nos miraba.

Arturo se acercó y le dio un culatazo en la cara con su pistola. El tipo echó la cabeza hacia atrás y gritó. Vincenzo estaba justo ahí, agarrándolo con fuerza por un brazo para que no cayera de espaldas al suelo.

—Dos minutos —dijo Vincenzo mirando su reloj.

Arturo se acuclilló y se puso a la altura de los ojos del único hombre que había quedado vivo de la banda de Chicago.

—Quiero que le entregues a Franco un mensaje de mi parte —dijo con voz sombría y teñida de peligrosidad y violencia—: dile que el rey y la reina de la Cosa Nostra no han hecho más que empezar.

Una breve nota de la autora

¡Gracias por dedicar tu tiempo a leer *Novia de la Bratva*! Espero que hayas disfrutado conociendo a Illayana y a Arturo.

Te dejo un poco de información sobre la serie.

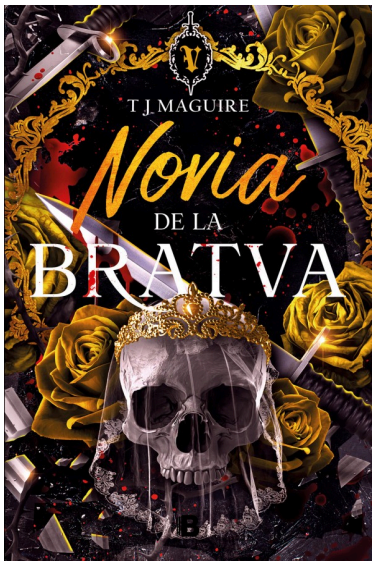
Como sabes, estas novelas forman una serie en la que cada volumen gira en torno a una pareja de personajes distintos, pero la línea argumental tiene continuidad a lo largo de todos los libros. Algunos se solapan y te dan la oportunidad de ver desde la perspectiva de otro personaje cosas que ya han pasado.

Cualquier cuestión que haya quedado en el aire en esta novela se abordará en la siguiente, que está escrita desde el punto de vista de Aleksandr. Los personajes principales son Aleksandr y Drea, y empieza justo en el momento en que acuden a rescatar a Illayana.

¡Quiero reiterar mi más enorme agradecimiento a todos los lectores!

Si tienes tiempo y te ha gustado la historia, por favor, ¡no dejes de recomendarla!

Una princesa de la Bratva rusa y el heredero de la mafia italiana se ven obligados a casarse para unir dos imperios criminales, pero su alianza podría desencadenar una guerra capaz de destruirlo todo.



Illayana, la única hija del Carnicero de la Bratva, nació rodeada de todos los lujos propios de una princesa de la mafia rusa y se ha convertido en una eficaz ejecutora dentro del negocio familiar. Junto con sus igualmente formidables hermanos, navega por las peligrosas aguas del oscuro submundo de Las Vegas con una determinación inquebrantable.

Sin embargo, su vida da un vuelco cuando el líder de la Cosa Nostra propone una alianza para recuperar el control de su territorio y garantizar la influencia de ambas familias. Espera que Illyana se case con su hijo, Arturo.

Fascinado por el carácter indomable de la joven, Arturo le hace una oferta que esta no puede rechazar: una relación en la que ella sería su igual, su reina.

Pero Arturo e Illayana no tardan en descubrir que su unión no ha hecho más que convertirlos en un objetivo aún mayor. Ahora que están en el punto de mira de las facciones más peligrosas del mundo del crimen, deberán consolidarse como la nueva fuerza dominante… o contemplar cómo los imperios de sus familias se derrumban ante ellos.

T. J. Maguire es la autora de la exitosa serie La Bratva. Siente pasión por escribir historias protagonizadas por heroínas fuertes, con diálogos ingeniosos, caos emocional y personajes que acaban sintiéndose como una familia para el lector.

Vive en Brisbane, Australia, junto con su prometido, su hijo, dos perros y dos gatos.



Título original: *Bratva Bride*

Primera edición: noviembre de 2026

© 2021, T. J. Maguire
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Verónica Canales Medina y Laura Rins Calahorra, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño original de Fay Lane
Lettering del nombre de la autora: @blkdesigns

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8587-0

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La novia de Bratva

Advertencia de contenido

1. Illayana Volkova
2. Illayana Volkova
3. Illayana Volkova
4. Illayana Volkova
5. Illayana Volkova
6. Arturo de Luca
7. Illayana Volkova
8. Illayana Volkova
9. Arturo de Luca
10. Illayana Volkova
11. Arturo de Luca
12. Arturo de Luca
13. Arturo de Luca
14. Illayana Volkova
15. Illayana Volkova
16. Arturo de Luca
17. Illayana de Luca
18. Illayana de Luca
19. Arturo de Luca

20. Arturo de Luca
21. Illayana de Luca
22. Arturo de Luca
23. Illayana de Luca
24. Illayana de Luca
25. Arturo de Luca
26. Illayana de Luca
27. Illayana de Luca
28. Arturo de Luca
29. Illayana de Luca
30. Illayana de Luca

Una breve nota de la autora

Sobre este libro

Sobre T. J. Maguire

Créditos